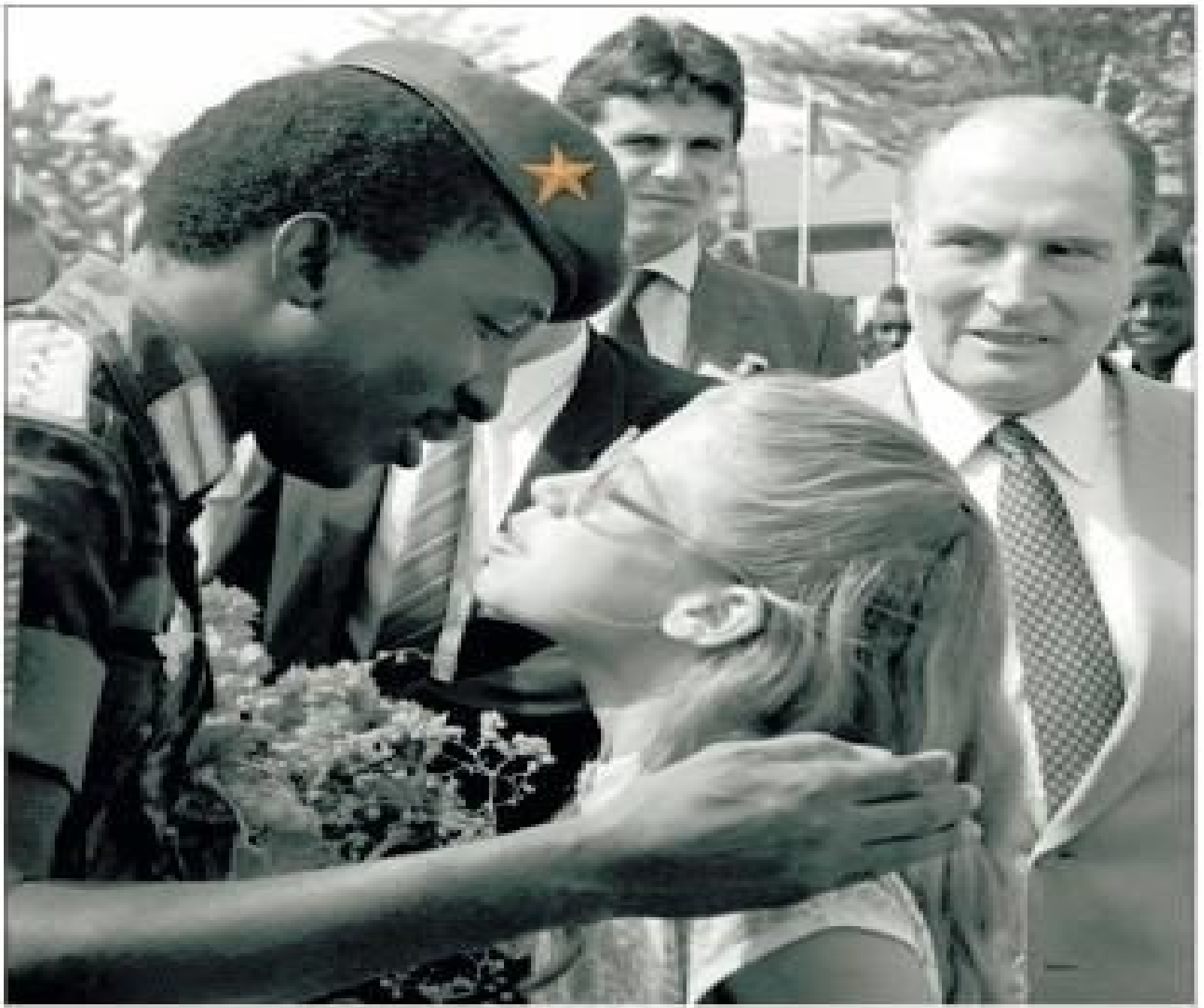
TAPA NEGRA

EL CASO SANKARA

Antonio Lozano



Primer Premio Internacional de Novela Negra

CIUDAD DE CARMONA

Annotation

El 15 de octubre de 1987, Thomas Sankara, presidente de Burkina Faso, es abatido por los hombres de Blaise Compaoré, su compañero de armas y amigo, que de inmediato le sucede en la presidencia del país. Con ello se daba por concluida la etapa revolucionaria que ambos habían puesto en marcha cuatro años antes. Un episodio único en el continente africano, que despertó innumerables adhesiones entre la juventud y múltiples recelos en los países vecinos y en la República Francesa.

- Nota del autor
- Glosario
- Uagadugú, 15 de octubre de 1987
- Otra ginebra, amigo Albert
- Problemas para el gobernador
- Libertad para Sankara
- Un paseo por el mercado
- El general en Brazaville
- «Hoy, 4 de agosto de 1983...»
- Trece tumbas en Dagnoen
- El rey puede esperar
- “Yo soy tu pueblo”
- Trece carpetas y un Caterpillar
- Un hermoso nombre francés
- Una mujer increíble
- El viaje de Albert
- La cólera del Viejo
- El día de los kalash
- Bienvenido al territorio de la Gran Verdad
- Epílogo

Antonio Lozano

El caso Sankara

© Antonio Lozano, 2006.
© Editorial Almuzara, s.l., 2006
© Fotografía de portada: Daniel Janin *AFP* CONTACTO

Almuzara Tapa Negra
Dirección literaria: Nicole Canto

Editorial Almuzara
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

Diseño y preimpresión: Talenbook
Diseño gráfico de la colección: CIFRA
Imprime: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 84-88586-75-2
Depósito Legal: CO-593-06
Hecho e impreso en España — *Made and printed in Spain*

A mis hijos Carolina,
Carlos y Javier

Nota del autor

El caso Sankara es una novela basada en acontecimientos históricos recogidos de manera fidedigna. La mayoría de los personajes existen o han existido, no obstante, la investigación y el desenlace que esta conlleva, sí son elementos de ficción. La verdad sobre el caso Sankara aún no ha quedado esclarecida, pues —pese a las reiteradas peticiones de la familia— no ha sido admitido a trámite por los tribunales de Burkina Faso. Esta novela se limita a sugerir una resolución imaginaria, aunque no imposible.

Glosario

Mosi: etnia mayoritaria en Burkina Faso.

Moré: lengua hablada por los mosi.

To: elemento básico de la gastronomía burkinabé. Consiste en una masa hecha con harina de mijo o de maíz y acompañada con una salsa.

Kedyenú: guiso típico de la gastronomía burkinabé.

Diula: etnia del África Occidental, dedicada fundamentalmente a la actividad comercial.

Fulani: peul, etnia africana de origen nómada, dedicada fundamentalmente a la ganadería.

Griot: casta a la que pertenecen los músicos y narradores que transmiten oralmente la historia de un personaje, una familia o un pueblo.

Taxi-brousse: pequeño autobús para el transporte colectivo.

Kora: instrumento tradicional de cuerda.

Harmatán: viento continental de dirección este-sur en el Sahara y África Occidental.

Dembré: tambor tradicional burkinabé.

Kisgú: prohibición decretada por la tradición.

Bubú: prenda de vestir africana, amplia, que cubre todo el cuerpo.

Tubab: hombre blanco (del árabe tubib, médico).

Tampiri, Bazagha: gamberro, sinvergüenza.

ULCR: Unión de Lucha Comunista Reconstituida, partido político liderado por Valère Somé.

Silem soaba wala zound-weogo: plato de la gastronomía burkinabé.

Capitaine: pescado de río muy apreciado en Burkina Faso.

CNR: Consejo Nacional de la Revolución.

CDR: Comité de Defensa de la Revolución. Miembro de este comité.

Franco CFA: moneda oficial de Burkina Faso y de otros países del África Occidental.

Uagadugú, 15 de octubre de 1987

A las seis de la mañana el presidente Thomas Sankara despertó sobresaltado. La almohada empapada en sudor delataba una noche agitada, un sueño zarandeado por los mismos pensamientos que lo habían mantenido en vela hasta tarde en la madrugada.

Mariam ya se había levantado. Thomas sabía que para ella tampoco la noche había sido apacible. Los rumores sobre el enfrentamiento entre Blaise Compaoré y él llevaban meses recorriendo las calles de Uagadugú. Unas semanas antes, ella había quedado profundamente conmocionada por la carta en que una amiga le aseguraba que la intención del primer ministro era limpiar de obstáculos el camino hacia la presidencia de Burkina Faso. Desde entonces vivía temiendo el momento fatídico, y de poco servían los esfuerzos para tranquilizarla, para asegurarle que las cosas se iban arreglando, que no había nada que temer, que Blaise jamás haría eso.

Apartó la mosquitera y se sentó en el borde de la cama. Auguste y Philippe debían de estar ya en pie, preparándose para ir al colegio, ajenos a las preocupaciones que lo mantenían en vilo. Decidió tomar el desayuno con ellos, quería hablarles, ayudarles en el difícil destino de ser hijos del presidente. Sus responsabilidades lo ocupaban de sol a sol, y poco tiempo le dejaban para dedicarse a ellos. En su interior se debatía un desasosiego que procuraba asumir como el sacrificio de su familia por el sueño de un nuevo Faso.

Se enfundó el bubú y, como cada mañana, recorrió las dependencias del edificio presidencial para saludar a funcionarios, criados, cocineros y anunciarles con su visita que nada le pasaba desapercibido en los asuntos domésticos, por muy atareado que lo tuvieran los de Estado. Ya en el patio, recibió con la acostumbrada satisfacción el impacto de las mañanas de su país, cuando el aire aún no es abrasador y llega cargado de olor a mango y a tierra y del rumor de la ciudad recién despierta.

Blaise Compaoré. Aún recordaba con claridad los meses que compartieron en la Academia de Paracaidistas de Rabat, las largas conversaciones en el cuartel y en los cafetines de la ciudad en que se fraguó el proyecto común sacar a su pueblo del camino que Francia le tenía trazado sobre el mapa del África Occidental. Hablando de los nuevos tiempos, sus charlas se poblaban de palabras ajenas a su país: libertad, independencia, bienestar, dignidad. Aún no habían cumplido treinta años y ya habían decidido que la historia de Alto Volta no se escribiría sin contar con ellos.

No. Blaise no lo traicionaría. Juntos habían hecho la revolución, juntos habían de seguir hasta el final. Era su compañero de armas, su camarada en la revolución. Su hermano.

Durante años habían compartido la misma mesa. Mariam le había servido el *to* a diario, el *kedyenú* en las grandes ocasiones. Auguste y Philippe habían comido sentados sobre sus rodillas y paseado de su mano por las calles de Uagadugú. En casa de sus padres era un hijo más y la amistad que los unía era una leyenda para el pueblo burkinabé.

Era cierto que las cosas ya no iban bien entre ellos. Desde que Blaise había contraído matrimonio, dos años atrás, sus visitas al hogar familiar se habían ido espaciando hasta desaparecer.

En los últimos tiempos, muchos le prevenían contra la conspiración, le advertían: «es un ambicioso», «quiere tu puesto», «te la tiene jurada».

Pero seguía siendo su amigo, su mejor amigo. Y cuando le insistían en que tomara la iniciativa, repetía la frase de Robespierre: «Estoy hecho para combatir el crimen, no para gobernarlo. Aún no ha llegado el tiempo en que los hombres de bien puedan servir impunemente a la patria. Mientras dominen las hordas de bandidos, los defensores de la libertad no serán más que unos proscritos.»

«No, jamás moveré un dedo contra él», murmuró mientras abandonaba, en el patio, la sombra del flamboyán gigantesco que se erguía en su centro. «Si lo hago, todo lo que hemos construido juntos se

derrumbará, y nuestro pueblo volverá a la oscuridad. Seguiremos hablando y arreglaremos todo esto como los que somos: dos hermanos».

*

El capitán Sankara nunca había consentido que el personal de la residencia presidencial sirviera a los suyos. Sólo Ernestine, que ya trabajaba para él en sus tiempos de soltero y que siguió con ellos como un miembro más de la familia, estaba autorizada a ocuparse de la casa y de los niños. Desde el primer día de su llegada al poder había decidido que para ellos la vida debería cambiar lo menos posible. Despojó la residencia de cualquier adorno que les hiciera pensar que eran algo diferente a lo que siempre fueron: los miembros más jóvenes de una familia humilde, austera, honrada. Cuando, como aquella mañana, tenían la oportunidad de pasar unos momentos juntos, la reunión se convertía invariablemente en una fiesta y él hacía gala del sentido del humor con que provocaba carcajadas en mítines, consejos de ministros o reuniones familiares. Sospechaba que Philippe, el hijo menor, no tardaría en pedirle que contara lo que todos en casa conocían como la historia del general.

—Cuenta, padre, cuenta lo del general —dijo finalmente sin poder contener la risa, contagiando a Ernestine y arrastrando a los demás en su felicidad.

—Esta noche lo haré, te lo prometo, antes de que os vayáis a la cama —quiso prolongar la alegría de los niños.

—Padre —intervino, grave, Auguste—. Necesito que sepas algo.

—Dime, hijo —levantó el capitán la mirada por encima de su taza mientras sorbía el café humeante.

—Mis amigos llevan días sin hablarme, en el colegio.

Al mirar a Mariam, el capitán supo que fue ella quien había animado a Auguste a contarle el problema, y que el niño llevaba días sufriendo en silencio, sin tener la oportunidad de buscar consuelo en las palabras de un padre al que pasaba días enteros sin ver. Y como siempre que esto ocurría, tuvo que esforzarse en deshacer el nudo que le iba atenazando la garganta para poder seguir:

—Cuéntame, hijo, ¿qué ha ocurrido?

Fuera, el rumor crecía por momentos, y a las bocinas de coches y motocicletas se unía el griterío de los vendedores ambulantes y la algarabía de la chiquillería de camino a la escuela. Fugaz, la idea de que la vida de los suyos se esfumaba en la calle mientras él pasaba horas en los despachos cruzó la mente del Thomas.

—Hace una semana, el maestro nos pidió que trajéramos un cuento a clase, de nuestra casa o de la biblioteca. Todos debíamos traerlo para leerles a los demás unas páginas. Varios amigos, que saben que tenemos libros en casa, me pidieron que les dejara uno, porque ellos no tienen y no saben cómo hacer para encontrarlo en la biblioteca. Yo les prometí que así lo haría, pero el día llegó y llevé a clase el mío solamente. El profesor se enfadó mucho con los que no trajeron libro y les hizo copiar muchas páginas como castigo. Mis amigos no le dijeron que yo era el culpable, pero desde entonces nadie quiere hablar conmigo.

El capitán miró fijamente a Auguste, que no necesitó esperar a las palabras del padre para saber lo que le estaba preguntando:

—No sé por qué lo hice, padre. Pero sé que hice mal, y me arrepiento. Nadie me habla en el colegio. Les dije que les traería los libros, pero ya no los quieren.

Con una sonrisa, Mariam invitó a su marido a elegir el consejo, la lección. Ella sabía que él se estaba debatiendo entre eso y la reprensión, y que debía aprovechar la oportunidad de socorrerlo en su desamparo. También que los otros niños, además de retirarle la palabra, seguramente le habrían echado en cara ser hijo del presidente, insultado, quizá pegado.

—Escúchame, Auguste. Acabas de cumplir nueve años y a tu edad se cometen errores. Quiero que sepas lo que yo hice en una ocasión, siendo algo mayor que tú. Cuando estaba en el instituto Culibaly, en Bobo-Diulaso, un profesor nos mandó hacer un trabajo que todos consideramos excesivo, injusto. Debíamos rellenar muchas páginas, buscar información durante días. Protestamos, pero no había nada que hacer: el profesor se mantuvo en sus trece y se negó a retirar el trabajo. Al día siguiente, todos los alumnos de la clase nos reunimos en el patio y, después de muchas discusiones, tomamos la decisión de no hacerlo. Sabíamos que si todos respetábamos el acuerdo nada malo nos podría ocurrir. Pero llegó el día de la entrega y tres alumnos se lo dieron al profesor. Tres alumnos habían roto la promesa hecha a los demás y se habían dedicado en esos días a hacer el trabajo. Uno de esos tres alumnos era yo, Auguste. Nosotros tuvimos una buena nota y los demás un cero. Como tú al no llevar los libros a tus amigos, hice mal. Muy mal. Durante mucho tiempo tuve que padecer el desprecio de mis compañeros, y sólo pude ganarme de nuevo su amistad y su confianza demostrándoles con mis actos que aquello había sido un mal paso que jamás volvería a dar. Un mal gesto sólo puede ser borrado con diez buenos. Desde que aquello ocurrió, me juré a mí mismo que nunca más en lo que me quedaba de vida volvería a traicionar a mis amigos. Que nunca nadie podría decir de mí que he incumplido un compromiso. Habla con tus amigos. Diles que te equivocaste y pídeles perdón. Cuéntales que has decidido no caer nunca más en ese error. Quizá no sea hoy, ni mañana, cuando te devuelvan la palabra. Pero ya verás que no tardarán en hacerlo, porque el hombre que asume con humildad y sinceridad sus errores termina siempre borrando el rencor en los demás.

El niño liberó en sollozos el dolor sufrido en silencio durante aquellos días. «Gracias, padre», se abrazó a Thomas con su cartera de escolar en la mano.

—¡Recuerda que esta noche nos tienes que contar la historia del general! —gritó desde la puerta Philippe, camino del colegio de la mano de Ernestine.

Cuando quedaban así, solos en torno a la mesa aún sin recoger, Mariam y el capitán solían prolongar ese momento que los transportaba a la fantasía de ser una familia común, una familia que acaba de entregar a sus hijos al maestro para seguir con su rutina diaria. Mariam alargó los brazos para tomar las manos de su marido; en cuanto su relación empezó a ir en serio, él le había contado la anécdota del instituto de Culibaly, como quien desvela un pasado ominoso antes de proseguir. Mariam sabía hasta qué punto ese acto de adolescente había pesado sobre su vida; y cómo en esos tiempos en que todos le animaban a eliminar a su amigo Blaise volvía a hacerse presente la promesa que se había hecho a sí mismo tras traicionar a sus compañeros de clase.

*

Sankara siempre había encontrado en el sobrio complejo residencial el mejor acomodo a su empeño de gobernar el país desde la austeridad, y rechazado de plano cualquier propuesta de construcción de un palacio presidencial a la altura de su cargo. Había convertido una de las habitaciones de la residencia en lugar de trabajo, para pasar en ella las primeras horas de la jornada y recibir a amigos, a colaboradores de confianza y a algunos invitados extranjeros. «Mi refugio», la llamaba. A ella se dirigió tras despedirse de Mariam, con la conversación mantenida con su hijo Auguste aún merodeando en su interior. Eran las siete y media de la mañana y el calor se anunciaba con fuerza. La primera orden del día fue dirigida a su chófer:

—Vete a recoger a Valère Somé a su casa y dile que lo espero aquí.

A las ocho de la mañana entraba en la habitación su colaborador. Somé encontró al presidente sentado en el sofá, tomando notas en un cuaderno. Al verlo vestido con chándal, cayó en la cuenta de que era jueves. Sankara, desde su acceso al poder, había declarado los lunes y jueves días de deporte colectivo. Los funcionarios de todo el país estaban invitados, durante su horario de trabajo, a dedicar

una hora y media a la práctica de algún deporte. En el complejo presidencial, el baloncesto y el balonmano eran los que practicaban presidente y consejeros tras los preceptivos ejercicios de calentamiento.

—Jueves 15 de octubre de 1987 —dijo Valère Somé—. Buenos días, camarada presidente.

—¿Qué haces a estas horas en tu casa? —devolvió el saludo el capitán—. ¿No tienes un despacho en el Consejo de la Entente? ¿No deberías estar ya en él, como cualquier funcionario?

En las aguas revueltas por la conspiración, Somé se había convertido en una de las escasas personas en que Thomas confiaba por entero. Durante un año, había sido su ministro de Educación Superior. Líder de uno de los partidos que integraban el Consejo Nacional de la Revolución, llevaba meses advirtiendo al presidente sobre las intenciones de Compaoré.

«No creo que quiera matarme», le había contestado en una ocasión. «El único peligro es que, si se niega a hacerlo, no faltará quien, desde el extranjero, le sirva el poder en bandeja de plata organizando mi asesinato.»

Al abandonar su Ministerio un mes antes, Somé recibió el encargo de redactar el bosquejo de un nuevo programa político en consonancia con el anuncio, dos meses antes por el PF de la nueva etapa de Rectificación.

—Me diste hasta el 6 de octubre para terminar el trabajo. Te lo entregué el día 1 y te anuncié que me tomaría unos días de vacaciones —se defendió.

Somé sabía que el presidente no lo había convocado para hablar de eso, que simplemente deseaba compañía y que, de cuando en cuando, sacaría algún tema de conversación. Se sentó a su lado en el diván y empezó a rasgar la guitarra que el capitán siempre tenía a mano, mientras éste seguía concentrado en sus notas. Al cabo de un rato Somé descubrió lo que lo tenía tan ocupado. Redactaba su intervención para la reunión que mantendría a las ocho de la noche con los oficiales impulsores de la revolución. Estaba decidido a poner punto final a una crisis que ya había durado demasiado. Le tendió el cuaderno a Somé, invitándole a leer en voz alta un párrafo subrayado:

> Sean cuales sean las divergencias que hayan podido existir o que sigan existiendo, deben encontrar y encontrarán su solución en la confianza que sabremos establecer entre nosotros. De modo que, a partir de este momento, trabajaremos en el empeño de restaurar y preservar esa confianza.

*

A la hora acordada, un Peugeot 205 salía del recinto de la Presidencia. En el asiento delantero, junto al chófer, viajaba Thomas Sankara, de camino a su cita semanal con el secretariado del Consejo Nacional de la Revolución, órgano máximo de dirección del país. Aunque no era ese encuentro lo que el que más le preocupaba al presidente, sino el que tenía previsto mantener esa misma noche con sus compañeros de armas, Compaoré entre ellos. Ahí cerraría definitivamente el contencioso con Blaise.

El Peugeot 205 enfiló la avenida de la Resistencia 17 de mayo. Al pasar delante del Hotel Indépendance, el presidente recordó que a la mañana siguiente tenía la última entrevista con el periodista francés que preparaba, para el periódico más prestigioso de su país, un reportaje de fondo sobre la revolución burkinabé. En su última cita, tres días antes, le había prometido «informaciones jugosas» sobre los intentos de desestabilización que el régimen venía sufriendo desde hacía meses. «Informaciones jugosas que llegan de aquí y del extranjero», había despedido al periodista, fiel a su costumbre de dejar en vilo a sus interlocutores.

Había meditado mucho la decisión de contar lo que sabía, pero de alguna manera tenía que afrontar el problema, que se presentaba en dos frentes. En el frente interno, no habría grandes

dificultades en controlar a Blaise: la mayor parte del ejército estaba de su parte, y el gobierno estaba bajo su control. Pero se sentía incapaz de hacerlo. Prefería verse apartado del poder a ordenar el asesinato de quien durante años había sido su compañero inseparable. Demasiadas cosas los unían. Habían compartido lo mejor de sus vidas, juntos lo habían dado todo por el sueño de la Revolución. Matar a Blaise significaría la derrota de su proyecto. Y un mensaje nefasto a su pueblo, que veía en ellos al tándem heroico que luchaba por devolverle la dignidad.

No. Esa misma noche pondría en marcha la reconciliación.

El sargento Der Somda, chófer del presidente, comprobó por el retrovisor que el coche blanco de marca japonesa en que viajaban los guardaespaldas los seguía de cerca. Al capitán no le pasó desapercibido el gesto:

—Tranquilo, Der, últimamente estáis todos muy nerviosos —le sonrió.

En el frente externo la cuestión era más complicada. Desde el extranjero había presiones. Tenía descontento a más de un gobierno. Por su insumisión a los intereses de otros, por su descarada sinceridad, por el liderazgo que ejercía sobre la juventud africana. Y tenía constancia clara de que la conspiración no sólo se cocinaba en el interior del país. De ello le hablaría al periodista, y le entregaría documentos, pruebas irrefutables. Así la conspiración saldría a la luz ante el mundo entero y neutralizaría también el frente extranjero, ¿porque qué mejor manera de defenderse de un ataque que desvelar ante todos las armas del enemigo?

—Hemos llegado, camarada presidente —aparcó el sargento Somda el coche presidencial ante la entrada del pabellón Alto Volta.

—Las botas, Der, las botas —le recriminó el PF antes de descender del vehículo.

El chófer contestó con la mueca de un niño atrapado en plena travesura. La limpieza en la indumentaria y la higiene personal eran norma de obligado cumplimiento para todos los funcionarios del Estado, fueran chóferes o ministros. Si bien el capitán aceptaba de buen grado la austeridad, y hasta el remiendo en la ropa, los zapatos debían aparecer siempre lustrados y los calcetines mantenerse pegados al tobillo. Cuando alguien entraba en su despacho, su mirada se dirigía antes a estas dos prendas que al rostro del visitante. Nunca nadie pudo decirle, en esto, que no fuera el primero en dar ejemplo.

—Si las calles de Uaga estuvieran asfaltadas, quizá sería más fácil para alguien que se pasa el día en ellas, como yo —replicó el sargento.

—Cierto, Der, cierto. Pero hasta que llegue ese momento, que no te falte nunca en el coche un trapo y betún —dio por concluida la conversación, ya fuera del coche.

Durante unos instantes, se mantuvo en pie de espaldas al pabellón Alto Volta. La estación de las lluvias tocaba a su fin y el olor de la tierra empezaba a perder su mejor aroma. A esa hora, el sol dictaba su ley en todo el país, implacable. Se pasó un pañuelo por la frente para desembarazarse del sudor antes de empezar la reunión. Algún día las calles de Uagadugú estarían cubiertas de asfalto, y los días de harmatán dejarían de ser una pesadilla para sus habitantes. Sus detractores tenían razón en una cosa: las prisas por aliviar las penalidades de su pueblo le habían hecho cometer errores. Por eso había anunciado en Bobo-Diulaso que la Revolución iniciaba una nueva etapa, y la llamó Rectificación. Había que hacer una pausa, analizar logros y errores, deshacer los numerosos entuertos cometidos, implicar al pueblo sin atropellarlo. Y para ello era imprescindible recuperar la estabilidad política, el clima de ilusión y colaboración que había prevalecido en los primeros tiempos de la Revolución.

Animado por estos pensamientos, se internó en el Consejo de la Entente. Los ocupantes del coche japonés, que no le habían quitado ojo de encima, pudieron al fin relajar su vigilancia.

Al pie de la escalera lo esperaba el grupo de asesores que formaba el secretariado presidencial. Thomas bromeó sobre el hecho de ser el único en llevar chándal, y la reunión empezó, cordial.

En ese mismo instante, dos coches irrumpían en el recinto del Consejo de la Entente. Un Peugeot 504 conducido por el caporal Maiga, guardaespaldas de Blaise Compaoré, se dirigió hacia el coche presidencial. Al volante de una Galante azul, el sargento Yacinte Kafando, lugarteniente del mejor amigo del capitán, se lanzó contra los hombres apostados ante la puerta del pabellón.

Los primeros disparos se escucharon a los pocos minutos de iniciado el encuentro. El chófer del presidente fue el primero en caer, y otros cinco soldados murieron en el tiroteo. El caporal Nadié y el sargento Kafando se precipitaron escaleras arriba, hacia la sala de reuniones. Allí, todos sus ocupantes se habían refugiado tras los sillones. Pero de inmediato, el presidente reaccionó. Se levantó, dejó escapar un suspiro profundo e intentó tranquilizar a los demás:

—No os preocupéis, es a mí a quien buscan.

Mientras se dirigía a la puerta, una imagen se le cruzó como un rayo. No era la de su amigo Blaise, ni la de la muerte que le esperaba detrás de aquella puerta, sino la de su hijo Philippe esperando en la cama a que apareciera su padre para cumplir la promesa de contarle la historia del general.

Salió de la sala con los brazos en alto y la pistola en la mano derecha. Frente a él estaban los hombres de Blaise. El primero en descargar su kalashnikov sobre Sankara fue el caporal Nadié. Una bala se le alojó en el hombro. A pesar de la herida, pudo adentrarse en un pasillo y abalanzarse sobre el pomo de la puerta de uno de los despachos. Pero quienes ahí se encontraban, al oír los primeros disparos, habían echado la llave. Regresó entonces hacia sus asesinos para enfrentar la muerte, y recibió el segundo disparo en la frente. Titubeó, cayó de rodillas, se mantuvo así durante unos segundos, hasta derrumbarse a los pies de Nadié y de Kafando.

Los asaltantes entraron después en la sala de reunión y el tiroteo empezó de nuevo. Todos los compañeros del presidente fueron abatidos. Todos, menos uno, que milagrosamente no fue alcanzado por las balas y pudo escapar: Alauna Traoré. Siete muertos en el pabellón, seis en el exterior. Trece muertos, trece fosas cavadas a toda prisa esa misma tarde en el cementerio de Dagnoen. Sobre cada una de ellas, una tabla de madera con una hoja de papel indicaba el nombre de su ocupante.

Centenares de burkinabé fueron a recogerse ante las trece tumbas. A falta de discursos oficiales, la fosa del capitán acogió, grabados sobre la tabla de madera, los testimonios de los suyos, los que siempre lo habían llamado el presidente de los pobres. Uno de ellos rezaba:

> Gloria a ti, Thomas Sankara, digno hijo de Burkina.
>
> Un héroe no muere jamás. Todos somos Sankara.

Otra ginebra, amigo Albert

Como quien busca solución a un misterio insondable en el fondo de un vaso, la mirada clavada en el deshielo de los cubitos que a duras penas mantenían fresco su gin-tonic, Emmanuel Durant permanecía petrificado sobre su banqueta, acodado a la barra del bar Le tam-tam. Quizá porque interpretara que su cliente fuera víctima del síndrome que, cuando el sol aprieta en Uagadugú, parece exprimir la energía de los *tubab* hasta la última gota, acudió en su auxilio el camarero:

—¿El señor desea tomar algo más?

Emmanuel despertó de su letargo para darse de bruces con la mirada preocupada del empleado:

—No me llames s*eñor*, Albert, ya te lo he dicho mil veces. Me llamo Emmanuel —buscó una excusa para justificar la irritación de verse sorprendido en estado de trance—. Em-ma-nu-el —repitió, didáctico—. ¿Quieres que te llame yo *señor* cada vez que me dirija a ti? Y sí, quiero otra copa de estas, con mucho hielo, por favor.

—De acuerdo, señor Emmanuel —soltó una carcajada Albert, divertido por el empeño del *tubab* en que lo llamara por su nombre—. Pero si me coge el jefe hablándote así, estoy listo. Estamos en el Hotel Indépendance, nos dice, el más elegante del país, y aquí el cliente es el rey.

Llevaba dos semanas alojado ahí, y había simpatizado con el camarero de Le tam-tam, donde se refugiaba para huir de los turistas europeos que sólo salían del hotel muy de vez en cuando, ataviados de safari, armados de videocámaras, para incorporarse a una larga caravana de todo-terreno en busca de una manada de elefantes que jamás alcanzarían a encontrar.

En Albert descubrió a un conversador avispado e informado, y sus consejos le permitieron conocer los mejores rincones de la ciudad, y más de un secreto inaccesible al común de los *tubab*.

—Dime, Albert —preguntó sin quitar ojo de la botella de Gordon's hasta comprobar que la medida servida era la mínima aceptable—, ¿qué piensas tú del presidente?

—¿Del presidente?

—¡Sí hombre, del PF!

—¡Ah, el PF! —respondió el camarero con la satisfacción de quien aborda su tema preferido.

Así era llamado Thomas Sankara por todos en el país, «Presidente del Faso». Emmanuel aprovechaba cada día la locuacidad de Albert para indagar sobre aquel personaje que, en unos pocos años, había sido erigido en mito por la juventud africana.

—Es el mejor —se acercó Albert, bajando la voz—. El mejor, ¿comprendes? No hay otro como él. ¿Qué era nuestro país antes? Nada. Un punto perdido en el mapa. Pero desde que él está, todos hablan de Burkina Faso. Donde quiera que vaya se convierte en la estrella. ¿Por qué? Porque siempre dice la verdad. Habla claro, claro como el agua. Da igual quién esté delante. Tendrías que haber visto la cara que se le puso a tu presidente cuanto dijo cuatro verdades delante de él. Aquí nadie se pierde un discurso suyo en la tele. Y los mítines, ni te lo imaginas en los mítines...

—De acuerdo —intentó frenar al camarero—, ¿pero por qué hablas tan bajo?

—No todos lo quieren. Algunos lo odian a muerte. Hay que tener algo aquí para comprender quién es el PF —se llevó el índice a la frente—. Además, las cosas se están poniendo feas entre él y su amigo Blaise. Algunos comentan que la situación está a punto de estallar, que en cualquier momento nos llevamos una sorpresa.

—¿Es cierto lo que cuentan, que muchas noches sale de incógnito, para conocer de cerca los problemas del país? —llevó Emmanuel la conversación a su terreno.

—¡Claro! Y no sólo aquí, en la capital. A veces aparece en pequeños poblados, muy lejos, para hablar con la gente, preguntarle por sus problemas. ¿No te han contado lo que ocurrió el año pasado en

un barrio de Uaga?

—¿Qué ocurrió?

—No hay nadie que no lo sepa en la ciudad. En una ocasión salió solo, sin guardaespaldas, en plena noche. Ya sabes cómo son las noches aquí: oscuridad total. Se adentró en el barrio de Dagnoen, uno de los más pobres. Ahí, como en otros muchos sitios, existen bares que hoy están y mañana no, puestos que instala alguien sin permiso y a la noche siguiente se lo lleva a otra parte. Mucha gente va allí a tomarse un café con leche, y eso hizo el PF también. Se sentó, y cuando se le acercó el dueño del chiringuito le preguntó, como buen burkinabé, el precio del café con leche antes de encargarlo. Cuando le dijo lo que le iba a costar, el PF protestó. «¿Cómo? ¿A ese precio vendes un café con leche? ¿Acaso te has vuelto loco, o crees que soy un *tubab*?» El otro, indignado, le preguntó si no sabía lo caro que estaba todo desde que en el país manda el desgraciado de presidente que tenemos. «Este país se ha convertido en un infierno desde que él llegó. El presidente de los pobres, le llaman, y yo me muero de risa cada vez que escucho esa estupidez». El PF le dio la razón y pidió su café. Después de tomarlo sin prisas y de pagar el precio convenido, se despidió del patrón y regresó por donde había venido. ¿Otra copa, Emmanuel? —se interrumpió el camarero al ver que su cliente apuraba la que tenía entre manos como si le fuera la vida en ello.

—Sí, por favor, pero la última. No me sirvas otra aunque te lo suplique de rodillas —a esas alturas de la tarde, el calor le había pegado ya la camisa a la piel, y la piscina que tenía a su espalda lo reclamaba con urgencia—. ¿Y qué pasó entonces?

—Pues pasó lo que tenía que pasar. Que nada más irse del lugar, todos se abalanzaron sobre el patrón para advertirle que acababa de llamar desgraciado al mismísimo presidente de Burkina Faso, ¡y nada menos que en sus propias narices! —las carcajadas de Albert contagiaron a Emmanuel y una pareja de turistas volvió hacia ellos una mirada entre divertida y recriminatoria.

—No tardó más de cinco minutos en despedir a su clientela y recoger sus trastos, seguro de que le esperaban la cárcel y una buena tunda —prosiguió el camarero—. Pero no pasó nada. El PF no hace esas salidas para castigar, lo que quiere es conocer mejor los problemas de la gente.

—¿Y qué fue del patrón?

—Cuentan que al día siguiente desapareció de la ciudad con toda su familia. Unos dicen que se instaló en Bobo, otros que está en Bani. Lejos, muy lejos de Uaga, en todo caso.

La llegada de un grupo de alemanes reclamó la atención de Albert, y Emmanuel aprovechó la tregua para volver a sus cavilaciones. Lo que le tenía tan absorto era la promesa del presidente de desvelarle, en su próximo y último encuentro, las conexiones exteriores de la conspiración. Si desde que recibió el encargo del director del periódico para el que trabajaba, y sobre todo si desde que pisó suelo burkinabé dos semanas atrás sentía que algo estaba cambiando en su vida, ahora, tras las tres entrevistas mantenidas con el PF y con la más importante, la que quedaba por delante, se sentía desbordado por un sentimiento de excitación que a duras penas lograba controlar con la ayuda de los largos paseos por la ciudad y las copas junto a Albert.

En el periódico ocupaba un simple puesto de redactor de internacional, y jamás su trabajo lo había llevado fuera del país. Cuando preguntó por las razones de su elección para hacer el reportaje, el jefe respondió con un poco convincente «para darte una oportunidad». Sin duda, otros mejor situados que él habían rechazado la oferta por no tener que pasar quince días en un país poco apetecible para adeptos del Hilton y de despachos enmoquetados. El PF había exigido —para aceptar un reportaje de esa envergadura, que debía aparecer en tres entregas— repartir las entrevistas a lo largo de dos semanas. Conocía la importancia del diario en que iba a ser publicado y sabía que sus rifirrafes con Mitterrand no habían pasado desapercibidos en Francia. La imagen de su país, y sobre todo la de su revolución, estaban en juego, y no estaba dispuesto a jugársela a una sola carta.

—Este es un encargo de mucha confianza, Emmanuel —le advirtió el jefe antes de la partida—.

Tendrás delante a un peso pesado, un comunicador nato. Es un personaje afable, abierto, pero sumamente orgulloso e inmensamente sensible a cualquier tufillo colonialista, y al menor desliz de autosuficiencia te cerrará casi todas las puertas. Humildad, inteligencia y acercamiento ideológico serán las claves del éxito. Y mucho trabajo previo, preparación minuciosa de las preguntas. Nada de improvisación. A partir de este momento tienes quince días para preparar tu tarea en casa. Y el día primero de octubre, a Uaga.

Lo que no podían imaginar en ese momento ni el jefe ni los popes de internacional que rechazaron el encargo era que Thomas Sankara se proponía desvelarle a él, Emmanuel Durant, sus secretos mejor guardados. Una bomba, el sueño de cualquier reportero.

—¡Albert, otra copa! —se dejó llevar por el entusiasmo.

—Ni aunque me la pidas de rodillas —replicó el camarero, sembrando el estupor entre los demás ocupantes de la barra.

Encajó la respuesta con humor y se batió en retirada hacia la piscina, despojándose de la segunda piel en que se había convertido su camisa. Bajo la ducha, agradeció la negativa de Albert a seguir sirviéndole alcohol. La entrevista con el PF tendría lugar a la mañana siguiente a las nueve. A las ocho y media lo recogía en el hotel el chófer del presidente y su avión partía hacia París a las diez de la noche. Ya habría tiempo para los gin-tonic, ahora tocaba mantener la mente despejada. El último asalto no estaba aún en el bolsillo, y como le advirtió su jefe, cualquier desliz podía hacer añicos el cántaro de la lechera.

Se sumergió en el agua fría de la piscina para desembarazarse de la modorra que —con la ayuda del alcohol y del calor— se había adueñado de él. Necesitaba dar un repaso exhaustivo a lo hablado hasta el momento con el presidente, revisar sus notas para la última entrevista, definir la estrategia a seguir ante el gran estratega. Sacó su bloc y se tendió en una tumbona, a la sombra de una ceiba. Sobre él reinaba el cielo africano, surcado por estratos, un cielo que parece no tener fin, indicarte el camino del infinito.

*

El primer encuentro había encarrilado la relación entre ambos hombres. De nada le sirvieron a Emmanuel los ensayos ante el espejo de su habitación, repetidos hasta unos minutos antes de la cita. De nada, la memorización de palabras de cortesía para adornar la llegada a la residencia, la inevitable charla previa, la despedida. Desde el primer instante, todo ello resultó innecesario gracias a la actitud informal y amistosa del presidente, que tomaba así la delantera en la batalla por alcanzar posiciones ventajosas de salida. Ataviado con su traje azul marino y atenazado por una corbata poco apropiada a los cuarenta grados que, ya a esa hora, se desplomaban sobre la ciudad, el periodista se encontró frente a un hombre sonriente, afable, vestido con esas prendas ligeras y cómodas, cortadas en cotonada, que el pueblo había bautizado «Llega Sankara». Desde su acceso al poder, esta prenda había sustituido la ropa importada que invadía los mercados del país. Bastó con un par de apariciones públicas con ellas para que ministros y consejeros siguieran el ejemplo. Las consignas lanzadas por todo el país, al amparo de su famoso «Consumamos burkinabé», bastaron a la recuperación de la indumentaria tradicional, y con ella a la de los oficios de desgargolar, cardar, hilar y tejer que dieron empleo a miles de hombres y mujeres.

—Algunos nos acusan por esto de chovinistas, lo he podido leer en cierta prensa de su país —contestó a Emmanuel cuando este le planteó la cuestión—. Pero en estos días, en el metro de París, unos carteles enormes anuncian que «Dos de cada tres productos comprados en Francia son fabricados en el extranjero. Consuma francés». Y Mahatma Ghandi, a pesar de no haber ejercido jamás el poder en su país, supo transmitir a su pueblo el orgullo de vestirse con cotonada local, y dio con ello un

impulso formidable a la actividad textil.

Se habían instalado a charlar en el tresillo colocado en una esquina del despacho. Antes, para romper el hielo, el PF le invitó a desembarazarse de «esa ropa incómoda y anticuada que tienen ustedes la costumbre de usar», y a despreocuparse por la formalidad en el vestido en sus próximos encuentros:

—Cuanto más cómodos nos sintamos, más fructífera será nuestra conversación. Y ahora, si lo desea, tiene usted unos minutos para merodear por mi despacho: así evitaremos que tenga que estar estudiándolo de reojo mientras hablamos.

Emmanuel agradeció el recibimiento y, aliviado por la ruptura de todos los planes que traía preparados, aceptó la invitación a la confianza y afrontó el encuentro relajado. Se encontraba en un despacho sencillo, en el que nada hacía sospechar que se trataba del centro de decisiones más importante de un país. La efigie del Che Guevara adornaba la silla del despacho:

—Para mí, el Che encarna todas las virtudes de una auténtica revolución —contestó el PF a la pregunta del periodista—. Él podría haber llevado una vida cómoda entre los suyos; sin embargo, optó por entregarla a sus ideales. Quienes hoy luchamos por esos mismos ideales somos denostados por los gobernantes del mundo que se hace llamar civilizado. Llaman provocación a las verdades que nosotros proclamamos, mientras que las mentiras que ellos cuentan se convierten en verdades absolutas. Nuestra lucha por la independencia y el bienestar de nuestros pueblos es tachada de insumisión, y el saqueo que ellos hacen de nuestras riquezas se llama obra civilizadora. Los gobiernos que instauran allá donde les conviene son democracias en construcción, los que buscan la libertad de su pueblo son dictaduras deleznables. Así escriben ellos la historia, y así se la aprende la mayor parte de la Humanidad. Por eso prefiero sentir a mi lado al Che antes que a cualquiera de ellos.

Emmanuel Durant dedicó el resto de la primera entrevista a los temas que sabía del agrado del PF. Ya habría tiempo en los días venideros para abordar las cuestiones más espinosas. Ambos sabían que en un reportaje de esa naturaleza, no hay lugar para la complacencia.

—Háblеme de una frase que recorrió el mundo: «Mi Casa Blanca es Harlem» —el periodista sonrió, junto a la piscina del Indépendance, al rememorar la satisfacción con que el PF acogió la pregunta. Con la caída de la tarde, el sol iba apiadándose de la ciudad. Los acordes de una kora parecían llegar de otro mundo, al otro lado de la empalizada que separa la ciudad del oasis para turistas en que se alojaba.

—Existe una tradición, que en absoluto comparto, pero que cumplí para no ser acusado de llamar continuamente la atención —había explicado el presidente—, que obliga a los jefes de Estado a hacer llegar con antelación a la Casa Blanca los discursos que tienen previstos pronunciar en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Así que eso hice, antes de salir para Nueva York en octubre de 1984. Como habrá adivinado, el objetivo es que los consejeros del presidente de los Estados Unidos le echen un vistazo a esos discursos y sugieran las correcciones que consideren pertinentes. Pues bien, yo recibí algunas de esas sugerencias, todas ellas pidiendo que retirara las acusaciones dirigidas a los países más poderosos, acusaciones que ellos consideraban excesivas. Por supuesto, y a pesar de las durísimas presiones a que fuimos sometidos, me negué, porque mis afirmaciones únicamente respondían a la verdad, y un Jefe de Estado debe subirse siempre a una tribuna a defender la verdad. Así que Ronald Reagan, para castigarme, decidió no recibirme en la Casa Blanca, tal como la costumbre lo requiere y exigen las normas elementales de cortesía hacia un Jefe de Estado extranjero que pisa tu país. Fue entonces cuando declaré que mi Casa Blanca era Harlem y me trasladé a aquel gueto negro de Nueva York. Fui, por cierto, el segundo jefe de Estado en hacerlo, después de Fidel Castro. Ahí me recibieron con los brazos abiertos y me sentí como en casa, desde luego muchísimo más a gusto que con Ronald Reagan. Pocos momentos de mi vida han sido tan emotivos como aquella visita a Harlem.

—Dicen que su discurso en aquella Asamblea General fue uno de los más aclamados que se

recuerda en la historia de la ONU —preguntó Emmanuel.

—Aquella Asamblea era la oportunidad de denunciar ante el mundo la verdad sobre las relaciones internacionales. De defender el derecho de aquellos pueblos sometidos al imperialismo y al neocolonialismo a su dignidad, a su independencia, a vivir decentemente, a no morir de hambre. Habría traicionado a mi pueblo y a nuestra Revolución de no aprovechar esa tribuna para proclamar lo que proclamamos en nuestra propia casa, para dar voz no sólo a los pobres de Burkina Faso, sino a los de toda África, a los de todo el planeta. No esa voz que ellos, los más ricos, quieren escuchar, la de la sumisión y la de la solicitud, no. La voz de la denuncia, una voz que revele al mundo por qué los países poderosos exigen democracia en su casa y ponen o apoyan ahí donde les conviene a dictadores sanguinarios y analfabetos para que, a cambio de darles carta blanca en el desfalco de los recursos de sus países, les sirvan en bandeja toda la materia prima que necesitan para que siga funcionado su maquinaria del bienestar. ¿Quién quitó a Lumumba, quién puso a Mobutu? ¿Por qué los dictadores africanos permanecen en su sitio durante décadas y los gobernantes honestos que buscan lo mejor para su pueblo son eliminados a la primera de cambio? ¿Por qué debemos seguir pagando una deuda que, a pesar de haber sido ya abonada cien veces en forma de intereses, se sigue incrementado día a día, que absorbe la mitad de nuestros raquíticos presupuestos anuales y nos impide toda posibilidad de desarrollo? ¿Quién nos paga la deuda que contrajeron con nosotros cuando se llevaron a millones de africanos para servirles como esclavos, despoblaron nuestro continente de sus mejores manos, desorganizaron todas sus estructuras sociales y lo sumieron en un marasmo que hasta hoy llega? ¿Quién nos desembolsa la deuda contraída durante las largas décadas de la colonización, que nos privaron de nuestros mejores recursos, hundieron a nuestros pueblos en la indignidad, escamotearon cualquier posibilidad de desarrollo? ¿Y la que siguen contrayendo con el neocolonialismo que practican estados cuyos jefes estaban sentados en esa misma sala, considerados además como los más respetables del planeta? ¿Por qué siguen golpeando a aquellos países que se desvían un ápice del sometimiento absoluto, utilizando sus armas predilectas, como las grandes instituciones financieras internacionales, sí, el FMI y el Banco Mundial y, cuando eso no basta, sus otras armas, las que matan, tomadas por sus propias manos o puestas en las de otros? ¿Cómo podía callarme ante la gran farsa del mundo cuando tenía a mi lado a sus grandes protagonistas? Hablé también de la mujer, sometida a un sistema de explotación impuesto por el hombre, del niño, del niño del pobre que padece hambre y que se extasía ante el escaparate de la tienda bien surtida del rico, ese escaparate del que lo separa una valla, esa valla ante la que se topa con un policía. En fin, dije todo lo que tenía que decir. La verdad, sólo la verdad, esa que tanto duele a los mentirosos del mundo que han erigido su imperio sobre una mentira hecha a su medida. Una mentira que les funciona como si fuera la mayor de las verdades. Y fue esa verdad declarada, y no yo, la que recibió aquella histórica ovación en la trigésimo novena sesión de la Asamblea General de la ONU.

La voz de Albert sustrajo al periodista de sus pensamientos:

—Si el señor desea tomar un zumo, o un refresco... —dijo con desparpajo.

—No, gracias —rió Emmanuel—. Oye, acércate un momento. ¿Sabes guardar un secreto?

—Ni al propio PF se lo desvelaría —contestó intrigado el camarero.

—Pues a él menos que a nadie, porque lo que te tengo que decir es que mañana por la noche me voy, pero antes, por la mañana, paso unas horas con él.

—Venga, Emmanuel, déjate de bromas. El alcohol te ha trastornado.

Hasta ese momento, el periodista había mantenido en secreto su misión en Uagadugú. Pero la proximidad del gran día, y también de la partida, dejó que la excitación interior que lo ganaba por momentos se aliviara al compartir su secreto con el joven amigo, sankarista entusiasta por añadidura, del que se había encariñado. Terminó por convencerle de que no sólo le decía la verdad, sino que además se había estado viendo con su ídolo aquellos días. Tras prometerle más información antes de

salir hacia Francia, le recordó que un secreto es sagrado, y sintió cómo el aprecio que el joven le tenía se convertía por arte de magia en admiración.

*

El reloj del bar se aprestaba a marcar las cuatro de la tarde. Pronto convendría emprender la retirada hacia la habitación, encender el aire acondicionado, descansar si fuera posible. Rechazó, no sin esfuerzo, la idea de tomarse una última copa y aplazó su particular batalla con el alcohol hasta después de la cena. Se recreó por unos instantes en la elección del plato para esa noche en el restaurante del hotel. Nada de salidas nocturnas hoy, había decidido. La última, dos días antes, acabó convertida en un deambular por los innumerables chiringos de Uaga, con el saldo a favor de una legión de nuevas amistades hechas a base de rondas de cerveza, pero amistades al fin y al cabo, y, en contra, de la dura experiencia de una mañana de resaca a más de cuarenta grados a la sombra. La pena era que el periódico, ahorrativo al máximo, dispusiera su vuelta a las pocas horas de terminada la entrevista con el presidente. Porque no había un vuelo más temprano —suspiró—, de lo contrario se veía saliendo directamente del edificio presidencial hacia el aeropuerto. De vuelta a casa, a su Francia de Mitterrand. Imposible no sonreír al recordar el encuentro de este con Sankara, y la regañina que el homólogo francés le dedicó en su visita a Burkina, irritado por el descaro con que el joven PF plantaba cara a un estadista de su envergadura: «Tenéis un presidente muy fogoso. A los treinta y cinco años, yo también era como él. Pero ahora le doblo la edad y le animo a que siga siendo así, pero no demasiado», dijo Mitterrand en aquella ocasión. El presidente socialista recibió como una provocación, como una humillación incluso, las palabras del PF ante sus propias narices:

> Por pertenecer, entre todas las razas humanas, a aquellas que más han sufrido, nos hemos jurado no aceptar nunca más, ni en la menor parcela de nuestro territorio, cualquier denegación de justicia.

Otras palabras de Sankara, en rueda de prensa esta vez, provocaron la reacción furibunda de Mitterrand:

> No hemos comprendido cómo Jonás Savimbi, de Angola, y Pieter Botha, líderes del apartheid en Sudáfrica, pudieron recorrer libremente una Francia tan hermosa y limpia. La mancillaron con sus manos y sus pies cubiertos de sangre. Y todos los que les permitieron hacerlo son los responsables absolutos, aquí y en cualquier otro lugar, hoy y siempre.

Emmanuel volvió a dirigir la mirada hacia el reloj del bar, situado detrás de la barra, y se percató de que Albert lo observaba, incrédulo, como quien descubre de repente haber pasado unos días con un marciano. Cuatro y cuarto de la tarde, ha llegado el momento del último chapuzón en la piscina —decidió—, y de una siesta reparadora. Se lanzó al agua, sabedor de que era su último baño en Uaga. A modo de despedida, se tendió boca arriba y dejó que el agua le hiciera de colchón mientras disfrutaba de ese cielo que tanta atracción ejercía sobre él. Apenas llevaba unos minutos en esa postura cuando el estruendo de varias ráfagas de metralleta lo arrancaron violentamente de la contemplación del cielo. Una bandada de pájaros trazaba una hermosa V negra sobre el fondo azul. Instintivamente dirigió su mirada hacia Albert. Este alzó los hombros por toda explicación, pero no pudo ocultar una mueca de terror. El silencio se hizo absoluto en los jardines del Indépendance. Todos miraban hacia las nubes, único punto de contacto con el mundo exterior. Algunos turistas se levantaron apresuradamente de las

hamacas para dirigirse a sus habitaciones. El rumor de la calle, al otro lado de las murallas del hotel, también se había desvanecido. Una nueva ráfaga volvió a conmocionar a clientes y empleados, luego otra, y otra más. Ahora sí, el pánico se desató en diversas direcciones. La mayoría de los clientes corrió hacia el interior del hotel. Otros, como Emmanuel Durant, se asomaron a la calle junto a los trabajadores. Allí, la ciudad parecía despertar súbitamente del letargo en que se sumió minutos antes. Una multitud corría hacia el lugar de donde procedían los disparos. Otros, más prudentes, buscaban el camino a casa. Como surgidas del interior de la tierra, decenas de bicicletas y motocicletas se pusieron en marcha, abriéndose paso entre los peatones y automóviles que se disputaban la calzada milímetro a milímetro. Dos empleados recibieron la orden de cerrar la verja del hotel. Albert leyó la duda en el rostro de Emmanuel:

—No salgas, Emmanuel. Dentro de poco sabremos qué ha ocurrido. Y sea lo que sea, ahí fuera estarás en peligro.

El periodista obedeció, aún pegado a la verja. Cuando estaba a punto de cerrarse, un hombre de mirada extraviada se aferró a ella:

—Miseria, miseria. Buitre, carroña, lepra. Carroña, miseria...

—Dejadlo entrar —exclamó Albert—, es el repartidor de cervezas. Siempre habla así —tranquilizó a Emmanuel.

El repartidor fue a refugiarse con su letanía detrás de la barra. Los escasos clientes que permanecían en los jardines del hotel se congregaron en torno a una mesa, a la espera de noticias.

Al cabo de una hora, Emmanuel abandonó el grupo para hacer compañía a Albert, que desde su puesto en la barra no le quitaba la mirada de encima.

—¿Una copa? —sonrió a su amigo para infundirse ánimo a sí mismo.

—No, gracias, Albert.

La señal inequívoca de que algo importante acababa de ocurrir la dio la radio nacional, con los primeros compases de una marcha militar. Unos instantes más tarde, alguien se acercó hasta Albert y le susurró unas palabras al oído. El periodista adivinó el mensaje en los ojos húmedos de su amigo:

—Han matado a Sankara, Emmanuel —anunció, y se deshizo en sollozos sobre la barra de Le tam-tam.

A los pocos minutos se repuso, quizá porque sabía que llegaba el tiempo en que los héroes se convierten en villanos, y sus seguidores en delincuentes. Sin preguntar, alargó la mano hasta la botella de Gordon's y sirvió una ración generosa de ginebra a su amigo, que andaba con la mirada perdida en las alturas.

El cielo se tiñó de rojo sobre Uagadugú, y el sol inició su retirada lenta, pero inapelable.

Problemas para el gobernador

El gobernador René De la Fressange llevaba un buen rato yendo y viniendo por su despacho, la mirada puesta en sus pasos lentos y cortos, señal de que estaba embebido en meditaciones profundas, trascendentes. En media hora, tenía previsto desembarcar allí una representación de los empresarios de su país instalados en la AOF, el África Occidental Francesa que tanta gloria daba a la República y, una vez más, debía estar preparado para una batalla en la que la experiencia lo había curtido, la de conciliar el insaciable apetito de los hombres de negocio con los intereses estratégicos de Francia.

Un inmenso ventilador agitaba desde el techo el aire cálido que, al mediodía, adormecía a la ciudad de Abiyán. Al regresar a su asiento, se percató el gobernador de que sobre la mesa de caoba alguien había depositado una bandeja de plata con una jarra llena de zumo de piña. Llenó un vaso y cerró los ojos para concentrarse en el placer que le proporcionaba, en los días de calor, saborear el líquido frío y dulce. Inmerso en sus pensamientos, ni siquiera se había dado cuenta de que Calixthe había entrado en la estancia.

Calixthe —sonrió—, siempre tan fiel y discreta. Más de una vez la había tomado como ejemplo de que no todo está perdido para el indígena: «Si de manera mayoritaria», proclamó en una ocasión ante un auditorio escéptico, «ellos se dejaran imbuir por la civilización, por las ideas y los actos que ante sus propios ojos vamos desplegando, estoy convencido de que acabarán siendo capaces de seguir, al menos de lejos, nuestros mismos pasos.»

Pero en sus adentros anidaba la certeza de que no todos eran como Calixthe. Desde su llegada a Costa de Marfil, cuatro años antes, para ocupar el puesto de gobernador de la Colonia, sólo en esa mujer había encontrado una tremenda disposición a aprender, a esforzarse en complacer, incluso a interpretar las situaciones —como en ese mismo instante había hecho con su entrada sigilosa en el despacho-y dar a cada una de ellas la respuesta adecuada. Estaba íntimamente convencido de que quedaba aún muy lejos el día en que los negros serían capaces de enfrentar de una vez por todas su propio destino, y sus convicciones cristianas y humanistas convertían en obligación moral el empeño que él y su país mantenían en permanecer en África, a pesar de los innumerables quebraderos de cabeza que el indígena provocaba y de la ingratitud que recibían permanentemente por respuesta a sus desvelos.

Regresó a sus cavilaciones porque el momento era grave y requería toda su atención y el recurso a las enseñanzas que había extraído del momento dramático de la historia de Francia que le había tocado vivir. Opinaba que nunca desde la Revolución de 1789, ni siquiera con la Gran Guerra, su país había vivido momentos tan trascendentales como aquellos.

En busca quizá de asentimiento, quizá de consejo, se volvió hacia el cuadro colgado a sus espaldas y le sostuvo por un momento la mirada al general De Gaulle. Sentía una profunda gratitud hacia el hombre que dirigía la liberación de su país, el patriota íntegro, por haber confiado en él la misión delicada, histórica, trascendente de coordinar la puesta en marcha de la Conferencia.

En su espíritu magnánimo, el general había convocado esa cumbre para abordar los nuevos tiempos, expresar el reconocimiento de la Francia Libre a los miles de soldados africanos enviados a combatir a su lado para liberar a la Patria del invasor nazi.

Hubiera preferido celebrarla en Abiyán, porque sin duda así su nombre habría quedado inscrito con mayor justicia en las páginas de la historia que se disponían a escribir. Pero reconocía que si el mismísimo general De Gaulle había designado Brazzaville como sede de la Conferencia, sus razones de peso debía tener.

Comprobó en su reloj que llegaba la hora del encuentro. Abrió una de las carpetas que tenía

delante para echar un último vistazo a las notas que había tomado, en su afán por dotarse de argumentos para la batalla que debía librar, sobre la supresión de la colonia de Alto Volta en 1932. Las presiones del Moro Naaba, rey de los mosi, para impedirlo no habían dado los frutos esperados. Desde entonces, la cuestión de la supresión de la colonia siempre fue un motivo de conflicto entre Francia y la monarquía mosi. Así se lo hizo saber a sus interlocutores, tras invitarles a tomar asiento en los mullidos sillones del despacho:

—Saben ustedes mejor que nadie que nuestro Gobierno ha estado siempre atento a sus preocupaciones. Recuerden el episodio de 1932. Francia, al anular el estatuto de colonia de Alto Volta para integrar su territorio en la colonia de Costa de Marfil, se enfrentó a multitud de reticencias y de conflictos que aún hoy siguen activos.

Los tres miembros de la comisión despachada por los empresarios ante el gobernador se traían la lección bien aprendida: había que frenar las reclamaciones crecientes del rey mosi para devolver a Alto Volta el estatuto de colonia, desvinculándolo de la colonia de Costa de Marfil.

—No estamos dispuestos a que las cosas cambien, señor gobernador —intervino uno de ellos—. No puede ser que cada vez que un reyezuelo le levante la voz al gobierno de la República, este le haga una reverencia.

—Es usted injusto al decir eso. Usted debe recordar sin duda, porque, si no son erróneas mis informaciones, fue miembro de la comisión que desde principios de los años treinta insistió ante mi antecesor para que nuestro gobierno suprimiera la colonia de Alto Volta, que Francia privilegió entonces sus intereses sobre cualquier otra consideración —protestó el gobernador.

—Nuestros intereses, como usted los llama —replicó otro de los empresarios— y los de Francia son exactamente los mismos. ¿Acaso no aportamos nosotros nuestro dinero y nuestro esfuerzo para que Francia obtenga aquí lo que espera de su presencia en África? No nos vendrá a nosotros con las grandes declaraciones sobre la obra civilizadora de la República. Aquí no hay nada que civilizar, y nadie mejor que ustedes, que tienen que bregar a diario con ellos, para saberlo.

—Señores, estamos hablando entre aliados y cualquiera diría que somos enemigos —amagó una conciliación el gobernador—. Sin duda luchamos todos por lo mismo, y somos las dos caras de una misma moneda. Pero convendrán ustedes en que nosotros nos encontramos con dificultades para ustedes inexistentes. La voz de los autóctonos pidiendo más autonomía no deja de crecer. Incluso hay quien se atreve a hablar de independencia. En la gran partida de ajedrez que Francia juega en África, hay que saber perder un alfil para asegurarse la reina. Las rivalidades étnicas son un problema si no las sabemos gestionar, y una baza a nuestro favor si sabemos hacerlo. No se trata, como ustedes creen, de hacer reverencias a nadie. Se trata, señores, y mi gobierno espera que entiendan lo que nos jugamos en todo esto, de mantener un equilibrio vital para la supervivencia de nuestro imperio.

La entrada de Calixthe interrumpió la conversación. El gobernador miró de reojo su reloj. La sirvienta había llamado a la puerta exactamente a la hora por él indicada: habían transcurrido quince minutos desde la llegada de la comisión, y era previsible que una pausa fuera aconsejable.

La sirvienta depositó la bandeja con la jarra de zumo y cuatro vasos de cristal tallado sobre la mesa. El gobernador la invitó a retirarse:

—Está bien, Calixthe, nosotros mismos nos serviremos. Muchas gracias.

Sobre el techo, el ventilador seguía en su empeño de hacer el aire más respirable. La transpiración empezaba a hacer mella en las pulcras camisas de los contertulios.

—Unas piñas excelentes, las mejores del país —anunció el gobernador a sus invitados mientras llenaba los vasos.

—A saber quién las va a recoger si el Moro Naaba se sale con la suya —no desperdició la ocasión de reabrir las hostilidades uno de los empresarios.

—Cuando en 1932 retiramos el estatuto de colonia a la región —insistió el gobernador—,

pusimos en peligro un equilibrio que no sólo tiene que ver con cuestiones económicas, sino también históricas y étnicas. Y el Gobierno francés debe tenerlas todas ellas en cuenta.

—Mantener ese territorio infértil e inhóspito era una ruina para Francia. Gastaba una fortuna en la administración de unas tierras que no aportaban ningún beneficio.

—Sabe usted de sobra —subió el tono el representante del Gobierno— que esa sólo fue la excusa que le dimos al Moro Naaba para justificar nuestra decisión. El Gobierno tenía planes a corto plazo para explotar las minas de manganeso, pensaba llevarlos a cabo en cuanto la vía férrea estuviera instalada. Sabíamos también que condenábamos a la población a la dispersión, que añadíamos más penurias a las que ya sufrían. Y más penurias, señores, en política significa más rebeliones, y por lo tanto más problemas. La retirada de nuestra administración de la región la condenaba a un desastre económico, si es que se puede condenar al desastre al que casi nada tiene. Miles de hombres tendrían que ir a buscar trabajo a Costa de Marfil. Eso era lo que ustedes querían, y lo que les fue concedido por el gobierno.

El gobernador había llevado la tensión hasta el punto deseado: la imposibilidad de seguir discutiendo, la llamada a la serenidad, a retomar la cuestión más adelante. En definitiva, ganar tiempo sin comprometerse a nada, reservándose además la última palabra.

—No hemos venido aquí para hablar de historia. Ni siquiera de política —retomó la palabra uno de los empresarios—. Estamos aquí para hablar de economía, señor gobernador. Y la economía de la AOF necesita saber si el Gobierno de la República Francesa tiene sí o no, como todo parece indicar, la intención de ceder al chantaje del Moro Naaba Saaga y de devolver a Alto Volta el estatuto de colonia. Porque de ser así, deben saber ustedes que miles de mosi regresarán a su tierra y abandonarán la economía de Costa de Marfil, es decir la economía francesa en África, a su suerte. Que nos quedaremos sin mano de obra, señor gobernador, ¿sabe usted lo que significa eso?

El gobernador, para dejar claro que la reunión tocaba a su fin, se levantó:

—Señores, les comunico que el Gobierno no ha tomado aún decisión alguna con respecto a las peticiones del Moro Naaba Saaga. Como corresponde a la dignidad del remitente, el Ministro está estudiando su carta con mucho interés. Aunque esperamos que la rendición de Alemania sea cuestión de semanas, la guerra aún no ha terminado. Y en esta guerra, como no ignoran, han dado su vida por Francia de miles de tiradores senegaleses. El general De Gaulle lo tiene muy presente, y ese es el sentido de la Conferencia de Brazzaville.

—No sé qué relación tienen los tiradores senegaleses con todo esto —ironizó un empresario.

—Sepan ustedes, señores, que buena parte de los tiradores senegaleses que contribuyeron a devolver la libertad a nuestra Patria no eran senegaleses, sino mosi. Que tengan ustedes un buen día —dio por concluido el encuentro.

Libertad para Sankara

Como se cuela casa a casa por las rendijas de puertas y ventanas la arena que acarrea el harmatán, como de pueblo en pueblo vuela la palabra del tam-tam, la gran noticia llegó a oídos de todos en cuestión de minutos. Los adultos, más cautos, contuvieron su alegría y se contentaron con comentarla entre ellos en innumerables coros, pero los jóvenes no pusieron barreras al júbilo y desde todos los rincones de Uagadugú se lanzaron hacia la casa del capitán: Tom Sank —como lo llamaban sus incondicionales— había sido liberado. La ciudad llevaba días en plena efervescencia, y la policía no había podido contener las manifestaciones que habían recorrido las calles al grito de «Libertad para Sankara».

Detrás del Estadio Municipal se encontraba su casa, una vivienda modesta compartida con su mujer, Mariam, y sus dos hijos. Centenares de personas se habían aglomerado ante el edificio para ver y, a ser posible, tocar a su ídolo. Numerosos estudiantes intentaron acceder al patio escalando sus muros, y en varios puntos éstos se desmoronaron. La multitud empezó a corear el nombre del recién liberado. Apareció entonces Thomas Sankara en el umbral de la puerta, y el delirio se desató. Como pudo, contuvo la avalancha de estudiantes. Sabía que ellos, junto a una multitud de escolares, apoyados por una legión de desharrapados surgidos de las miles de chabolas del país, habían desafiado la prohibición del gobierno de manifestarse. Por ello, Sankara les pidió silencio para tomar la palabra, agradecer su apoyo, su lealtad, anunciar que las ideas que lo llevaron a la cárcel no se habían quedado en los calabozos: «Permanecen vivas en mí y en el corazón de nuestro pueblo, y no tardarán en florecer», prometió a la multitud que lo aclamaba y que se fue retirando poco a poco del lugar para respetar el descanso del capitán.

Los soldados que custodiaban la casa de Tom Sank, apostados a distancia, contemplaban la escena sin intervenir. «Lo han desnudado», comentaban algunos seguidores, para explicar que le habían retirado el uniforme, y con él la condición de militar. «Por poco tiempo», aseguraban otros.

Era el 30 de mayo de 1983: sólo habían logrado retenerlo durante 13 días en la guarnición de Uahiguya. Le contó a Mariam cómo fracasaron también en el intento de asesinarle:

—Una noche, el guardián que me traía la cena a mi celda y que, hasta ese momento, lo había hecho siempre en silencio, se acercó a mí al depositar el plato de *to* en el suelo. «Antes de acostarte, cambia el catre de lugar, ponlo enfrente de donde está ahora», me susurró al oído. Se despidió sin darme más explicaciones, pero supe que mi vida estaba en peligro. Después de reflexionar sobre lo que había ocurrido, decidí cambiar el catre de sitio. Como te puedes imaginar, me fue imposible pegar un ojo, y cuando en plena noche, después de horas de espera que me parecieron siglos, escuché unos pasos, me pegué a la pared. Te lo cuento y vuelvo a sentir en la piel la superficie terrosa y reseca. El calor en el calabozo era asfixiante, como si no fuera capaz de desembarazarse del que había absorbido durante todo el día. Alguien se acercaba hasta mi celda intentando disimular su llegada. La oscuridad era absoluta. Oí un ruido metálico y me pareció que introducían el cañón de una metralleta entre los barrotes de la celda. La ráfaga se estrelló contra el suelo y las paredes, en el mismo lugar en que yo debía estar en ese momento, y escondí la cabeza bajo la almohada. Ya sólo escuché la carrera del que disparó, al alejarse del lugar. Unos instantes después, las luces se encendieron y aparecieron varios guardianes, alarmados por el estruendo. Dos de ellos me abrazaron con lágrimas en los ojos, dando gracias a Dios por permitirme seguir vivo. Detrás de ellos, el otro, el que me salvó la vida, me miraba imperturbable. No tengo ni idea si fue él quien, al enterarse de lo que iba a suceder, decidió avisarme o si alguien le encargó que lo hiciera.

—La noticia corrió por el país como la pólvora —sonrió Mariam—. ¡Muchos dicen que eres

inmortal! Los vecinos vinieron a contármelo esa misma mañana. Desde entonces no he dejado de rezar para que te liberen cuanto antes.

—Pues parece que te ha hecho caso —la abrazó Sankara—. He pensado tanto en vosotros...

—¿Qué va a pasar ahora?

—Antes todo tengo que contactar a Blaise. Pero de momento no estoy autorizado a salir de casa, y no creo que él pueda moverse de Po. Habrá que esperar. Hoy es treinta de mayo, el tiempo juega en contra de ellos.

Unos días antes, el martes 17, a las cinco de la mañana, cinco blindados ligeros, apoyados por un centenar de soldados de infantería, habían cercado la residencia del primer ministro de Alto Volta, el capitán Sankara. A la misma hora, tres tanques Cascabel y una veintena de soldados hicieron lo mismo en la residencia del presidente de la República, Jean Baptiste Ouédraogo. También en ese mismo momento fue detenido en su domicilio el comandante Lingani. Otro de los miembros del grupo de oficiales progresistas, el capitán Compaoré, logró zafarse de las redes lanzadas por los golpistas y se puso al frente del destacamento de comandos de Po, a 130 kilómetros de la capital.

Minutos más tarde, los hombres de Sankara, de guardia en la residencia, lo despertaron para avisarle de la maniobra. El capitán les prohibió disparar, y desde el exterior resonaron altavoces conminando a la rendición. Entre Mariam y él tomaron la decisión: a las seis pidió a sus hombres que depusieran las armas y permitió la entrada a los gendarmes, que lo arrestaron. El presidente Ouédraogo, ante el hecho consumado, se unió a los golpistas y grabó el discurso que el nuevo hombre fuerte, Somé Yorian, le ordenó dirigir al país al día siguiente, a través de la radio nacional. A las tres de la tarde, Sankara fue conducido al aeropuerto y trasladado a Uahiguya. A la misma hora, las nuevas autoridades ofrecían un almuerzo en honor de Guy Penne, representante de Mitterrand para los asuntos africanos, llegado a Uagadugú el día anterior.

—Cuando subí al avión, estaba muy tranquilo —comentó a Mariam, que había pasado la larga espera junto a los padres de Thomas—. Los soldados que me custodiaban bromeaban conmigo. Les prometí volver a verlos pronto. Yo ya sabía que Blaise había escapado y logrado llegar a Po.

—Tibo, un suboficial del campamento, había empezado a preparar la defensa —le contó Mariam —. Tomaron la gendarmería y el puesto de policía y cortaron todas las comunicaciones con Uaga. Hasta ahora siguen mandando en Po sin que el gobierno pueda impedirlo.

Auguste, a gatas, y Philippe merodeaban alrededor de su padre. Acostumbrados a sus prolongadas ausencias, vivieron aquellos días ajenos al drama familiar, pero el mayor había preguntado por qué se iban a vivir con los abuelos.

—Les dije que estarías unos días fuera y que los abuelos querían tenerlos a su lado. Tengo miedo, Thomas. ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a ser de nosotros?

El capitán tomó las manos de su mujer y permaneció en silencio unos instantes.

—Te casaste con un condenado a muerte —dijo finalmente.

—O con un ser humano inmortal, como dice la gente —sonrió—. Con un ser humano maravilloso, en todo caso. Un hombre que hará grandes cosas por nuestro país.

—Si nos dejan...

—Eres un héroe para todos —dijo ella—. No los puedes defraudar. Eres la esperanza de todo nuestro pueblo. La única esperanza.

—Somos muchos, y entre todos haremos lo que tengamos que hacer. No quiero personalismos. Los gobiernos de África están llenos de megalómanos.

—Necesitan un líder —insistió Mariam—. Toda revolución lo necesita. Una estrella en la noche de este pueblo.

—También están Blaise. Y Lingani, y Zongo. No permitiré que ninguna lucha por el poder eche a perder lo que estamos construyendo. Desde cualquier puesto puedo servirlo.

—Entre los cuatro, el pueblo te ha elegido a ti. Y ellos tres también lo han hecho. Nadie duda de que debes estar a la cabeza de todo esto. Y Blaise menos que nadie.

Se emocionó al recordar a su amigo. La noche del 17 de mayo este se encontraba en Bobo-Diulaso. Afortunadamente, en todos los cuerpos de seguridad del Estado, en todos los estamentos de la administración, muchos apoyaban a los militares progresistas. Alguien se había adelantado a sus captores y, cuando éstos intentaron apresarlo, Blaise ya estaba de camino a Uaga con su chófer. Fue este quien detectó, en los alrededores de su casa en la capital, movimientos sospechosos. Decidió entonces dar marcha atrás y dirigirse a Po, para ponerse al frente del destacamento de comandos de élite que estaba bajo su mando y que le sería fiel —al menos eso esperaba— hasta las últimas consecuencias. Sankara sabía que esa decisión los había salvado a todos, porque era muy complicado para los golpistas dar el paso definitivo contra él y sus compañeros con una parte del ejército fuera de su control. Con Blaise en libertad, con Po en su poder, todo era diferente.

—Menos mal que pudo escapar —dijo a Mariam—. Mañana tendrás que hablar con él. Nos han cortado el teléfono y no me permiten salir de aquí.

—Me seguirán allá donde vaya. Sabrán desde dónde llamo e interceptarán la llamada.

—Es cierto. Mejor esperemos a que amanezca. Estoy agotado. Desde que intentaron matarme, no volví a dormir de noche. Sólo de día, poco y mal.

*

Mariam se había dormido acurrucada contra el costado del capitán. También para ella las noches habían sido velas interminables. Desde que se casó con Thomas, su vida había sido un cúmulo de sobresaltos, y ella sabía que la cosa no hacía más que empezar. Pero había encontrado en ese hombre, junto al que le esperaba una existencia agitada, la fuerza necesaria para recuperar unas ganas de vivir que se iban apagando lentamente, como a tantos otros defraudados por el gran engaño de las independencias. Su encuentro con Tom Sank le había devuelto el aire necesario para seguir respirando en la atmósfera del Alto Volta, contaminada por la miseria y la desidia. El capitán enseguida la había cautivado con su sentido del humor, su vitalidad, su integridad moral. Pero también tuvo que adaptarse a un carácter a menudo desconcertante. En los días de espera a su liberación, rememoró en la reunión familiar con que cada noche todos intentaban ahuyentar la angustia, el empeño de su marido en separar la vida familiar de la profesional, y el modo en que en una ocasión se lo dio a entender: siendo aún novios, cuando era él quien estaba al frente de los comandos de Po, molesta porque llevaba días sin subir a Uagadugú a visitarla, aprovechó que un amigo se dirigía hacia allá para plantarse en el cuartel. Una vez ahí, él siguió con sus ocupaciones sin siquiera dirigirle la palabra, como si no la hubiera visto. Ella esperó pacientemente que cambiara de actitud, hasta que, desesperada, mostró su enfado. Fue entonces cuando él le dejó claro que, en la vida, su trabajo ocupaba un lugar, y la familia otro, y que si no había ido a verla antes era porque sus obligaciones lo habían retenido en Po.

Pero sabía que él era su hombre, y al poco tiempo llegó la boda. Siguiendo la tradición, renunció al islam para convertirse a la religión católica que profesaba el marido. Quisieron una ceremonia sencilla, y la ofició el padre Bouda, amigo del capitán, en la capilla del colegio de La Salle. Todos rieron, en el salón familiar, recordando cómo, a pesar de aportar ella más dinero que él al banquete, por disponer de un sueldo superior al suyo, la fiesta tuvo que ser sufragada en buena parte por amigos y familiares, al desbordarse las previsiones de invitados. Nadie se quería perder la boda de Thomas Sankara, popular ya por esas fechas en todo el país.

Llegaron después días difíciles para Mariam, cuando, en 1981, Thomas fue obligado por el jefe de Estado, el coronel Zerbo, a incorporarse al gobierno como ministro de Información. Se sintió

atrapado en un proyecto que nada tenía que ver con él. Cuando envió una primera carta de dimisión, superado el plazo para el que se había comprometido, recibió la negativa por respuesta. A pesar de actuar siempre en conciencia, de ser considerado un ministro díscolo —empezó su carrera faltando al primer Consejo de Gobierno para expresar su malestar con sus superiores—, el coronel Zerbo lo mantenía secuestrado en su cargo para adornar con su popularidad la fachada decrépita del régimen y neutralizar a los militares rebeldes. El carisma del capitán iba creciendo día a día. Acudía a su trabajo cada día en su vieja bicicleta, rehuyendo de cualquiera de los atributos en que la población reconoce de inmediato al poder. Se expresaba con absoluta libertad sobre los asuntos de Estado, porque, afirmaba, «la misión de los órganos de prensa es la de aportar a la población de Alto Volta el máximo de información exacta.»

Pero las cartas de dimisión seguían sin respuesta y Mariam le pedía paciencia, aunque sabedora de que la provocación definitiva de su marido no tardaría en llegar. ¿No era ese espíritu provocador una de las facetas más populares de su personalidad, quizá la que más contribuyó a fraguar su carisma? Y tenía razón ella, porque cuando la ocasión se presentó, no la dejó escapar el capitán, pronunciando ante el propio presidente Zerbo y los ministros africanos encargados de la industria cinematográfica, reunidos en Uagadugú, consciente de que su discurso era retransmitido en directo por la radio nacional, la frase que permanecería grabada en la memoria voltaica como un grito de liberación colectiva: «¡Que caiga la desgracia sobre los que amordazan al pueblo!» Así, ante los miles de ciudadanos pegados a los transistores, anunciaba al presidente su dimisión. En esos días, una ola de represión llevó a la cárcel a todos los que se atrevían a criticar el régimen; el acto valiente de Tom Sank, la humillación pública a su superior no podían quedar impune. El 15 de abril de 1982, Sankara era detenido, degradado y deportado a Diedugú. Blaise Compaoré y Henri Zongo respondían con su dimisión y eran también deportados lejos de la capital. Mariam, embarazada de su segundo hijo, asistía abatida al desmoronamiento del gobierno de Zerbo. Incomunicado en Diedugú, las noticias sobre su mujer y el hijo que esperaban llegaban con cuentagotas, porque en el país siempre hay alguien dispuesto a llevar noticias desde los lugares más remotos hasta los más ocultos.

*

Las noches de mayo en Uagadugú condenan a sus habitantes a largas vigilias. El calor que asedia la ciudad durante el día prolonga su castigo tras la retirada del sol, sin ofrecer tregua en las horas interminables que preceden a su temido regreso. Los más pobres abandonan sus chabolas, cuya única estancia es compartida a menudo, bajo el peso ardiente del techo de hojalata, por todos los miembros de la familia. La calle se convierte entonces en un inmenso dormitorio, y sobre la tierra sedienta las esteras son el único lecho para los miles de desposeídos que aún esperan, bajo las estrellas, el milagro que los devuelva a una vida digna. La oscuridad se puebla de voces, gemidos, susurros y llantos de niños recién llegados a un mundo que no tiene nada mejor que ofrecerles.

En la habitación de Thomas Sankara, un viejo ventilador rasga el silencio de la noche con estertores que anuncian su fin inminente. Y aunque sigue cumpliendo con su cometido de aliviar a quienes un día depositaron en él ahorros y esperanzas, el capitán no logra conciliar el sueño, a pesar del cansancio que arrastra desde su reclusión en Uahiguya. Las imágenes se agolpan en su cerebro, como un calidoscopio movido por la mano impaciente de un niño. Las balas de metralleta estrellándose contra el suelo junto a su catre, los muros de su casa derrumbándose bajo el peso de los jóvenes asaltantes, los sollozos de Mariam al verlo regresar a casa esa misma mañana se entrecruzan sin cesar, y los esfuerzos por fijar en su mente la imagen de la nada resultan ilusorios.

Retira con cuidado su brazo de bajo el cuello de Mariam, y deja sobre su frente un beso, apenas un roce con los labios para esa mujer a la que tanto sufrimiento aún —él lo sabe— le espera. Recorre

con la mano su piel joven, desde los hombros hasta las pantorrillas, atento a no molestarla en un sueño del que pronto la sacará Auguste para reclamar el pecho salvador. Se dirige al cuarto de los niños, contiguo al dormitorio conyugal, y tras besar a Philippe, el hijo mayor, levanta la mosquitera que protege la cuna del bebé. Lo coge con suavidad entre sus brazos, se lo lleva al pecho y se sienta sobre una banqueta, la espalda contra la pared. También en esa habitación, un ventilador, flamante nuevo este, remueve con sus aspas el aire caliente para hacerlo más respirable. Y en esa postura inicia el capitán, a modo de oración, uno de sus esporádicos monólogos con Dios. Hombre creyente, educado en el cristianismo, respetuoso con todas las religiones y admirador de la figura de Jesucristo, es sin embargo poco dado al cumplimiento de los ritos y jamás se le ve en los oficios dominicales. Vive la religión como un encuentro interior con Dios y se refugia en ella para afrontar las dificultades más íntimas, siempre en soledad, siempre en silencio.

Habla en esta ocasión de los suyos. Sabe que la muerte lo está rondando y que antes o después, quizá hoy mismo, en unos años quizá, acabará por alcanzarlo. Sabe que, en África, ese es el destino de quienes luchan por la independencia de sus pueblos; que los verdaderos revolucionarios no llegan a viejos. Pero no es por él por quien se preocupa, sino por sus hijos, y por Mariam. Como militar, le ha visto la cara a la muerte en numerosas ocasiones, y cuando, en la guerra contra Malí, unos años atrás, rompió las líneas contrarias en la atrevida incursión en territorio enemigo que lo convirtió en héroe a ojos de su pueblo, vio caer a su lado a varios de sus soldados y sintió el roce de las balas sin inmutarse.

No. Mariam, Auguste y Philippe son su única preocupación. ¿Tiene derecho a casarse, a traer hijos al mundo, quien se sabe condenado de antemano? ¿Qué será de esos pequeños, huérfanos librados a la inquina de los enemigos de su padre? Le pide a Dios compasión para ellos, compasión para todos los niños desamparados. Y, con los ojos cerrados, intenta impregnarse del calor exhalado por el cuerpo pequeño y desnudo de Auguste, porque no sabe cuándo llegará la próxima separación.

Esta vez la cosa iba en serio y había que tomar posiciones. No se trataba ya de someterse al dictado de ningún coronel para formar parte de un gobierno corrupto. Él y su grupo estaban embarcados, de mejor o peor grado, en una responsabilidad que asumían como protagonistas, pero que compartían con otros que viajaban en vagones distintos. Sabía que aquello no era un proyecto político definido y riguroso, sino la reacción de un frente heterogéneo al gobierno de Zerbo, y que la guerra interna estaba servida. La primera batalla se había librado con la formación de la nueva instancia suprema del Estado, que tomó el nombre de Consejo para la Salvación del Pueblo, elegido democráticamente en el seno de ejército y formado por tres delegados —un oficial, un suboficial y un soldado— por cada una de las cuarenta unidades que lo forman. Del CSP había salido la propuesta de que Sankara ocupara la presidencia de la República, pero su negativa fue rotunda. La derecha reaccionó sin éxito proponiendo a su líder, Somé Yorian —«cubito Maggi», lo llamaba el pueblo, apto para todas las salsas, por haber estado asociado a diversas etapas políticas en el país desde la Independencia—. Fue finalmente el comandante médico Jean Baptiste Ouédraogo el candidato de consenso elegido, hombre gris, desconocido por la población y que en ningún momento supo jugar el papel de mediador entre las dos facciones. Sankara, presionado por los suyos, convencidos de que la revolución estaba al alcance de sus decisiones y de que estas sólo se tomaban ejerciendo el poder, se convirtió en primer ministro de Alto Volta.

Sus primeros pasos provocaron el desacuerdo con la derecha y alarmaron a más de un gobierno extranjero. Viajó a Libia y estableció buenas relaciones con Gadafi, se desplazó a Corea del Norte y, durante la Cumbre de Países No Alineados de Nueva Delhi, los medios de comunicación destacaron sus encuentros con Fidel Castro, Daniel Ortega y Rawlings. Su discurso anti-imperialista, sus constantes referencias a la lucha contra la corrupción y la explotación, su llamamiento a favor de un ejército al servicio del pueblo, desataron la indignación de los militares de mayor graduación y

ensanchó la brecha abierta entre el grupo progresista y sus socios de gobierno. En el interior del país, conmocionó a todos con algunas de sus medidas encaminadas a sacudir al pueblo en su letargo. Sancionó a los funcionarios sorprendidos en los bares durante su horario de trabajo, hizo citar sus nombres en la radio y expulsó a los reincidentes. Aclamado por unos, acusado por otros de populista, se enfrentó a las continuas conspiraciones llegadas del exterior, a las campañas de descrédito, y logró desbaratar un intento de golpe de Estado. Hizo llegar a todos los rincones del país sus propuestas para el Alto Volta independiente que quería construir, e invitó a los habitantes de Uagadugú a recibir en un encuentro con sus gobernantes una información «sana y objetiva». Era la prueba de fuego para el capitán, el primer gran mitin ante su pueblo, que acudió masivamente a escuchar y a ver a Tom Sank. En un país en que el noventa por ciento de la población era analfabeta, sabía que la comunicación directa era esencial y aprovechó la oportunidad para desvelar los verdaderos objetivos políticos de su grupo: «El imperialismo tiembla, tiembla porque aquí, en Uagadugú, lo vamos a enterrar», empezó, con voz firme, sereno.

Se ensañó con los corruptos, los que se enriquecen a costa de los demás, nombró uno a uno a los enemigos del pueblo, invitó a todos a participar en la construcción del país, enunció los proyectos más urgentes, llamó a la recuperación de la dignidad nacional.

Resonó entonces una explosión en los aledaños de la plaza Tres de Enero. La muchedumbre se agitó. Sankara pidió calma, anunció que «el imperialismo no pasará» y prosiguió imperturbable con su discurso. Denunció al poder colonial que seguía exprimiendo a los pueblos de África, lo acusó de los asesinatos de Lumumba, Cabral y Nkrumah, y lanzó las consignas que a partir de entonces ilustrarían, coreadas por un público entregado, todos sus discursos: «¡Abajo los búhos de mirada viscosa! ¡Abajo los camaleones equilibristas! ¡Abajo los chacales hambrientos!»

Y entre vivas a la democracia y a la libertad pasó la palabra al presidente Ouédraogo, cerrando su primera gran intervención en público y despertando las iras del ala derecha de su gobierno.

Unos días después, el 16 de mayo, un mitin dirigido a la juventud en Bobo-Diulaso provocó el delirio. Al final de su intervención, los asistentes fueron abandonando el lugar sin esperar a que Ouédraogo terminase su discurso. Esa misma tarde, el presidente reunió en su residencia a Sankara y Somé Yorian para conciliar posiciones. Ambos plantearon sus puntos de vistas y prometieron hablar de ello en la siguiente reunión del gobierno.

Cuando, en la noche del 17 de mayo, la guardia lo sacó de la cama para anunciarle que su residencia estaba rodeada por varios tanques, Tom Sank comprendió que, antes de la reunión a la que los convocó el presidente, unas horas antes, «el cubito de Maggi» ya había decidido sazonar nuevas salsas.

*

Las primeras luces del día despertaron a Mariam, y la mujer del capitán se alarmó al comprobar que su marido no estaba junto a ella. Saltó de la cama y se dirigió a la habitación de los niños. Tom Sank dormía con Auguste abrazado a su pecho, en una banqueta de madera. Se sentó en el suelo y, sin despertarlos, recostó su cabeza sobre las rodillas de su marido, para disfrutar de la quimera de que nada ni nadie, jamás, sería capaz de separar a los cuatro seres que ocupaban la habitación.

Un paseo por el mercado

Nunca la redacción de un reportaje había resultado tan abrumadora para Emmanuel Durant. Desde sus primeros pasos como redactor, dados en secciones menores de un periódico de provincia, hasta su actual puesto en el diario más prestigioso de su país, los había afrontado farragosos, aburridos, interminables, pero sin jamás llegar a sentir esa sensación de angustia frente al teclado del ordenador, de repulsión por la tarea que tenía que acometer.

El jefe se lo había dejado claro en la conversación mantenida la tarde anterior por teléfono. Mientras hablaba con él, lo estaba viendo en su despacho enmoquetado, recostado sobre su enorme sillón de cuero, la camisa remangada y desabrochada a la altura de una corbata minuciosamente aflojada, el auricular en la mano izquierda, una taza de té en la derecha:

—Este es el momento, Durant, ¿no lo entiendes? Estamos —recalcó el «estamos» con estudiada inflexión de la voz— en el lugar adecuado en el momento preciso. Olfato, Durant, eso se llama olfato en nuestra profesión. Y cuando ocurre, la reacción ha de ser inmediata. Tenemos la *pole position*, Durant, y no la debemos desaprovechar, así que arranca ya y sobre todo, no-te-de-jes-a-de-lan-tar. ¿Me has entendido bien?

Cuando el jefe lo llamaba por su apellido, quedaba poco margen de maniobra:

—Sí, jefe, si estoy totalmente de acuerdo con lo de la crónica. En una hora la tiene usted. Me he estado moviendo y no me será difícil utilizar el fax del hotel. Pero lo de mandarle mañana las primeras páginas del reportaje... Créame que no es una cuestión de trabajo, me pasaría la noche escribiendo si fuera necesario, pero no me encuentro en condiciones, todo esto está siendo muy duro, jefe, tenga en cuenta que...

—¿Duro, Emmanuel? —tembló el teléfono en manos del periodista—, ¿Ha dicho duro? ¿He oído bien la palabra duro? —Durant supo que tras la puesta en escena del veterano indignado llegaba la batallita de Vietnam—. Duro es estar en la selva, con las sanguijuelas pegadas al culo, empapado hasta las cejas, rodeado de amarillos rabiosos y de yanquis enloquecidos. Duro es dormir mecido por las bombas, Durant, como lo he hecho yo, sin saber si vas a tener el dinero suficiente para pagar a alguien por usar un teléfono desde el que mandar la puta crónica que tu jefe te exige cada día. No me vuelvas a repetir la palabra «duro» mientras estés en ese hotelito de cinco estrellas, con todos los gastos pagados, rodeado de negritas despampanantes. ¿A cuántas te has beneficiado en estos días, Durant? Aquí llueve a mares, amigo, no tengas prisa en volver.

Un vahído de indignación animó a Emmanuel a dar la batalla por perdida, a no prolongarle gratuitamente al jefe la oportunidad de sentirse divino.

—Está bien, jefe, mañana tendrá las primeras páginas de su reportaje.

—Nuestro reportaje, Durant, *nuestro* reportaje —bajó el tono antes de colgar.

Cuando, unos momentos antes, Albert había pronunciado las palabras fatídicas, anunciadoras de lo que ya todos temían, el mundo se le había venido encima. En unos días, su actitud hacia Sankara había pasado de la curiosidad a la admiración. Fascinado por su personalidad, contagiado por el entusiasmo con que abordaba el futuro de su país, asombrado por su austeridad, Emmanuel había quedado definitivamente prendado del hombre cuando este le anunció que en la siguiente entrevista le revelaría una información explosiva.

Pero la entrevista ya no tendría lugar, y en su interior bullía la rabia de ver pasar de largo la gloria que tenía al alcance de la mano y el dolor de saber que Tom Sank había sido asesinado.

Había comprado esa misma mañana un «Llega Sankara», para lucirlo en la entrevista con el presidente, en señal de gratitud, de admiración, porque sabía que sus palabras de despedida no

bastarían.

Había celebrado por adelantado el éxito, imaginado el momento de comunicárselo al jefe, de explicárselo a sus colegas, contárselo a sus amigos.

Había saboreado las palabras de felicitación, intuido los comentarios de los envidiosos, esperado nueves viajes al extranjero.

Había, sobre todo, sentido frente a ese hombre un movimiento interior ajeno a su vida desde aquellos tiempos en que los ideales, el amor, la amistad no daban tregua. Pensó en Dominique, su último amor. Hacía ya una eternidad de eso. Después, el desierto.

Se mojó los labios en el gin-tonic que le había servido el camarero, y lo retiró suavemente de su lado:

—Gracias, Albert, pero no puedo. No es el momento.

Entre los dos hombres, unos hilos invisibles iban anudando lazos de amistad. «Coincidencia estelar», llaman a este tipo de relación, le había dicho una amiga en una ocasión.

—Voy a necesitar tu ayuda —dijo el periodista—. El mundo debe saber lo que está pasando, y yo se lo quiero contar. Pero voy a necesitar un fax.

—En el hotel hay uno —agradeció el camarero la complicidad—. Si le pides permiso al director para utilizarlo, no te dejará hacerlo. Hoy no. Te dirá que está estropeado, o que no puede ser utilizado por los clientes. Pero yo sé quién puede llegar a él. Habrá que soltarle un par de billetes.

—No hay problema.

*

Lo primero era llamar a su jefe. Darle la noticia antes de que le llegara por agencias. Lo hizo desde su habitación.

No, el jefe no estaba enterado.

—Emmanuel, te asciendo de reportero a enviado especial —exclamó con la naturalidad del profesional para quien la importancia de la explosión de una bomba atómica reside en la envergadura de la noticia—. Nunca en la historia del periodismo fue enviado un periodista a cubrir un golpe de Estado con la celeridad con la que lo hemos hecho nosotros.

A partir de ahí todo fue desencuentro.

Aliñó su crónica de urgencia al gusto occidental: la tragedia vivida desde el lado de los suyos, ciudadanos europeos de paso por un país remoto, cuyo nombre había que acompañar de un paréntesis en el que cupiera «antiguo Alto Volta». Se sentirá ese lector —pensó— mucho más identificado con los blancos atrapados en un hotel mientras en la calle una revuelta siembra el desconcierto, desata los temores y les concede la condición de héroes a cuyo regreso, en el aeropuerto mismo, les esperarán vítores de amigos, abrazos conmovedores de madre, novia o hermano y cámaras fotográficas en busca de la imagen del día para la sección de Sociedad. Pero hasta ahí llegó en las concesiones, una vez captada su atención. Desplegó el calendario de los acontecimientos, a partir del 4 de agosto de 1983. Habló de los logros de la revolución burkinabé, explicó el cambio de nombre del país, ensalzó la figura del presidente, su lucha por la independencia, reveló el nombre de su sucesor, Blaise Compaoré, y, sin desvelar la promesa hecha por Sankara, dio a entender que alguien podría haber movido desde otro país los hilos de la conspiración.

Pero lo del reportaje era otra cosa. Había llenado con notas muchas páginas a lo largo de sus entrevistas con el capitán, y después de cada una de ellas. Había dado forma en su interior a las primeras frases, había hecho y deshecho párrafos enteros antes de conciliar el sueño, en las dos semanas que llevaba en Uagadugú. Y ahora, frente a la máquina de escribir portátil, sentía que ya nada de eso le servía, que la muerte de Thomas Sankara había desbaratado todos sus planes, que el reportaje

reclamaba un punto de vista nuevo y aún no había dado con él. «A ver quién le explica eso al jefe», suspiró.

Eran las ocho de la mañana y la ciudad guardaba silencio. Sus calles, habitualmente un hervidero a esas horas, habían sido abandonadas por los habitantes a las patrullas militares. Unas horas después del atentado, la voz de Blaise Compaoré confirmaba los rumores por la radio: estaba hablando el nuevo presidente de la República.

> En los últimos meses las decisiones de Thomas Sankara constituyeron una auténtica traición a los principios fundamentales de nuestra Revolución. Por ello, nos hemos visto obligados, muy a nuestro pesar, a emprender un nuevo camino, el camino de la Rectificación. Hemos declarado la disolución del Consejo Nacional de la Revolución, y les anunciamos que, a partir de este momento, el Frente Popular toma las riendas del gobierno de Burkina Faso. Puedo afirmar a nuestro pueblo, a África y al mundo entero que en ningún momento fue cuestión, ni para mis compañeros ni para mí, satisfacer ambiciones personales con la sangre de quienes, hasta ayer, eran nuestros camaradas, pero con los que nuestra divergencia era fundamental en más de una cuestión. Por ello, para nosotros, Sankara será siempre un camarada revolucionario que se equivocó. Y, como revolucionario que era. le daremos una sepultura digna de la esperanza que suscitó en un momento dado de su vida.

Emmanuel vio rebrotar las lágrimas en los ojos de Albert mientras escuchaba el discurso en un pequeño transistor posado sobre la barra de Le tam-tam. Varios clientes y empleados formaban un corro en torno al aparato, unos preocupados, otros atónitos.

—Miseria, miseria... —retomó su retahíla el repartidor de cervezas.

El periodista no necesitó buscar en sus notas para recordar la frase premonitoria del capitán, cuando unos días antes le había preguntado por los rumores sobre un posible golpe de Estado:

—Ya lo he dicho otras veces, y se lo repito hoy a usted —contestó el presidente—. Si alguna vez oye decir que alguien planea mi asesinato, debe saber que sólo puede ser Blaise Compaoré quien está detrás. Él conoce todas mis costumbres.

Sonó el teléfono, sacándolo de sus cavilaciones. Era el jefe.

—Bien, Emmanuel, bien. Me ha gustado, buen trabajo. Te aseguro que en toda la prensa francesa no ha aparecido información más detallada que la tuya.

El periodista adivinó lo que venía a continuación:

—Y, ¿qué tal va ese reportaje?

—Esta tarde lo tendrá —no disimuló su disgusto Durant.

—Sin falta, por favor. Lo queremos para la edición de mañana. Tienes una página entera para ti solito, ¿qué te parece? ¿Habías soñado alguna vez con tener una página para ti solo, Emmanuel?

—Genial —ironizó.

—Mira, Emmanuel, quiero disculparme por el tono de ayer, ya sabes, los nervios, el estrés... Me hago cargo de tu situación, has pasado horas con ese hombre, y como te dije, no es un hombre cualquiera.

—No era.

—Sí, claro, no era un hombre cualquiera. Sin duda le habrás tomado afecto, y su muerte te habrá impresionado. Todo eso es muy normal, muy comprensible. Pero somos periodistas, y los periodistas, los buenos periodistas, Emmanuel, debemos acercarnos a la noticia con la cabeza, no con el corazón. El corazón para los poetas; para los periodistas, la cabeza, y cuanto más fría mejor. Esperamos tus noticias, Emmanuel. Has hecho un buen trabajo.

—Al diablo, jefe —masculló Emmanuel tras colgar el teléfono.

La calle. Ahí debía buscar la respuesta. En el semblante de los militares patrullando, en la mirada de los tenderos, en el silencio repentino de la ciudad. Ahí estaban las claves de su nuevo reportaje, ahí cobraría sentido la palabra de Sankara.

Lo que llenaba las páginas de su bloc de notas era la voz de un muerto. En la calle encontraría el eco de sus palabras, y en ese eco retomarían vida.

Mitad homenaje, mitad desafío, decidió estrenar su pantalón y su camisa de cotonada, porque lo había comprado para encontrarse con él, y a eso iba. Se ajustó la camisa ante el espejo, y pensó que una piel negra le hubiera venido de perilla en esos momentos. Cuando la cosa va mal en una familia, cuanto más lejos los extraños, mejor. Se armó de su credencial de periodista, lápiz y papel, y, al dejar la llave en la recepción, el empleado que la recogió mostró su sorpresa:

—¿El señor va a salir?

—Pues sí, pensaba salir...

—¿Está usted al tanto de lo que pasa, señor?

—Sí, desde luego.

—En ese caso... —se encogió de hombros el recepcionista—, sea prudente. Mucha gente prefiere quedarse en casa en un día como hoy.

Ya en la puerta del Hotel Indépendance, Emmanuel cayó en la cuenta de que, probablemente, un periodista que acababa de entrevistar a Thomas Sankara no sería bien visto por las nuevas autoridades. Y que, en la confusión de un golpe de Estado, cualquiera puede sufrir un accidente.

*

Una vez algún compañero de redacción dijo —recordó Emmanuel mientras se alejaba del hotel— que el día después de un golpe de Estado y el de un terremoto se parecen mucho. Un silencio inusual se extiende por la ciudad sobrecogida por la irrupción de la violencia en su rutina, porque la mirada de sus habitantes se dirige hacia su interior, en búsqueda de alguna explicación que los saque de la confusión.

Así se encontró el periodista las calles de Uagadugú. Las escasas personas que por ellas transitaban parecían errar sin rumbo entre los militares apostados en las esquinas. La Avenida de la Revolución, arteria principal de la capital, estaba tomada por el ejército, y los coches y motocicletas que habitualmente la surcaban de punta a punta a bocinazos habían cedido su puesto a las tanquetas ligeras que, vigilantes y disuasivas, conferían al lugar un aspecto fantasmagórico, entre nubes de polvo. Al llegar a la Plaza de la Independencia, comprobó que tampoco esta se había salvado de la estampida generalizada. Enfiló la Avenida de Nelson Mandela, en busca del Mercado Municipal, en días normales un hervidero en el que le gustaba sumergirse. Allí había trabado días antes amistad con Konaté, el dueño de uno de los numerosos chiringos. Como siempre que se presentaba la ocasión, buscaba entre la población local comentarios, opiniones, anécdotas con que dar color a su reportaje. Konaté presumía de saberlo todo sobre el presidente, porque su madre tenía en ese mismo mercado un puesto de verduras contiguo al de la de Tom Sank.

—¿Cómo? —se había asombrado el periodista—. ¿Quieres decir que la madre del presidente tenía un puesto en el mercado?

—No, no quiero decir eso. Lo que digo es que la madre de mi presidente tiene un puesto en el mercado, y que ese ha sido siempre y sigue siendo su medio de vida —no ocultó su orgullo el patrón.

—¿Y qué vende la madre de Sankara, si se puede saber? —había preguntado incrédulo Emmanuel.

—Especias, toda clase de especias. Pero ven, porque ya veo que no me crees.

Lo había tomado del brazo y conducido por los recovecos del mercado. El sol se colaba en haces entre los espacios que separaban las chapas y las telas colgantes que lo cubrían. Los vendedores competían a gritos en las alabanzas de sus productos, los mejores mangos, las carnes más frescas, *capitaines* recién pescados, pintadas vivitas y coleando, la mejor pimienta del país y hasta las más hermosas cotonadas que se pueda encontrar en Uagadugú. Se detuvieron ante un puesto de especias y, tras las cubetas de plástico que las contenían, Emmanuel vio por primera vez a Mamá Sankara, como todos la llamaban. Era una mujer baja, de semblante serio y mirada profunda.

—Te presento a un amigo, Mamá Sankara; madre, te presento a mi amigo Emmanuel —se dirigió a la mujer que ocupaba el puesto contiguo.

Ambas mujeres examinaron de pies a cabeza al francés:

—Nunca me dijiste que tenías un amigo *tubab*, hijo —rió la mujer del puesto de verduras.

—Bueno, lo conozco desde hace poco.

—A ver, Konaté —había preguntado el periodista de regreso al chiringo—, ¿qué hace la madre de un presidente vendiendo especias en un mercado, acaso no gana lo suficiente para ayudar a su familia?

—Al principio, Sankara iba todas las semanas a casa de sus padres. Pero ya sabes cómo son las cosas en África: la familia es sagrada, sagrada y extensa. Si te haces rico, o si llegas al poder, te salen primos hasta debajo de las piedras, y todos ellos están necesitados, todos te piden ayuda. Así que cada vez que iba a ver a sus padres, éstos le venían con que si tal primo no tiene trabajo, si los hijos de tal otro pasan hambre. Pero el presidente no quería oír nada. Les repetía que él no estaba donde estaba para favorecer a los suyos. Que si él exigía a sus funcionarios honestidad absoluta, si él luchaba contra la corrupción como lo hacía y echaba a la calle a todo al que pillaran metiéndose en el bolsillo un solo franco del Estado, tenía que ser el primero en cumplir, debía ser un ejemplo para todos. Así que nunca, en lo que llevamos de revolución, un solo familiar directo de Tom Sank ha trabajado ni a su servicio ni al de ningún miembro del Gobierno. Pero claro, los padres no entienden eso y siguen insistiendo visita tras visita, así que procura ir menos a verlos, para no tener que soportar siempre la misma cantinela. Pero además, ¿cómo podría retirar a su madre si él sigue con el mismo sueldo de capitán del Ejército, si los miembros del gobierno ganan igual o menos que en sus trabajos anteriores?

Emmanuel decidió que le acababan de proporcionar material para su próxima visita al presidente. Había escuchado en muchas ocasiones a los gobernantes de su país culpar a los jefes de Estado africanos corruptos de la miseria en que estaban sumidos sus pueblos. Sería interesante conocer la opinión de Tom Sank sobre el tema.

Había pasado una semana desde aquel encuentro con la madre del presidente. Hoy —pensó el periodista— no estará Mamá Sankara. Hoy Mamá Sankara estará en su casa, llorando y llorando, sin entender nada. No se sorprendió al ver a varios soldados custodiando la entrada del Mercado. Tampoco cuando dos de ellos le cerraron el paso:

—Documentación, por favor.

Emmanuel entregó los documentos.

—¿Qué hace usted en nuestro país? —preguntó uno de ellos mientras examinaba pasaporte y credencial.

—Soy periodista.

—¿Qué viene a hacer en el Mercado?

—Vengo a comprar algunas cosas —mintió—. Regreso a mi país y no quiero volver con las manos vacías.

—Pase —le devolvieron sus papeles.

Menos que de costumbre, pero había gente en el mercado. La mayoría de los puestos estaba abierta, aunque los tenderos ponían menos entusiasmo en la alabanza a sus productos. Como un autómata, el periodista se dirigió hacia el puesto de Mamá Sankara. Desde lejos lo divisó y aflojó el

paso para observarlo, para hacerse con todos los detalles, el ambiente trágico que lo rodeaba, porque acababa de decidir que sería el protagonista de las primeras líneas de su reportaje: «Esta mañana, en el Mercado Municipal de Uagadugú, el puesto de especias de Mamá Sankara estaba cerrado», se dictó mentalmente las palabras iniciales.

Vio que nadie se detenía ante el puesto —la curiosidad no puede con el miedo, pensó—, y que la madre de Konaté tampoco había abierto el suyo. Al llegar a su altura, no se detuvo, cediendo a sus deseos de pararse ante él, contemplarlo sin prisas y buscar allí al Thomas Sankara de carne y hueso. Al que pasó su infancia en Yako y su adolescencia en Bobo-Diulaso, el primogénito del gendarme Joseph, el que vio como su padre era convocado ante la autoridad por sus rifirrafes con un niño blanco.

Pero, probablemente, algún soldado estaría vigilando sus movimientos y no era el momento de dar pasos en falso. Al día siguiente de un golpe de Estado, no se pierde de vista a un *tubab* vestido en cotonada, menos aún si es periodista. Siguió su ruta, intentando evitar los charcos sobre el camino de tierra, en busca del chiringo de su amigo. Comprobó con satisfacción que Konaté sí había acudido al trabajo.

—¿Qué desea tomar, señor? —leyó el periodista en el guiño del patrón su invitación a la cautela.

—Un café con leche, por favor.

Emmanuel observó a su amigo mientras se afanaba en sus tareas detrás del mostrador. Llevaba estampado en el rostro el dolor por la pérdida de ídolo. Unas ojeras profundas evidenciaban que no le había resultado fácil conciliar el sueño aquella noche y las facciones de hombre alegre que le conocía se habían vuelto tensas de tanto esfuerzo por contener la indignación.

¿Cuántos rostros se habrían demudado así en el país, en las últimas horas? ¿Cuántos, por el contrario, habrían recobrado la sonrisa al conocer la noticia? —se preguntó.

Debía reflejar también eso en el reportaje que su jefe quería para la tarde. Había oído decir en ocasiones que Sankara era más popular fuera de su país que dentro de él. Sus detractores aseguraban que los cambios no eran percibidos por la población; sus defensores, que uno de los países más pobres del mundo no se transforma en unos años, que hay mucho que hacer antes de que la maquinaria de producción se ponga en marcha. Y que tanto las instituciones financieras internacionales como Francia habían reducido los créditos y sólo los soltaban con cuentagotas porque los proyectos de Sankara no eran los prescritos en sus recetas.

¿Tendría todo eso algo que ver con el golpe de Estado?

¿De eso estaría hablándole el presidente en ese mismo momento, de no haber sido asesinado?

No pudo el periodista evitar una mueca de desánimo al recordar que le correspondía estar frente a él en ese instante, en la residencia presidencial, escuchando las respuestas a todos los interrogantes que ahora le asaltaban, y no esperando que el dueño de un chiringuito pudiera dirigirle la palabra sin peligro de ser interrogado minutos más tarde por los militares.

Cuando se dio cuenta de que era inútil permanecer ahí, se acercó al mostrador para pagar y despedirse de Konaté.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora? —nunca había sentido en nadie Emmanuel tanto desamparo.

—¿Podremos hablar?

—Aquí no. Te he apuntado una dirección —le tendió un trozo de papel—. Es mi casa. Solo no la encontrarás. Ven en taxi, esta tarde, a las cinco.

Estaba claro que iba a tener que empezar su reportaje sin haber escuchado antes los ecos de la voz de Sankara, en cuya búsqueda andaba desde que había salido del hotel. Antes de abandonar el mercado, se paró ante un puesto de telas y eligió un paño de cotonada.

—¿Qué tal, encontró lo que buscaba? —preguntó uno de los soldados a la salida.

—Aquí está —levantó el paquete que llevaba en la mano, y juzgó prudente no precisar que de ahí saldría un «Llega Sankara» precioso.

*

Si no había podido sacar una palabra a Konaté, no lo lograría con nadie. «Con nadie del país, al menos», pensó, y recordó L'eau vive, un restaurante regentado por una congregación religiosa, atendido por monjas extranjeras—. Había cenado allí a los pocos días de su llegada y le había sorprendido el ambiente de su patio florido y sereno, que contrastaba con el bullicio del exterior. Supuso que ahí se encontraría fuera del alcance de miradas indiscretas y que las monjas se mostrarían más dispuestas a la conversación. No eran burkinabé, pero llevaban años en Uaga y trabajaban en contacto estrecho con la población local. En los barrios pobres de la ciudad o en poblaciones cercanas, construían escuelas y dispensarios, cavaban pozos, levantaban urinarios comunitarios. Sin duda le tenían tomado el pulso al país. Mejor eso que regresar al hotel con las manos vacías.

Una joven africana le entregó la carta. Recordó que, en su primera visita, un plato de nombre interminable le había llamado la atención, pero entonces no se atrevió a pedirlo. Hoy sí lo haría.

—Un *silem soaba wala zound-weogo* —leyó para poder encargarlo, y la camarera sonrió, divertida por la pronunciación y el esfuerzo.

Nada en L'eau vive hacía pensar que el presidente de la República había sido asesinado la tarde anterior, que el país se encontraba en estado de choque.

Buscó con la mirada a alguna de las monjas, sin éxito. Dos hombres, blancos también, ocupaban una mesa y formaban con él la única clientela. Miró su reloj: las doce del mediodía. Aún tenía que volver al hotel, escribir y mandar las primeras páginas de su reportaje, ir a casa de Konaté.

—¿Podría hablar con alguna de las hermanas? —preguntó a la camarera, sin quitar ojo a la cerveza que le depósito sobre la mesa.

—Las hermanas están recogidas hoy. No va a ser posible interrumpirlas.

¿Plegarias por el alma de Thomas Sankara o estrategia para evitar visitas indeseables? Probablemente ambas cosas, se contestó Emmanuel.

Quedaba claro que lo único que iba a sacar en claro de su visita a L'eau vive era un plato de nombre exótico y de contenido por el momento desconocido. Apuró la cerveza y pidió otra, bien fría, para paliar los efectos del calor y del desánimo. Sólo quedaba regresar a su habitación, encender el aire acondicionado, encargar un gin-tonic y ponerse manos a la obra. Y esperar que el jefe decidiera el día del regreso:

—Nada de volver mañana, Emmanuel —le había dicho la tarde del golpe—. Hay que apurar al máximo tu presencia allí. Estas noticias mantienen vivo tres o cuatro días el interés de los lectores. Ya sabes, noticias de alcance medio, las llamo yo. Ya te avisaremos.

Era una buena nueva, después de todo. Quería husmear en aquello, tras las confesiones del presidente sobre la trama extranjera. Sentía que, de alguna manera, aquella información le pertenecía y le había sido sustraída ante sus propias narices.

Pero ni siquiera las monjitas querían hablar con él, y sintió que el espejismo de sus sueños de reportero afamado empezaba a desvanecerse. Recibió con agrado el primer trago de la nueva cerveza. Y cuando dejaba el vaso sobre la mesa para atacar el *silem soaba wala zound-weogo* que la camarera le había puesto delante, la puerta del restaurante se abrió y un hombre blanco, con atuendo informal escogido entre las mejores marcas del mercado, dejó paso a su acompañante, una especie de *barbie* tamaño natural. Él debía de llevarle un par de décadas, pero salvaba esa distancia con dignidad. Con la dignidad de quien no repara en gastos en las tiendas de cosmética —pensó el periodista—. La pareja se dirigió hacia la mesa ocupada y, por el volumen de las exclamaciones de bienvenida, comprobó Emmanuel que se trataba de compatriotas suyos.

Mientras examinaba el contenido del plato que tenía delante, intentaba descifrar sin éxito los

comentarios que llegaban en sordina desde la mesa vecina. De vez en cuando, unas risitas discretas apuntaban a que la conversación era ajena a la tragedia que se acababa de abatir sobre el país. Una oleada repentina de carcajadas le confirmó sus sospechas y al levantar la vista sobre el grupo, el rostro del hombre de la *barbie* retuvo su atención. Sin duda al abrirse la puerta del restaurante fue la rubia quien monopolizó su mirada —sonrió. No era la primera vez que veía a ese hombre, y esa sensación fue asentándose mientras se esforzaba en observarlo discretamente.

Debía de ser en su país, porque en Burkina había rehuido del trato con franceses. Imposible encajarlo con algún recuerdo, una presentador, una entrevista.

¿Algún famoso, quizá? ¿Un rostro visto en la prensa?

En la prensa... Se hizo de repente la luz. Pero no en París, sino aquí, en Uagadugú. Fue hace unos días, en un periódico de la capital. Una entrevista, que leyó de cabo a rabo. No había duda, era el embajador de Francia en Burkina Faso.

—Si no pasas por la Embajada, mejor —le había recomendado el jefe artes de la partida—. A esa gente no le gusta mucho que los periodistas metan sus narices en asuntos que consideran de su competencia exclusiva. África es para ellos un asunto privado del Estado francés, y desconfían de cualquiera que no haya sido enviado por el gobierno. Sobre todo si con quien van a hablar es con el mismísimo presidente, claro. No le hemos avisado de que se va a celebrar la entrevista, porque nunca se sabe hasta dónde son capaces de interferir en nuestro trabajo. Pero si tienes algún problema, no dejes de ir, porque con la credencial de un periódico como el nuestro, se guardarán muy mucho de dejarte en la estacada.

Ni se le había ocurrido ¡r a ver al embajador. Pero ahora que lo tenía a su alcance, ¿cómo dejar pasar la ocasión de hablar con él, de hacerle un par de preguntas para su crónica? No se arriesgaría a una negativa, para no tener que leer en titulares la tan temida frase, por sospechosa, del tipo «el embajador de la República Francesa en Burkina Faso declina hacer declaraciones a nuestro enviado especial».

El periodista esperó a que les fueran servidos los postres antes de intervenir. La intuición le aconsejaba no mencionar las intenciones de Sankara de desvelarle esa misma mañana los secretos de la conspiración exterior. Ni siquiera le había hablado de ello a su jefe, e imaginaba la bronca que le esperaba si en algún momento se veía obligado a hacerlo.

¿Quién sería la *barbie*? ¿Quiénes los acompañantes del embajador? ¿Funcionarios de la Embajada? ¿Franceses residentes en el país, ingenieros, cooperantes, responsables de ONG?

Le vino a la memoria la sospechosa presencia de Guy Penne, representante del Gobierno francés para los asuntos africanos, en Uagadugú, en el momento del golpe de Estado que sacó a Sankara del gobierno, el 17 de mayo de 1983, y el almuerzo en su honor ofrecido al día siguiente por el jefe de los golpistas, Somé Yorian. Había llegado al país el día anterior, cuando el presidente Ouédraogo aún intentaba un arreglo entre los dos rivales políticos. ¿Sería el embajador que tenía ante sus ojos el mismo que, unas semanas antes de la revolución del 4 de agosto, intervino personalmente ante Ouédraogo para impedirle que presentara su dimisión de la Jefatura del Estado, como pretendía hacerlo, cansado del papel de comparsa que le tenía asignado Yorian y sus compañeros de armas? No recordaba, y habría sido interesante saberlo —pensó mientras veía cómo depositaba la camarera sobre la mesa vecina unas enormes copas en las que bolas de helado y frutas multicolores se disputaban el espacio— si fue ese mismo embajador quien advirtió al presidente de Alto Volta que su dimisión significaba poner el poder en bandeja al recién liberado Thomas Sankara, posibilidad que disgustaba enormemente a Francia. Se preguntó si sería prudente pedir aclaración a tan delicadas preguntas al representante de su país, y decidió abordarlo sin más dilación, tras comprobar que daba cuenta de su copa de helado a una velocidad de vértigo.

—Buenos días —se presentó ante los cuatro comensales—, espero no interrumpirles. Mi nombre

es Emmanuel Durant, enviado especial a Uagadugú. Mi periódico, señor embajador, me ha encargado la cobertura de los sucesos de ayer tarde.

El embajador se mostró dispuesto a desplegar su panoplia de dotes diplomáticas:

—¡Por fin tenemos el placer de saludare, señor Durant! Acompáñenos a tomar el café, por favor —invitó al periodista a incorporarse al grupo.

El primer paso estaba dado. No le pasó desapercibida a Emmanuel la ironía de la primera frase.

—Teníamos noticias de su presencia en Uaga desde hace dos semanas. Parece que sus superiores gozan de una intuición envidiable. Nunca había visto despachar a un enviado especial con tanta antelación —miró de soslayo a la rubia, el labio retorcido hacia la derecha por una media sonrisa.

—Bueno, realmente —aguantó el embate el reportero— concertamos una serie de entrevistas con el presidente Sankara, como seguramente sabrá.

—Desde luego que lo sé —endureció levemente el tono el diplomático—, y no por ustedes precisamente. Es una pena que no se presentara en la Embajada el mismo día de su llegada. Con mucho gusto le hubiéramos ayudado en su trabajo. Como sin duda supondrá, nadie conoce mejor la realidad del país, y la personalidad del presidente no tiene secretos para nosotros.

La llegada de la camarera ofreció una tregua a Emmanuel, que aprovechó la ocasión para organizar el contraataque. De buena gana se habría apuntado a otra cerveza, pero las circunstancias mandaban, y la camarera anotó café para todos.

—Preferimos actuar por nuestra cuenta —hizo frente el periodista—. Si hubiéramos entrado en contacto con ustedes, habría llegado a oídos del presidente, y ya saben cómo era: muy desconfiado con las autoridades francesas.

—Disculpe, no le he presentado a mis compañeros de mesa. La señorita Siegler es la secretaria de nuestra Embajada. El señor Duhamel es nuestro cónsul general en Bobo-Diulaso, y el señor Martin es un amigo personal de visita en el país.

—Espero que las circunstancias no le echen a perder sus vacaciones —se dirigió el periodista al amigo del embajador.

—No estoy dispuesto a ello. La residencia de mi anfitrión es un remanso de paz al que nada ni nadie puede perturbar —devolvió la ironía Martin.

El embajador empezó a dar señales de impaciencia, y cuando levantó ostensiblemente la muñeca para mirar su reloj, el periodista decidió que no había tiempo que perder:

—Tengo que enviar una crónica esta misma tarde, y no quisiera dejar de recoger en ella su opinión sobre lo que está ocurriendo. Sin duda les interesará a nuestros lectores conocer la postura oficial de la República Francesa sobre el asesinato de Sankara. ¿Cree que podría concederme una cita esta misma tarde?

El embajador optó por quitarse el muerto de encima de inmediato:

—No me va a ser posible hoy, todo esto nos tiene muy ocupados. Pero si quiere que charlemos un rato ahora, le puedo atender unos minutos —recobró la compostura diplomática.

—Con su permiso, les dejamos trabajar tranquilos —invitó a la retirada la secretaria—. Recuerde que tiene usted una reunión dentro de media hora —le echó una mano a su jefe.

Tenía delante a un veterano de la diplomacia francesa, un experto en el juego del gato y el ratón. Y poco tiempo para sacar algo en claro de sus previsibles evasivas.

—Usted dirá —dio por abierta las hostilidades el embajador.

—Desearía saber si ya era usted embajador en Burkina Faso cuando un golpe de Estado sacó del cargo de primer ministro a Thomas Sankara —fue al grano Emmanuel.

—No. En esas fechas, era embajador de la República Francesa en Alto Volta —ironizó el diplomático—. Se supone que un periodista del diario más influyente del país debería estar mejor informado.

—Y lo estoy —mintió—. Las preguntas que le hago no son para mi información, sino para la de los lectores. ¿Qué significado tuvo en aquel momento la presencia del señor Guy Penne en Uagadugú?

El periodista lo percibió en una mueca fugaz: su interlocutor había sido tocado.

—Casualidad, pura casualidad —aguantó el tipo—. En esa época se estaba revisando el contenido de nuestros acuerdos bilaterales y el señor Penne estaba haciendo algunas consultas previas. Algo totalmente normal en este tipo de asuntos.

Bien por la respuesta —pensó Durant—, pero las dudas ya estaban sembradas en las desconfiadas mentes de sus compatriotas. El sol pegaba fuerte sobre la ciudad, y el sudor corría por los rostros de ambos hombres. El embajador aceptó el agua fresca que su contrincante le ofreció.

—¿Estaban ustedes al tanto de que algo se estaba tramando contra Sankara? —siguió Emmanuel.

—Cualquier observador mínimamente avezado, y nuestra principal obligación como diplomáticos es observar la realidad del país en el que estamos destinados, sabía que la cosa iba mal entre Sankara y Compaoré, desde hace ya unos meses. El propio presidente lo había dicho en público y hasta había contestado a preguntas de periodistas sobre el asunto. Pero si quiere mi opinión, no pensé que la sangre fuera a llegar al río. No tan pronto, al menos.

—¿Qué ha podido precipitar los acontecimientos?

—Como Compaoré ya ha dicho, él pensaba que anoche iba a ser detenido y quizá ejecutado por los hombres de su rival, en una reunión que tenían previsto mantener a las ocho. Posiblemente decidió adelantarse a la jugada.

—¿Cuál ha sido la reacción oficial del Gobierno francés?

—El presidente Mitterrand y el primer ministro, el señor Jacques Chirac, ya han expresado su pesar por lo ocurrido —se limitó a decir el embajador.

Mediante una nueva mirada a su reloj, le anunció al periodista que el tiempo se le iba acabando.

—¿Ha sido un éxito el golpe de Estado?

—No tenemos noticia de que, en ningún lugar del país, haya focos de resistencia. No obstante, es aún pronto para afirmar eso.

Había que lanzar la pregunta clave antes de que sonara el gong:

—¿Cree usted que algún país tercero ha participado en la conspiración contra el presidente Thomas Sankara?

El embajador bebió un buen trago de agua antes de contestar:

—Creo que aún es pronto para saberlo. A nadie se le oculta que las relaciones de Sankara con más de un país de la región eran francamente malas. Pero no podría decirle si lo eran hasta el punto de que alguno de ellos deseara su muerte —insinuó que de haber alguna mano extranjera implicada, había que buscarla en los alrededores y no más allá.

El sudor daba un brillo extraordinario al rostro del embajador. El calor parecía tenerlo al borde de la congestión. Se acarició la nariz con la yema de los dedos antes de seguir.

—Pero yo diría que se trata de un ajuste de cuentas entre rivales políticos. Un asunto estrictamente interno.

—Rivales y excelentes amigos —dejó caer Emmanuel.

—Bueno, ya sabe usted que la historia está repleta de amistades peligrosas.

El diplomático señaló el final de la entrevista:

—Sé que se aloja usted en el Indépendance, muy cerca de nuestra Embajada. Será un placer acompañarle hasta allí.

Emmanuel accedió, seguro de que no había coche de embajador francés sin aire acondicionado, y de que quizá el camino ofrecería la oportunidad de colar una nueva pregunta.

Desde el Citroën con matrícula diplomática, el fuego que abrasaba a Uagadugú parecía cosa de otro mundo.

—Hoy en día es difícil encontrar a un chófer de absoluta confianza. Las conversaciones en este país rara vez caen en saco roto —se puso el embajador al volante.

A esa hora, el calor se había sumado a los militares para mantener a la población recluida en sus casas. Desde el avión, a su llegada a la ciudad, Emmanuel había visto enormes extensiones de hojalata. Eran los techos de las chabolas. El horno inmenso en que se hacinan los pobres de Uaga. Recordó las palabras de Tom Sank, en su primera entrevista. «Mi sueño es sacarlos de ahí. Si mi pueblo no puede vivir dignamente, no hay revolución. La revolución no es una palabra, es acción.»

—La entrevista ha terminado, señor Durant —lo devolvió a la realidad el embajador—, pero hay algo que quisiera decirle. Si me promete que de mis labios no han salido estas palabras.

—Le escucho.

—Quiero su palabra, señor Durant

—La tiene. Tiene mi palabra de que las suyas no han salido de sus labios.

—De todos modos, si en algún momento dice que fui yo quien las pronunció, lo negaré y le tratare de plumífero embustero.

—Tiene mi palabra —creció la intriga en el periodista.

—Esta mañana, a pesar de que las nuevas autoridades hayan cerrado a cal y canto el aeropuerto de Uagadugú, ha aterrizado en la pista un avión libio.

—¿Y qué transportaba ese avión?

—Dos cosas. O mejor dicho, una persona y una cosa.

—Soy todo oídos.

—La persona es un enviado especial del coronel Gadafi. Un representante del Gobierno libio.

Una sacudida interior reactivó todos los sentidos del periodista, abandonados a su suerte tras la larga exposición al calor y al alcohol.

—¿Cómo ha sabido usted eso? —se atrevió a preguntar.

—Soy el embajador de Francia, querido amigo, no el voluntario de una ONG.

¿Era eso lo que pensaba Sankara anunciarle esa misma mañana? ¿No eran las buenas relaciones que mantenía con Gadafi una de las preocupaciones de Occidente? Le hizo la pregunta al embajador.

—Esa relación nos preocupó, y mucho, efectivamente. Al principio, desde su época de primer ministro en el anterior gobierno. Más aún cuando emprendió la revolución. Ya sabe que era recibido en Libia como un héroe, y que antes del famoso mitin de marzo del 83, había participado en otros en Trípoli, ante decenas de miles de personas que lo aclamaban enfervorizadas. Y que Libia inyectó mucho, muchísimo dinero en su revolución.

—¿Y después?

—Después, la cosa fue cambiando. Sankara podía ser lo que usted quiera, menos un gobernante sumiso. Para él, la independencia primaba sobre cualquier otro principio político. Así que cuando Gadafi empezó a reclamar el precio de su apoyo, Sankara sólo lo pagó cuando compartía el contenido de ese precio. Y cuando no lo compartía, no sólo no lo pagaba, sino que, por añadidura, aireaba a los cuatro vientos su opinión. En eso no podemos decir que fuera un político prudente.

—¿Por ejemplo?

—Le podría citar varios casos, pero el más evidente, el que sacó definitivamente a Gadafi de sus casillas, fue su postura en contra de la intervención de Libia en Chad.

El Citroën enfiló una Avenida de la Revolución desierta. Sobre todos los demás, el edificio del hotel Indépendance destacaba en porte y altura. La conversación tocaba a su fin.

—¿Y la cosa? —preguntó el periodista.

—¿La cosa? ¿Qué cosa?

—Dijo que en el avión libio de esta mañana había una persona y una cosa.

—Ah, sí, la cosa. Es un Alfa Romeo de lujo, y blindado. Un regalo del coronel Gadafi para Blaise

Compaoré —anunció triunfante el embajador.

Como quien recibe un golpe por donde menos se lo espera, Emmanuel quedó paralizado por la sorpresa, la mirada pegada a la parte superior del edifico ante el que se había detenido el coche: Indépendance, anunciaba el rótulo.

—Hemos llegado. Ha sido un placer conversar con usted. Todo lo que se ha dicho en este coche puede aparecer en su crónica, si lo desea. Con la certeza absoluta de que ha ocurrido tal como se lo he contado. Pero ya sabe...

El periodista asintió con la cabeza, al despedirse. Ya fuera del coche, hizo un gesto al embajador para que no siguiera su ruta. Tenía una última pregunta que hacerle. La ventanilla del conductor bajó lentamente.

—¿Por qué me cuenta usted todo esto, señor embajador? —no ocultó un tono desafiante el periodista.

—Por dos razones muy sencillas, señor Durant. La primera, y más importante, porque es la verdad. La segunda, porque conozco tan bien como usted a nuestros compatriotas, y no faltará quien asegure que Francia ordenó el asesinato de Thomas Sankara. Y eso es absolutamente falso. Por muchas razones, pero fundamentalmente por una: el presidente Mitterrand jamás consentiría algo así. Y a nosotros, los diplomáticos, no nos corresponde decir la verdad. Pero a ustedes, los periodistas, sí.

Emmanuel Durant vio cómo el Citroën negro se perdía en una nube de polvo. Estaba acostumbrado a que lo más interesante se contara después de las entrevistas, pero lo que le acababa de ocurrir sobrepasaba lo esperado. Ampliamente.

Tenía por delante unas horas para redactar su reportaje. Las palabras del embajador no cabían en él. Lo dejaría para la crónica del día siguiente. Una bomba.

Al llegar a la barra de Le tam-tam, leyó en los ojos de Albert una mezcla de alegría y desesperación:

—¡Hombre, ya era hora! ¿Dónde te habías metido? —se desfogó el camarero.

—Estuve paseando por la ciudad, y comí por ahí. Ya te contaré después —decepcionó al amigo —. Ahora me tengo que ir a escribir. Oye, voy a necesitar el fax otra vez esta tarde, ¿crees que será posible?

—No habrá problema. ¿Quieres tomar algo? —intentó retener al periodista.

No entraba dentro de lo previsto, pero las emociones fuertes vividas en el Citroën eran una coartada perfecta:

—Bueno, un gin-tonic, con mucho hielo. Pero uno sólo, ¿vale?

El reloj marcaba las dos y media de la tarde. Necesitaba dos o tres horas para escribir su texto. Había quedado a las cinco con Konaté.

—Probablemente llegue tarde a la cita —pensó mientras vigilaba la medida de ginebra que Albert, feliz de haber logrado su objetivo, vertía en su vaso.

El general en Brazaville

—Te cambio Brazzaville por Abiyán, incluso por Bamako —bromeó Delauney al recibir al gobernador de Costa de Marfil en su residencia.

—Ni loco, amigo Jacques, ni loco. Me han contado que la vida aquí es un infierno —respondió René De la Fressange a su anfitrión.

—No te lo puedes ni imaginar. Si vosotros tenéis mosquitos, nosotros tenemos diez veces más. Si vosotros sudáis a mares, nosotros sudamos a océanos. Si vuestros indígenas son gandules, los nuestros ni te cuento. Y no sigo para no cansarte. Esto es el Congo, amigo. Aquí estamos en el corazón de África, no hay escapatoria. Ojalá algún día cambie la AEF por la AOF. ¡Una letra, sólo quiero que me cambien la letra del centro! —rió Delauney.

Las colonias del imperio francés en África negra estaban agrupadas en dos grandes bloques: el África Ecuatorial Francesa y el África Occidental Francesa. Con un gobernador general al mando de ambos bloques, cada uno se subdividía en colonias, al mando de las cuales era nombrado un gobernador. La AEF fundada en 1910, reagrupaba las colonias de Gabón, Chad, Congo medio y Ubangui-Chari; la AOF, creada en 1895, los territorios de Senegal, Níger, Guinea francesa, Mauritania, Sudán francés, Alto Volta, Dahomey y Costa de Marfil.

Las dos federaciones francesas de África, en esos años de la Segunda Guerra Mundial, no se habían librado de las convulsiones que sacudían al mundo. El 26 de agosto de 1940, Félix Éboué, gobernador de Chad —el único hombre de raza negra en acceder a un puesto tan relevante de la administración colonial—, proclamó su apoyo a la Francia Libre y se puso a disposición de Charles De Gaulle. El resto del imperio siguió su llamamiento, en un gesto determinante para la victoria del general. La adhesión de las colonias francesas a uno u otro bando era vital por su valor estratégico, pero sobre todo por ser fuente de provisión de recursos materiales y de hombres. Sólo Éboué, ya convertido en gobernador general de la AEF, logró movilizar a cuarenta mil soldados, que fueron desembarcados en Sicilia y en el sur de Italia. En Brazzaville, capital de la federación ecuatorial, se instaló la radio que se convertiría en la voz de la Francia Libre en el mundo. Fue también ahí donde el general De Gaulle decidió convocar la Conferencia que, el 30 de enero de 1944, con la guerra aún sin concluir, iniciaría el debate sobre el futuro de las colonias francesas de África.

Para asistir a esa Conferencia había acudido René De la Fressange, gobernador de la colonia de Costa de Marfil, a Brazzaville.

—Los empresarios franceses están que trinan —explicó De la Fressange a Delauney, gobernador de Congo medio—. Las palabras de De Gaulle sobre la gratitud a los africanos que han entregado su vida en la guerra, sus discursos sobre la necesidad de reorientar nuestras políticas en África y de darles más voz a los indígenas los están poniendo nerviosos. Hace unos días, tuve que aguantarle un chaparrón a una delegación que cree que, con esta manera de ver las cosas, a Alto Volta le será devuelto el estatuto de colonia.

—¿Y qué les importa eso a ellos? —se interesó el anfitrión.

—El grueso de sus negocios está en Costa de Marfil y Senegal. Es lógico, son las zonas más ricas, tienen más infraestructuras a su disposición, más medios para evacuar su producción. Pero les faltaba mano de obra para seguir creciendo, y decidieron que Alto Volta, que tiene pocas riquezas naturales, debía proporcionársela. Para ello, era imprescindible que el territorio estuviera adscrito a la misma colonia, y convencieron al gobierno para que así se hiciera. Le retiraron pues el estatuto de colonia a Alto Volta y echaron mano de miles de mosi, la etnia predominante allí, que tuvieron que abandonar su país para hacer lejos de casa su trabajo obligatorio.

—Y claro, vosotros tuvisteis que soportar el descontento del Alto Volta —dedujo el gobernador del Congo medio.

De la Fressarge se llevó a los labios la copa de Borgoña blanco que le había ofrecido su colega. El gesto de aprobación que se dibujó en sus labios agradó a Delauney:

—Nunca me falta aquí —explicó—. Me ayuda a sentirme en casa por unos instantes —sacó de la cubitera la botella para llenar las dos copas.

Se habían instalado cómodamente en el salón de la residencia, embutidos en unos enormes sillones de cuero llegados de París. Los dos hombres eran amigos desde el instituto, y cursaron juntos los estudios en la Escuela de Alta Administración de la capital. El destino quiso que siguieran también juntos el camino hacia las colonias africanas, aunque separados por miles de kilómetros.

—Bueno, en realidad —retomó el hilo de la conversación René De la Fressange— la presión no ha sido tanta. Al menos para nosotros. Quienes más han tenido que soportarla han sido el Moro Naaba de Uagadugú en primer lugar, así llaman a su rey, y ahora el Moro Naaba Saaga, su hijo. Y claro, los jefes tradicionales de poblados, que son quienes reciben las quejas constantes de la población, que si sus hijos se mueren de hambre, que si están enfermos, que si sus maridos se han tenido que ¡r a trabajar fuera, en fin, un desastre.

—No puede llover a gusto de todos —opinó Delauney.

—Desde luego. Además, que se las arreglen entre ellos, porque Francia no puede resolver el problema de cada familia. Estamos aquí con miras más elevadas, de mayor alcance, y ellos no son capaces de entender eso.

—Ni de que en esta empresa que ha acometido la República, ellos serán los primeros beneficiados...

—Sin duda. Pero, volviendo a lo que te decía, los reyes mosi no han dejado de mandarnos cartas reclamando la restitución del estatuto de colonia a nosotros, los gobernadores, y al Ministro de las Colonias. En París, la mayoría de esas cartas han ido a parar a la papelera, pero últimamente una de ellas ha obtenido respuesta en un tono que nosotros llamaríamos diplomático y que los empresarios consideran baboso. Así que en esas estamos, y con los nuevos aires que corren, todos están con las uñas afiladas.

En su retirada, el sol dejaba un rastro de sangre en el cielo. Delauney invitó a su amigo a contemplar el espectáculo desde la veranda. Ordenó a un criado que les acercara la cubitera con el vino y las copas. Mecido por el balancín en que se había acomodado, Delauney levantó su mano hacia el cielo:

—Es una maravilla. Una de las grandes cosas de África. Cuando regrese a Francia, creo que es esto lo que más echaré de menos.

*

La llegada del general De Gaulle a Brazzaville fue una fiesta. En su paseo por las calles de la ciudad junto a Félix Éboué, miles de personas se abalanzaban sobre el héroe por el que habían ido a dar su vida tantos hijos del país. Todos querían tocarle, todos deseaban verlo. Nadie quería dejar escapar la oportunidad de sentirse lo más cerca posible de él.

Unos días antes, la voz del general había resonado en las ondas de Radio Brazzaville:

> Ha llegado el momento, franceses y francesas de África, de la renovación. El Gobierno francés quiere que, a partir de ahora, nuestros pueblos, unidos por la penosa prueba compartida de esta guerra que aún no ha terminado, miren hacia el futuro con una perspectiva nueva, que juntos hagamos de esta Francia que todos integramos una gran casa

en la que vivamos en armonía, en el respeto mutuo de nuestras diferencias, y que todos participemos activamente en la construcción de esa nueva casa.

Nadie ocultaba en la ciudad el orgullo por haber sido Brazzaville la elegida para dar el nuevo paso. Las calles se habían llenado de gobernadores y otros altos funcionarios venidos de toda África, de gente importante llegada París, de periodistas procedentes del mundo entero. Y hasta el mismísimo general De Gaulle estaba ahí, tal como había prometido, dejando por unos días los gravísimos problemas que enfrentaba su país para compartir esos días de gloria para la ciudad.

El mundo entero pudo escuchar sus palabras en la ceremonia de inauguración, a través de Radio Brazzaville y de la BBC. En las calles de la ciudad, habían sido instalados altavoces para que nadie se perdiera el discurso del general:

> La terrible prueba que constituye la ocupación provisional de la Metrópoli por parte del enemigo no exime en ningún momento a la Francia en guerra del cumplimiento de sus deberes y sus derechos. El reencuentro entre todas nuestras posesiones de África nos brinda una oportunidad única de reunir, para trabajar juntos, a los hombres que tienen el honor y la responsabilidad de gobernar, en nombre de Francia, sus territorios africanos. ¿Dónde podría tener lugar una reunión como esta sino en Brazzaville, que durante estos años terribles ha sido el refugio de nuestro honor y de nuestra independencia, y cuyo nombre permanecerá grabado en la historia como el ejemplo del más meritorio esfuerzo francés?

Las calles de Brazzaville se convirtieron en un estruendo de vítores y cánticos que atravesó los muros de la sala de conferencias, para complacencia de quienes allí estaban reunidos. Pero muy pronto se hizo el silencio: nadie quería perderse una sola palabra del general.

En la sala de conferencias, los aplausos interrumpían sin cesar el discurso. Entre el auditorio blanco, un único negro destacaba, sentado a la izquierda de De Gaulle: Félix Éboué. A la derecha del general, el comisionado del Gobierno para los asuntos de África, Leven, esperaba su momento: al ausentarse aquel, le tocaría a él la delicada misión de llevar a Conferencia hacia los objetivos deseados. La alocución llegaba a su fin:

> Ustedes tienen, señores gobernadores generales y gobernadores, los pies suficientemente anclados en tierra africana para no perder jamás el sentido de lo que es realizable y, por lo tanto, práctico. Desde este momento, pertenece a la nación francesa y sólo a ella la decisión de proceder, llegado el momento, a las reformas imperiales estructurales que tenga a bien decidir en el marco de su soberanía.

De Gaulle proclamó, con la solemnidad que sabía dar a los actos que él consideraba históricos, la apertura de la Conferencia. La algarabía en la calle había dado paso a un rumor prolongado, atenuado por las interrogantes, el misterio de las últimas palabras del francés, a las que todos buscaban un sentido. En ellas debían hallarse, sin duda, las promesas de una relación nueva con Francia, la esperanza de una vida mejor para ellos, el final de las penurias, de la injusticia, de los trabajos forzados. ¿Pero dónde?

Los habitantes de Brazzaville dedicaron el resto del día a la laboriosa labor de despojar las palabras del general de sus adornos, en busca de lo que todos hablan ido a oír.

Los oídos se volvieron hacia aquellos que más sabían, los que habían destacado por su oposición

a la presencia francesa, su rechazo a las arbitrariedades que su pueblo sufría permanentemente. Los que habían pagado su rebeldía con la cárcel, la tortura, los trabajos especiales. Los que eran abandonados por su propio pueblo, como apestados, porque acercarse a ellos los convertían en sospechosos ante los *tubab*.

Pero los tiempos habían cambiado, ya lo había dicho el general. Cientos de miles de africanos habían ido a morir por él y por su patria, a muchos kilómetros de sus casas. Miles de mujeres habían quedado viudas, miles de niños huérfanos para liberar a los suyos, olvidando las calamidades que otros como él ¡e habían hecho pasar.

«El sacrificio no será en vano, Francia sabrá recompensarles. Se abrirá una era nueva para los africanos», había proclamado Félix Éboué, su gobernador general, el que tenía la piel de su mismo color.

«Francia sabrá ser generosa, no dudéis de ello», habían anunciado los gobernadores en Congo Medio, en Chad, en Ubangui-Chari, en Gabón.

Y no sólo fueron a la guerra quieres por edad estaban obligados a servir a la Patria. También otros se alistaron, porque el general los necesitaba, y muchos jefes escogieron entre sus hijos a los que debían acudir a la llamada del *tubab*.

Les habían llegado noticias de que hasta el mismísimo Moro Naaba de los mosi había mandado al mayor y al menor de sus hijos.

Los que más saben, los que lucharon porque llegara este momento contestaron a sus preguntas con otras preguntas:

«¿Por qué están sólo ellos reunidos para decidir lo que van a hacer con nosotros? ¿Por qué no nos piden nuestra opinión sobre lo que nosotros queremos hacer con nuestras vidas? ¿Por qué debemos creer en una nueva promesa si hasta ahora ninguna de las que nos han hecho ha sido cumplida? ¿Por qué ha dicho el general en su discurso que corresponde a Francia, y sólo a ella, decidir lo que será de nosotros?»

Pero también dijeron:

«El general se irá, pero los demás estarán reunidos aquí varios días. Dejémosles trabajar. Antes de regresar a sus casas leerán una declaración, nos dirán qué decisiones han tomado, sabremos lo que piensan hacer. Entonces veremos si nos han engañado una vez más o no.»

Los altavoces dejaron de sonar en Brazzaville. Los hombres blancos tenían que hablar, y había que esperar. El cielo se fue cargando de nubes negras, y el presagio de la tormenta animó a todos a refugiarse en casa. Las calles se despoblaron, y la ciudad quedó a merced de la Conferencia.

*

La declaración llegó a oídos de todos al día siguiente de la clausura de la Conferencia. Los representantes de la República Francesa en África dieron por concluidas sus sesiones de trabajo el 7 de febrero. Las conclusiones a que llegaron fueron dadas a conocer al mundo entero por Radio Brazzaville, la voz de la Francia Libre.

Los hombres y las mujeres de África se apiñaron esa mañana en torno a los escasos aparatos de radio disponibles.

Nadie se perdió la Declaración en los despachos de la Francia Libre, ni tampoco en los de la Francia ocupada.

Los hombres de negocio de la metrópoli se congregaron en los salones de sus clubes de ocio para recibir juntos las noticias tan esperadas, tan temidas.

Unos y otros supieron esa mañana de qué habían hablado los franceses reunidos en Brazzaville.

En el preámbulo de la Declaración, a todos los que escuchaban Radio Brazzaville se les aclaró

que «los fines de la obra civilizadora llevada a cabo por Francia en las colonias descartan cualquier idea de autonomía, cualquier posibilidad de evolución fuera del bloque francés. La noción de independencia de las colonias, incluso a largo plazo, debe ser absolutamente desechada».

—No está mal —opinó Delauney, que se había encerrado con su amigo René De la Fressange en su despacho de Brazzaville para escuchar las noticias lejos del bullicio de las calles y los salones.

—Bueno, creo que hemos hecho un buen trabajo. De Gaulle estará contento con Pleven, Éboué ha quedado satisfecho, todos hemos aportado nuestro grano de arena —contestó el gobernador de Costa de Marfil.

—¡Y los indígenas no se podrán quejar! —apostilló su amigo—. ¡Representantes en la Asamblea Constituyente de la República! ¡Asambleas territoriales elegidas por sufragio universal! ¡Quién se lo iba a decir!

—¿Y los empresarios? ¿Qué me dices de los empresarios? Cinco años más de trabajos obligatorios... No, realmente, creo que hemos hecho un texto del que nadie podrá tener queja. Todos ceden un poco, nadie pierde nada. ¡Brindemos, amigo Jean! —agitó una campanita el gobernador para avisar al criado que aguardaba órdenes tras la puerta del despacho.

—Sí, brindemos, pero ya verás que ésos encuentran aún motivos de queja —señaló René De la Fressange—. Sólo cinco años más de trabajos obligatorios... ¿y después qué?

—Bueno, ya sabes, quien dice cinco... Mientras el Código del Indigenado siga vigente, no tienen nada que temer.

Desde el año 1887, el Código del Indigenado regulaba legalmente las obligaciones de los hombres y mujeres que vivían en los territorios ocupados por Francia. En él se disponían innumerables prohibiciones dirigidas a los indígenas —como eran denominados oficialmente los habitantes no europeos de las colonias— y se les reconocía como único derecho civil su identidad personal. El Código dividía a las personas en dos categorías: los ciudadanos franceses, blancos de origen metropolitano, y los sujetos franceses, la población autóctona de la colonia. Los derechos de éstos eran muy limitados, y las obligaciones se fueron multiplicando con el paso de los años para «adaptar los intereses de los colonos a la realidad del país». La circulación por las calles de la ciudad les estaba prohibida de noche, estaban sujetos a cualquier tipo de requisición, debían pagar el impuesto de capitación, que constituía una auténtica calamidad para ellos. Al deber ser satisfecho en metálico, se veían obligados a vender a bajo precio el producto de la labranza, fundamentalmente aquellos frutos destinados a la exportación. Muchos no podían abonarlo, y debían compensarlo con la ejecución de trabajos forzados en los campos de algodón de las autoridades francesas, además de cumplir con los que les correspondía por disposición legal.

Entre las múltiples obligaciones de los indígenas, los trabajos forzados eran las de mayor peso. Todas las aldeas debían garantizar anualmente la provisión de un número determinado de hombres, para contribuir al esfuerzo que la metrópoli hacía por sacar adelante a su país, trabajando sin sueldo para la administración francesa o las empresas concesionarias. Como estas, para reducir al máximo las inversiones, limitaban lo más posible la adquisición de maquinaria, eran las manos indígenas las encargadas de desbrozar, allanar, cavar, hacer brotar al fin sobre la tierra inhóspita de su continente carreteras, vías férreas, puertos, explotaciones agrícolas y cualquier otra infraestructura que los nuevos dueños de sus tierras consideraran necesaria para extraer de ellas sus riquezas y evacuarlas hacia la madre Patria.

Cuando los hombres huían de las aldeas para escapar del infierno de los trabajos forzados, la administración colonial se llevaba a mujeres y niños como rehenes y los encerraba, para obligar al prófugo a cumplir con su obligación, en campos que llamaban de la muerte, porque los rehenes no tenían derecho a recibir alimentos.

Hombres y mujeres —también niños cuando la envergadura de la obra así lo exigía— pasaban

semanas y en ocasiones meses trabajando de sol a sol a pie de obra. A ambos lados de la vía férrea de Congo-Océano, o de la senegalesa de Thies-Kaye, se multiplican los cementerios que guardan los restos de miles de personas que, en aplicación del Código del Indigenado, jamás regresaron a su aldea, abatidos por la desnutrición, la extenuación, los latigazos que recibían de los capataces para animarlos al rendimiento máximo.

Los jefes de aldeas que se oponían a entregar a sus hombres eran torturados y asesinados. Así murió el padre de Jean Bedel Bokassa, quien muchos años después, siendo presidente de la República Centroafricana, presumiría de haber servido carne humana al presidente Francés Valéry Giscard d'Estaing en el almuerzo ofrecido en su honor en Bangui.

También cayeron abatidos por balas francesas miles de indígenas que se atrevieron a rebelarse contra los trabajos forzados.

Alto Volta, Chad y Ubangui-Chari se convirtieron en gigantescas canteras humanas para la provisión de mano de obra gratuita a empresas y administraciones.

En 1848, años antes de la aprobación del Código del Indigenado, Francia había proclamado por iniciativa de Victor Schoelcher la abolición de la esclavitud en todos sus territorios de ultramar. «Ahí donde ondee la bandera tricolor, caerán las cadenas de los esclavos», proclamaba a los cuatro vientos el Comité del África Francesa. Los barcos negreros interceptados eran detenidos, y con los esclavos liberados se crearon «aldeas de libertad». Los que fueron hallados en un barco portugués que navegaba rumbo a Brasil fueron encaminados de nuevo hacia el continente, y para ellos se fundó la aldea de Libreville, que más tarde se convertiría en la capital de Gabón.

Y, al término de la Conferencia que el general De Gaulle había convocado en Brazzaville, los empresarios franceses de las dos federaciones de África estaban sumamente preocupados, porque las recomendaciones finales anunciaban la abolición de los trabajos forzados.

No tardaron en reunirse en el Círculo Social de Brazzaville, donde militares y civiles de la metrópoli pasaban la mayor parte de sus horas de ocio. Los últimos gobernadores y representantes del Gobierno en abandonar la ciudad lo habían hecho la noche anterior. La conversación discurría animada, exaltada incluso por momentos, interrumpida sólo por la llegada de los criados indígenas que iban y venían con las bebidas que los *tubab* iban encargando. La indignación por las propuestas de la Conferencia era general:

—Negrófila —intervino uno de los asistentes—. Estamos asistiendo a una política negrófila de De Gaulle. Ahora va a resultar que son los negros quienes están ganando la guerra. ¿Hay que premiar a los indígenas por haber cumplido con sus obligaciones? ¿Y cuál es el premio para los cientos de miles de nuestros hijos que han dejado la vida en el campo de batalla? Que tenga cuidado ese generalito, que no se le suba el poder a la cabeza. Que no olvide, sobre todo, que de momento sólo es el jefe provisional de nuestro gobierno.

No sé cómo se atreve, en esas condiciones, a poner en peligro el edificio que nos ha costado décadas levantar.

Una tormenta se abatía sobre la ciudad. A través de las amplias cristaleras que rodeaban el salón, los empresarios podían ver cómo las enormes copas de las palmeras y los cocoteros resistían a los embates del aguacero.

—No entiendo nada. Apenas hace unos años que logramos que las tierras vacantes y los bosques nos fueran cedidos en propiedad para sacarles el provecho que esta gente era incapaz de sacarle —apoyó otro empresario— y ahora cambian el rumbo. ¿Cómo quieren que saquemos adelante esas explotaciones si suprimen el trabajo obligatorio? ¿Acaso pretenden dinamitar la economía francesa en África?

—Ese De Gaulle no puede seguir al frente del país, debemos hacer algo —exclamó alguien.

—Sí, hay que acabar con él —dijo alguien más, llevando la conversación a la cresta de una marea

de indignación.

Uno de los asistentes, que había permanecido en silencio mientras escuchaba atento las opiniones de sus compañeros, se esforzó en devolver la calma:

—Serenémonos, señores. En primer lugar, todos nosotros sabemos que las tierras que nos fueron entregadas no estaban vacantes, que eran las mejores del país y que tenían todas ellas sus dueños, a quienes les fueron arrebatadas. Objetividad y honestidad es lo que reclama la situación actual, si la queremos afrontar con éxito. Veamos una cosa: nuestros intereses y los de Francia son exactamente los mismos. Ninguno de nosotros ignora lo que ha venido a hacer nuestro país aquí. Si el general De Gaulle se ha desplazado hasta Brazzaville para anunciar lo que ha anunciado, no es para dar las gracias a los indígenas por haber contribuido a la victoria sobre Alemania, no seamos ingenuos. Las cosas están cambiando mucho y muy rápidamente. Una guerra como la que estamos viviendo transforma más al mundo que cien años de historia. El general, como gran hombre de Estado que es, se ha dado perfecta cuenta de ello y ha actuado con rapidez. Si queremos conservar estos territorios, debemos cambiar la manera de gobernarlos. Hay más de un buitre, llámese Inglaterra, Estados Unidos o Unión Soviética, sobrevolando estas tierras en espera de lanzarse sobre el cadáver abandonado por la Francia descompuesta, empobrecida por la guerra. África es en estos momentos el motor de la recuperación de nuestro país. De aquí han de salir las exportaciones que nos hagan llegar divisas, de aquí las materias primas que permitan reactivar nuestra industria, de aquí los alimentos que nuestra agricultura maltrecha por años de guerra no nos puede dar. Si perdemos África, lo perdemos todo. Y les aseguro que África se perderá si no cambiamos la forma de gobernarla. Eso es lo que De Gaulle ha percibido, y ese es el sentido de la Conferencia de Brazzaville.

Las palabras del empresario devolvieron la calma al debate. Los comentarios de aprobación o desaprobación de sus palabras hicieron crecer en el salón un rumor que una nueva pregunta acalló:

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? ¿Dónde están las consignas económicas en la declaración final? Sólo hemos oído hablar de derechos para los indígenas, de abolición de los trabajos obligatorios... Política, pura política, pero ¿y la economía?

El empresario que intervino un momento antes retomó la palabra:

—No podía ser de otra manera. La Declaración debe ser política para serenar los ánimos, devolver la confianza, abrir el nuevo camino. Tengan en cuenta que los africanos han sido testigos, decenas de miles de ellos en vivo y en directo, de que Francia no es invencible. Ya no somos Dios, señores. Hay que actuar con prudencia. Lo que hemos escuchado todos tras la finalización de la Conferencia no es lo más importante. Lo más importante, lo que más tiempo ha ocupado a quienes allí estaban reunidos tiene que ver con la economía, y como ustedes comprenderán sin duda, eso no se puede desvelar en una declaración pública. Soy amigo del inspector Peter, que como saben dirigió la Comisión de la economía imperial de la Conferencia y tuve la ocasión de reunirme con él antes de su regreso a Francia. Sus palabras en la apertura de la sesión fueron claras: «Es evidente que Francia va a tener una necesidad considerable de materias primas, y las colonias africanas deberán hacer todo lo posible para proporcionárselas.» Llegan tiempos nuevos, queridos amigos, y todos tendremos que amoldarnos a ellos. Nos guste o no, así habrá de ser —concluyó el empresario.

*

Las ondas de Radio Brazzaville habían llevado la Declaración Final a toda África. Muy lejos de ahí, en Abiyán, un joven sindicalista la había escuchado con atención. Sentado frente a su aparato de radio, le daba vueltas y vueltas a lo que acababa de oír. Tenía por nombre Félix Houphouet-Boigny y en él crecía la convicción de que su destino era encabezar el largo camino de su país hacia tiempos nuevos.

«Hoy, 4 de agosto de 1983...»

En la noche cerrada del cuatro de agosto de 1983, sin luna que pudiera delatar su presencia, avanzaba una larga columna de camiones. En su interior no llevaban maquinaria pesada, ni materiales de obra, ni cualquier otra cosa que pudiera deducirse del lo anunciado en sus puertas, el nombre de la empresa de construcción canadiense a la que les habían sido requisados. Lo que transportaban esos camiones era un nutrido grupo de paracaidistas de los comandos especiales. Hacía más de una hora que la columna había salido de Po y aún quedaba una eternidad para llegar a Uagadugú.

Eso, al menos, le parecía al capitán Blaise Compaoré, que adelantaba a la columna camuflada en unos cinco kilómetros. En el vehículo en que viajaba lo acompañaban tres hombres de absoluta confianza, armados todos ellos. Compaoré ocupaba el asiento delantero, junto al conductor. Llevaba sobre sus rodillas un kalashnikov listo para ser utilizado.

Desde el diecisiete de mayo, día en que Yomé Sorian, el «cubito de Maggi», había ordenado rodear con sus tanques la residencia del primer ministro Sankara y enviarlo detenido a Uahiguya, desde ese día en que también fueron detenidos sus compañeros de armas Lingani y Zongo, Blaise se había hecho fuerte en el cuartel de Po. Sus hombres, nada más llegar las noticias sobre el golpe de Estado, lo dispusieron todo para que se mantuviera al frente del destacamento y de la ciudad.

Apenas habían pasado dos meses desde aquel día, apenas unas semanas desde la liberación de sus compañeros y ya el grupo de militares progresistas que había sido excluido del gobierno por las armas, con Sankara, Lingani, Zongo y él mismo a la cabeza, se aprestaba a hacerse con el poder y a poner en marcha la Revolución con la que soñaban para, afirmaban, sacar a su pueblo de la miseria en que se pudría y devolver al país la verdadera independencia.

Uagadugú, ciudad acostumbrada a dormir amenazada, descansaba en calma. Las primeras aguas de la temporada de lluvias aligeraban el peso del calor en los meses secos. Nada hacía presagiar que el estruendo de las ametralladoras volvería a romper la noche. Nadie podía suponer que en ese mismo momento, en la residencia presidencial, Thomas Sankara intentaba evitar el derramamiento de sangre en conversaciones con el presidente Oudréaogo.

Tampoco sabía nada de ese encuentro Blaise Compaoré, que seguía avanzando al mando de la expedición de comandos especiales, porque esas conversaciones jamás fueron previstas en el plan que habían trazado juntos minuciosamente.

Precisamente sobre esos planes conversaba con sus compañeros de viaje, repasando uno a uno los pasos que habrían de dar al llegar a Uagadugú: «Tras entrar en la capital, cada grupo tendrá que cumplir estrictamente con su misión. El momento más delicado llegará cuando ocupemos la sede del Gobierno. Otros se ocuparán del "cubito de Maggi" y de la división de blindados, y se apostarán en los puntos estratégicos de la capital.»

A medida que Compaoré se acercaba a la ciudad, crecía su principal preocupación: otro grupo de hombres se disponía en ese instante a entrar en acción. Pero no eran militares, sino civiles. Por primera vez en la larga historia de los golpes de Estado en Alto Volta, había civiles trabajando codo a codo con los militares. Cierto era que su misión era menor: esperar a los soldados de Po a las puertas de la ciudad y guiarlos por sus calles oscuras desconocidas para los comandos de paracaidistas —después de haber provocado un apagón general—, hasta los puntos en que debían intervenir. Pero Blaise sabía que, en un golpe de Estado, no existen detalles insignificantes, que cualquier error puede dar al traste con el plan. El «cubito de Maggi», además, era consciente de que el peligro de un golpe pendía constantemente sobre su poltrona y estaba alerta, y aunque todas las comunicaciones entre Po y Uaga habían sido cortadas y las conversaciones discurrieron en secreto absoluto —los propios

paracaidistas de los comandos especiales fueron informados de su misión en el trayecto hacia la capital—, cualquier indiscreción, cualquier fallo por parte de un civil podía resultar fatídico.

Pero Sankara había insistido en su participación y la había puesto como condición para ponerse al frente del país tras la rebelión: sin las organizaciones políticas de izquierda no había revolución posible. Llevaba años relacionándose con sus principales líderes, venciendo su resistencia a trabajar junto a los militares, poniéndolos en contacto con los oficiales progresistas. Durante las últimas semanas, había redoblado sus esfuerzos para convencerlos de que llegaban tiempos nuevos, animarlos a superar sus diferencias, negociar con ellos el programa político. «¿Estarían hoy a la altura de las circunstancias?», se preguntaba Blaise Compaoré de camino hacia la capital.

Tres kilómetros más adelante circulaba un Renault 5 de color negro, aparentemente ajeno a lo que le esperaba a la ciudad. Mas no lo era, porque en su interior viajaba, con tres compañeros, el oficial Vincent Sigué, todos ellos con un kalashnikov cargado y la misión de notificar la llegada de los camiones a los civiles que esperaban en la entrada de la capital. Apareció de repente ante ellos una luz tenue, y entre sus manos saltaron los cierres de seguridad de los fusiles automáticos. Al acercarse, la luz fue tomando forma de foco de motocicleta, hasta detenerse a unos metros del coche. De ella se apeó un hombre uniformado que avanzó corriendo hacia el Renault, con los brazos en alto. Dos de los ocupantes del vehículo ya se habían bajado con los kalashnikov apuntando hacia a él cuando llegó a la altura del coche:

—Necesito hablar urgentemente con Vincent Sigué —su estado de excitación los preocupó.

—Aquí me tienes —se bajó el oficial del coche—. ¿Qué ocurre?

—El mensaje que traigo es sólo para ti —miró de reojo a los demás.

Sigué lo tomó del brazo para apartarlo del coche.

—¿Quién eres? ¿Quién te manda hasta aquí? —preguntó.

—Thomas Sankara; él es quien me ha pedido que hable contigo y que te transmita este mensaje.

Le entregó un papel firmado por el capitán:

> Han cambiado los planes, hay que detener el ataque. He llegado a un acuerdo con el presidente para que el traspaso del poder se haga sin derramamiento de sangre.

—¿Por qué tengo que creerte? —gritó Sigué, turbado por aquel inconveniente de última hora.

—Porque es una orden que ha dado el futuro presidente de nuestro país. Y quiere que se la transmitas inmediatamente al capitán Compaoré.

—No te conozco.

—Yo fui miembro de su guardia personal cuando era primer ministro. Yo estaba ahí, en su residencia, dispuesto a morir por él si nos ordenaba resistir. Y formo parte del grupo que lo acompaña desde esta mañana en Uaga. Hay que avisar a Compaoré de inmediato. Ahora, regreso a su lado.

El emisario corrió hasta la moto que había dejado abandonada a un lado de la carretera. Los cuatro hombres contemplaron atónitos cómo la pequeña luz roja del faro trasero se perdía en la noche.

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué quiere? —se abalanzaron impacientes sobre Sigué.

—Órdenes de Sankara que sólo le puedo transmitir a Compaoré —escucharon resignados—. Avísenlo por el transmisor de que vamos a su encuentro, que no se alarme al ver un coche pararse a su lado.

En los pocos minutos que lo separaban de Compaoré, Vincent Sigué tenía que tomar una decisión. ¿Cómo estar seguro de que no les estaban tendiendo una trampa? Incluso si la orden venía realmente de Sankara, ¿cómo saber que no se la estaban tendiendo a él, que el presidente no intentaba ganar tiempo para que el «cubito de Maggi» pudiera reaccionar? Pero, por otra parte, era imposible

desobedecer una orden del capitán, más aún en un momento como ese.

Cuando los dos coches se encontraron, Compaoré bajó rápidamente de él, metralleta en mano.

—Esperadme aquí —ordenó Sigué a sus compañeros.

Pidió al capitán que lo acompañara unos metros más allá, donde nadie pudiera escuchar lo que le tenía que decir. El corazón le golpeaba el pecho brutalmente, como si Sankara llamara a las puertas de su conciencia:

—Ha llegado hasta nosotros un emisario de Thomas —dijo al fin.

—¿Qué mensaje traía? —preguntó impasible Compaoré.

—Todo tiene que seguir tal como estaba previsto. Debemos entrar en Uagadugú —mintió Sigué.

Había tomado la decisión en el instante mismo de contestar. O quizá no, quizá la tuviera tomada desde el principio y no quiso aceptar hasta el último momento que iba a desobedecer las órdenes del jefe de la rebelión.

Nada más pronunciar esas palabras, el corazón recuperó el ritmo habitual de sus latidos. Blaise Compaoré respiró hondo, la mirada puesta en dirección a la capital.

—Vayamos entonces, si todo va bien —dijo. Y siguió, unos segundos después—: ¿Sabes, Vincent?, quizá sea yo quien debería convertirse en el nuevo presidente de Alto Volta.

*

No fueron fuegos artificiales, como algunos sospecharon en un principio, lo que iluminó el cielo de Uagadugú, lo que resonó de punta a punta de la ciudad. Con las primeras ráfagas, nadie dudó de que Tom Sank había pasado a la acción. Y poco después los transistores lo confirmaron cuando su voz recorrió el país a través de las ondas:

> Pueblo de Alto Volta, hoy, cuatro de agosto de 1983, soldados y suboficiales del Ejército Nacional se han visto obligados a intervenir en la conducción de los asuntos del Estado para devolver a nuestro país su independencia y su libertad, y a nuestro pueblo su dignidad.

A Sankara, que iba acompañado por una decena de hombres armados, le había bastado con llamar a la puerta de la emisora para acceder a los micrófonos. Ni un solo disparo, ni un gesto de violencia. Su voz viajaba por las ondas, entrecortada por la emoción:

> Hemos sacado del poder a los individuos que, junto con todas las fuerzas conservadoras y reaccionarias del país, sólo han gobernado para servir los intereses de los enemigos del pueblo, los intereses de la dominación extranjera, del neocolonialismo.

Experimentado en golpes de Estado, el pueblo voltaico sabía que lo que correspondía después de escuchar las ráfagas de ametralladoras era pegarse al aparato de radio. Esa misma noche, todos supieron, de boca del mismísimo Thomas Sankara, a quién le tocaba mandar en el país:

> El movimiento actual de las Fuerzas Armadas voltaicas ha constituido, en este día del cuatro de agosto de 1983, el CNR, Consejo Nacional de la Revolución, que asume a partir de este momento el poder de Estado.

El nuevo hombre fuerte invitó a la población a constituir por doquier Comités de Defensa de la Revolución, y proclamó la voluntad del nuevo gobierno de vivir en paz y amistad con todos los países

y fundamentalmente con los vecinos.

Eran muchos los que se habían quedado embelesados con la palabra de Tom Sank durante los mítines de su época de primer ministro, o escuchando los discursos que pronunció a su paso por el Ministerio de Información. Adolescentes y jóvenes lo habían elevado al altar de los héroes, maravillados de ver a un miembro del gobierno acudir a su trabajo en bicicleta, como hacía la mayoría de los voltaicos, escuchar sus diatribas contra los políticos corruptos, emocionarse con su defensa de los más pobres. Esa noche, la esperanza llamó a la puerta de muchos hogares, el miedo a otras, la indiferencia también a algunas, cuando escucharon la consigna con la que concluyó el capitán su discurso: «¡Patria o muerte, venceremos!»

*

Los hombres que acompañaban a Sankara al salir de la radio estaban sorprendidos. No había habido en su discurso la chispa habitual, la elocuencia que sin duda todos esperaban volver a sentir en sus palabras, el toque de humor presente hasta en las circunstancias más dramáticas. No había euforia en el presidente, nada en su semblante dejaba entrever que el golpe había sido un éxito, que todo había funcionado a la perfección, que había corrido mucho menos sangre de lo previsto.

Y eso que la Gendarmería y la Compañía Republicana de Seguridad apenas habían ofrecido resistencia. Tampoco la base aérea y el cuartel de artillería, donde jóvenes oficiales eran parte de la trama y habían participado en sus preparativos. La popularidad de Sankara entre la tropa contribuyó a que los soldados de ambos destacamentos se unieran de inmediato a él. Cierto era que la cosa se había complicado en los alrededores de la sede del Gobierno, donde la guardia opuso una fuerte resistencia y los comandos de Po se vieron en algún momento cercados entre ella y los tanques del oficial Kamboulé. Pero los hombres de Compaoré se emplearon a fondo y con la ayuda de lanzagranadas y misiles anti carros, después de destruir dos blindados, se hicieron con el edificio. La guardia, al saber que el «cubito de Maggi» había huido, acabó rindiéndose. Ante la residencia del presidente también hubo resistencia. El grupo de comandos dirigido por Vincent Sigué tuvo que enfrentarse a la guardia presidencial, pero al acudir Sankara al lugar ordenó que se dejara de disparar y entró en la casa. Nadie en la residencia se atrevió a impedir que llegara hasta el presidente Ouédraogo:

—He proclamado la Revolución —anunció.

—Está bien —respondió el presidente—, porque al menos ahora la situación se aclara y todos estamos más tranquilos. ¿Y qué va a ser de mí?

—Si lo deseas, te hago salir del país con tu familia. Ya conoces al pueblo, no te dejará vivir en paz —propuso el capitán.

—Sí, conozco al pueblo. Por eso prefiero permanecer aquí y seguir con él la Revolución.

El ataque se había iniciado alrededor de las ocho de la noche. Eran poco más de las diez cuando Sankara y sus acompañantes salieron de radio Alto Volta. El asalto al poder había durado menos de dos horas. ¿No debía estar radiante el capitán?

No, no estaba radiante. Ignoraban sus soldados que al salir de la residencia del presidente, Sankara se había acercado a Vincent Sigué y le había pedido explicaciones por haber desobedecido las órdenes que le hizo llegar con un emisario, a las puertas de Uagadugú.

—Te dije que debían detenerse en Kombisiri, que no debían entrar en la ciudad. ¿Acaso no le transmitiste mi orden a Compaoré?

Sigué sabía que el momento de rendir cuentas no tardaría en llegar. Se había preparado para afrontarlo:

—Le transmití un mensaje diferente, Thomas. Le dije que la orden era atacar, seguir adelante con el plan.

—¿Por qué hiciste eso, Vincent?

—No conocía al emisario. No estaba seguro de que fuera tu letra la que vi en el papel. Pensé que podía ser una maniobra de Ouédraogo para ganar tiempo. De haber sido falso el mensaje, habría cargado con la responsabilidad del fracaso, lo habría echado todo por tierra.

El capitán lo miró reflexivo. Sigué sabía que en esos segundos se estaba decidiendo su futuro.

—Está bien —dijo al fin Sankara—. Pero han muerto soldados innecesariamente.

Sigué supo que había sido perdonado. Y cuando Sankara se alejaba, lo interpeló:

—Capitán —se acercó a él—. Compaoré, después de transmitirle el mensaje, me dijo algo que creo que debes saber.

—¿Qué dijo?

—Dijo que quizá fuera él la persona idónea para ocupar la Presidencia del país.

La mirada profunda que tanto desconcertaba a quienes conocían a Sankara se posó sobre Vincent Sigué:

—¿Sabes lo que significaría para ti que eso fuera mentira?

—Claro que lo sé —le sostuvo la mirada Sigué—. Puedo repetir estas palabras delante de él.

Sankara, a su salida de Radio Alto Volta, respiró hondo en la noche de Uagadugú. El país acababa de dar una vuelta de página a la historia, y había que empezar a escribir el nuevo capítulo.

—Vamos a la base aérea —ordenó a sus soldados—. Allí me espera el capitán Compaoré.

Trece tumbas en Dagnoen

No es difícil encontrar taxi al día siguiente de un golpe de Estado; los clientes habituales prefieren no asomarse a las calles tomadas por el ejército, los hombres de negocio se dan un respiro a la espera de noticias, los turistas que no se han subido aún al avión esperan turno al borde de la piscina de su hotel. Así que a los pocos minutos de haberlo solicitado el recepcionista del Indépendance, Emmanuel Durant tenía un coche a su disposición.

—A la calle Weem-Doogo, por favor —le leyó al chófer el papel entregado por Konaté.

El conductor se volvió hacia él, lo miró como quien observa a un marciano:

—Eso está pegado a Dagnoen. ¿Está seguro de que quiere ir ahí?

—¿Por qué, es un lugar peligroso?

—Normalmente es el menos peligroso de la ciudad, porque los muertos no molestan a nadie. Pero desde que enterraron anoche allí al presidente y a sus compañeros, puede que no sea el más recomendable —advirtió el chófer.

—¿Cómo sabe usted eso? —se asombró el periodista.

—Dese un paseo por Uaga, y si encuentra a alguien que no lo sepa, le pago un par de cervezas.

Y ante el asentimiento de Emmanuel, el taxista arrancó, dispuesto a someter a su coche ya herido de muerte a la prueba de los baches que siembran el camino hacia la periferia de la ciudad. La autoestima del reportero del diario más importante de Francia quedó herida de muerte: una noticia de ese calibre, sabida por toda la ciudad, quién sabe si por todo el país, le había pasado desapercibida. Y acababa de mandar por fax el reportaje. Entre el estrépito de las puertas y ventanas que temblaban al ritmo de las calles pedregosas de Uaga, consiguió hacerse escuchar por el chófer:

—¿Y en el resto del país?

—¿En el resto del país qué?

—Que si en el resto de país también todos saben dónde está enterrado Sankara...

Sobre el retrovisor del viejo Peugeot se dibujó una sonrisa triste:

—En el resto del país hay cientos de aldeas que piensan que Thomas Sankara sigue siendo el presidente de Burkina Faso.

Emmanuel pensó en el aire acondicionado del embajador. Las ventanillas traseras del taxi habían decidido —probablemente desde hacía mucho— que su misión en este mundo ya estaba más que cumplida. La emoción de la noticia recién recibida había acelerado el trabajo de las sudoríparas, y no había una miserable botella de agua fría que llevarse a los labios. A la vista de los ríos de sudor que corrían por el rostro de su cliente, el chófer intentó distraerlo de su desamparo:

—Con las prisas, a él le hicieron una tumba demasiado pequeña. Por la tierra asoman los pelos de su cabeza. La gente dice que Compaoré no permitirá que siga ahí, que le dará una sepultura digna.

El periodista decidió sacar partido de la locuacidad de su conductor, y se le acercó por detrás, más para aprovechar el aire que entraba por su ventanilla que por oírlo mejor:

—¿Y usted qué piensa de eso?

—Cuando matas a tu mejor amigo, lo peor está hecho. Da igual que lo tires a un basurero o que lo entierres en el panteón.

Tenía que memorizar la frase. Pintaría bien en la próxima entrega de su reportaje, que el jefe le pediría esa misma noche para el día siguiente.

Un momento antes, tras mandar el fax al periódico con la ayuda de Albert, había vacilado unos instantes en marcar el número de París, pero finalmente decidió esperar a la noche; ya llegaba tarde a la cita con Konaté y prefería no tener que escuchar la voz de su jefe. Bastantes emociones fuertes

había tenido ya en lo que llevaba de día. Y lo que quedaba por delante, a la vista de su conversación con el chófer.

Lástima no haber sabido antes lo del entierro. Habría quedado fabuloso en el reportaje. Tampoco había metido lo del avión libio, porque le asaltaron mil dudas. Al principio, decidió dejarlo para la siguiente entrega. Pero al cabo del segundo gin-tonic en la barra de Le tam-tam —se dejó convencer por Albert, sin que su amigo tuviera que esforzarse demasiado— se preguntó por qué esperar para dar una noticia de ese calibre. ¿Y si alguien de otro diario hubiera bebido de la misma fuente, si se le adelantaban y lo dejaban en la estacada con su notición? Sin contar con la bronca del jefe, la cara de tonto con la que se encontraría al mirarse en el espejo sería espectacular.

No, había que meter a Gadafi por medio. Y tras las primeras líneas lo coló. Así, de entrada, para que nadie se quisiera perder una sola palabra hasta el final.

Existe un lugar especialmente propicio para la reflexión: aquel donde hasta los reyes van solos. El *silem soaba wala zound-weogo* degustado en L'Eau vive exigía pronta evacuación, y fue durante esa tarea cuando le llegó la iluminación: se le apareció un embajador curtido en mil batallas diplomáticas aprovechándose de la candidez de un reportero no tan experimentado y ávido de noticias de esas que dan un empujoncito hacia la gloria que todo periodista busca en sus misiones en el extranjero.

Porque, ¿y si todo fuera falso, y él la estúpida palomita mensajera que el embajador utilizaba para hacer llegar a la opinión pública francesa el mensaje de que detrás del asesinato de Sankara está Libia, o sea que no está Francia?

En grandes titilares: "La pista libia del caso Sankara". Ya podían venir después desmentidos y protestas de la Embajada de Gadafi en París —recogidos en una columna tan oculta como las malas intenciones, en la última página de internacional. Podía incluso el periódico rectificar días más tarde, sin llamativos titulares esta vez, después de haber echado una bronca monumental o puesto de patitas en la calle al enviado especial e incauto que no contrastó la noticia. Daba igual, porque para la mayoría de los lectores, Gadafi sería ya, por los siglos de los siglos, el instigador del golpe de Estado en Burkina Faso. Porque lo habían leído en un titular del periódico más prestigioso de su país, y eso es palabra de Dios.

—Cabrón —murmuró Emmanuel sobre su trono—. Casi me la clava.

Más vale perder un notición dudoso que arriesgarse a convertirse en el hazmerreír de la profesión.

—¿En qué número lo dejo? —lo despertó el taxista de sus cavilaciones.

Volvió a mirar el papel de Konaté:

—En el 5, por favor.

Una pequeña alarma le advirtió en algún lugar del cerebro:

—¿El aeropuerto está cerrado? —probó suerte.

—A cal y canto —contestó el chófer.

—O sea que desde ayer no ha podido aterrizar aquí ningún avión...

—De pasajeros, que yo sepa, no. Militares, seguro que sí.

Si lo del avión libio era cierto, aún no se había corrido la voz en Uagadugu.

—Está cerrada —detuvo el coche el taxista.

—¿Cómo?

—La tienda, está cerrada. El número 5 es esta tienda, y está cerrada. Como otras muchas tiendas hoy. ¿Quería usted comprar algo especial? Si quiere lo puedo llevar a otra.

—No gracias, está bien, déjeme aquí, me daré un paseo —y pidió Emmanuel el precio de la carrera.

El taxista se encogió de hombros. Un blanco paseando en Dagnoen, un día como hoy... Esperó unos segundos por si el *tubab*, que se había apostado delante de la tienda, se arrepentía. Emmanuel

alzó la mano en señal de despedida, y vio cómo dejaba el coche una inquietante nube de humo y tierra al arrancar.

No sabía si había tomado la decisión correcta al bajarse del taxi, pero se dejó llevar por un impulso profesional. Esa misma mañana, tendría que haber mantenido una entrevista con Sankara. En ese mismo momento, él debería estar preparando su equipaje para regresar a París con una bomba mediática bajo el brazo. Eso sólo él lo sabía, y la muerte de Tom Sank había convertido su enorme curiosidad en una zozobra que sólo podría calmar buscando la verdad.

Por eso no le había pedido al taxista que lo devolviera al Hotel Indépendance. Y porque ahora sabía que el presidente de los pobres estaba enterrado muy cerca de ese lugar en el que esperaba que Konaté diera señales de vida.

Había muchos más civiles, muchos menos militares que en el centro. Un niño harapiento se le acercó. De su nariz colgaban dos trenzas espesas y brillantes, como un apéndice de su cuerpo.

—Regalo —inclinó la cabeza, tendió la mano, suplicaron los ojos.

Emmanuel no ofreció resistencia y se metió la mano en el bolsillo, donde, desde que había llegado al país, nunca faltaban monedas y caramelos. Dio ambas cosas al niño, y le pasó la mano sobre la cabeza rapada.

—Gracias, *tubab* —se le iluminó el rostro al pequeño mendigo, y salió corriendo con su trofeo en el puño.

Dado el éxito obtenido por su compañero de calle, un enjambre de niños calcados del que acababa de huir rodeó a Emmanuel. Le parecieron cientos las manos que se abrieron ante él, lo tocaron, lo agarraron, todas ellas clamando "regalo" al unísono. Elevó la vista por encima de ellos, en busca de auxilio, pero sólo encontró indiferencia entre los transeúntes. Cada gesto que hacía en dirección a su bolsillo para intentar devolver la calma multiplicaba los gritos y los empujones, porque todos querían recoger lo que fuera a salir de él. Sintió la camisa pegada al cuerpo, y pidió al cielo que su taxista viniera a rescatarlo. Una intensa sensación de irrealidad se fue adueñando de él, y empezó a percibir el griterío cada vez más lejos.

Lo que los niños estaban tocando, agarrando, empujando, ya no era su cuerpo. Se estaba desvaneciendo. Logró extraer sus manos del marasmo en que habían quedado presas y las elevó al cielo, y los ojos extraviados de los niños las siguieron como quien pierde a una presa.

Le quedaron fuerzas para escuchar una voz poderosa, adulta, contundente, y el coro de mendigos desapareció con la misma rapidez con que había llegado. Su salvador era un hombre alto, apuesto, arropado en un hermoso bubú azul.

—Sígueme a unos metros de distancia y entra donde me veas entrar —y continuó su camino.

Emmanuel obedeció como un autómata, y siguió sus pasos a corta distancia. Se sentía invadido, abochornado, pegajoso, mancillado. Teledirigido, porque no sabía quién era aquel hombre ni adonde lo llevaba. Un taxi ralentizó al llegar a su altura y le ofreció a gritos sus servicios. Pero no lo tomó. No entró en él como habría hecho cualquier persona sensata, no pidió que lo llevaran al hotel, no regresó a su habitación a tomar una ducha interminable, no se sumergió en el mundo de comodidad y de placer que tenía al alcance de su mano, no hizo sus maletas para regresar a su país. Le hizo saber con la mano al taxista que no lo necesitaba y lo vio alejarse entre las bicicletas y los peatones que se disputaban la calzada. Sobre la acera terrosa, tuvo que sortear a un grupo de hombres y mujeres que alzaban entre sus muñones unas pequeñas vasijas metálicas. Tirados en la calle, habían juntado sus cuerpos mutilados por la lepra para sobrellevar en la única compañía que les era permitida su vida miserable, su existencia de apestados en el país de los malditos. Pero no sacó de su bolsillo la moneda que le reclamaban los rostros deformes, pasó de largo, se pegó a las huellas del individuo del bubú azul. Supo que los leprosos que acababa de ver lo perseguirían en las peores noches de su vida. Han enterrado a Sankara junto a los suyos —le cruzó la mente ese pensamiento, y aceleró el paso al ver

que su guía, sin mirar hacia atrás, giraba a la derecha. Lo siguió por un callejón estrecho, donde de repente se hizo el silencio y la oscuridad, y llamó a la puerta por la que acababa de entrar el hombre del bubú azul. Como quien reencuentra a un amigo querido después de largos años de ausencia, se abrazó a Konaté en el mismo umbral de la casa.

*

—Como si lo hubieran cortado para ti —dijo Konaté al ver salir del cuarto de baño a Emmanuel con un "Llega Sankara" prestado—. He puesto el tuyo en remojo, parece que has venido corriendo desde el Hotel Indépendance hasta aquí.

En la mesa baja a la que lo invitaron a sentarse esperaban unas botellas de cerveza La Gazelle. Las gotas que resbalaban sobre el cristal terminaron de hacer feliz al francés, tras su accidentado paseo por los suburbios de la ciudad.

—Peor que eso, Konaté, peor que eso —el periodista había recobrado el aliento, el ánimo y la compostura tras su paso por el cuarto de baño del amigo—. He recorrido un mundo entero, que es lo que hay entre el bar del hotel y tu barrio.

—Ya me ha contado Amadú —señaló al hombre del bubú azul— que te tuvo que salvar de las garras de los niños de Dagnoen. Pero ¿no tienes nada que preguntarme?

Emmanuel tenía miles de preguntas que hacer. Empezando por la extraña manera de hacerlo llegar hasta su casa. Y muchas más, sobre lo que estaba pasando en el país. Pero debía ser discreto, no dejarse traicionar por las prisas.

—Sí, claro, algunas cosas. ¿Por cuál empezamos? —devolvió la piedra al tejado del anfitrión.

—Pues yo en tu lugar, preguntaría antes de nada: ¿cómo sabes que me alojo en el Hotel Indépendance si nunca te lo he dicho? —sonrió Konaté.

Era cierto, jamás le había hablado de eso. Ni de su misión en Burkina, por supuesto. Emmanuel se llevó a los labios la cerveza que le había servido Konaté. La sensación de seguridad que lo había aliviado al entrar en la casa se fue desvaneciendo.

—También sabemos —siguió— que eres periodista, para qué periódico trabajas, que has venido aquí para entrevistar a Sankara y que el día en que tenías tu última cita con él, hoy precisamente, te encuentras con que no puede ser porque lo han asesinado.

A miles de kilómetros de París, en un callejón perdido de un barrio de Uagadugú. ¿Qué coño hago aquí? —acertó a pensar Emmanuel.

A Konaté no le pasó desapercibido su desamparo:

—Nosotros también estamos afligidos, hoy. No sabes cuánto. Eso nos une a ti y a mí más que cualquier otra cosa. Puedes estar tranquilo, con nosotros no corres peligro. Los peligrosos son los otros, los que lo han matado. A partir de ahora, la sangre va a correr a raudales por el país. El gran amigo resultó ser uno de esos linces que puede esperar mucho tiempo al acecho de su víctima antes de caerle encima. Más que avisado estaba el camarada Sankara.

—¿Camarada Sankara? —preguntó Emmanuel.

—Así lo llamamos quienes llevamos años a su lado haciendo la revolución. Amadú y yo somos de esos, trabajábamos para él —anunció Konaté.

—¿Y el puesto en el mercado? —se sorprendió el periodista.

—Ya no hay puesto en el mercado. Cuando me encontraste ahí esta mañana, estaba recogiendo mis cosas, y me quedé un rato con la esperanza de que vinieras, como así fue. Sabía que, como periodista que eres, saldrías a la calle y buscarías a algún conocido para intentar obtener información. Hoy no corría peligro yendo allí, ahora mismo están atando otros cabos, pero quizá mañana ya sea demasiado tarde. A todos los que trabajábamos para él nos darán dos opciones: pasarnos al nuevo

bando o desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Muerte, exilio, cárcel... hay muchas formas de hacer desparecer a la gente.

—¿Y tú qué piensas hacer? ¿Vosotros que pensáis hacer? —se dirigió también el francés a Amadú.

—Nosotros ya hemos tomado una decisión. Vamos a seguir luchando. No podemos dejar que esta gente se salga con la suya sin hacer nada para impedirlo. Eso sería traicionarle, el peor insulto a su memoria. Estamos seguros de que otros CDR actuarán como nosotros. Tenemos que organizamos en la clandestinidad.

Konaté, un CDR... Cuántas nuevas sorpresas habría de depararle aún la jornada. Había estado hablando esos días, sin saberlo, con un miembro de los Comités de Defensa de la Revolución, la policía política que puso en pie Sankara al día siguiente de su acceso al poder. Para contrarrestar las armas del ejército y de la gendarmería que pudieran no ser fieles a los nuevos tiempos, hacer llegar las consignas de la revolución a todos los rincones del país, detectar a los antirrevolucionarios allí donde se encontraran, los Comités se multiplicaron en ciudades y aldeas, institutos y centros de trabajos. Su mano podía hurgar en los lugares más remotos, y habían escrito muchas de las páginas menos gloriosas de la Revolución. Emmanuel no había tenido reparo en hablar de ello en una de sus entrevistas a Sankara:

—Sí, es cierto —admitió el presidente—. Ha habido, y sigue habiendo hoy, gente en los CDR que ha utilizado su poder en provecho propio, que ha usado su uniforme para obtener beneficio, sus armas para amedrentar. Tengo entendido —ironizó— que cosas así se dan en todas las policías del mundo, y que en eso su país dista de ser una excepción. Pero estamos trabajando para rectificar esos errores y hacer de los CDR un cuerpo que inspire respeto y confianza y no miedo, como es cierto que ocurre actualmente.

Emmanuel sabía también que los CDR hacían igualmente las veces de servicios de inteligencia, y sin duda Konaté trabajaba en esa sección:

—Sí, somos CDR —confirmó Amadú—. Por eso sabemos quién eres y qué haces aquí.

—Entonces, ¿tu trabajo en el mercado? —se dirigió de nuevo el periodista a Konaté.

—Como ya lo habrás adivinado, no es más que una tapadera. Pertenecíamos a una sección de los CDR dedicada a recoger información sobre todo lo que ocurre en el país, algo así como los ojos secretos de la Revolución.

—Y supongo que dedicada también a delatar a quienes no estuvieran con ella —se atrevió a decir Emmanuel.

—En todos los países del mundo hay servicios secretos, en todos se controla a los ciudadanos. Nuestra Revolución tiene muchos enemigos, dentro y fuera del país. Luchamos para mejorar la vida de nuestro pueblo, para no seguir siendo el patio trasero de países como el tuyo, y eso tiene un precio.

Perdido en una casucha en el corazón de África, con los militares en la calle, frente a dos espías del régimen depuesto..., no estaba la cosa como para poner nerviosa a la gente, decidió el francés, y optó por dar un giro a la conversación:

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Los dos CDR se miraron. Konaté tomó la palabra:

—Cuando informé de que había un extranjero haciéndome preguntas sobre el país y sobre el camarada presidente, indagaron y comprobaron que ese extranjero era la misma persona que estaba entrevistando a Sankara. Este fue informado de inmediato y me mandó llamar.

—¿Fuiste a ver al presidente por esto? —se asombró Emmanuel.

—Sankara y yo éramos de la misma generación. Fuimos juntos al colegio. Le gustaba elegir entre sus colaboradores de más confianza a gente así, que conocía desde la infancia. Para él, la amistad era

un vínculo sagrado, y por eso jamás admitió que Blaise fuera a atentar contra él, a pesar de estar más que advertido. Me llamaba de vez en cuando a su despacho, porque le interesaba mucho hablar sobre lo que sucedía en la calle. No para reprimir, sino para saber. Estaba obsesionado con tenerle tomado el pulso a su pueblo constantemente, saber lo que pensaba, lo que decía. Ese día hablamos poco de ti. Sólo me dijo que no eras peligroso. "Al contrario", comentó, "es uno de los nuestros. Lo he sabido desde el primer momento". El resto del tiempo lo pasamos hablando de lo que más le interesaba: el día a día de los burkinabé.

La inquietud del periodista iba creciendo. Dos CDR que te confiesan que van a luchar en la clandestinidad contra Compaoré no son la mejor compañía posible en un día como ese. Insistió:

—Konaté, ¿qué pinto yo en todo esto? ¿Por qué me has hecho venir aquí y de esta manera tan rara?

—Esta casa no es nuestra —siguió Konaté—. Un familiar de Amadú que vive en Bobo nos la ha dejado. Mañana mismo nos convocarán a todos a nuestros puestos y empezará la selección. Los que no aparezcamos seremos los primeros en ser apuntados en la lista de enemigos. Irán a buscarnos a nuestras casas, y si no nos encuentran en ellas, nos buscarán hasta debajo de las piedras. Tenemos que tomar muchas precauciones, y no sabíamos si te habían seguido o no: un blanco no pasa desapercibido en las calles de Uagadugú, en un día como hoy.

El CDR hizo una pausa para encender un cigarrillo. El humo se elevó hacia el techo, mientras Emmanuel seguía sin entender nada:

—Necesitamos tu ayuda —dijo al fin Konaté.

—¿Mi ayuda? —protestó el periodista—. ¿Qué pretenden, que me una a la resistencia a Compaoré?

—Eres periodista, y no de cualquier periódico. Hay cosas que el mundo debe saber, y queremos que tú las cuentes.

—Bueno, acabo de mandar una crónica esta misma tarde. Pienso seguir escribiendo sobre esto.

—Bien, eso está muy bien, Emmanuel. Si nos dirigimos a ti es porque el mismo Sankara dijo que eres uno de los nuestros. Y te aseguro que no solía equivocarse en eso.

Un sentimiento de angustia se fue apoderando de Emmanuel. Como si hubiese caído a un pozo del que no le iba a ser posible salir. Era cierto, se había identificado en esos días con la Revolución, había quedado deslumbrado con la figura de Tom Sank, y se lo hizo saber a Konaté y a Amadú.

—Pero esto se me hace muy grande —siguió—. Yo no soy burkinabé, ¿lo entienden? Además, el mayor acto de heroísmo que he hecho en mi vida es haber venido aquí esta tarde. Por Dios, ¡decidme de una vez lo que pretenden que haga!

—No es fácil comunicarse en este país. Y a partir de ahora, lo va a ser aún menos. Los primeros tiempos serán de represión feroz. Pero estamos convencidos de que muchos CDR van a actuar como nosotros, también muchos civiles y militares. Es fundamental que una voz dirija los primeros pasos, una voz que llegue a todos.

—¿Y? —se temió lo peor el francés.

—Las noticias que recogen tu diario van a parar directamente a las radios más importantes del mundo —explicó Amadú—. Radio Francia Internacional, por ejemplo. Pueden impedir que lleguen hasta aquí los periódicos extranjeros, no temen a las televisiones por satélite porque casi nadie dispone de ellas, pero la radio es otra cosa. Las ondas se mueven libremente y es el medio de información más extendido en el país.

Emmanuel intuyó que iba a necesitar otra cerveza. Por el calor y para afrontar lo que se le venía encima. La pidió.

—Lo que te pedimos —siguió Konaté—, es que difundas informaciones que nosotros te pasaremos. Algunas de ellas, porque el mundo debe saber la verdad. Otras, porque los que vamos a

luchar en la clandestinidad necesitaremos consignas para actuar, cuando llegue el momento de dar el golpe definitivo. No va a ser fácil, nada fácil, comunicarnos, como te dije.

—¿El golpe definitivo?

—El objetivo será matar a Blaise Compaoré, por supuesto. Para devolverle al pueblo su revolución.

No era el momento de defraudar a nadie. Pero a Emmanuel le pareció estar rodeado de locos. O de desesperados. Apenas habían pasado unas horas desde el asesinato de Sankara y dos CDR, en una chabola miserable de la periferia de Uagadugú, estaban ya conspirando, aspirando nada más y nada menos que a asesinar al nuevo presidente de la República. Debía medir sus respuestas. No explicar de inmediato, por ejemplo, que la muerte de Tom Sank dejaría de ser noticia en Francia al cabo de tres o cuatro días, y que el asunto quedaría relegado a alguna que otra asociación izquierdista cuya voz apenas traspasaría las paredes de su sede oficial. Ni tampoco que el pueblo burkinabé tendría quizá en mente otras preocupaciones más urgentes —como la de intentar adivinar lo que caería en el plato de sus hijos al día siguiente— que la de movilizarse contra el nuevo poder.

Aunque también se guisaban otras habas en su conciencia. Él era el destinatario de la gran confesión del presidente depuesto. Esas palabras le pertenecían y sentía que lo que le hacía estar ahí en ese momento, lo que le impidió tomar el taxi y le obligó a seguir los pasos de Amadú, era el deseo irreprimible de ir a por ellas. De encontrarlas y explicárselas al mundo. Eso y la fascinación por el presidente de los pobres, por el país, por su gente.

Y había algo más. Su profesión, ese gusano que le había hecho hervir la sangre durante sus estudios de periodismo en Nanterre y que se fue adormeciendo en los despachos de los periódicos de provincia por los que pasó, antes de aterrizar delante de un ordenador en un diario parisino. En esos días lo había sentido, pero ahí, delante de Konaté, lo sabía con certeza: el gusano había resucitado. Le estaban poniendo en bandeja la oportunidad de meterse de cabeza en el meollo de un asunto que reunía todas las condiciones del reportaje de su vida: peligro, exotismo, identificación personal con el problema. Y, por añadidura, los protagonistas de esa aventura se le ofrecían como fuente de información.

Podría regresar a Francia al día siguiente, reincorporarse a su vida parisina, notablemente enriquecida con la vivencia de un suceso espectacular, digno de ser contado a amigos, compañeros de trabajo, amantes y nietos. Pero nunca —lo sabía— dejaría de preguntarse por qué no intentó averiguar, cuando tenía todas las cartas a su favor, quién y por qué animó a Compaoré a matar a su amigo.

—No sé si de verdad puedo serles útil —dijo finalmente—, pero estoy dispuesto a intentarlo.

—En ese caso —anunció Konaté—, ha llegado el momento de dar un paseo.

*

Las calles de Uagadugú estaban desiertas. Las luces espectrales de la ciudad intentaban abrirse paso entre las tinieblas. La tierra levantada por el taxi a su paso invadía los haces de luz que los faros proyectaban hacia la oscuridad. Algún soldado permanecía aún en las calles, algún camión militar apostado en el camino. Emmanuel dejó caer su cabeza hacia atrás, sobre el asiento, mientras el chófer se acercaba al Hotel Indépendance. Intentó sin éxito leer la hora en su reloj. Debían de ser las diez de la noche.

Murmuró unas palabras de agradecimiento al taxista cuando lo dejó en la puerta de su hotel. El recepcionista, al entregarle la llave, le tendió una nota que tenía en su casillero. Pidió que le subieran a la habitación unas botellas de cerveza fría y un bocadillo. En el ascensor, desplegó el papel que le acababan de dar y leyó que su jefe había llamado insistentemente durante la tarde. Tenía que contactar con él en un número que no correspondía al del periódico. Inmediatamente, a cualquier hora que

llegara. Debía de ser el de su casa, supuso el periodista.

Al entrar en su habitación, se deshizo del "Llega Sankara" que Konaté le había prestado y lo tiró sobre la cama. Terminó de desnudarse y se apostó frente al espejo del armario. Se sentía muy cansado. Buscó en su rostro alguna señal de envejecimiento prematuro: tenía la extraña sensación de que le habían caído unos años encima en las últimas horas.

Entró al cuarto de baño y abrió los grifos de la bañera. Se cubrió con una toalla para abrir la puerta al camarero y le agradeció con un billete el refrigerio que dejó sobre la mesa. Decidió llamar al jefe después del baño. Necesitaba reflexionar sobre todo lo que había vivido esa noche. Necesitaba sumergirse en el agua tibia para regresar al mundo, de donde parecía haberse ausentado. Lo hizo, dejó la cabeza dentro de ella durante unos segundos, la reclinó luego sobre el borde de la bañera y cerró los ojos, en busca de la nada, del silencio, de unos minutos de paz.

Procuró después fijar en su mente la última imagen de Sankara, el momento en que el presidente lo acompañó hasta la puerta de su despacho para despedirle; la sonrisa, las palabras amables con que lo citó para el último encuentro. Hizo un esfuerzo para visualizar su cabeza, su pelo. Ya lo tenía. Corto, negro, cuidadosamente peinado. Intentó reconocerlo en esos otros pelos que había visto un momento antes, alumbrados por la linterna de Konaté, brotando de la tierra en el cementerio de Dagnoen.

Para llegar hasta allí, los dos CDR lo habían guiado por unos callejones estrechos y oscuros, con el fin de evitar la calle Weem-Doogo, y cayó en la cuenta de que durante su larga charla con ellos había estado sólo a unos metros de las trece fosas cavadas a la carrera para tirar en ellas los cadáveres del Consejo de la Entente. Apenas habían cavado unas cuantas paladas de tierra, con la que después cubrieron los cuerpos.

Al llegar al cementerio, Konaté se acercó al grupo de soldados que vigilaba el acceso. Anteriormente, había convenido con ellos el precio a pagar para poder entrar. Le dijo a Emmanuel que a las pocas horas de ser enterrados, decenas de personas habían ido a ver las tumbas, tras pagar todas ellas la propina correspondiente. Uno de los soldados los guió entre hileras de tumbas hasta los montículos de tierra y les señaló el que guardaba los restos de Tom Sank. Advirtió a Konaté que no podrían permanecer allí más de diez minutos.

Ahí quedaba abandonado el cuerpo del presidente de los pobres, el alma de la revolución burkinabé. En esa fosa miserable yacían las esperanzas de un pueblo al que Sankara había devuelto el orgullo de ser africano —pensó Emmanuel—. El sueño de millones de jóvenes del continente, que habían encontrado en el capitán, al fin, al dirigente íntegro, al líder progresista, al gobernante austero que querían ver al frente de sus países.

Los tres hombres se mantuvieron en silencio. Emmanuel se sentía trasladado a otra dimensión. Imposible imaginar que la cita con Konaté iba a terminar ante los restos del presidente. El CDR encendió su linterna y la movió alrededor de la tumba, hasta acercarla a un punto:

—Mira —le señaló los pelos al francés—. Es cierto lo que me contaron. Su cabeza está ahí, al alcance de nuestros dedos.

No dijo nada más mientras permanecieron allí. La llegada de la noche había refrescado el ambiente, la luna se alzaba como un testigo mudo sobre el camposanto. Los dos burkinabé se arrodillaron ante el montículo de tierra y acercaron sus labios a él. Quizá prometieran venganza a su camarada, quizá sólo pensaron que pronto, probablemente, les tocaría a ellos ocupar un sitio en alguna de las fosas comunes que debían estar proyectando los hombres de Compaoré. Konaté dirigió, al levantarse, su linterna hacia las otras tumbas.

—Pronto conocerás al que no está aquí —le dijo a Emmanuel.

El timbre del teléfono sobresaltó al periodista. El jefe, seguro. El recepcionista debía haberle dicho que ya había llegado y le estaría pasando la llamada. Decidió no contestar, permanecer un

momento más en la bañera. Ya se inventaría alguna excusa. El silencio se hizo de nuevo y volvió a sus cavilaciones:

—¿Qué quisiste decir con eso de que no está aquí? —había preguntado a su amigo, ya en la casa.

—En el salón de reunión del Consejo, ayer por la tarde —explicó Konaté—, había un hombre más. No fue alcanzado por las balas, pero cayó al suelo igual que los demás. Cuando los dos soldados se acercaron a ellos para rematar a los que no habían muerto, dispararon sobre tres de ellos, que se revolvían heridos sobre el suelo. Él cayó boca arriba, y sentía en la cara el calor húmedo de la sangre. No sabía si era suya o de algún compañero, y contuvo la respiración, esperando el tiro de gracia. Pero no llegó, y oyó los pasos de los soldados al salir del salón, dándolos a todos por muertos. Permaneció así unos instantes, y al abrir los ojos vio que no había nadie más que él y los cuerpos sin vida de sus compañeros. Se pasó la mano por el rostro y quedó manchada por una sangre que no era suya. A su lado estaba Paulin Bamouni, el jefe del gabinete de prensa del PF, con la cabeza sobre un charco rojo. Se levantó y sin pensarlo dos veces corrió hacia una de las ventanas. La abrió y vio que no había nadie vigilando por ese lado. El salón donde estaban reunidos está en la primera planta, así que saltó al vacío y pudo controlar la caída. Después echó a correr y en pocos minutos se había confundido con la multitud que se dirigía enloquecida hacia el Consejo. Su nombre es Alauna Traoré. Somos grandes amigos desde el instituto. Tras huir del Consejo, decidió no ir a su casa. Era demasiado peligroso. En cuanto alguien se diera cuenta de su ausencia entre los cadáveres, irían a buscarle. Vino a verme al mercado. Fue él quien me contó lo que acababa de ocurrir. Esa noche durmió en mi casa.

Emmanuel lo había escuchado asombrado. Un superviviente. Un testigo. Se sorprendió por no sentir miedo, no percibir el peligro de estar en una casa cuya puerta podía ceder en cualquier momento ante las botas de un soldado. Había que estar loco —se dijo— para sentir lo que en ese momento sentía: una curiosidad irrefrenable por saber más, por meterse de lleno en aquella locura.

—¿Y dónde está ahora? —había preguntado a Konaté.

—Debes saber que si seguimos hablando, estarás comprometido con nosotros hasta la médula.

—Lo sé.

—Y que si nos traicionas...

—No lo haré.

—Está aquí mismo, en esta casa. Encerrado en esa habitación —señaló Konaté una puerta.

Emmanuel abandonó la bañera, en busca de una cerveza y del bocadillo que le habían dejado sobre la mesa. No había probado bocado desde el mediodía y el estómago se lo estaba recordando.

Tenía que llamar al jefe y no le apetecía hacerlo. En absoluto. Se instaló con su medio litro de La Gazelle en el asiento del balcón. Hacía una noche espléndida. La misma luna que había visto un momento antes en Dagnoer estaba allí, pero tenía la impresión de haber franqueado todo un mundo. El neón de Le tam-tam estaba apagado, Albert ya no debía andar por ahí.

Tenía que ponerse a escribir, pero no sin antes haber ordenado todas las sorpresas que el día le había ido poniendo delante. Como su encuentro con Alauna Traoré. Le resultaba increíble haber estado con el hombre que logró escapar de la carnicería en el Consejo de la Entente. Tras el anuncio de Konaté de que estaba en la casa, Amadú se había levantado y había abierto la puerta. Traoré estaba tendido sobre una cama, y el CDR le pidió que se sumara a la reunión:

—Ya hemos hablado con el periodista. Podemos confiar en él —le dijo.

Era un hombre alto, delgado, y llevaba impresos en el rostro los momentos terribles por los que acababa de pasar. Tendió la mano al francés y se sentó frente a él. Su determinación sorprendió a Emmanuel. Esperaba encontrarse con un cadáver ambulante.

—Lo pasado, pasó —afirmó—. No hay tiempo que perder en lamentaciones. Sobre todo cuando todos sabemos que se podría haber evitado. Si no aprovechamos los primeros momentos para reaccionar, después será demasiado tarde.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Emmanuel.

—Sabemos que hay un cuartel que resiste, el del capitán Boukary Kaboré. Lo llaman el León del Bulkiemdé, y es ahora mismo nuestra gran esperanza. Hay muchas guarniciones que están a la espera de una señal suya para ponerse o no del lado de Compaoré. También muchos CDR están dispuestos a luchar, y civiles, por supuesto. Pero no sabemos cuántos, y es muy difícil organizarse.

—Incluso nosotros —intervino Konaté—, con nuestras vías de contacto secretas, tenemos dificultades. Es fundamental que todos reciban el mensaje de que algo se está preparando, de que la resistencia se está organizando, y ese mensaje sólo puede venir del exterior.

Emmanuel quedó pensativo. No era imposible hacer pasar la noticia de la resistencia. Había que adornarla, darle fuerza, hacerla espectacular para que le mantuvieran el titular.

—A la hora que es, para mañana no sale seguro. Habrá que esperar a pasado mañana, y espero que el tema aguante hasta entonces en el periódico —anunció.

—Pero si a Sankara lo mataron ayer —protestó Konaté.

—Lo sé —se defendió Emmanuel—, pero esto funciona así. Ocurren muchas cosas en el mundo cada día, y todas no caben en las páginas de un periódico. Si mañana hay un gran terremoto en Asia, o un atentado contra el presidente de los Estados Unidos, se acabó, ni una línea más para Burkina Faso.

—Emmanuel, no sé si eres consciente de lo que estamos viviendo. Durante cuatro años, Sankara ha guiado a este país por un camino nuevo. Era un camino duro, conocíamos las dificultades, pero estábamos dispuestos a seguirlo. Con él nos sentíamos seguros, protegidos, como te sientes a la sombra del baobab. De repente, todo se desmorona, y no podemos permanecer impasibles, como si nada hubiera ocurrido.

Se hizo un silencio. Cuando la salvación pende de un hilo —y el hilo al que pretendían asirse los tres hombres era casi imaginario— y ese hilo se rompe, llega el abismo. Emmanuel acudió en su auxilio:

—Tengo amigos en otros medios, en Radio France. Me dijisteis que la radio es importante.

—Desde luego, es lo más importante —reaccionó Traoré.

—Necesitaré mucha información. Cuanto más llamativa, mejor. La gente sólo reacciona a las sensaciones fuertes.

—Pues aquí estaría servida —dijo Amadú.

—Cuéntame cómo ocurrió todo en el Consejo de la Entente —pidió el periodista bolígrafo y papel.

*

El teléfono sonó en la centralita del Hotel Indépendance. Una voz preguntó por Emmanuel Durant. El empleado alzó la mirada hacia el reloj de la recepción. Marcaba las once y media. Pasó la llamada.

El timbre devolvió al periodista a la realidad. Se acabó la tranquilidad en el balcón, la contemplación de la noche burkinabé. Unas cuantas estrellas brillaban en el cielo de Uagadugu. El jefe, claro —pensó el periodista. Acertó.

—¿Dónde coño te habías metido, Durant? —tuvo que apartar Emmanuel el auricular de la oreja.

No se había preparado la excusa:

—Ha sido un día muy duro —dijo y se arrepintió de inmediato, porque le podía volver a caer encima la batallita de Vietnam.

—No empecemos con gilipolleces. Llevo toda la tarde intentando localizarte. Llamé hace una hora y me dijeron que ya habías llegado, pero no te pusiste al teléfono.

—Vamos al grano, jefe. He estado toco el día trabajando. Ha sido el día más largo de mi vida. Tengo un saco lleno de primicias.

—Si me vas a decir que un avión libio ha aterrizado en Uagadugú esta mañana, no te molestes. Ya toda Francia lo sabe. Se te adelantaron tus colegas de Radio France.

Así que era cierto. Intentó Emmanuel no dejarse invadir por la sensación de idiotez que se le venía encima. Sorteó la zancadilla tendida por el jefe:

—Eso también lo sé —hizo como si nada—. Pero hay más: he estado esta noche ante la tumba de Sankara, si así se puede llamar al agujero donde lo metieron. Me he jugado el tipo para llegar hasta allí —intentó impresionar—. Lo puedo contar todo con pelos y señales. Lo han enterrado junto a los demás a toda prisa, en un cementerio de la periferia de Uaga.

—Bien, Durant, bien —suavizó el tono el jefe—. Pero noticias, quiero noticias.

—Las tengo. ¿Ha oído hablar alguna vez del León del Bulkiemdé?

—No me digas que has ido a visitar un zoológico, Durant —ironizó el jefe.

—Es un capitán del ejército. Se ha levantado contra Compaoré —exageró—. Todo esto no ha hecho más que empezar.

El temido anuncio estaba al caer:

—Para ellos, Durant, para ellos. Para ti se ha acabado.

—...

—¿No pensarás quedarte a vivir en ese país, verdad? Durant, un golpe de Estado en una república bananera perdida en África no aguanta más de tres días en un periódico como el nuestro. Mañana sale tu reportaje, me mandas otra crónica a mediodía con todo eso que me estás contando y te traes para acá todo lo que le sacaste a Sankara, que ya irán saliendo las entrevistas. El último periodista del mundo en haberlo entrevistado, ¿te imaginas? —intentó consolar a Emmanuel.

—Jefe, esto no es una república bananera. Esta es la experiencia política más extraordinaria que ha vivido África desde que nos fuimos de aquí.

—De acuerdo, Durant, de acuerdo —recurrió al registro paternalista—. Pero te vienes a París, porque tu despacho y tu ordenador están en esta ciudad, y no en ese hotelito de cinco estrellas que le cuesta un riñón a la empresa, y desde aquí nos lo cuentas todo, ¿vale?

—Jefe —intentó el periodista a la desesperada—, están ocurriendo cosas muy importantes...

—Durant...

—Un diario como el nuestro no puede...

—Durant...

—Me puede mandar a la pensión más barata de...

—¡Durant! —tronó la voz del jefe.

—Sí, jefe, dígame.

—Tienes un billete en la oficina de Air France, en el aeropuerto de Uagadugú. Tu avión sale mañana a las ocho de la noche.

—El aeropuerto está cerrado, señor...

—El Gobierno francés ha fletado un aparato para que los compatriotas que lo deseen puedan abandonar el país. Uno de los asientos es para ti. Mañana a las ocho, Durant, no lo olvides. Y por favor, no dejes de mandar tu crónica antes del mediodía.

—Lo haré, jefe —se resignó Emmanuel.

—Muy bien eso del cementerio, Durant. Te felicito. No te guardes ningún detalle, a la gente le encanta los detalles. Y no olvides hablar del león ese. Ya veremos si acaba siendo tan fiera como lo pintan. Buenas noches, Durant.

El "buenas noches" de Emmanuel no encontró a nadie al otro lado del hilo telefónico. El periodista abrió otra botella de cerveza y regresó a su atalaya de lujo. Una ligera brisa rizaba la superficie de la piscina. Era, al parecer, la última noche en Uagadugú. Tanto se había sumergido en lo que allí ocurría que no había podido entrever la evidencia: su misión ya estaba más que cumplida.

Hasta muy generoso había sido el jefe dejándolo seguir un par de días más, porque, al fin y al cabo, ¿a quién le interesa lo que ocurre en Burkina Faso?

Y menos ahora, cuando ya ha desaparecido lo único capaz de llamar a atención al lector de su país: la personalidad díscola, irreverente, de Thomas Sankara, sus rifirrafes con François Mitterrand.

La conversación con el jefe le había quitado las ganas de escribir. Todo lo hablado con Alauné, Konaté, Amadú, se iba al garete. Regresó al dormitorio y se tumbó sobre la cama, armado con el mando de la televisión, porque lo mejor en ese momento era no pensar. Sintonizó un informativo francés. Las parabólicas llevaban a ese oasis que era el Indépendance las noticias del mundo, y hoy la estrella era Burkina Faso. Eran las primeras imágenes que veía en televisión sobre el golpe. El comentarista confirmaba la muerte de Sankara, e informaba de la asunción del poder por Compaoré. Después ofrecía una semblanza del presidente depuesto y detallaba su estrecha relación de amistad con el golpista. Emmanuel se incorporó sobre la cama cuando el noticiero empezó a repasar las reacciones en el mundo. Mitterrand está apenado, Chirac lo siente en el alma, nada nuevo bajo el sol —pensó—. Mucho más interesante le resultó lo que vino después: en Ghana, el presidente Rawlings da la noticia en la televisión con lágrimas en los ojos y decreta una semana de duelo nacional; en el Congo, Sassou N'guesso se declara profundamente conmovido e indignado por el asesinato brutal e inaceptable del camarada Thomas Sankara; en Níger, el presidente se ve obligado a asegurar en radio y televisión que no tiene nada que ver con el asunto, para apaciguar al pueblo enfurecido; en Costa de Marfil, el gobierno saca a la calle al ejército para contener la indignación de miles de estudiantes y de desharrapados; en Dakar se multiplican las manifestaciones, al grito de "preferimos morir como Sankara a ser Compaoré". "En toda África", añadió el comentarista, "han recorrido las calles manifestaciones, muchas de ellas reprimidas por la policía. Thomas Sankara era un héroe para la juventud africana. Con él ha muerto una esperanza, en un continente donde casi nadie espera ya nada", concluyó.

Su mente se despegó del televisor al cambiar de tercio el comentarista. Sintió que todo lo que acababa de oír le pertenecía, que ningún otro reportero en el planeta estaba más legitimado que él para explicar al mundo lo que estaba ocurriendo allí. Que lo que el informativo acababa de exponer, sin dejar de ser cierto, era sólo un barniz de la realidad. Y más que nunca, que su profesión podía llegar a ser en ocasiones todo lo contrario de aquello en lo que él siempre había creído, un simple artículo de consumo para satisfacer curiosidades morbosas.

Vino después una larga noche, en la que se entremezclaron ráfagas de metralleta con pelos surgidos de la tierra, Alauna corriendo entre la multitud y Compaoré riendo a carcajadas, Mamá Sankara vendiendo calaveras en el mercado y Konaté besando la tumba del presidente.

El teléfono lo liberó de las pesadillas. Cuando sonó, el televisor seguía encendido y la luz del día había invadido el dormitorio. No sabía si había dormido o no, si había pensado o soñado. Alargó la mano hasta el auricular.

Era Alauna Traoré. Estaba muy excitado. Necesitaba hablar con él urgentemente.

—¿Dónde? —preguntó Emmanuel.

—Es mejor que no te muevas de ahí. Llamarías demasiado la atención. Ayer no te siguieron, pero hoy no te librarías. Puedo llegar sin peligro hasta la entrada del hotel. A partir de ahí necesitaré ayuda.

El periodista pensó en Albert. Miró su reloj. Las nueve de la mañana. A esa hora estaba ya poniendo orden en Le tam-tam.

—Dime una hora exacta —pidió el francés.

—A las diez en punto estaré fuera.

—Permanece de pie a la derecha de la puerta de entrada al recinto. Alguien se dirigirá a ti. Su nombre es Albert. Te llevará hasta mi habitación.

Al colgar el teléfono, recordó que por la noche había hablado con su jefe. Que debía enviar una

crónica antes de las doce.

Y que a las ocho de la noche, un avión de Air France lo devolvería a París.

Lo había olvidado.

El rey puede esperar

Sobre la explanada de Mannega se levantaba una gigantesca nube de tierra. Miles de pies batían el suelo al ritmo frenético de los dembré, repartidos en corros por la llanura. Habían llegado de Bobo-Diulaso, de Po, de Kundugú, de Bani, de Gondoro. El sol caía implacable sobre el país, pero a nadie le importaba eso. De la multitud se elevaba un estruendo ensordecedor. Cuando los hombres máscara, cubiertos de pies a cabeza con sus atuendos de rafia, hacían su aparición, se abría un gran círculo entre el gentío para darles espacio donde ejecutar su danza. El frenesí llegaba entonces a su punto culminante, y los espíritus malignos que se habían apoderado de los ahí congregados se esfumaban de sus cuerpos contorsionados, sacudidos, liberados.

En el centro de la explanada, una inmensa fila de hombres serpenteaba sobre la tierra reseca. Eran los jefes tradicionales de ciudades y aldeas venidos de todo el país, y esperaban su turno para postrarse ante el Moro Naaba Saaga, rey de los mosi, en señal de gratitud por haber logrado de Francia la devolución al Alto Volta del estatuto de colonia.

Al fin, los hombres no tendrían que viajar lejos de sus hogares para cumplir con los trabajos obligatorios de los *tubab*.

Al fin, habría en el país representantes de los jefes blancos ante quien suplicar, protestar, vender las cosechas.

Y los comandantes de Francia extenderían sus campos de mijo como antaño y los hombres y mujeres del país mosi podrían encontrar en ellos un lugar donde encorvar la espalda a cambio de unas monedas.

El Moro Naaba Saaga recibía el saludo de los jefes con la serenidad que exige su dignidad de rey. Pero en su interior se celebraba una fiesta mayor aún que la que había congregado a su alrededor a miles y miles de súbditos. Era su día de gloria. El día más feliz de su vida. El día en que se veía cumplida la promesa que le había hecho a su padre, el Moro Naaba Koom, en su lecho de muerte.

Había llegado el momento en que el espíritu del padre alcanzaba al fin la paz. Y él podía morir tranquilo, porque el hombre que se va sin haber satisfecho los deseos de sus antepasados no encuentra, bajo la tierra, la quietud.

El pueblo estaba rendido a sus pies. ¿Qué mayor satisfacción puede recibir un rey? No en vano había luchado todos esos años para devolverle lo que le pertenecía. Había escrito cartas y más cartas, sin permitir que la ausencia de respuesta le hiciera desistir de su empeño. Había enviado emisarios a los gobernadores de Costa de Marfil, de Níger, de Sudán, de Mauritania, de Senegal y hasta al gobernador general.

Las mismas palabras que durante años había escuchado su padre eran las que él recibía una y otra vez: tenga la seguridad Su Majestad de que sus peticiones llegarán al Ministro del Gobierno de la República.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, dos de sus hermanos fueron enviados por el padre al frente, en señal de lealtad, con la esperanza de que el tributo de sangre fuera recompensado por el Ministro al que enviaban sus cartas los gobernadores. Pero no fue suficiente contribución, ni tampoco la de los miles de mosi que los acompañaron a morir en tierra de blancos, lejos de los ancestros.

Sentado en su trono bajo la tienda que lo protegía del sol, mientras recibía el saludo de los jefes tradicionales, el rey de los mosi rememoraba las palabras de la última carta dirigida al gobierno francés, la que al fin obtuvo respuesta y escribió junto con el Naaba Tigre, rey de Yatenga:

Tras el Consejo de familia mantenido en Uahiguya el 17 de julio de 1946, nosotros, el Moro Naaba de Uagadugú y el Naaba Tigre de Uahiguya, en nuestro nombre y en el de los jefes de Fada, de

Tengudú y de Busuma, también en nombre de los dos millones cuatrocientos mil habitantes que administramos, expresamos al Gobierno francés el descontento general de nuestro pueblo. Bajo el protectorado francés, nuestro país se ha mantenido siempre fiel, en los momentos trágicos y en los de prosperidad. Siempre ha asumido de manera desinteresada todos los sacrificios en provecho de sus vecinos. ¿Y qué ha recibido a cambio de su fidelidad, su lealtad y tantos sacrificios? La respuesta ha sido separación de las familias, reparto cruel de las tierras de sus hijos. Esta gran familia que Francia encontró unida por la sangre y el sentimiento ha sido sometida a esta división cruel.

*

El Ministro francés, Marius Moutet, se dignó por fin a contestar a la misiva real, el tres de septiembre del mismo año. Sus palabras llenaron de esperanza al Moro Naaba: "He apreciado enormemente los sentimientos de amistad y de fidelidad que me ha transmitido usted. Voy a estudiar las reformas que usted nos sugiere con el mayor deseo de agradarle."

Todavía hubo que esperar un año hasta ver publicado, el cuatro de septiembre de 1947, firmado por el ministro y por el presidente de la República Francesa, Vincent Auriol, el decreto de restitución a Alto Volta del estatuto de colonia, en las mismas condiciones que los demás territorios de la AOF.

Estaban en el tercer día de celebración. Al atardecer, todos se retirarían a sus casas, con el corazón henchido por la esperanza de tiempos mejores.

Pero aún quedaba por llegar el gran momento. El rey alzó su mirada al cielo. El sol había llegado a la cima de su viaje: ya no podía tardar mucho el gobernador, que había anunciado días atrás su presencia para cumplimentar al monarca y transmitirle oficialmente la decisión de su gobierno.

"Cuando el Moro Naaba y el gobernador hayan hablado", decía el pueblo, "cuando veamos sus manos estrechadas, ya volveremos a ser libres, porque la palabra habrá sido dada".

*

El gobernador René De la Fressange se sentía fatigado. El viaje desde Abiyán era largo y se habían adelantado varias horas a la salida del sol para huir de la canícula. Pero al fin descansaba en la Residencia que su Gobierno poseía en Uagadugú y que muy pronto albergaría a un nuevo gobernador.

Se desembarazó en la bañera de la tierra acumulada en ruta y degustó con fruición la pintada que la cocinera había seleccionado para él entre las mejores del corral. El vino, en cambio —en cada viaje se lo tenía que repetir al mayordomo—, no estaba a la temperatura adecuada, porque no lo habían puesto a enfriar a tiempo, como si los cincuenta grados que caían sobre la ciudad no fueran enemigos de los caldos que les enviaban desde la Madre Patria. Saboreó el mango que le puso delante un criado —"lo mejor de este país", solía decir— y mientras se pasaba la servilleta por los labios miró a su alrededor. Al ver que sólo el mozo que debía retirar el servicio se encontraba en la estancia, dejó escapar un poderoso eructo de satisfacción.

Tiró de la leontina para consultar su reloj de bolsillo: la una de la tarde. "El rey puede esperar", murmuró, "la siesta no". Con un movimiento de cabeza indicó al mozo, que esperaba de pie junto a la puerta, que podía retirar la mesa y se dirigió al dormitorio para tumbarse bajo el ventilador que —esperaba— ya estaría cumpliendo con su cometido de mantener fresco el ambiente.

Como solía hacer en las tardes de bochorno, se quedó con los calzoncillos como única prenda y, confinado en su mosquitera, concilio un sueño reparador.

Hasta allí llegaba el rumor de la gran fiesta en honor al rey de los mosi.

Y seguía cuando, dos horas más tarde, despertó. Tardó un instante en tomar conciencia del lugar en que se encontraba, unos segundos más para recordar a qué había venido.

"Un rey es un rey, tampoco es cuestión de retrasarse demasiado", pensó al consultar su reloj. Y,

tras un breve aseo, dio las instrucciones necesarias para que, en el plazo exacto de una hora, todo estuviera preparado para la salida.

Se había enfundado su uniforme de gala, porque las circunstancias lo requerían y porque lo acompañaba el fotógrafo encargado de inmortalizar el apretón de manos con el Moro Naaba.

Mientras degustaba el coñac Napoleón que le habían servido en la biblioteca, en un acto que el servicio de la casa tenía por ritual, rememoró la larga conversación con el Ministro de los Territorios de Ultramar, cuando logró convencerlo de la conveniencia de devolver a Alto Volta a la situación administrativa anterior al año 1932.

"Muy lejos está el Moro Naaba de pensar", se dijo, "que fui yo el artífice de su victoria".

Se llevó a los labios la copa de cristal.

También, desde luego —siguió inmerso en sus pensamientos—, de saber que ninguna de las razones que expuso en su carta había tenido el más mínimo peso en la decisión final del Gobierno de la República.

—Esto supondrá más gastos —había argumentado el Ministro—, más funcionarios para una región que bien poco nos reporta. Su mano de obra es lo único que nos interesa hoy, y esa la tenemos, y la podemos mover con más facilidad en la situación actual. Los empresarios reclaman, y tienen razón, esos brazos para las zonas más productivas, y sabe usted de sobra que Costa de Marfil lo es, con diferencia.

—Sin duda —contraatacó De la Fressange—, pero la abolición de los trabajos obligatorios está al caer.

—Que no esté tan seguro de eso el tal Houphouet-Boigny, los intereses de Francia no dependen de un sindicalista negro.

—Me permito recordarle, señor Ministro, que fue el general De Gaulle quien anunció el fin de los trabajos obligatorios en Brazzaville —se atrevió el gobernador.

—Lo sé, lo sé, no es necesario que me lo recuerde, De la Fressange.

—Además, se trata justamente de Houphouet y de su gente, en el asunto del Alto Volta —siguió De la Fressange.

—A ver, explíquese —instó el Ministro.

La llamada del mayordomo sacó al gobernador de sus pensamientos. El coche del señor estaba listo. De la Fressange apuró la copa de Napoleón y, frente al espejo, se atusó el cabello con un gesto medido. Había llegado la hora del encuentro con el Moro Naaba.

Instalado en el asiento trasero de su Citroën, retomó el hilo de sus recuerdos.

—El RDA se está extendiendo por toda la región —le aseguró al Ministro—. Houphouet y sus compañeros tienen cada vez más seguidores, encuentran cada vez más apoyo entre los africanos. De seguir así, todos los diputados negros van a ser suyos y a seguir engrosando las filas del grupo parlamentario comunista. No es preciso que le diga, señor Ministro, el peligro que eso representa para nuestros intereses en África. Si restablecemos la colonia en Alto Volta, convertimos al Moro Naaba en un héroe y serán sus representantes los elegidos para la Asamblea Nacional y no los del RDA. Así formaremos un colchón entre el territorio de Houphouet y Sudán, Mauritania y Níger, una barrera infranqueable para sus ideas subversivas y sus hombres.

—Sí, De la Fressange, tiene sentido lo que usted dice, pero hay que analizar otros elementos. Una decisión de ese calibre no se toma en dos días. Seguiremos estudiando el asunto —había zanjado el Ministro aquella conversación.

Hasta que le dio la razón y tomó la decisión que en ese mismo momento celebraba el pueblo mosi.

El estruendo de los tambores llegó a oídos de la comitiva del gobernador René De la Fressange.

*

No había nadie ante la tienda del Moro Naaba. Todos los jefes se habían postrado a los pies de su rey, le habían expresado la gratitud de su poblado por la victoria obtenida tras la larga lucha con el Gobierno francés. En torno a su trono se mantenían los máximos dignatarios de la corte, mientras afuera la fiesta empezaba a declinar, porque el pueblo, exhausto tras días de celebraciones, estaba más pendiente de la llegada del representante de los *tubab* que de las máscaras, que seguían sus danzas al ritmo infernal de los tambores.

Muchos se preguntaban si finalmente vendría o no el gobernador a estrechar la mano del monarca, tal como había sido anunciado.

También el rey se impacientaba, y llevaba rato retirado en un silencio por todos respetado. El sol amenazaba, en su descenso imparable, con dar por finalizado el festejo. Y el gobernador no daba señales de vida.

¿Tendría que sufrir una vez más el desprecio del francés, esta vez ante los ojos de todo su pueblo?

¿Habría cambiado de opinión el Ministro, invalidado el contenido de la carta que le había hecho llegar, la noticia que había llevado de aldea en aldea el batir de los *dembré*?

En su interior se debatían los demonios de la rabia, del odio, de la frustración.

Por qué había al fin decidido el Gobierno francés dar satisfacción a sus peticiones, después de hacer caso omiso a ellas durante años, no lo sabía. Conocía la sed insaciable del blanco y reconocía la codicia detrás de cada uno de sus actos. Pero aceptaba de buena gana la decisión tomada porque con ella daba su pueblo un paso adelante, y el espíritu de su padre al fin encontraría reposo.

Ya llegará el momento de dar nuevos pasos —pensó—, de recobrar la libertad, de lavar la afrenta hecha a las tradiciones, a los antepasados. Con qué pesadumbre estarían mirando los ancestros los años lúgubres de la dignidad arrebatada.

Soñaba con ser el rey que devolviera su pueblo a la vida de antaño. Un rey justo, sabio, atento a las peticiones de sus súbditos. Un rey que prestara oído a sus consejeros, no como el tirano que tantas veces le había descrito su padre. Rememoró el cuento escuchado al Moro Naaba Koom:

> Erase un rey tan rico que se compró un elefante. Un elefante macho. Y como consideraba que el reino era propiedad suya y que podía gobernarlo como le placiera, dejó vagar al animal en libertad. Así fue como los campos de maíz y de mijo fueron devastados por el paquidermo. Los notables del reino, hartos de ver con qué despreocupación el monarca dejaba hacer a su elefante, se reunieron en consejo. Decidieron pedirle audiencia para describirle los destrozos del real animal y procurar así sensibilizar a Su Majestad sobre la necesidad de mantenerlo encerrado. Los notables eligieron un portavoz y diseñaron una estrategia para presentar su reivindicación. Aseguraron al portavoz que todos ellos, una vez hubiera pronunciado él las palabras "Majestad, su elefante..." seguirían en coro el resto del discurso, para que no recayera sobre él solo la ira del monarca. Así que todos acudieron a la audiencia y cuando el portavoz pronunció las primeras palabras, se mantuvo en silencio a la espera de que los demás, como había sido convenido, entonaran juntos la reivindicación. Pero nadie dijo nada, y ante tal silencio, el rey se impacientó y ordenó al portavoz que continuara. Y este, al ver el peligro que corría si persistía en su mutismo, exclamó: "Mi rey, ¡vuestro elefante parece tan desgraciado! ¿No debería Su Majestad buscarle una compañera para poner fin a su soledad?" Y el rey felicitó calurosamente a los notables por su excelente sugerencia.

En una esquina, el griot del Moro Naaba Saaga observaba atento todo lo que sucedía a su alrededor, para nutrir el relato con que las futuras generaciones conocerían las hazañas del monarca.

Al rey lo sacaron de su silencio los gritos de un hombre que irrumpió en la tienda:

—Ya llega, Moro Naaba, ahí están las máquinas del *tubab*.

Las máquinas del *tubab* se abrían paso a bocinazos entre la multitud, que se había abalanzado sobre ellas para escoltarlas, en medio de un griterío ensordecedor, hasta la tienda de su rey. Tres Citroën formaban la comitiva del *tubab*, y la mayor parte de los presentes veía por primera vez aquellos ingenios de hierro. En el primero de ellos viajaba René De la Fressange, y atrás iban los que transportaban al fotógrafo, al secretario general y a otros funcionarios de la administración francesa que seguían al gobernador en sus desplazamientos por los territorios africanos.

Los más afortunados habían logrado encaramarse al primer vehículo y tendían sus manos húmedas y polvorientas al jefe de los blancos, pero este prefirió el saludo colectivo, agitando los brazos a derecha e izquierda.

De pie, a la entrada de su tienda, esperaba el rey de los mosi. Un criado sostenía a su lado una sombrilla para protegerlo del sol. Otro se abrió paso entre el gentío para dar sombra al gobernador. El coche se detuvo a unos cien metros de la tienda y René De la Fressange siguió el recorrido a pie, bañado por la multitud, sabedor de que así contribuiría a fijar mejor el acontecimiento en la memoria colectiva del pueblo mosi. Todos los tambores, todas las máscaras, se habían unido al desfile.

—Memorable —susurró emocionado el secretario general a uno de sus colegas.

El fotógrafo, que se había adelantado con el trípode a cuestas, lo disponía todo para el momento del encuentro entre los dos dignatarios.

Al fin llegó el gobernador a la altura del Moro Naaba. Le tendió la mano e inclinó la cabeza al recibir la del rey. Estalló entonces un estruendo que ninguno de los presentes, tuviera la piel blanca o negra, olvidaría en los días que les quedaban por vivir.

—Memorable, sencillamente memorable... —hablaba para sí el secretario general, al borde de las lágrimas.

Uno de los funcionarios se preguntó si no estaría en peligro allí el puñado de blancos entre el que se encontraba, si no llegarían a ser víctimas del delirio desatado a su alrededor.

Cuando el gobernador estuvo seguro de que el fotógrafo había logrado congelar la imagen, irguió de nuevo la cabeza y liberó su mano del apretón real.

—Es un honor para mí saludarle, Majestad —dijo, ceremonioso.

—El honor es nuestro, señor gobernador —le invitó a pasar el rey.

La guardia del Moro Naaba alejó a la multitud de la tienda real. Sólo fueron invitados a permanecer el fotógrafo, por parte francesa, y el griot, por parte mosi.

—Estoy aquí para compartir la alegría de su pueblo —habló el francés.

—Es un gran día para todos nosotros. Le ruego que se lo transmita a su Gobierno, que le exprese mi profunda gratitud —respondió el rey.

—Puede estar seguro de que su deseo será cumplido, majestad. Yo también deseo transmitirle la felicitación del Ministro y del presidente de la República. Los esfuerzos de su padre y los suyos se ven al fin recompensados.

El gobernador sorbió el té que le había sido servido, antes de seguir.

—Como usted bien sabe —explicó—, el Gobierno francés está propiciando grandes cambios en sus relaciones con los pueblos que están bajo su tutela. Los africanos tienen ya sus propios representantes en la Asamblea Nacional de la República. El Ministro me pide que le transmita su deseo ferviente de que los diputados del Alto Volta sean los elegidos por Su Majestad.

—Será un honor ver al pueblo mosi representado en los asientos de la Asamblea —asintió el Moro Naaba—. Haga saber a su Gobierno que tiene asegurada nuestra fidelidad.

—El Ministro no dudará en proporcionarle los medios necesarios para que los hombres por usted designados sean los elegidos.

La muchedumbre se mantenía a la distancia impuesta por el círculo de guardias reales que rodeaban la tienda. Únicamente los notables de la corte y los acompañantes del gobernador habían sido autorizados a permanecer a espaldas de los soldados. La salida del fotógrafo con el trípode en la mano fue acogida con vítores, como una señal de que la reunión había concluido.

El rey y el blanco habían hablado. La palabra estaba dada, y la palabra es sagrada para un mosi.

Por eso se elevó hasta el cielo un clamor atronador cuando los dos hombres aparecieron, se abrazaron como hermanos, saludaron a la muchedumbre.

El sol ya se había ocultado tras el horizonte. La fiesta tocaba a su fin. Una larga hilera de hombres y mujeres emprendió la ruta hacia Uagadugú. Muchos debían aún llevar el mensaje de esperanza hasta Bobo-Diulaso, Po, Kundugú, Bani, Gondoro.

*

El espíritu de Brazzaville había empezado a tomar cuerpo tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el ocho de mayo de 1945. De Gaulle había comprendido que las colonias se le iban de las manos a la Francia empobrecida por la contienda y que los cambios debían llegar de inmediato. Empezando por las palabras: el Imperio Francés pasó a denominarse Unión Francesa; el Ministerio de las Colonias, Ministerio de Ultramar. Pero una palabra permanecía tabú: "independencia". Así lo había proclamado la Conferencia de Brazzaville.

Sin embargo, era ese el objetivo final de Houphouet, el sueño que se había propuesto hacer realidad.

Pero había que ser cauto, sortear con habilidad los peligros de la Francia que sólo había lustrado la fachada de sus intenciones, y mantenía intactos sus intereses y sus métodos. Ser prudente sin dejar de pisar fuerte en cada nuevo paso. Era joven, y ya lo temían en la metrópoli, desde sus tiempos de defensor de los plantadores, cuando dirigía el Sindicato Agrícola Africano.

Había analizado todos los incidentes, uno a uno, sufridos por quienes, de Madagascar a Argelia, se habían atrevido a desafiar a la Madre Patria, a pronunciar la palabra prohibida. Aprendió en primer lugar de lo ocurrido en las colonias del Norte, cuando desembarcaron en el Magreb los aliados, en noviembre del 42, blandiendo la Carta del Atlántico que proclamaba el derecho de todos los pueblos del mundo a la autodeterminación. Los argelinos y los marroquíes se lo tomaron en serio y empezaron a hablar de autonomía, a crear partidos como el Istiqlal, y unos días antes del anuncio de los nuevos tiempos en Brazzaville, la ciudad de Fez fue asediada durante cuatro días y fueron necesarios decenas de muertos para acallar las voces que se levantaron contra Francia.

Era la primera masacre tras la Liberación. La primera lección de la nueva Francia, pero pronto vendrían las siguientes, una vez consagrado el espíritu de Brazzaville. Le tocó en esta ocasión a Argelia, durante la jornada en que la Guerra Mundial llegaba a su fin. Unos días antes, en las manifestaciones del primero de mayo en Orán y Argel, aparecieron banderas argelinas, es decir, independentistas. La reacción de la policía a tamaña provocación no se hizo esperar: varios hombres y mujeres sucumbieron a las balas de la Francia Libre. La represión durante los días siguientes no tuvo nada que envidiar a los métodos nazis que miles de argelinos habían combatido codo a codo con los soldados franceses. Torturas, ejecuciones sin juicio, encarcelamientos, persecuciones. Pero fue el día ocho, mientras las calles de Francia rebosaban de júbilo y confetis por el final de la guerra, cuando se produjo la gran matanza de Sétif.

En la manifestación que se dirige al monumento a los Caídos, un boy-scout enarbola una bandera argelina. Los policías corren hacia él. Un francés, el alcalde de la ciudad, le grita un inútil "no

disparen": el scout cae abatido, el francés también. La indignación se apodera de la manifestación, la policía abre fuego. Los disturbios se extienden por toda la región. La aviación dispara sobre los argelinos que huyen montaña arriba, un buque arroja sus obuses sobre la costa. Durante las seis semanas que dura la represión, mueren más de ocho mil indígenas.

Vinieron después los días de las persecuciones, las torturas, y veintiocho personas fueron condenadas a muerte y ejecutadas.

La censura no permitió que la noticia les aguara las celebraciones a los franceses. El estrépito de los fuegos artificiales impidió que llegaran hasta la Madre Patria los lamentos de los *franceses* de Argelia.

Houphouet-Boigny tomó buena nota de lo que significaba la nueva era proclamada por De Gaulle.

También lo hizo cuando la aparición de sindicatos como el suyo provocó en Camerún una indignación tal entre los colonos que, por no entender cómo la metrópoli permitía a los negros reclamar nada, intentaron hacerse con el poder. Sólo el envío de paracaidistas franceses puso orden en la colonia.

Tampoco le pasó desapercibida la lección de Thiaroye, en Senegal, cuartel al que fueron enviados los tiradores senegaleses liberados de los campos de prisioneros nazis. El peculio debido por el Estado francés no les fue abonado en Europa, y las promesas de que les sería satisfecho nada más tocar suelo africano resultaron ser un engaño. La manifestación que organizaron para reivindicar sus derechos se encontró con los fusiles de la Madre Patria. Decenas de hombres murieron. Otros muchos pasaron años en la cárcel.

Si ese era el trato reservado por la Francia liberada a quienes habían ido a combatir a su lado contra el enemigo nazi, cuál sería el que podían esperar los que, como él, reclamaban desde los sindicatos justicia para los suyos.

Había que hilar fino, si no quería acabar en las mazmorras del opresor.

Pronto supo el sindicalista que aún quedaban nuevas lecciones por aprender, a pesar de la Constitución y de la nueva Asamblea Nacional con diputados indígenas; que la inmunidad parlamentaria no estaba hecha para los que no tenían la piel blanca. La lección llegó esta vez de Madagascar.

*

En las calles de la Gran Isla, resuena la palabra "Independencia", y los tres diputados electos para la Asamblea Nacional en la que también está Houphouet la llevan al Palais Bourbon en forma de proposición de ley, en el marco de la Unión Francesa. La propuesta no es admitida a trámite y los tres diputados forman un nuevo partido, el Movimiento Democrático de la Renovación Malgache. El MDRM se convierte de inmediato en la bestia negra de los ministros defensores del colonialismo, con el socialista Moutet a la cabeza. Este, desde su puesto de Ministro de Ultramar, organiza la represión en la isla, pero el MDRM se hace con las tres actas de diputados en las elecciones legislativas de noviembre del 46, las mismas en que Houphouet, Kaboré y Coulibaly son elegidos por la AOF.

En marzo de 1947, dos de los diputados, el viejo militante Ravoahangy y el poeta Rabemananjara, llegan a la isla para participar en la campaña electoral de los Consejeros de la República. El tercer diputado, Raseta, permanece en París.

En la noche del 29 al 30 de marzo, estalla una insurrección. Los servicios secretos franceses están al tanto días antes, y la controlan en el sur y en el norte, pero la dejan crecer en la zona costera de las plantaciones coloniales. Tras repeler los franceses el ataque de los insurgentes a un cuartel, en Moramanga, éstos se dispersan por los campos y se unen a ellos los campesinos. Unos y otros, a pesar de no haber conseguido las armas que buscaban en su asalto al cuartel, logran hacerse con el control

de algunos poblados.

A partir del 30 de marzo, la represión se desata. La aviación ataca a los insurgentes desarmados. Desde los aviones que sobrevuelan los poblados, son empujados al vacío, para escarmiento de la población, prisioneros rebeldes. Las aldeas fieles a los insurgentes son saqueadas y quemadas. Las ejecuciones masivas, las detenciones, las torturas siguen durante semanas. En la estación de Moramanga, en el mes de mayo, ciento cincuenta sospechosos son encerrados durante días en un vagón, torturados y finalmente ejecutados.

*

Un general francés admitió en diciembre de 1948 que el número de muertos durante las semanas que duró la represión podía ascender a los noventa mil.

Eso ocurría en el campo. En la ciudad, a las autoridades francesas tampoco les temblaba el pulso.

Los dos diputados malgaches en la Asamblea Nacional presente en Tananarive en esos días declararon que el MDRM no tenía nada que ver con la insurrección y la condenaron en un comunicado público. Se negaron a ocultarse y siguieron mostrándose en público el viejo militante y el poeta.

En un telegrama emitido el 27 de marzo, días antes de la insurrección, instaron a las distintas secciones de su partido a que no participaran en los actos que todos veían venir. Ese mismo telegrama fue blandido por el Gobierno francés como prueba de su implicación:

"Se trata de un mensaje en clave", argumentó el Ministro Moutet. "Significa exactamente lo contrario de lo que dice".

En París ya habían decidido que no debía dejarse pasar la ocasión de destruir al MDRM.

El 31 de marzo, uno de los líderes más carismáticos del partido, Stanislas Rakotonirina, consejero provincial y secretario del sindicato de los empleados de banca, fue detenido y conducido hasta el juez Vergoz, que lo inculpó y lo envió a Baron, jefe de la Seguridad, con el encargo de hacerle confesar que la orden había venido del diputado poeta. Como el preso se obstinaba en negarlo, Baron lo azotó personalmente. Siguieron puñetazos y patadas, pero persistía la negativa del militante. Pasaron entonces a hundirle la cabeza una y otra vez en un bidón lleno de orines y excrementos. Como seguía en sus trece, lo encerraron durante días en una jaula en la que apenas entraba el aire, sin comida, y vinieron nuevos azotes, esta vez administrados por los inspectores Rabe y Gendron. Sin éxito.

Había que ir, no obstante, a por los diputados. El escollo de la inmunidad parlamentaria fue salvado sin problemas por el Gobierno: la Asamblea Nacional de la IV República se la retiró nada más ser solicitada por sus jefes.

El diputado que quedó en París fue enviado a Tananarive, y luego los tres fueron trasladados ante el juez Vergoz. De ahí llegaron a manos de Baron.

Entonces pudieron conocer en propia carne la variada panoplia de torturas de la Francia republicana, comprobar lo que su compañero había degustado unos días antes. Después de asumir su participación en la insurrección, fueron reenviados ante el juez Vergoz, donde negaron lo que habían confesado bajo tortura. El viaje entre las mazmorras de Baron y el pulcro despacho de Vergoz se repitió varias veces, hasta que dos de ellos fueron condenados a muerte.

Más tarde fueron generosamente indultados y deportados a Córcega.

La isla de Madagascar había sido cerrada a cal y canto a los periodistas. Sólo algunos de ellos, incondicionales del Gobierno socialista, fueron autorizados a entrar para que sus crónicas sobre las atrocidades cometidas por los insurrectos malgaches llegaran a oídos de todos los franceses.

*

Tantas lecciones no podían pasar desapercibidas a Houphouet-Boigny, que supo que algo podría estar fallando en su estrategia. Entonces empezó a meditar sobre la posibilidad de pasarse al Grupo Parlamentario Socialista.

Pero en ese momento, lo que más le preocupaba era la segregación de Alto Volta de Costa de Marfil y la visita del gobernador René De la Fressange al Moro Naaba Saaga. Porque sabía que Francia no regalaba nada, y que si tendía la mano y tú le acercabas la tuya, quizá la perderías para siempre.

“Yo soy tu pueblo”

Thomas Sankara estaba impaciente, tenía prisa por compartir con Blaise Compaoré la propuesta que se había ido fraguando en su interior en los últimos días.

Consultó su despertador. Su inseparable despertador, que llevaba de casa al despacho y del despacho a casa. Lo había adquirido años atrás por la suma irrisoria de 750 francos CFA, escogido entre las toneladas de mercancía entregadas por China al Gobierno de Alto Volta para ser vendidas en los almacenes estatales SOVOCOM. El regalo no era del todo desinteresado: con los beneficios obtenidos, el gobierno se comprometía a contratar a una empresa china para la construcción del nuevo estadio de fútbol, el orgullo de la ciudad. Sus treinta y cinco mil localidades se abrieron al público con la Revolución ya en el poder.

La una de la tarde. Blaise debía de estar a punto de llegar. Como cada día a esa hora, saldrían del despacho para dirigirse a su residencia, a unos cien metros de allí. Almorzaban juntos a diario y charlaban largo y tendido sobre lo que había deparado la jornada de trabajo; los proyectos que bullían en sus mentes inquietas; el curso de la Revolución.

Desde que se habían conocido en la Escuela de Paracaidistas de Rabat, Compaoré se había dejado contagiar por el entusiasmo de su compañero de armas y convertido en su más fiel seguidor, su primer admirador, su gran amigo.

En aquellos años, no era todavía Sankara el hombre que despertaba pasiones en las masas de su país, pero sí el héroe que se había infiltrado en territorio maliense con un puñado de soldados, en una de esas guerras breves y absurdas entre vecinos. Era sólo un oficial que aún no llegaba a la treintena, pero ya concebía proyectos de ensueño para su pueblo.

Esos proyectos habían nacido en él durante la infancia, sin que llegara a percibirlo, cuando cada injusticia —y en su país se veían muchas— se convertía en una herida profunda. Tomaron forma de rebeldía en el instituto Ouezzine Coulibaly de Bobo-Diulaso, y fueron madurando en su paso por el Pritaneo Militar de Kadiogo. Ahí se encontró con Adama Touré, profesor y militante del Partido para la Independencia de África. El PAI, fundado en 1963, estaba dedicado en esos años a la formación política de los futuros cuadros, por medio de militantes clandestinos. No sabía el gobierno del general Lamizana, en aquella época, que en sus propias academias militares eran iniciados a las ideas revolucionarias sus futuros oficiales, Thomas Sankara entre ellos. Pero fue en la Academia Militar de Antsirabé, en Madagascar, al calor de las enseñanzas de sus profesores marxistas y del acercamiento a la realidad africana y a su terrible pasado colonial, donde cristalizaron en convicciones profundas, en la voluntad de dedicar su vida a la lucha por el pueblo de Alto Volta.

Los libros fueron su otra escuela. Desde su infancia lo habían acompañado allá donde fuera. En sus viajes al extranjero, siendo antes primer ministro y ahora, en esos primeros meses de presidencia, conformaban la mayor parte de su equipaje. En ellos había bebido de una fuente que siempre estuvo presente en sus reflexiones políticas: la de la Revolución Francesa, la de los Enciclopedistas.

Cuando llegó a Rabat, Compaoré se encontró con un hombre formado, dispuesto para la lucha, con planes ya trazados para su país. Y ya no se separó de él, puso a su servicio toda su capacidad militar, toda su habilidad para la estrategia, y lo llevó de manos de sus comandos de Po hasta la Presidencia de la República, el 4 de agosto de 1983.

Habían pasado once meses desde el gran día, y se aprestaban a celebrar el primer aniversario de la Revolución.

Blaise Compaoré irrumpió en el despacho con su buen humor habitual.

—¡Salud, camarada presidente!

—Vamos, hermano, tengo algo importante que contarte —se alegró Sankara de ver aparecer por fin al amigo.

*

La fiel Ernestine había preparado el *to* diario. Ni siquiera consultaba a Mariam a la hora de decidir lo que debía poner en el plato del presidente. No había cambiado sus hábitos desde los tiempos de soltero. Mientras en la mesa de sus compatriotas no llegaran mejores manjares, nada pintaban estos en la suya. La carne y el pescado sólo hacían acto de presencia de vez en cuando, y sin grandes alardes. El alcohol tampoco era invitado a su humilde festín cotidiano.

Tom Sank sabía que Blaise no era tan austero como él en asuntos de estómago. Ni en otros asuntos. Hombre apuesto, era conocido en Uaga por sus correrías femeninas. Si estaba en una fiesta, o en una discoteca, y de repente desaparecía, todos sabían que una mujer había sucumbido a sus embates amorosos. A menudo recordaban los dos amigos entre risas que eso fue lo que hizo pasar desapercibida su ausencia en una reunión cuando, unos días antes del Golpe, se reunió con él en secreto para dirigir un ensayo general del 4 de agosto.

Eran diferentes en más de un aspecto, lo sabía Sankara. Por eso le agradecía más aún que no dudara en compartir con él y su familia a diario la comida sencilla que servía Ernestine. En casa de sus padres era un hijo más. Mariam y los niños lo adoraban. Era su hermano.

—Venga, cuenta —dijo Blaise cuando Mariam se sentó con ellos—. Estoy impaciente por escuchar la gran noticia.

—He pensado algo para el nuevo nombre del país —sonrió Tom Sank.

En los primeros días de la Revolución, había propuesto al CNR cambiar el nombre del país. Cuando llegaron los portugueses a esas tierras en el siglo XV, se adentraron desde el Golfo de Guinea por un río. Como debían regresar por el mismo camino, lo llamaron "río de la volta". Con ese nombre se quedó, y los franceses, a semejanza de sus departamentos metropolitanos, dieron a aquella región el nombre de Alto Volta; como el río en su trayectoria se abre en dos, Volta rojo y Volta negro llamaron a cada uno de los cursos fluviales.

Llegaban nuevos tiempos, y también el momento de enterrar el pasado y sus nombres.

—Burkina Faso —dijo solemne el PF.

Mariam y Blaise se miraron divertidos, interrogantes:

—¡Claro! —exclamó Sankara—. Burkina, en moré: tierra; Faso, en diula: hombres íntegros. ¡La tierra de los hombres íntegros! ¿No es eso lo que queremos para nuestro país?

Mariam y Blaise se contagiaron de su entusiasmo.

—Las dos lenguas más importantes del país. Así todos se sentirán representados —dijo ella.

—Suena bien, me gusta —opinó Blaise—. Habrá que acostumbrarse. A ver qué les parece a los compañeros del Consejo.

El nuevo nombre del país debía ser anunciado el 4 de agosto, durante las celebraciones del primer aniversario de la Revolución. Pero habían muchas más cosas de que hablar, y se explayaron los dos amigos en la sobremesa sobre el contenido del discurso más esperado por los burkinabé.

*

Mariam los dejó solos y se refugió en su dormitorio. Andaba inquieta en aquellos días. Al casarse con Thomas, sabía de sobra quién era el hombre. En ningún momento este le había ocultado sus ideas ni sus proyectos. No ignoraba tampoco que él se lo había pensado más de una vez antes de dar el paso del matrimonio, porque la aventura en que la embarcaba era incierta. Para ella y los hijos que no tardarían en llegar.

No se sentía pues con derecho a quejarse. Nadie la había engañado, ella había elegido libremente su camino.

Nunca había aspirado a ser una primera dama, jamás le habían atraído las pompas de la alta política. Compartía con él el deseo de una vida austera, el anhelo de una vida familiar sencilla.

Tampoco era la excesiva cautela que Tom Sank había impuesto a la familia, el rígido código de conducta lo que peor llevaba. En el año que llevaban ocupando la residencia reservada al presidente de la República, había podido sufrirlos en más de una oportunidad. Como cuando él hizo saber a la familia, a los pocos días de llegar al poder, que no esperara el más mínimo trato de favor. Nada pidieron sus padres para ellos, pero lo más jóvenes —y entre hermanos y primos no eran pocos— no hubo la misma comprensión y era ella quien debía escuchar las quejas de todos ellos, sabedores de que era imposible tratar el asunto con el hermano mayor.

En otros asuntos tuvo en cambio que ponerse en su sitio, y fue inflexible cuando Tom Sank decidió que sus hijos vivían con un confort excesivo; que la vida de palacio era perjudicial para ellos y debían estar más cerca de la realidad del país; y que lo mejor era enviarlos al pueblo familiar, donde vivirían como los demás niños del país.

No, no era eso lo que la mantenía en constante desasosiego en vísperas del aniversario de la Revolución.

En los meses que habían transcurrido, no cesaban las luchas intestinas en el CNR. Los partidos de izquierda, como si la ocasión que se les presentara de gobernar, de llevar adelante su proyecto político, no fuera absolutamente excepcional, se daban codazos para copar las carteras reservadas a los civiles.

Si el ser humano no estaba a la altura de las circunstancias que le ofrecía la Historia, no habría revolución.

Llevaban años de clandestinidad, de persecución, de cárcel, de torturas. Y cuando Sankara y sus compañeros les abrieron las puertas a los tiempos nuevos, se mostraron incapaces de desprenderse de las querellas arrastradas desde el instituto. Cada organización era hegemónica, hacía de sus matices ideológicos una religión.

Habían llegado al poder, no era cuestión de no ejercerlo.

En más de una ocasión, tuvo que prevenir a Thomas contra su exceso de confianza en el ser humano. Conocía su reacción en esos casos, porque nada peor se le puede recriminar a quien se deja guiar por su fe en el hombre:

—De qué nos sirve una revolución si no creemos en el hombre —protestaba—. Nada tiene sentido si no se cuenta con el pueblo.

Pero ni siquiera los que deben dar ejemplo son dignos de esta revolución, pensaba ella, y procuraba dosificar sus comentarios, reservarlos para los momentos más críticos.

Como cuando su marido no fue capaz de impedir que los mil quinientos maestros que se habían puesto en huelga en el mes de marzo fueran expulsados de sus puestos, acusados de contrarrevolucionarios. Mil quinientas familias se quedaban de repente sin sustento, miles de hombres, mujeres y niños perdidos para la causa revolucionaria.

El PF estaba convencido de que se cometía un error, pero prefirió someterse a la presión del CNR. Para salvaguardar la unidad —se defendía cuando ella sacaba el tema.

—Nuestra Revolución es muy frágil, pero es lo más importante que le ha pasado al país en toda su historia. Es la última oportunidad para nuestro pueblo. Debemos protegerla aunque a veces no nos gusten los medios que debemos utilizar —le decía cuando se preocupaba por las constantes sanciones a funcionarios y por las detenciones de opositores.

Pero ella sabía que, en su fuero interno, Tom Sank vivía esas medidas con profunda desazón. No había evitado el fusilamiento del "cubito de Maggi", cuando días después del 4 de agosto fue

localizado. La versión oficial declaró que había sido abatido en un intento de huida. Mariam pensó que no era una buena manera de empezar. Que el pueblo burkinabé, después de las manifestaciones multitudinarias que habían acogido con júbilo el regreso de Sankara, al día siguiente del golpe, no merecía nuevos miedos.

Y cuando fue descubierto un complot contra la revolución en el mes de mayo y siete de los implicados fueron ejecutados, Thomas le confesó que no le había sido posible evitarlo. Que sus argumentos se habían estrellado contra los militares y los civiles del CNR y que no podía imponer sus criterios, enfrentarse a los compañeros, dividir al grupo de gobierno, porque la Revolución estaba por encima de la vida de siete conspiradores.

Esos eran los pensamientos que no daban tregua a su desasosiego, el miedo a perder lo que con tanto esfuerzo se estaba construyendo. No siempre podía contar con él para buscar respuestas en sus palabras.

Pero, afortunadamente, estaba Blaise, el fiel amigo. El quinto miembro de la familia, el que cada día los acompañaba en el almuerzo y se ocupaba de que a Philippe y Auguste nunca les faltara la presencia de un padre. Al que, cada vez que lo necesitaba, podía abrir la caja de sus inquietudes, porque sabía que en sus palabras encontraría siempre afecto, sinceridad, consuelo.

*

Retirado en su refugio, donde pasaba horas dedicado a la reflexión y la escritura, Thomas Sankara daba los últimos retoques al discurso de celebración del primer aniversario de la Revolución, que, unos días más tarde, escucharía ante televisores y transistores todo el país.

Había liberado la tarde de compromisos y reuniones y recuperado el sueño atrasado en una siesta larga, junto a Mariam, porque no saldría de aquella estancia hasta no haber corregido la última coma del texto.

La oratoria era una de sus grandes bazas. Electrizaba a las masas con sus discursos, las hacía participar en sus juegos de preguntas y respuestas, las emocionaba con sus mensajes lanzados directamente al corazón. Sentía, desde el estrado, una identificación absoluta con su pueblo, como si con la voz se apropiara de su espíritu. En un país donde pocos sabían leer, la voz era el gran medio de comunicación y él el gran griot cuya palabra nadie se quería perder. Había hablado ante auditorios de más de doscientas mil personas, sin arrugarse en ningún momento.

Sonrió al recordar los consejos que le diera Fidel Castro, maestro en el arte de la arenga: "Instala un catre en la radio nacional para hablar por sus micrófonos durante todo el tiempo que desees. Cuanto más aguantes, mejor. Descansa de vez en cuando y empieza de nuevo".

Reclinó la cabeza sobre el sillón en que se había acomodado y se dejó llevar hasta el estruendo de la plaza del Tres de Enero, el día de su primer mitin multitudinario en Alto Volta, cuando aún era primer ministro:

> Vivimos actualmente en una época de no violencia. Pero el enemigo exterior, es decir el imperialismo, es decir el neocolonialismo, intenta sembrar la confusión entre nuestro pueblo. En sus grandes periódicos, sus radios, sus televisiones, hacen creer que Alto Volta está a sangre y fuego. Un periodista extranjero, en un país lejano, sentado en su despacho enmoquetado, en su sillón de ejecutivo, se ha atrevido a decir que actualmente nuestro gobierno es incapaz de comunicarse con su pueblo. Que su política de comunicación es un fracaso. Vosotros que estáis aquí, contestadme: ¿es esto un fracaso?

El clamor del "no", gritado al unísono por las decenas de miles de asistentes, regresó hasta él en

el silencio de su refugio. Recordó que había seguido preguntando:

> Desearía que ese imperialismo estuviera aquí, a nuestro lado, para que pudiera oír vuestra voz. ¿Qué le diríais si estuviera aquí?

Y de nuevo el estruendo se había extendido por Uagadugú, ante la mirada inquieta del presidente de la República, que debía tomar la palabra a continuación. Ante un Somé Yorian, "cubito de Maggi", furioso porque los militares izquierdistas le tomaban la delantera en el gobierno, le ganaban la partida en la calle; peor aún, en el corazón de los voltaicos.

"Los discursos son un arma de doble filo", solía decir. Con conocimiento de causa, porque fue después de un nuevo mitin en Bobo-Diulasso, unos días más tarde, cuando la decisión de rodear su residencia con los tanques fue tomada.

Para redactar el discurso del primer aniversario, había sacado de sus archivos el texto del más importante, el que habría de permanecer para siempre en la memoria de los burkinabé. La quintaesencia de la revolución: el DOP, como popularmente era conocido el Discurso de Orientación Política, presentado ante el pueblo el dos de octubre de 1983. Quería revisarlo palabra por palabra, buscar en él la fuente de la próxima arenga.

Ernestine entró en la habitación. En la bandeja que dejó sobre la mesa humeaba un tazón de café con leche.

—Ernestine —preguntó el presidente—, la Revolución va a cumplir un año. ¿Qué opinas tú sobre ella, crees que es buena para nuestro país?

—No creo que mi opinión te sirva de mucho, capitán —desde que servía en su casa de soltero, no se dirigía a él de otro modo—. Si le preguntaras a tu madre, ¿qué crees que diría ella?

—Lo sé, Ernestine, pero tú andas por la calle, recorres los mercados, te codeas con el pueblo, y algo escucharás. Ya sabes que yo tengo poco tiempo para escapar de estas cuatro paredes, y me interesa saber lo que piensa el pueblo.

—Bueno, pues ya que quieres que te lo diga, lo haré —suspiró la sirvienta—. De todo se oye...

—Lo malo, Ernestine, lo malo —la interrumpió el PF—. Lo bueno ya lo sabemos, me interesa saber lo malo.

—Mucha gente está asustada, capitán. Dicen que si a alguien no le parece bien algo, se tiene que callar. Cuando hablan del gobierno, cuchichean para que nadie los oiga. Todos temen que los escuche algún CDR. Cuando mataron al "cubito de Maggi", muchos dijeron que había pasado lo de siempre, los soldados matándose entre ellos para llegar al poder mientras el pueblo se muere de hambre.

El PF se mantuvo en silencio, reflexivo. Ernestine sabía lo que eso significaba.

—Tú me preguntaste, lo siento —dijo—. Tómate el café, que se te va a enfriar —se retiró.

Y añadió, ya en el umbral de la puerta:

—Pero si me preguntas lo que piensa la mayoría de la gente, te lo diré: que al fin tenemos un gobierno honrado, del que podemos fiarnos. Que nunca nadie se había preocupado antes por los problemas del pueblo como lo haces tú. Y que ojalá Dios te dé larga vida para que nos sigas protegiendo.

El pueblo; esa era su gran obsesión. La palabra que volvía sin cesar en sus discursos, en todas sus intervenciones, en las reuniones del gobierno.

—Vas a desgastar la palabra de tanto usarla —le dijo en una ocasión Mariam.

—Únicamente si la pronuncio en vano —contestó. Aunque quizá ella tuviera razón. Pero la palabra inundaba su nuevo discurso, como un torrente imposible de contener. Repasó sus notas sobre el DOP, los párrafos clave:

> El pueblo voltaico se ha movilizado como un solo hombre, junto con el Consejo Nacional de la Revolución, para edificar una sociedad nueva, libre, independiente y próspera; una sociedad nueva desembarazada de la injusticia social, de la dominación y de la explotación seculares del imperialismo internacional.

En aquella ocasión, no tenía más público delante que los operadores de radio y televisión encargados de hacer llegar su mensaje a todo el país. Pero sabía que millones de compatriotas lo escuchaban, y en su vello erizado sobre la piel sentía la emoción, la esperanza de los desheredados del país que habían recorrido, unos meses antes, las calles del país al grito de "Libertad para Sankara".

Ellos eran quienes lo habían salvado de la muerte planeada por "cubito de Maggi", ellos quienes lo habían puesto al frente de sus súplicas. A ellos se debía, y en ellos pensaba cuando escribió el DOP.

> No existe ninguna diferencia esencial entre el colonialismo impuesto durante décadas y el neocolonialismo que hemos padecido en estos veintitrés años de independencia. Para Francia, concedernos la independencia no fue más que una nueva vía para seguir dominándonos, expuesta como estaba en esos años a la presión de las masas africanas. Para ello unieron a sus proyectos a voltaicos, hombres de nuestra misma nacionalidad a los que instalaron en el gobierno y que, con las migajas que la metrópoli dejaba para ellos, se fueron convirtiendo en la nueva burguesía del país. Desde entonces, su sed de poder y de dinero ha sido insaciable, y no han escatimado medios para seguir enriqueciéndose, desarrollando a gran escala la corrupción, el desvío de fondos públicos, el tráfico de influencias, la especulación inmobiliaria, el favoritismo y el nepotismo. Así son los enemigos de nuestro pueblo, laborioso, valiente y honrado, que contempla desde su miseria cómo ellos acumulan más y más riquezas: se costean vacaciones de lujo en el extranjero, mandan a estudiar a sus hijos a las escuelas más selectas de Europa o de Estados Unidos, movilizan los recursos del Estado para acudir, a la más mínima enfermedad, a los mejores hospitales del mundo.

Al leer este párrafo, retomó el borrador de su nuevo discurso. La lucha contra la corrupción había sido su principal empeño en el primer año de Revolución, y sus logros debían quedar claros a los ojos del pueblo. Porque cada franco que pasara por las arcas del Estado a él, y sólo a él, le pertenecía.

Se sentía orgulloso de que sólo unos meses después de la toma del poder, no hubiera ya en toda África otro país que pudiera presumir de ser gobernado con una honradez y una transparencia jamás vistas en el continente. De haberse deslastrado de la peor herencia del colonialismo, la corrupción alimentada por la metrópoli para mantener a los nuevos gobiernos bajo sus órdenes.

Las limusinas del Estado fueron sustituidas por el coche más barato del mercado, el Renault 5.

El sueldo del presidente seguía siendo el del capitán del ejército que era antes de asumir el poder.

Muchos altos funcionarios llegados a la administración de mano de la Revolución se encontraron con la sorpresa de que sus sueldos eran inferiores a los percibidos en sus anteriores empleos.

Cada regalo, cada donativo recibido en sus viajes era incorporado de inmediato al patrimonio del Estado.

En sus viajes oficiales al extranjero, los ministros se alojaban en hoteles de segunda categoría, como correspondía a los representantes de uno de los países más pobres del planeta.

Pero, sobre todo, había creado los Tribunales Populares de la Revolución, destinados a arrinconar a los corruptos. Nada de togas ni de palabras grandilocuentes, nada de discursos incomprensibles. Todo el pueblo estaba invitado a esas sesiones en que los dirigentes tenían que rendir cuentas del

destino del dinero de todos. Las sesiones de los TPR, como todos los llamaban, eran públicas y grabadas. Su popularidad era tal que las casetes de los juicios competían con los mejores grupos de *reggae* en los mercados de toda África Occidental.

Todos sabían ya en el país que no había crimen mayor que el de detraer un solo franco del dinero público.

El café permanecía intacto sobre la bandeja. Ya estaba frío. Sankara lo apartó, buscó espacio para sus papeles.

En la economía está la clave de nuestro triunfo —solía decir.

Su pensamiento bebía en diversas fuentes, pero en ninguna de sus aguas se había estancado.

Era marxista, pero nunca se había identificado con el discurso dogmático de las organizaciones comunistas integradas en el CNR. "La visión de la miseria de mi pueblo es la que me hace marxista", declaró en una ocasión a un periodista. "Ser marxista es trabajar denodadamente para que mi pueblo viva mejor, tenga una vida digna, sacie a diario su hambre, disfrute de sus horas de ocio, esté protegido contra las enfermedades. Ser marxista es luchar para que mi pueblo sea libre y feliz. Si nosotros no logramos eso, nuestra Revolución habrá sido un fracaso, porque ese es su gran objetivo".

Sus viajes a la URSS y a China no tardaron en derrumbar el mito del socialismo real, y muy pronto comprendió que ninguna de las recetas aplicadas en los confines del mundo le sería útil a su país; que su Revolución debía inventarse en el día a día el socialismo que sacaría a su pueblo de la miseria.

Y su pueblo era ante todo el campesino. El que cargaba con el peso de una tierra a la que había que arrancarle los escasos frutos que ofrecía. El que a duras penas daba de comer a un país hambriento. El que más había padecido los rigores del colono, las humillaciones de los comandantes blancos, los impuestos colectados sobre sus míseras cosechas.

Nacionalizó los campos del país y los repartió entre los agricultores. "La tierra es de quien la cultiva", les dijo.

Derogó el impuesto de capitación, herencia colonial que habían mantenido los gobiernos anteriores.

Lanzó la consigna "Consumamos burkinabé", prohibiendo o sobretasando los productos venidos del exterior, para apoyar la producción local, garantizar a los campesinos precios justos por sus productos, contrarrestar el boicot de las instituciones financieras mundiales.

Declaró la guerra al Sahel en tres frentes: el del agua, creando una red de micro presas; el de la desertización, iniciando la replantación de decenas de miles de árboles para frenar su avance; el de las tres luchas, contra los incendios, contra la tala de árboles, contra la divagación de animales.

Derogó los privilegios de los jefes tradicionales, que los franceses habían mantenido y potenciado para tenerlos de su lado y disponer de otra estructura de control sobre los indígenas.

Releyó una a una todas esas iniciativas, subrayadas en rojo en el discurso del primer aniversario, porque sabía que el pueblo estaba cansado de oír hermosas promesas que nunca se cumplían. Resignado a su miseria. Abandonado a su suerte. Porque sabía que no hay revolución sin esperanza, ni esperanza sin realizaciones concretas.

También hablaría de la mujer, como lo había hecho en el DOP al proclamar que "el peso de las tradiciones seculares de nuestra sociedad relega a la mujer al papel de animal de carga. La mujer padece doblemente todos los males de la sociedad neocolonial: en primer lugar, padece los mismos sufrimientos que el hombre; en segundo lugar, padece nuevos sufrimientos por parte de esos mismos hombres".

> La revolución y la liberación de la mujer avanzan cogidas de la mano. Hablar de la emancipación de la mujer no es ningún acto de caridad, ningún impulso humanista. Es una

necesidad fundamental para el triunfo de la Revolución. Las mujeres llevan sobre sus espaldas la otra mitad del cielo.

Había anotado en el discurso los pasos dados en ese primer año de gestión: "Incorporación de la mujer a la gestión del Estado; prohibición absoluta de la escisión; elaboración de un código de familia".

Dejó escapar una sonrisa al apuntar otra de las medidas, ideada como otras tantas desde su gusto para sacudir a la sociedad tradicional, enfrentarla a la realidad: el día de mercado para los hombres.

Una vez al año, eran ellos quienes debían ir a hacer la compra, para conocer de cerca los precios y los problemas con que se topa la mujer para gestionar el magro salario que llega a casa.

Pero, entre todos los mensajes del discurso, el que con más impaciencia esperaba anunciar, el más trascendental, el que más contribuiría al empeño de descolonizar las mentalidades, era el que daría a conocer a todos el nuevo nombre del país.

Se levantó y salió a pedirle a Mariam que lo acompañara. Quería tenerla a su lado en ese momento, ensayar ante ella el momento más esperado:

—Quiero que escuches estas frases, ven conmigo.

Ya en la estancia, Mariam se abrazó a sus hombros para leer junto a él el texto.

—No, así no —dijo él— Siéntate ahí, delante de mí. Quiero que seas mi público, mi pueblo. Ahora todo el país está en ti, escuchándome.

Mariam se sentó, divertida, frente a él. Sankara se imaginó en un estrado, vio ante sí el micrófono, y declamó:

La Revolución debe empezar dentro de nosotros mismos. En todos, en cada uno de nosotros. Francia se fue, pero aún permanece aquí. El látigo de sus capataces todavía resuena en nuestras conciencias. La humillación de nuestro pueblo sigue guiando todos nuestros gestos. Pero ya es hora de levantar la cabeza, de sentirnos orgullosos de nosotros mismos, de mirarnos al espejo y decir: "Sí, soy africano, y me siento orgulloso de ello". Ellos son los que tienen que avergonzarse, por haber subyugado a tantos pueblos del mundo con la única fuerza de sus armas. Ellos son los que deberían ocultarles a sus hijos lo que hicieron, para que no sientan que nacieron de la vergüenza. Este es el país de los hombre libres, de los hombres íntegros, y así nos llamaremos a partir de ahora. Hermanos, ha muerto el Alto Volta de los franceses, a partir de hoy estamos en el Burkina Faso de los mosi, los lobi, los diula, los fulani, los songhay.

Lo dijo con lágrimas en los ojos. Mariam se levantó entonces e imitó el clamor del pueblo, se contorsionó en una danza lenta alrededor de la habitación mientras crecía el griterío, ante las risas del PF. Regresó hasta él y sin abandonar sus contoneos se abrazó a su cuello y lo besó:

—Soy tu pueblo. Hazme tu primera dama, capitán —le susurró.

Y sobre el sofá del refugio, en la noche apacible de Uagadugú, Tom Sank obedeció sus órdenes.

Trece carpetas y un Caterpillar

Emmanuel Durant extendió sobre la cama todas las carpetas que acababa de entregarle Alauna Traoré. Las contó: trece carpetas de cartón azul, desgastadas, cerradas por una cinta elástica, repletas todas ellas de documentos.

—¿Cómo las has obtenido? —preguntó.

Alauna se había sentado en la silla del escritorio. Unas ojeras profundas se hundían bajo sus ojos, delatando una nueva noche de insomnio. Vestía la misma ropa que el periodista le había visto el día anterior.

—Eso no lo puedo decir. Además, es mejor para ti no saberlo. Y para la persona que me lo entregó. Si te coge la policía con esto y te interroga, puedes decir que fui yo quien te lo trajo aquí. En ese momento espero estar ya lejos del país.

Como convenido, Albert había ido a buscarlo a la entrada del hotel. Lo acompañó hasta la habitación y regresó a su faena en Le tam-tam.

—Creí que te quedabas para luchar contra Compaoré.

Traoré desvió la mirada hacia el balcón. El cielo había amanecido cubierto sobre Uaga. La esperanza de unas gotas de agua para la tierra sedienta mantendría en vilo a los campesinos. Muchos no tendrían fuerzas para llorar a Sankara, había que pelear con el suelo encallecido por la sequía.

Alrededor de la piscina, unos empleados se afanaban en retirar las hamacas: el sol había faltado a su cita diaria con los turistas.

—Anoche, Konaté y yo escapamos de milagro a los soldados —dijo al fin—. Arnadú tuvo menos suerte. Antes de pegarle un tiro, le sacarán toda la información que lleve dentro. Espero que no se haga de rogar mucho, cuanto antes la suelte, mejor para él.

—¿Dónde lo cogieron? —Emmanuel estaba conmocionado por la noticia. Se había librado por un par de horas.

—En la misma casa en que nos vimos ayer. Esconderse en este país es imposible. Konaté y yo habíamos salido porque un compañero nos hizo llegar el mensaje de dónde recoger lo que te acabo de dar. Al volver nos cruzamos con tres jeeps del ejército. Nos metimos por los callejones y al acercarnos a la casa vimos a unos soldados apostados alrededor. Sin duda esperaban nuestro regreso. Nos alejamos de allí y pasamos la noche en la calle.

—¿Cómo saldrás del país? —preguntó Emmanuel.

—Aún no lo sé. Me han organizado un transporte para Po esta tarde. Allí me ocultaré en casa de un primo hasta que pueda pasar a Ghana. El presidente Rawlings está facilitando el paso a los sankaristas que huyen de Compaoré.

Emmanuel recordó que, esa misma noche, había visto el semblante abatido de Rawlings en la pantalla de televisión. Había sido el mejor aliado de Sankara en la región, el primer jefe de Estado en pisar suelo burkinabé tras su acceso al poder. Encargó por teléfono un desayuno copioso para Alauna y le invitó a utilizar la ducha. Colgó en el pomo de la puerta el cartel de *No molestar* y, mientras se aseaba el fugitivo, abrió con ansiedad una de las carpetas.

La primera estaba repleta de recortes de prensa. Muchos de ellos procedían de su propio periódico y recogían noticias y reportajes sobre el país. En uno aparecía una foto de Sankara en su época de primer ministro. Varios artículos más pertenecían a *L'intrus*, un semanario satírico burkinabé en el que el propio PF colaboraba en ocasiones y donde nunca faltaban las críticas a miembros del gobierno.

Una caricatura de Elodie Compaoré, la esposa del nuevo presidente, ocupaba la portada de un

ejemplar de *L'intrus*. Al pie del dibujo aparecían comentarios ácidos sobre ella. Emmanuel apartó esa hoja y devolvió a la carpeta los recortes de prensa.

Se sobresaltó: alguien tocaba. Debía de ser el camarero. Sacó unas monedas del bolsillo y se las tendió al mozo al recoger la bandeja por la puerta entreabierta. Tras dejarla sobre la mesa, volvió a las carpetas.

Una lluvia fina empezaba a caer sobre la ciudad. Encendió la lámpara de la mesa de noche; el cielo gris de Uagadugú le cerraba el paso a la luz que lo había cautivado desde su llegada a la ciudad.

Abrió otra carpeta: esta contenía cartas, todas guardadas en sus sobres. Los papeles se fueron deslizando entre sus manos inquietas, la vista fijada en los sellos de correos, en busca de la procedencia de las misivas. Todas habían sido enviadas desde países africanos: Ghana, Costa de Marfil, Madagascar...

Las cartas que guardaba la siguiente carpeta procedían, en cambio, de países europeos, de Francia la mayoría de ellas.

Alauna Traoré salió del cuarto de baño. Llevaba ropa limpia que el periodista había sacado de su maleta.

—¿Qué tal me queda? —intentó sonreír, pero sólo logró un rictus de amargura.

—Mejor que a mí —intentó animarlo—. Aquí tienes tu desayuno —le señaló la bandeja.

—Gracias, no he probado bocado desde ayer a mediodía. La noche ha sido larga —añadió—. La pasamos en vela, pendientes de cualquier ruido, seguros de que nos andaban buscando. Y con estos papeles con nosotros.

—¿Qué papeles son estos, Alauna? —preguntó Emmanuel.

—No lo sé exactamente. No los he podido mirar. Lo único que te puedo decir es que para que la persona que los tenía me los entregara, tuve que decirle: "Vengo a buscar los papeles del capitán". Así me dijeron y así hice.

—¿Y por qué me los entregas a mí?

—Porque así me pidieron que lo hiciera. Quieren que te los lleves a Francia, y dijeron que sabrías hacer buen uso de ellos. Tenía intención de echarles un vistazo anoche, en casa. Pero no pudo ser.

—Lo hacemos ahora —le pidió Emmanuel.

—No, yo me voy. Si el pobre Amadú les ha hablado también de ti, aquí estoy en peligro. Probablemente tarde unos días en salir del país, hasta que se relaje algo la vigilancia en las fronteras. Si hay en esos papeles algo importante, algo que nos pueda ayudar, no dudes en avisarme. Te doy un número de teléfono donde me puedes localizar. No pronuncies nunca mi nombre, pregunta por Salif y te pasarán conmigo. No escribas el número, memorízalo. Si te registran y lo encuentran escrito en alguna parte, mi primo está perdido. A ti te interrogarán, pero no se atreverán a torturarte. Eres francés, y además periodista. Lo último que hará Compaoré a partir de ahora será empeorar su imagen en el exterior. Sobre todo en tu país.

—Y sobre lo que hablamos anoche, ¿qué he de hacer? —preguntó el periodista.

—De momento escribe sobre la rebelión del León de Kilmendié. Que se sepa que la gente se está moviendo, que Compaoré aún no ha vencido. Habla de la resistencia de los CDR. De lo que quieras, invéntatelo si es necesario. No dejes de llamarme antes de salir para Francia, tendremos que seguir en contacto contigo cuando estés en París.

No le dijo que salía en el avión de los ocho, esa misma noche. Se abrazaron al despedirse, como dos amigos de siempre que quizá no vuelvan a verse.

—¿Y Konaté? —preguntó Emmanuel antes de abrir la puerta.

—Escondido, aquí en Uaga. Hasta ayer, éramos unos héroes, la Revolución estaba en nuestras manos. Hoy somos unos traidores, la escoria del país.

El periodista lo vio alejarse por el pasillo. Recordó de repente que tenía una pregunta que hacerle.

—¡Salif! —lo llamó—. Vuelve un momento, por favor.

De nuevo en la habitación, le mostró la portada de *L'intrus* en que aparecía la mujer de Compaoré.

—¿Cómo se atrevían a meterse con ella?

—La consigna del PF era clara: nadie, ni él mismo si fuera preciso, debía estar al amparo de las críticas de *L'intrus*. Él fue quien encargó la creación de este periódico.

—¿Quién es realmente Elodie Compaoré? La dibujan como si fuera mulata.

—Y lo es —afirmó Alauna—. No es burkinabé. Compaoré la conoció en un viaje oficial a Costa de Marfil, y al poco tiempo se casó con ella. Su nombre de soltera es Elodie De la Fressange. Su padre es francés. Fue gobernador de Costa de Marfil en tiempos de la colonia.

—¿Vive aún?

—Creo que sí. Regresó a Francia hace muchos años. Y ahora me voy —concluyó Traoré.

Emmanuel echó un vistazo al pasillo antes de dejarlo salir. El camino estaba libre.

—Salif —le estrechó la mano.

—Dime.

—Cuídate. Te deseo mucha suerte.

Alauna se dio la vuelta para saludar con la mano antes de emprender, escaleras abajo, un viaje de destino incierto.

*

Los dedos volaban sobre el teclado de la máquina de escribir. Como si temieran que las ideas los dejaran atrás, porque por una vez se habían lanzado a una carrera frenética. Para que no se perdiera ningún detalle, que no se escurriera entre ellos la palabra exacta, el adjetivo preciso.

Los pelos de Sankara aferrados al aire de su patria. El enjambre de niños surgidos de las cloacas del país. El rugido del León de Kilmendié. Los soldados por las calles desertadas. El superviviente del Consejo de la Entente. La resistencia de los CDR. La luz del sol abriéndose camino entre las rendijas de un tejado miserable para encontrarse con un mercado abandonado. La soledad de un pueblo maldito que ve pasar de largo un amanecer esperado durante décadas. Todo lo iba vertiendo del corazón a la crónica, el sentimiento huracanado, la razón violentada, la rabia desbocada.

Escribía sin censurarse, de espaldas a una cama invadida por los papeles del capitán, ajeno al estrépito de la lluvia que se abatía furiosa sobre el cristal.

El reloj marcaba las doce y cuarto. Tenía que terminar, mandar el fax a París. Llamar al jefe. Pero el timbre volvió a sonar, como una pesadilla, y supo que él se le había adelantado.

—Aún no nos ha llegado nada, Durant. Quedamos que a mediodía...

—Estoy repasando la crónica, jefe, en unos minutos sale para allá.

—Bien, Durant, no te retrases, por favor, ya sabes cómo funcionan las cosas aquí. ¿Ya tienes preparadas las maletas? —quiso asegurarse el jefe de que todo estaba en orden.

—Tengo que hablar con usted, jefe.

—Bueno, estamos hablando. Este es el momento —suspiró el veterano de Vietnam.

—Mire, hay algo que no le he dicho, y creo que es importante que lo sepa. —Soy todo oídos.

—El presidente Sankara prometió desvelarme en nuestra última entrevista todos los detalles de una trama urdida en el extranjero para derrocarle.

—¿Ah, sí? —quiso dejar patente su incredulidad el jefe—. ¿Y se puede saber por qué razón te iría a desvelar eso a ti?

—Porque sabía que si ese asunto salía en un periódico como el nuestro, neutralizaría a sus enemigos —no se dejó intimidar Emmanuel.

Un silencio prolongado mantuvo despiertas las esperanzas de Emmanuel: el jefe estaba pensando.

—¿Y no crees que deberías habérmelo dicho antes, Durant? —preguntó finalmente.

—No podía imaginar lo que iba a ocurrir. Preferí no adelantar acontecimientos, por si a última hora Sankara cambiaba de opinión —argumentó el periodista.

—Pues nada, te vienes para acá y te dedicas de lleno al tema, supongo que es eso lo que me quieres pedir.

Tocaba armarse de valor. Volvió a ver a Alauna Traoré entrando en su habitación con las carpetas en la mano, despidiéndose de él antes de desaparecer por las escaleras.

—¿Me oyes, Durant?

—Lo que quiero es que me autorice a permanecer aquí unos días más para seguir investigando. Tengo algunas pistas muy importantes —mintió—. Será una bomba —intentó engatusar al jefe.

—¡No, Durant, no empecemos de nuevo! Tu avión sale a...

—Me quedo.

—¿Cómo que te quedas, qué quiere decir que te quedas?

—Me quedo aquí unos días más para seguir trabajando en este caso. Desde Francia no podré avanzar ni un solo milímetro. La información que necesito está aquí. Lo que Sankara me quería desvelar lo puedo descubrir aquí, y sólo aquí.

—Durant, si mañana por la tarde no te has incorporado al trabajo, estás despedido.

Un cálculo mental rápido le desveló que podía tirar de la Visa hasta finales de noviembre. Contando con abandonar el Indépendance y con comprar un nuevo billete de avión, claro. Esperaba estar de vuelta mucho antes. El problema vendría después, cuando tuviera que buscar otro trabajo. Se lanzó a la desesperada:

—¿Y si me adelantara las vacaciones, jefe? Yo me ocupo de todos mis gastos aquí y a la vuelta...

—Las vacaciones aquí las distribuye el director —gritó el jefe—, no se las toma el personal a su antojo. Déjate de tonterías y regresa ya, Durant.

—Será un gran reportaje. Me lo querrán quitar de las manos. Lo venderé al mejor postor —sabía que con eso daba por concluida la conversación.

—¡El mejor postor somos nosotros, cretino! ¡Hasta mañana o hasta nunca!

Un golpe seco, enérgico, puso punto final al diálogo. Durant no había planeado nada. Sentía que la decisión se había ido fraguando en su interior por su cuenta, al margen de su voluntad.

Empujó las carpetas a un lado de la cama y se tumbó en el que quedaba libre. Se sentía bien, liberado, valiente. Vivo.

Acababa de cometer la mayor locura de su vida y no se arrepentía. Llevaba muchos años temiendo que ya nunca sería capaz de hacer algo semejante.

La máquina de escribir brillaba sobre la mesa. Tenía que mandar su última crónica y recorrer las calles de la ciudad en busca de un hotel al alcance de un desempleado. Con las trece carpetas bien pegadas al cuerpo, por supuesto, porque el Indépendance había dejado de ser un lugar seguro tras la visita de Alauna Traoré.

*

El hombre que seguía a Emmanuel Durant en las calles de Uagadugú era joven y espigado. Llevaba pantalón vaquero y camiseta naranja, calzaba zapatillas deportivas de mercadillo, en nada se distinguía de cualquier otro joven de la ciudad.

Había dejado que el francés, al salir del Hotel Indépendance, se le adelantara en unos diez metros. La capital iba recuperando el pulso de su vida cotidiana, porque no hay acontecimiento, por extraordinario que sea, capaz de recluir a un africano en casa por mucho tiempo. No temía perderlo de

vista: desde su metro noventa no podía pasarle desapercibo un *tubab* a un especialista como él.

El francés llevaba en la mano un libro, y supuso el perseguidor que se trataba de una guía, porque lo consultaba con frecuencia, mientras miraba a derecha e izquierda. ¿Buscaba una calle, un restaurante, una dirección? Pronto se sabrá —pensó el joven.

Los "dos ruedas", como popularmente llaman en el país a bicicletas y motocicletas, volvían a imponer su ley sobre la calzada. La lluvia, bendita en el campo, era una maldición para la ciudad. Los charcos hacían del paseo una carrera de obstáculos, a menudo insalvables.

Tras recorrer la Avenida de la Revolución, el francés giró a la derecha para abordar la calle de Dimoolobsen. El joven que lo seguía apretó el paso para acortar distancias. El gentío se iba haciendo más denso y las bocacalles más numerosas. El cambio de dirección llegó en la Avenida de la Libertad. Sólo tuvo que recorrer unos metros más para comprobar que lo que buscaba el *tubab* era Le Pavillon vert, un hotelito regentado por un francés y conocido en Uaga por su limpieza y su patio de vegetación exuberante.

La guía no había engañado al periodista: los precios de la habitación eran más que asequibles, el ambiente agradable, el personal acogedor. En la recepción, le dijo a la empleada que se quedaría en principio una semana, aunque quizá tuviera que permanecer más tiempo. Justo detrás de él, hacía cola un joven espigado que deseaba, él también, alquilar una habitación. No fue preciso despertar sospechas solicitando el cuarto contiguo al del francés, porque fue ese el que le asignaron.

Emmanuel corrió con suerte: había habitaciones libres. Las aspas del ventilador se pusieron a girar, cansinas, cuando apretó el interruptor. Abrió la ventana y apareció ante él un patio maravilloso. El mobiliario del dormitorio era sencillo, pero más que suficiente. Pensó que en aquel lugar no echaría de menos las cinco estrellas del Indépendance.

En la habitación de al lado, un huésped recién llegado se tumbó sobre la cama, pensando que lo mejor que le podía haber pasado esa mañana acababa de ocurrir. Ni siquiera se inmutó cuando oyó cerrarse la puerta de Emmanuel, porque sabía que el francés no tardaría en volver, en taxi, esta vez, y con su equipaje.

Antes de regresar al Indépendance, Durant sucumbió a la tentación de una cerveza en el patio. Las nubes habían desertado el cielo de Uaga, pero el ambiente aún no se daba por enterado y se mantenía fresco, a la espera de la venganza del sol. Miró sin disimulo a la camarera que le acercó su medio litro de cerveza, una gacela de ébano que le hizo recordar los meses que llevaba sin probar el fruto prohibido.

"¿Será este el edén en que se esconda mi manzana?", pensó, mientras sus ojos bailaban al son de las caderas insolentes de la gacela.

Había cogido una de las carpetas, al azar, para echarle un vistazo en el Indépendance. Las demás aguardaban bajo el colchón, donde las había escondido para no tener que recorrer de nuevo las calles con ellas bajo el brazo. Su plan era examinarlo todo minuciosamente después de la cena, hasta que el sueño decidiera.

*

Al salir del Indépendance en busca de nuevo alojamiento, el jefe de recepción le había comunicado que la dirección del hotel había recibido una llamada de Francia:

—Era de su periódico. Nos piden que le carguemos a ellos sus gastos hasta mañana por la mañana. ¿Va a desear usted seguir con nosotros a partir de ese momento?

Generoso, el jefe. Se consolaría disfrutando de una última cena para ricos.

—Si encuentro otra cosa hoy mismo, me llevaré mis cosas después de la cena. Les avisaré.

*

Había que ahorrar. Se dirigió al Indépendance para un último almuerzo de tres tenedores, pagado por su jefe, con su carpeta bajo el brazo. Tardó hasta la Plaza de las Naciones Unidas en caer en la cuenta de que si era detenido con esos documentos, si era interrogado, de poco le servirían las improvisaciones. Había cometido una imprudencia. Una novatada. Miró hacia atrás. Imposible comprobar entre las decenas de personas que le pisaban los talones si alguno iba tras él. Aceleró el paso al enfilar la Avenida de la Revolución. Recordó que al final, próximos al hotel, se encontraban, codo a codo, los edificios de la Presidencia y de la Embajada francesa.

Tenía que pensarse si notificar o no su permanencia en el país al consulado. Una vez despedido, ya no era nadie aquí. Un francés demasiado curioso a merced de unos golpistas, en el corazón de África.

Un escalofrío le sacudió el espinazo. ¿Habría comunicado el jefe su cese a la Embajada?

¿Había hablado Amadú de él? Intentó ahuyentar las imágenes del hombre que lo salvó de los niños de la calle, aullando en manos de sus torturadores. ¿Qué carajo hacía él ahí? Ya no tenía a nadie. Amadú fuera de combate. Konaté, desaparecido. Alauna, de camino a Po. Sólo quedaba Albert, un simple camarero.

Se sintió dominado por el pánico. Un pánico incontrolable, invencible. Se contuvo para no echarse a correr. Tenía el cartel del Hotel Indépendance al alcance de la vista.

Nada más levantarse, a la mañana siguiente, acudiría a la Embajada, para dejar constancia de que un ciudadano francés anda por Uagadugú sin figurar en sus registros.

Aunque todavía estaba a tiempo de coger el avión para París. Y de conservar su empleo de paso.

*

Con una señal del índice, Emmanuel le marcó a Albert el punto exacto en que debía detener la caída de la tónica.

—Una gota más, Albert, una sola gota más y la copa se echa a perder —procuró hacerse entender el periodista, acodado sobre la barra de Le tam-tam.

Ardua tarea, cuando uno va por la cuarta. Sin contar la botella de vino, cortesía de la casa, con que había acompañado al *kedyenú* degustado en el restaurante del hotel. Ni el medio litro de cerveza que la gacela de ébano le había servido en el patio de Le Pavillon Vert.

El ataque de pánico había empezado a remitir bajo los efectos del agua fría de la ducha, pasado al estado de ligera inquietud en el restaurante, terminado por diluirse en Le tam-tam.

El avión de París debía de estar a punto de despegar. Quizá estuviera resonando su nombre en ese instante en la megafonía del aeropuerto, reclamando su presencia en un último aviso.

—Dime, Albert —dijo al amigo—. ¿Qué sabes tú de la mujer de Compaoré?

La pregunta pilló desprevenido al camarero, y buscó de reojo alguna presencia indiscreta. Sólo encontró un par de parejas rubias, entretenidas con sus cosas.

—¿Estás loco? —le espetó al francés—. ¡Baja la voz! ¿Crees que este es momento para hablar de la manzana podrida?

Emmanuel enderezó el cuerpo, irguió la cabeza, se sintió algo imbécil. Empujó hacia Albert su gin-tonic.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó—. ¿De qué manzana podrida me hablas?

El camarero volvió a inspeccionar los alrededores, con más detenimiento en esta ocasión.

—Así la llamamos, la "manzana podrida" —se acercaron los dos rostros.

—¿A Elodie Compaoré? ¿Y eso por qué?

—Si tienes una cesta llena de manzanas, todas ellas sanas, hermosas, y metes dentro otra, pero podrida, ¿qué ocurre? —preguntó Albert.

—Pues que si la dejas ahí, al cabo de poco tiempo las demás se van pudriendo también.

—Exacto, por eso la llaman la "manzana podrida".

Emmanuel retomó el vaso, sorbió un trago. Los vapores del alcohol debían de tenerle anestesiada la inteligencia, porque no acababa de comprender.

—Perdona si no te entiendo bien, Albert —le mostró el vaso al camarero a modo de excusa—, ¿qué manzana pudrió a las demás?

Albert miró a su amigo con tristeza. No era la primera vez que un *tubab* lo decepcionaba, pero a este le había tomado cariño y esperaba algo más de él. Se armó de paciencia:

—Las manzanas sanas que había en el cesto son los cuatro jefes históricos de la revolución: Zongo, Lingani, Compaoré y Sankara. Entre ellos todo funcionaba bien, no había ningún problema. Se entendían a la perfección y formaban una piña donde era imposible encontrar una fisura. Sobre todo entre Compaoré y Sankara. Eran como hermanos, nunca en la historia de Burkina Faso el pueblo había conocido amistad tan estrecha. Imagínate una moneda, ¿cómo podrías separar sus dos caras? Pero un día llegó una mujer a la vida de Compaoré, esa mujer de quien me hablas. ¿Y qué ocurrió? Que poco a poco las relaciones entre ellos se fueron deteriorando, se les veía menos juntos, Compaoré dejó de comer con la familia Sankara, y todos nos dimos cuenta de que algo había dejado de funcionar entre ellos. Lo mismo pasó con Lingani y Zongo. Había divergencias de opinión, cuando antes lo que decía uno de ellos lo decían también los demás. Entonces la gente pensó que la culpa de todo la tenía la mulata que se había echado Compaoré por mujer, y empezó a llamarla la manzana podrida.

Emmanuel siguió atento la explicación. Indicó con el dedo a Albert que se acercara, y el camarero supo que algo importante le quería preguntar.

—Albert, dime una cosa. ¿Tú tienes alguna idea de quién pudo haber metido la manzana podrida en la cesta?

La sonrisa del camarero se fue abriendo hasta convertirse en una carcajada que de inmediato contagió al francés. Se esforzaron los dos en controlar la risa, pero cada vez que parecía dominada, regresaba con más fuerza. Tras varios intentos fallidos y con los ojos anegados en lágrimas, dijo al fin Albert:

—No sé bien en qué árbol se la encontró Compaoré, pero fue él solito quien la cogió. ¿La has visto alguna vez?

Emmanuel pensó en la caricatura de *L'intrus*.

—No, en realidad no la he visto nunca.

—Pues si se te presenta la ocasión, aprovéchala. Tendrás pocas oportunidades en tu vida de volver a ver algo igual.

El periodista volvió a sus pensamientos. Quizá alguien ayudó a que cayera la manzana podrida en la cesta. Quizá no, pero si quería investigar, por alguna parte tendría que empezar, y no era cuestión de desaprovechar la única intuición de los últimos días.

Sólo contaba con eso y con un avión libio en el aeropuerto de Uagadugú. Escasa renta para quien quiere desvelar el asesinato de un Jefe de Estado.

Y con los papeles de Sankara, claro. ¿Quién se los podía haber dado a Alauna? Alguien que conocía las intenciones del PF, sin duda. ¿El propio Alauna, y prefirió no revelarlo? ¿Alguno de sus hombres de confianza?

El alcohol lo llevó hasta ese estado de ánimo al que sólo él sabe conducirnos, cuando nos permite aprehender la realidad en todos sus detalles, en sus más ocultos matices, ofreciéndonos así la posibilidad de asombrarnos por lo que antes de ingerir la primera copa sólo nos inquietaba. Y sí, asombro fue lo que sintió en la barra de Le tam-tam al recordar lo que le había sucedido en los últimos días, como si la promesa de Tom Sank hubiera sido portadora de algún hechizo que lo convertía en el epicentro del seísmo que sacudía su vida. Y se veía abocado a decisiones que jamás antes se habría

imaginado ser capaz de tomar. Asombro de ver que nada le hacía retroceder, dar una respuesta sensata a las posibilidades de dejar toda aquella locura, sentir en sus entrañas el terror que tantas veces nos salva la vida, nos impide adentrarnos en lo desconocido.

Quizá fuera ese hechizo simplemente la conjugación de una casualidad —la de encontrarse en el país en ese terrible momento— y años de pasión e ideas enterradas en una vida mediocre pero cómoda, un empleo seguro pero aburrido, un futuro gris y sin sobresaltos, y devueltas a la luz por el descubrimiento de un pueblo lleno de vida, superviviente, risueño en su desgracia, solidario en su miseria, y de un proyecto político utópico en su país pero real aquí, por el encuentro con el presidente de los pobres que lo hizo cómplice con sus promesas.

El caso era que en sus manos habían caído los papeles que aún no había podido examinar, y que sin duda guardaban las confesiones que nunca pudo escuchar. Los papeles que le había entregado la persona que sobrevivió a la matanza del Consejo de la Entente, el fugitivo más buscado del país.

El caso era que las escasas personas con que contaba habían desaparecido, repartidas entre escondrijos y lúgubres mazmorras.

El caso era que en el reloj de Le tam-tam podía leer que el avión para París había dejado de esperarle y se alejaba del mundo de los proscritos.

—Me voy del hotel, Albert.

—Ya lo sé —nada le pasaba desapercibido en el oasis—. ¿También del país?

—No, del país no. Todavía no.

—¿Te tomarás una copa de despedida después de la cena? Paga la casa.

—No, gracias, tengo cosas que hacer. Además, no quiero despedirme. Me gustaría volver a verte.

—¿Dónde te vas a alojar?

—Aún no lo sé —mintió—. Te llamaré, o vendré a verte.

—¿Prometido?

—Palabra de *tubab* —le sonrió Emmanuel.

En el camino hacia el restaurante, se esforzó en mantenerse vertical. Sabía que su amigo no le quitaría el ojo de encima hasta que desapareciera de su vista.

*

Los bocinazos de los coches, en su guerra perpetua con los "dos ruedas", eran martillazos sobre la cabeza de Emmanuel Durant. El sol llevaba ya unos minutos adueñándose del dormitorio. A pesar del minucioso trabajo del periodista, antes de caer en la cama, para tapar cualquier rendija por la que pudiera colarse la luz, tirando de la cortina por sus extremos en busca del hermetismo absoluto, no hubo nada que hacer. Optó entonces al despertarse por la negativa a abrir los ojos, ocultar su resaca bajo la almohada, pero son ardides que a nada conducen, y al final acabó triunfando la sensatez, la única salida posible: la ducha de agua fría.

Había decidido tras la cena que no estaba en estado de transitar por una ciudad tomada militarmente, menos aún con documentos comprometedores en la maleta. Aceptó el amable ofrecimiento del jefe para que disfrutara de una noche extra en el lujoso Indépendance.

En la cena cayó otra botella de vino, a pesar de la promesa hecha a sí mismo al abandonar Le tam-tam de no volver a tocar el alcohol esa noche. Tenía que dedicarse a la carpeta de Sankara. Vana promesa: cómo desdeñar un buen blanco, bien frío, con cargo al jefe por añadidura, para acompañar el delicioso *capitaine* que el maître le puso delante de las narices.

La ducha fría había cumplido con su parte; sólo cabía esperar que el resto del trabajo lo hiciera el Alka Seltzer que se metió en el bolsillo, camino del desayuno.

Su mente, al despejarse, fue dejando paso a lo que había registrado durante la noche. Tocaba

distinguir lo leído en los documentos del PF de lo soñado: de momento, todo se unía en una nebulosa.

El primer trago de café surtió el efecto deseado. Se concentró en las burbujas de la pastilla al caer en el vaso de agua. La OAS. ¿Qué demonios pintaba las OAS en todo eso? Recordaba haber leído un par de reportajes sobre la organización secreta, escrito por un compañero, en su propio periódico.

Robert Lepage, recordó el nombre del periodista. Hacía años que no trabajaban juntos. Las últimas noticias lo situaban en un periódico de provincias de la Costa Azul. Anotó el nombre en su libreta.

La Organización Armada Secreta, creada por militares y civiles empeñados en una Argelia francesa, pintó sus siglas en las paredes de Argel por primera vez el 16 de marzo de 1961. El informe hallado en las carpetas explicaba que su fundación se decidió en el encuentro que mantuvieron en Madrid Jean Jacques Susini y Pierre Lagaillarde. Estaba dirigida por el general Raoul Salan, que, el 21 de abril encabezó con otros tres compañeros de armas el "golpe de los generales". De Gaulle, consciente de que la guerra de Argelia estaba perdida, se preparó para concederle la independencia y una parte del Ejército desafió al gobierno de la República. En su comunicado, los generales golpistas decían "reservarse nuestros derechos para extender su acción a la metrópoli y restituir el orden constitucional y republicano gravemente comprometido por un gobierno cuya ilegalidad salta a la vista de la nación."

Seguía en el informe una serie de explicaciones sobre los pasos dados por los golpistas, la toma del edificio del Gobierno General, del ayuntamiento, del aeropuerto. En tres horas, los golpistas tenían toda la ciudad bajo su control. También detallaba la alocución de De Gaulle al pueblo francés en la que prohibía "a todos los franceses, y ante todo a cualquier soldado, ejecutar ninguna de las órdenes del los generales rebeldes.". El discurso surtiría efecto y a partir del martes 25 los soldados empezaron a desobedecer a sus superiores y a reincorporarse a la disciplina del gobierno. Los generales huyeron. Dos de ellos se entregaron, pero otros dos, Salan y Jouhaud, pasaron a dirigir, en la clandestinidad, la OAS.

La organización no se anduvo por las ramas: el 22 de agosto de 1962, atentó en París contra el presidente de la República. Desde un restaurante situado en el *Carrefour du petit Clamart*, Bastien Thiry disparó contra la Citroën DS en que viajaban De Gaulle y su esposa. La bala pasó a escasos centímetros de la pareja.

Pero para Emmanuel, todo eso formaba parte del pasado, esas siglas ya sólo pertenecían a las páginas más negras de la historia de la República. Imposible imaginarse qué relación podría tener con lo que Sankara quería desvelarle. Antes de sucumbir al sueño y al alcohol, había tenido tiempo de hojear unos cuantos documentos más. Tendría que seguir husmeando en la carpeta para tirar del hilo OAS, si es que llevaba a alguna parte.

El Alka Seltzer empezaba a hacer efecto. Decidió sacarle el último provecho al Indépendance, disfrutar de su cama y su aire acondicionado hasta el momento de abandonar la habitación. Le quedaban un par de horas por delante. Acudiría después a la Embajada y pasaría la tarde enclaustrado en su habitación de Le Pavillon Vert, donde esperaban las otras carpetas de Sankara.

Mientras untaba de mermelada una tostada, se fueron abriendo paso nuevos recuerdos. La mafia corsa. Grupos de extrema derecha. ELF.

También había oído hablar de la mafia corsa. La isla parecía constituir un mundo aparte en la República, y más de un francés vería con buenos ojos desembarazarse de un territorio que no causaba más que problemas. Pero hasta donde llegaban sus informaciones, la mafia que se había incrustado en la economía y la política corsas vivía de sus operaciones en la isla. Sin duda, sus ramificaciones se extenderían por el resto del país, y probablemente por Italia también.

¿Pero qué pintaba en África? ¿Y en Burkina Faso?

¿Y los grupos de extrema derecha? Sí, sabía que Le Pen y compañía se habían dejado ver durante

la descolonización, sobre todo en Argelia. Pero una vez derrotada la OAS, unos de sus miembros se habían replegado al levante español, donde se dedicaron a sus negocios sin perder el contacto con los jefes; y la mayoría a la madre patria, para integrar las filas de nuevas organizaciones políticas que hacían ahora su agosto al calor del discurso contra la emigración.

¿Qué pintaban ellos en los papeles de Sankara?

Tantas preguntas sin respuestas empezaron a sembrar dudas sobre el valor de los documentos. Pero eran su única baza. Sin ellos, no había donde agarrarse. Quizá se tratara sólo de un material inconexo que el PF había ¡do recopilando con el tiempo, sin más objetivo que el de crear su archivo personal sobre las cuestiones que tanto le apasionaban.

Como tantos otros africanos, Sankara siempre se había debatido en una relación de amor y odio con el país que les hurtó la libertad a cambio de una lengua, de una cultura. Y cualquier detalle sobre lo ocurrido tomaba una dimensión extraordinaria, debía ser estudiado, archivado en la memoria de los pueblos colonizados.

Las relaciones de ELF con África sí eran, en cambio, más evidentes. La mayor empresa petrolera francesa llevaba años explotando parte del petróleo africano, en competencia con Exxon y BP. Los tres gigantes estaban lanzados además en una carrera para descubrir nuevos yacimientos. Nadie se sorprendería si se hiciera la luz sobre algún caso de corrupción, de pago de comisiones ilegales a Jefes de Estado africanos.

—Hasta ahí llego —murmuró Emmanuel.

Pero el petróleo africano está lejos de aquí —siguió en silencio sus cavilaciones—. ELF trabaja en Nigeria, Camerún, Congo Brazzaville, Gabón, Angola. ¿Qué tiene que ver con Burkina Faso, si bajo esta tierra no corre ni una sola gota de oro negro?

El periodista firmó la factura presentada por un camarero. La última firma, el último franco abonado por la empresa. Por los siglos de los siglos. Una duda le vino en el ascensor, camino de la siesta.

—¿O sí hay petróleo en Burkina Faso, y sólo ELF lo sabe? ELF, Sankara, Compaoré y pocos más, claro. Había leído algo sobre el secreto que rodeaba todas las actividades de las petroleras. Comisiones pagadas a gobiernos para realizar prospecciones no oficiales; compromisos firmados con gobernantes para explotaciones futuras; cuentas bancarias en Suiza a nombre de presidentes africanos; pisos de lujo en los mejores barrios de París a nombre de Jefes de Estado.

—¡Joder! Mira tú por dónde van a ir los tiros —introdujo la llave en la cerradura de su habitación.

Al fin la intuición se ponía de su lado. El olfato profesional. La adrenalina —"mi droga preferida", solía decir— empezó a aparecer, al compás de su excitación.

"Rivunion": le vino otro nombre a la memoria, algo sobre esa empresa había leído por la noche en los papeles entregados por Alauna Traoré. Nunca la había oído nombrar. Se lanzó sobre la carpeta, rebuscó entre los papeles. Ahí estaba: Rivunion. Debajo, una nota: "Ver carpeta ocho". Nada más.

Se llevó los documentos a la cama, los posó sobre la sábana, a su lado. Prefirió darle vueltas a lo que había descubierto. Se exigió cautela: a lo que *creía* haber descubierto.

Como un resorte se incorporó sobre el colchón. Quien dice petróleo dice Libia. Uno de los grandes productores de África. El emisario de Gadafi en el aeropuerto de Uaga, el regalito a Compaoré... Los cabos se iban atando.

¿Se habría topado ELF con el incorruptible Sankara? ¿No estaba indignado Gadafi con su antaño niño mimado desde que se pronunció en contra de la presencia libia en Chad? ¿Habría buscado en Libia un aliado para deshacerse del enemigo común, sustituirlo por alguien más dócil, más maleable?

La historia no sonaba mal, sólo faltaban las pruebas. "Un pequeño detalle", pensó, "que quizá resuelva esta misma tarde, en Le Pavillon Vert".

Imposible dormir. Al diablo la siesta. Preparó su equipaje, se arrepintió de no haber enviado antes su ropa sucia a la lavandería del hotel. La metió, junto a la poca limpia que le quedaba, en la maleta. En su bolsa de mano guardó los libros que había traído de Francia, sus apuntes, su walkman. Previamente, había metido en el fondo, lejos de manos indiscretas, la carpeta de Tom Sank. Lo dejó todo en la consigna del Indépendance.

Antes de ir a su nuevo hotel, tenía que dejar constancia en los archivos de la República de que un ciudadano francés andaba por esos lares.

La euforia, esa mala consejera, se había cruzado en su camino. Y no era para menos, porque en cuestión de horas había pasado de la nada a rozar la solución con los dedos.

Eso, al menos, le parecía.

*

—Es un placer volver a verle, señor Durant —lo invitó el embajador a tomar asiento.

Emmanuel echó una ojeada panorámica al despacho mientras se acercaba al sillón. Superaba con creces, en comodidad y lujo, al de Thomas Sankara. En calor humano vencía el del PF por goleada.

Nada más dar su nombre, la funcionaria que lo atendía corrió a avisar a la secretaria del jefe. Había instrucciones precisas, sin duda.

—Recibimos un fax de su jefe —dijo—. Al parecer ya no trabaja usted para ellos.

—Así es —fue escueta la respuesta del periodista, invitando al diplomático a ir al grano.

—Una lástima, es un gran periódico —tendió un cigarrillo a su compatriota, que este rechazó—. Sí, una verdadera lástima. Aunque creo que eso tiene todavía solución.

—¿Ah sí?

—Me explicó el director que le habían despedido por su empeño en permanecer en Burkina Faso para seguir investigando sobre la muerte de Sankara. Es un empeño muy loable, pero desgraciadamente inútil. Aquí no se va a encontrar más que con problemas, señor Durant, problemas que le pueden acarrear muchas dificultades, y muy penosas. A esta gente, y créame que los conozco, no le gusta que nadie ande metiendo sus narices en sus asuntos, y cuando pillan a alguien haciéndolo, no se andan por las ramas.

El embajador hizo una pausa para encender su cigarrillo.

—Y claro —continuó—, el asunto detrás del que usted anda no es un asunto cualquiera, y menos en este momento.

—¿Cuál es su consejo? —preguntó Emmanuel.

—Mi consejo es que regrese a Francia y siga su investigación desde allá. Dispondrá de muchas más fuentes, muy pronto llegarán a París los sankaristas relevantes que hayan podido huir del país. Y sobre todo, podrá trabajar con absoluta seguridad, algo que nadie le puede garantizar aquí. He convencido al director para que le dé una oportunidad. Está dispuesto a reconsiderar su despido si se reincorpora usted inmediatamente. Nuestra Embajada se hará cargo de su repatriación, del mismo modo que lo hace con todos los compatriotas que quieren abandonar el país en estos momentos difíciles. ¿Desea usted un café? —concedió el embajador unos minutos para la reflexión.

—Sí, gracias —aceptó la invitación Emmanuel, y vio cómo salía su anfitrión del despacho.

Una de dos: o el diplomático era un ser humano excepcional, sinceramente preocupado por su suerte, o deseaba verlo lejos de Burkina Faso, y cuanto antes mejor.

Algo le decía que la segunda opción llevaba premio. Y que si era así, por algo había de ser. Lo vio regresar al cabo de unos minutos.

—Discúlpeme. Salir de este despacho es un peligro, en cuanto asoma uno la nariz afuera, se le echa la gente encima.

Emmanuel no le rió la gracia; se conformó con asentir con un gesto de la cabeza.

—¿Ha tenido usted noticias de las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores libio? —preguntó el embajador.

"Otra vez con Gadafi", pensó el periodista.

—No, a los mortales no nos llega la prensa en este país —ironizó.

—Pues creo que le puede interesar mucho —hizo caso omiso a la impertinencia el diplomático —. Fíjese en sus palabras: "Thomas Sankara se inmiscuía en asuntos que no eran de su incumbencia". Evidentemente, hacía alusión al asunto de Chad, pero también a las críticas del presidente a los acuerdos de Uxda que Gadafi firmó con Hassan II y que tanto perjudicó al Frente Polisario, del que era un defensor tenaz.

—O sea, que Libia está detrás de todo esto.

—No cabe duda de que Gadafi quedó muy decepcionado con Sankara. Yo diría incluso que se sintió traicionado. Tenga en cuenta que al mes y pico de convertirse en primer ministro ya se lo llevó a Trípoli, le preparó unos mítines ante decenas de miles de personas, lo presentó como el gran revolucionario que necesitaba África. Tuvo con él detalles que tiene con muy pocos, lo llevó a su casa paterna, en definitiva, lo adoptó. Y Sankara se dejó adoptar, claro, pero sin dejarse obnubilar por la revolución libia, ni seguir, si no le gustaban, las consignas que le enviaba Gadafi. Eso sí, aceptó abundantes donaciones en dinero y armamento para su país, y para él eso era lo que contaba. Ahora bien, ya sabemos quién era Sankara: un hombre íntegro donde los haya, que nunca se vendió a nadie ni a nada. Si tenía que decir algo, lo decía, no tenía pelos en la lengua, y si no, que se lo pregunten a nuestro presidente.

El mensaje del embajador estaba claro: váyase usted a casita, recupere su puesto de trabajo, construya una teoría sobre la trama libia, y déjenos en paz.

Muy sugerente. Pero poco convincente. Había que ganar tiempo.

—Tiene mucho sentido lo que dice usted —dijo Emmanuel—. Voy a pensármelo esta tarde.

—Mañana por la noche sale un avión para París. Mi secretaria se encargará de reservarle una plaza. Puede venir a recoger su billete por la mañana. No deje de preguntar por mí, será un placer despedirme de usted.

El embajador se levantó para dejar claro que el encuentro tocaba a su fin. Estrechó la mano del periodista en el umbral de la puerta. A Emmanuel le afloró la pregunta a los labios, sin permiso previo:

—Señor embajador, ¿ha oído usted hablar de una empresa llamada Rivunion?

El ceño del diplomático se frunció, quizá en señal de preocupación, quizá por el esfuerzo de rebuscar en la memoria.

—No, no me dice nada ese nombre. Hasta mañana, señor Durant —contestó finalmente.

Y, cuando la puerta se cerró a espaldas del periodista, se acomodó en su amplio sillón giratorio, descolgó el teléfono y dictó a su secretaria un número de París.

*

En el taxi que lo llevaba hasta Le Pavillon vert, tras recoger su equipaje en la consigna del Indépendance, Emmanuel Durant se preguntaba si había actuado correctamente al hacer esa pregunta al embajador de Francia.

La recepcionista de su nuevo hotel lo recibió con una amplia sonrisa:

—Lo esperábamos ayer. Nos tenía preocupados —dijo.

—Se lo tendría que haber dicho, lo siento, mi plan era ocupar la habitación a partir de hoy —mintió.

—Deje las maletas aquí si lo desea, en un momento se las subirá el empleado. Dentro de diez minutos estará aquí.

—No se moleste, yo mismo lo haré.

Necesitó un par de paradas hasta alcanzar el segundo piso. Miró el llavero: habitación 203. Abrió la puerta.

El panorama lo dejó estupefacto, paralizado. Aterrorizado. Miró a un lado y otro del pasillo. Estaba desierto. Alguien había puesto el dormitorio patas arriba. Las sábanas tiradas en una esquina, el colchón por el suelo, los cajones del escritorio sobre una silla. Se decidió por fin a entrar, abrió el cuarto de baño. Vacío. También el armario. Todos los cajones habían sido abiertos, la ropa de cama y las toallas yacían en el piso. Metió su equipaje dentro de la habitación y cerró la puerta con llave.

Todas las carpetas habían desaparecido. Adiós, papeles de Sankara. Recordó las palabras del embajador: aquí nadie puede garantizar su seguridad.

Se dirigió al pequeño balcón. La puerta estaba abierta. ¿La dejó abierta él? No lo recordaba. Volvió a la entrada, observó la cerradura. No había sido forzada.

Buscó debajo de la cama, levantó el colchón, lo devolvió a su sitio. Ni rastro de carpetas.

La cosa se estaba complicando. ¿Había llegado el momento de poner pies en polvorosa? ¿Quién andaba detrás de él? ¿Debía sospechar de la Embajada?

Demasiadas preguntas para un espíritu sobreexcitado. Tenía que tranquilizarse. Si algo significaba todo aquello, era que su deseo de investigar no era bienvenido. Y que no le viniera el embajador con el cuento de que Gadafi le andaba pisando los talones.

Puso orden en la habitación. Buscó en su bolso de mano la carpeta que se había librado del robo. La abrió sobre el escritorio. Ya sólo podía contar con eso. Rebuscó entre los papeles el documento sobre Rivunion.

Sólo aparecían unas líneas sobre la empresa. Se trataba de una sociedad fiduciaria, con sede en el World Trade Center de Ginebra, fundada en el año 1980. Daba también algunos datos sobre sus principales directivos, su volumen de negocios, y poco más.

En el margen, alguien había anotado de puño y letra —quizá el PF, pensó Emmanuel—: "Ojo: propiedad 100% de ELF".

Otra vez los del petróleo. Continuó la búsqueda, reconoció algunos papeles examinados la noche anterior. Se topó con un nuevo nombre, también desconocido para él: FIBA. Leyó el documento.

El French Intercontinental Bank for África había sido fundado en 1975 para mejorar el flujo de los petrodólares en África. Su creación se decidió tras la crisis petrolera del 73, cuando la alarma sonó entre los grandes y se lanzaron a la búsqueda de nuevos yacimientos, o se volcaron sobre yacimientos menos "politizados", no contaminados por el conflicto árabe-israelí.

"Y a ser posible", pensó Emmanuel, "que estuvieran en manos más desprendidas, más dispuestas a acuerdos subterráneos". Recordó las palabras de Sankara, en una de las entrevistas que le había hecho días atrás: "¿Las independencias? El mejor invento de Francia, el genio de De Gaulle llevado a la práctica. ¿Para qué seguir manchándose las manos en África cuando podían poner en el poder a africanos que hicieran el trabajo en su lugar? Salvaguardan su dignidad de país democrático, porque todas las operaciones se hacen en las alcantarillas del poder, lejos de miradas indiscretas. Si hay que torturar, asesinar a quien descubra y denuncie, Francia no necesita manchar su imagen de país civilizado, eso corre de parte africana."

Nueva anotación al margen: "Propiedad de ELF (43%), familia Bongo (35%) y otros."

Familia Bongo. El periodista buscó en los archivos más que desordenados de su memoria, sección África. Omar Bongo, presidente de Gabón desde 1967. Una joyita, alma gemela de Mobutu. Así que era propietario, casi a partes iguales con la sociedad francesa, del tal FIBA.

Bonita asociación. El capital francés y uno de los dictadores más sanguinarios del continente.

Dueño, eso sí, de un país instalado sobre un inmenso yacimiento de petróleo.

Siguió con la edificante lectura de los papeles de Sankara. A pesar de no poseer el 50% de las acciones, ELF controla el Consejo de Administración del FIBA. Al fin una buena noticia, un detalle tranquilizador. El FIBA dispone de tres sedes: París, Libreville y Luxemburgo.

Se volvió a topar con los documentos sobre la mafia corsa y la OAS —ya habrá tiempo para establecer conexiones, se dijo— y descubrió varios nombres y apellidos, franceses unos, africanos otros, que nada le decían. Imposible descifrar esto aquí —decidió—, habrá que esperar.

Algunos documentos más completaban la carpeta. Nada que pareciera importante a ojos del periodista.

Hizo un balance del material analizado. Interesante, sin duda, pero no había nada que no pudiera saber cualquier experto en cuestiones financieras. La presencia de ELF en estructuras sospechosas y sus vínculos con otras sociedades eran sin duda legales, y únicamente demostraban lo que cualquier persona medianamente informada ya sabe: que el verdadero gobierno del mundo reside en las cloacas del planeta.

Ninguna prueba, ningún indicio, nada que pueda sostener un reportaje de investigación serio.

Pero Sankara lo tenía ahí, entre sus papeles, y alguien se lo había hecho llegar a él.

Y alguien más había entrado en su habitación para arrebatárselo. Alguna razón debía haber para todo eso, y él necesitaba encontrarla.

No había duda de que la carpeta que permanecía en su poder era la pieza de un puzle, y que por sí sola no servía para nada. El cuadro final del rompecabezas, en cambio, debía ser espectacular. Y le pertenecía. Era suyo porque así lo había decidido Tom Sank.

La suerte le había puesto delante el reportaje de su vida. El reportero intrépido, sagaz, invencible que había poblado sus quimeras de juventud le estaba lanzando un reto.

¿Era cuestión de darle la espalda? ¿De desaprovechar la última oportunidad de enfrentarse a su existencia gris, mediocre, solitaria?

Debía llamar a Alauna Traoré. Ir a verlo a Po, si era preciso. Sólo en él podría encontrar alguna luz, algún consejo. Si se habían llevado las piezas del puzle que faltaban, tenía que recomponerlas por su cuenta. Y alguien debía haber en el país para ayudarle.

Dio sus primeros pasos fuera de la habitación con cautela, inquieto. Todavía podían andar por ahí quienes entraron en su cuarto. Tenían los papeles, pero quizá eso no era lo único que buscaban.

—¿Preguntó alguien por mí ayer? —se dirigió a la recepcionista.

—No mientras yo estuve aquí. Pero me fui a las cuatro de la tarde. Mi compañera llegará dentro de un momento.

—¿Hay un teléfono en el hotel?

Le señaló un aparato.

—Puede llamar desde allí. Se lo cargaremos a su cuenta.

Marcó varias veces el número que le había dado Alauna. El timbre sonaba en vano, en una letanía desesperante. Preguntó en recepción dónde podría alquilar un coche. Con chófer, precisó.

—Aquí casi siempre se alquilan con chófer —sonrió la empleada—. Nosotros nos podemos ocupar de eso, pero a esta hora no encontrará usted nada. Tendrá que esperar a mañana.

Toda la tarde encerrado en el hotel. No se atrevería a salir. Consultó los precios, eligió un todo-terreno.

—Quisiera salir temprano. A las ocho de la mañana —decidió.

Volvió a descolgar el teléfono, marcó el número de la Embajada. Logró que le pasaran con la secretaria del embajador.

—Soy Emmanuel Durant. Le ruego que le diga al señor embajador que no tomaré el avión para París, mañana. Agradézcale de mi parte su ofrecimiento, por favor.

—Quizá el señor embajador desee hablar con usted...

—Imposible, me he quedado sin monedas —improvisó antes de colgar.

Probó suerte con Po. Sin éxito. No quedaba más remedio que encaminarse al bar, en busca de una cerveza fría.

"Si la gacela me sirve La Gazelle, miel sobre hojuelas", murmuró.

*

—Estaremos en Po dentro de tres horas —aseguró Usmán, el chófer del viejo todo-terreno que lo esperaba en el hotel a la hora convenida.

Ya de noche, había podido localizar a Alauna. Estaba en casa cuando le llamaba el periodista, pero la consigna era no coger el teléfono. Al regresar su primo del trabajo, al fin alguien respondió.

—Tengo que verte —le dijo el francés—. Han ocurrido cosas. Salgo mañana para Po.

La idea no hizo muy feliz al fugitivo. Ni hablar de meterlo en casa de su primo: un *tubab* en Po pasa menos desapercibido que un elefante en un jardín. Salir a la calle no era aconsejable. Pero Emmanuel insistió, y Traoré le dio una dirección. Era la casa de un camarada, en las afueras de la ciudad. A la una de la tarde, el chófer debía dejarlo en un punto convenido, un cafetín del centro. Ahí iría alguien a buscarlo y lo acompañaría hasta donde él se encontraba.

—Te tendrás que quedar a dormir aquí —le dijo Traoré—. Al caer la tarde, esto se llena de militares. Hasta que sale el sol, no se despeja. Queda con el chófer en el mismo café, a las diez de la mañana.

Tenía tiempo por delante. Invitó al chófer a desayunar en La Bonbonnière, el mejor lugar de Uaga para empezar el día con buen pie, había leído en la guía. Aprovechó para ir entrando en confianza con Usmán.

Usmán era un *silmimoose*. Descendía pues, como Sankara, de un linaje peul y mosi, los dos grupos más importantes del país. Eso le garantizaba a Emmanuel su adhesión al PF y la posibilidad de charlar sobre él durante el trayecto. Había heredado de su sangre peul la estatura elevada y el porte elegante de ese pueblo mestizo y ganadero, que recorrió buena parte de África en busca de pastos para sus gigantescas manadas de bueyes. Tras años enseñando el país a tantos *tubab*, Usmán había logrado hacerse entender en francés sin mayores problemas. Aunque desconocía la fecha exacta de su nacimiento, creía superar —dijo entre risas— los treinta y ocho años de Emmanuel. Tenía una mujer y tres hijos a los que veía poco, porque su trabajo lo tenía casi siempre alejado del hogar.

—Cuando un francés alquila un coche —le aseguró al periodista—, es para pasar varios días fuera. Los que trabajamos en esto podemos presumir de ser quienes mejor conocemos el país. Nuestros clientes no se conforman con visitar las ciudades, se paran ahí donde ven vida. Les encanta adentrarse en las aldeas, hablar con la gente, saludar al jefe, repartir caramelos y bolígrafos entre los niños.

A las nueve abordaba el todo-terreno la carretera de Po. El sol se mostraba aún piadoso a esa hora, y el barullo de la ciudad se trocó en silencio, ese silencio sobrecogedor que inunda los campos de África.

Era la hora preferida de Emmanuel desde su llegada al país, la que lo trasladaba a un universo que Francia jamás le podría ofrecer.

Encontró entre los casetes de Usmán el nombre de Toumani Diabaté. Se dejó mecer por los acordes de la kora y la visión de los baobab, paralizados en contorsiones inverosímiles. El cielo parecía indicar el camino hacia el infinito, invitaba a fundirse en la naturaleza.

Los párpados fueron cayendo. La noche había sido larga, moteada de pesadillas, chirridos de puertas abiertas clandestinamente, espectros saltando la barandilla del balcón. En varias ocasiones se

levantó para comprobar que el pestillo de la puerta estaba corrido.

No había comentado nada en recepción sobre el incidente de la habitación. Habrían alertado a la policía, la compañía menos recomendable por el momento.

El todo-terreno saltaba sobre los baches, bailaba al son de los largos tramos ondulados, convirtiendo el descanso del periodista en un duermevela a medio camino entre el sopor y el sueño.

Cuando Usmán lo despertó, el coche llevaba un rato detenido ante un control de policía. Los gendarmes querían su documentación. Les entregó el pasaporte y contestó a sus preguntas. Sí, era un turista y se dirigía a Po. Al día siguiente seguiría su ruta por el país.

—¿Cuánto tiempo he dormido, Usmán? —preguntó al chófer cuando el coche reemprendió la ruta.

—No menos de una hora.

La kora de Toumani Diabaté había dejado de sonar. Pidió consejo al compañero de viaje. Entre el montón de cintas sin caja, Usmán eligió a Oumou Sangaré.

Su música parecía haber sido creada especialmente para ese paisaje. Los termiteros desafiaban a la gravedad apuntando hacia el cielo. En aquel paraje había echado raíces la soledad. En su apartamento de París, volverían los colores ocres del campo burkinabé en la voz de la cantante maliense —pensó.

—Usmán —se atrevió a preguntar Emmanuel—, ¿qué piensas tú de Thomas Sankara?

El chófer no desvió la mirada de la carretera, no mostró sorpresa, como si llevara tiempo esperando la pregunta. Pero su semblante se tornó serio al contestar:

—Cuando estamos de luto, no hablamos del difunto.

Sobre la inmensa línea trazada entre Po y Uagadugú apareció, como surgido del horizonte, una forma indefinida.

—Un Caterpillar —adivinó Usmán—. Están asfaltando la carretera.

—¿Las obras nos retrasarán? —se inquietó el periodista.

—Cuando dije tres horas, contaba con eso —lo tranquilizó el chófer.

La excavadora fue mostrando sus fauces, envuelta en la nube de tierra que levantaba a su paso.

—Será mejor cerrar las ventanas —advirtió Usmán.

—¡Impresionante! —exclamó Emmanuel ante la visión del monstruo, mientras el todo-terreno se pegaba a la cuneta.

Apenas le dio tiempo ver cómo, al llegar a su altura, la máquina giraba a la izquierda hasta incrustar su pala en el todo-terreno. El coche se elevó en el aire como un muñeco de trapo en manos de un niño. Tras el impacto del techo sobre el pedregal, aún dio unas vueltas de campana antes de detener su carrera hacia la muerte.

El universo entero estalló en la cabeza de Emmanuel. El cataclismo duró una fracción de segundo. Antes de cerrar los ojos, vio cómo el rostro de Usmán sangraba entre un amasijo de hierro.

Después de eso, la nada. Sintió que el silencio se adueñaba de su vida.

*

Por sus ojos entreabiertos se coló el giro enloquecido de una luz naranja. Se desplazaba por el aire mecido por manos invisibles. Los camilleros lo depositaron sobre el suelo, y alguien empezó a manipularle las piernas. Sintió que mil cuchillos afilados se clavaban en su cuerpo, pero sus gritos quedaron mudos. A su alrededor se movían sombras susurrantes. Se concentró en el esfuerzo de abrir los ojos, en un intento de retener la vida que se le escapaba a raudales.

Cuando logró vencer el peso de los párpados, unos rostros difuminados sobre el cielo aparecieron ante él. Varios hombres se movían a su alrededor. Detrás, pudo distinguir las facciones de un blanco.

Su mirada se aferró a ellas como a una tabla de salvación.

Cuando la puerta de la ambulancia se cerró, tuvo la certeza de que esa persona no le era desconocida.

Alguien le susurraba palabras de ánimo en un idioma indescifrable. El coche emprendió su marcha sobre la tierra ondulada, y sintió que viajaba tumbado en el interior de un ataúd.

Hasta que, de nuevo, se hizo la oscuridad.

Un hermoso nombre francés

Aquella mañana el gobernador no había acudido a su despacho. Inquieto, permanecía sentado en un sillón, a la espera de noticias. De vez en cuando se levantaba, pegaba la oreja a la puerta del dormitorio y regresaba a su puesto, o recorría a grandes zancadas el corredor que rodeaba el patio en la planta superior de la residencia.

Hacía unos minutos que su amigo, el doctor Verrière, le había anunciado que todo transcurría con normalidad, pero que debía armarse de paciencia porque los centímetros de dilatación eran aún insuficientes para permitir la salida del bebé.

—Habrá que esperar para saber si es macho o hembra, querido amigo —bromeó antes de volver a sus ocupaciones en la alcoba, donde una decena de comadronas y criadas se afanaban en torno a la mujer, le retiraban el sudor de la frente con paños húmedos, llevaban y traían vasijas de porcelana llenas de agua perfumada, cambiaban toallas recién usadas por otras limpias, se esforzaban en liberarla del calor sofocante agitando enormes abanicos sobre su cuerpo exhausto tras largas horas de contracciones.

Una sábana de lino fino recubría su cuerpo desde los senos hasta el pubis, y sólo las piernas recogidas sobre la cama daban fe a Verrière de que no eran infundados los rumores que le habían llegado: se encontraba ante una de las mujeres más hermosas del África Occidental.

"No se priva de nada mi querido René De la Fressange", pensó cuando varias horas antes auscultó a la mujer, palpó sus pechos redondeados por la inminencia del alumbramiento, observó mientras se desprendía de su bubú las curvas perfectas que recorrían su perfil de pies a cabeza.

El gobernador se había unido a ella, años atrás, en matrimonio colonial, arropado por los artículos de la ley de Indigenado que legalizaba las uniones de los funcionarios franceses con mujeres africanas, independientemente de que estuvieran casados en la metrópoli. Así podían disfrutar de la necesaria compañía femenina en sus largos años de estancia en la colonia sin ofender la moral requerida a representantes del mundo católico y civilizado ni padecer engorrosas acusaciones de bigamia. A su regreso podía deshacer el funcionario los lazos legales que lo unían a la indígena, con la tranquilidad de que la República asumiría la escolarización de los hijos mestizos que pudieran haber nacido de la efímera relación.

El caso de René De la Fressange era particular porque, de no haber opuesto su esposa francesa reiteradas negativas a la concesión del divorcio, habría optado por un matrimonio de pleno derecho con la hermosísima mujer que le fue presentada en una recepción ofrecida a dignatarios locales.

En uno de esos encuentros con la incipiente burguesía marfileña, que el gobernador gustaba prodigar en su estrategia de alianzas dentro de la colonia, nació la admiración hacia esa mujer a la que doblaba en edad y que en aquel primer día del verano de 1958 se aprestaba a darle descendencia.

Estaba rememorando los primeros días de su romance, las conversaciones mantenidas con su reducido círculo de amistades africanas en busca de consejo para acceder a la joven sin ofender las tradiciones locales, la facilidad pasmosa con que le fue concedido por sus padres el derecho a iniciar la ansiada relación, cuando una criada se le acercó para comunicarle que el señor Ministro acababa de llegar a la residencia.

—¡Ah! —exclamó el gobernador—, el amigo Houphouet-Boigny. Hágalo pasar a la biblioteca, por favor, y ofrézcale una copa de ese vino de Oporto que tanto le gusta. Estaré con él en unos minutos.

Golpeó después tímidamente con los nudillos la puerta del dormitorio. No estaba habituado a pedir permiso para transitar por el vasto territorio del África Occidental Francesa, cuanto menos por

su residencia, pero sentía que las circunstancias lo relegaban transitoriamente a un segundo plano, a una discreción que el pudor y las buenas costumbres le obligaban a respetar. Una criada entreabrió la puerta, y el gobernador pidió ver al doctor.

—Tengo al ministro en la biblioteca —anunció a su amigo—. No me va a quedar más remedio que pasar un rato con él. No dejes de avisarme cuando llegue el momento.

—Vete tranquilo, y relájate: no te he visto tan ansioso desde los años de la Conferencia de Brazzaville —lo animó el doctor.

Al abrir la biblioteca se encontró con Houphouet-Boigny degustando su copa de vino de pie, husmeando entre los numerosos volúmenes que cubrían las paredes de la estancia.

—¡Buenos días, querido amigo! —se acercó a él con la mano adelantada.

*

El 13 de mayo de 1958, un grupo de militares franceses dio un golpe de mano en Argelia. Miles de manifestantes europeos se echaron a la calle en Argel para recordar a tres soldados franceses ejecutados por el FLN en Túnez. Había ocurrido meses antes, cuando los aviones franceses se habían adentrado en aquel país para perseguir a un grupo de *fellaghas*, provocando setenta muertos entre la población civil y una reacción furibunda del presidente tunecino Habib Burguiba. Los tres soldados habían sido el precio pagado por Francia en la operación de su ejército.

Un grupo de defensores de la Argelia francesa se desgajó de la manifestación a la altura del Gobierno General y arrasaron sus instalaciones, con el líder estudiantil Lagaillarde a la cabeza. El ejército se puso del lado de los manifestantes y el general Massu al frente del Comité de Salud Pública creado por los insurrectos. En un telegrama al presidente de la República, René Coty, exigió a París la instauración de un Gobierno de Salvación Nacional que preservara los derechos de Francia sobre Argelia.

La situación era delicada, y el presidente Coty tuvo que recurrir al único hombre capaz de enderezarla, reclamado además por los golpistas: así regresó el general De Gaulle.

Con él llegó la V República, y una nueva constitución, que contemplaba nuevas relaciones entre la metrópoli y los territorios de ultramar, a los que se les dio a elegir entre tres vías: convertirse en un Departamento francés; constituirse en República autónoma sin competencias en moneda, relaciones exteriores y defensa; alcanzar la plena independencia.

De Gaulle realizó una gira triunfal por los territorios de la AOF y la AEF. Sólo en Guinea se encontró con una voz discordante, la de Sekou Touré:

—El privilegio de un pueblo pobre es que el riesgo que corren sus proyectos es mínimo, y los peligros que afrontan, escasos —declaró en su discurso de bienvenida al general—. El pobre sólo puede aspirar a enriquecerse. Nosotros tenemos una necesidad prioritaria e indispensable, la de recuperar nuestra dignidad. Y no hay dignidad sin libertad, porque toda coacción degrada a aquél que la sufre. Preferimos la pobreza en la libertad a la riqueza en la esclavitud.

Sekou Touré era el único líder del RDA que se desmarcó de las consignas del partido. Todos los demás, con Houphouet-Boigny a la cabeza, pidieron a la población que se mantuviera bajo la tutela francesa en la nueva Comunidad.

Ya en esas fechas, Houphouet había abandonado el grupo parlamentario comunista y se había adscrito al de los socialistas en el gobierno, en el que François Mitterrand ocupaba la cartera de Territorios de Ultramar.

En todas las demás colonias de la AOF triunfó el sí. El 28 de septiembre quedaron definidos los nuevos límites del imperio francés, que estrenaba también nombre: Comunidad francoafricana.

Tras la Constitución, había que elegir un nuevo presidente de la República. No podía ser otro:

casi el 75% de los franceses dieron su apoyo, el 21 de diciembre de 1958, a Charles De Gaulle.

El general tenía ya un aliado incondicional en África: Félix Houphouet-Boigny. El antiguo sindicalista de plantadores que tantos quebraderos de cabeza había provocado en los años cuarenta a las autoridades francesas ocupaba carteras ministeriales en el Gobierno de París desde 1956. En el primer gobierno de la V República, encargado por De Gaulle a Michel Debré, también estaría presente.

Y cuando esa mañana del verano del 58 acudió a la residencia del gobernador para preocuparse por el estado de su esposa, no lo hizo únicamente en su calidad de ministro del Gobierno de la República, sino, ante todo, como amigo.

Los tiempos de la confrontación quedaron sepultados por el paso de los años. Los dos antiguos enemigos compartían ahora una casa, con sede en París: la República francesa.

*

Houphouet recibió sonriente el saludo de su anfitrión. Había viajado hasta Abiyán desde Yamusukro, su ciudad natal donde pasaba unos días de vacaciones, para visitar al matrimonio De la Fressange.

—¿Qué noticias me traes? ¿Cómo está Madeleine? —preguntó al gobernador.

—Ha pasado la noche con contracciones, pero todavía nada. El doctor Verrière está con ella. Dice que todavía hay que esperar un poco.

—Si Verrière la acompaña, está en buenas manos. No hay por qué preocuparse —aseguró el ministro.

Cuando De la Fressange quedó deslumbrado por la belleza de Madeleine y se lanzó desesperadamente en busca de auxilio, fue Houphouet uno de quienes le echaron una mano, interviniendo ante los padres. Éstos formaban parte del grupo selecto de marfileños enriquecidos en el comercio, apegado al poder colonial, contagiado por sus hábitos de alta sociedad, hermético al común de los africanos. Tras su paso por la militancia izquierdista y su deserción de los escaños comunistas en la Asamblea Nacional, Félix Houphouet-Boigny enderezó su trayectoria política al calor de las noticias venidas de Madagascar y de la degustación de las mieles del poder. Un alto sentido del pragmatismo lo acabó alzando hasta donde se toman las grandes decisiones, el Gobierno de la República, donde sus ideas supieron encontrar acomodo, independientemente de las del gabinete en que le tocara estar.

No tardó en comprender el antiguo sindicalista que la verdadera política se cocina tras la fachada de las ideologías.

Tampoco en encontrar la puerta de entrada al exquisito club de la burguesía marfileña que antaño había combatido. Fue recibido con los honores del ministro que era, con la confianza que da contar entre sus filas con el futuro presidente del Costa de Marfil independiente.

Y aunque De la Fressange le estaba más que agradecido por haber obtenido el beneplácito de los padres de Madeleine, nunca había dicho al gobernador que en realidad la noticia fue acogida con entusiasmo por sus suegros, que encontraron en ella una magnífica oportunidad de acercarse al círculo francés y dar así pasos de gigante en su imparable ascensión social.

—Será niña —vaticinó el ministro.

El silencio del gobernador desveló su contrariedad. Había pensado para el hijo que esperaba recibir de Madeleine un futuro prometedor, una carrera brillante labrada en las grandes escuelas de París, puesta al servicio del gobierno del África francesa.

—No te preocupes —adivinó Houphouet sus sentimientos—. Los tiempos están cambiando mucho. Será una gran mujer. Una mujer hermosa e inteligente que escribirá páginas notables en la historia de África Occidental. ¿Cómo la llamarás?

—Bueno, todavía no sabemos lo que será. No te adelantes, Félix. Pero si has acertado y es niña, llevará el nombre de Elodie.

—Hermoso nombre, querido amigo, buena elección.

—Brindemos —levantó su copa De la Fressange—. Bienvenido sea lo que Dios nos quiera traer.

El gobernador invitó a su anfitrión a tomar asiento en un sillón.

—Dime, Félix —cambió de conversación—, ¿qué te parecen los cambios que estamos viviendo? ¿Dónde crees que nos va a llevar todo esto?

No se equivocaba al pensar que Houphouet era la voz africana más autorizada para analizar la situación política del continente, para vislumbrar el futuro de las relaciones con la metrópoli.

—Bueno —contestó—, ya sabes que apoyo firmemente el proyecto del general y que yo mismo he participado activamente en la redacción de la nueva Constitución. Mi opinión es que estamos en una época de transición, y esa es la razón por la que defendí el sí a la Comunidad francoafricana en la cumbre de mi partido. Aunque, como sabes, Leopold Sedar Senghor y yo militamos en organizaciones políticas opuestas, creo que sus palabras resumen perfectamente lo que pienso: "Queremos la independencia inmediata, pero no inmediatamente", recordarás que proclamó hace unos meses. Si me preguntas cuánto durará este período transitorio, te diré que no lo sé. De lo que estoy convencido es de que De Gaulle, como gran estadista que es, también sabe esto. Con una sola diferencia: si ha impulsado una nueva Constitución, es que espera que la cosa vaya para largo, mientras que yo no estaría tan seguro de ello. Quizá las independencias lleguen antes de lo que todos esperan. Empezando por Guinea.

—La postura de Sekou Touré me parece una locura —opinó el gobernador—. ¿Crees que el pueblo lo seguirá?

—No te quepa la menor duda. Como también lo haría el mío si se lo pidiera. Pero hay que prepararse para dar ese paso. Llevamos muchos años bajo vuestra tutela. El Gobierno Autónomo será una gran escuela para nuestros futuros gobernantes, en ese período de transición se irán trazando las grandes líneas de los nuevos Estados.

—Y tú estarás al frente de ese Gobierno Autónomo, supongo —dijo De la Fressange.

—¿Lo dudas? —prorrumpió en una sonora carcajada el ministro.

—En absoluto —se unió a él el gobernador.

Se levantó para llenar la copa del ministro, antes de servirse él mismo. Houphouet tuvo la tentación de hacerle observar que ese simple gesto anunciaba la llegada de los nuevos tiempos, pero conocedor de la extrema sensibilidad de los blancos en lo tocante a la cuestión, optó por no desviar la conversación del camino de la cordialidad:

—Te confieso que mi sueño es dirigir una Costa de Marfil independiente. Este país tiene un gran futuro, querido amigo. Sí, un gran futuro —repitió para sí mismo—. Lo importante no es preguntarse qué nos ha ocurrido en estos largos años de colonización. Esa historia ya se ha escrito y de nada nos sirve removerla. Lo que de verdad importa ahora, De la Fressange, es una cuestión de lenguaje. Te lo digo yo que me siento junto al primer ministro, junto al presidente de la República. Si somos capaces de hablar el mismo lenguaje, tendremos por delante un camino en común prometedor. Si los franceses sois capaces de olvidar que un día fuisteis nuestros amos y los marfileños que durante décadas fuimos vuestros sirvientes, haremos grandes cosas juntos. En caso contrario, todos habremos perdido una gran oportunidad. Se lo dije en una ocasión a De Gaulle: "General, Francia necesita a África y África necesita a Francia. No echemos a perder el futuro". Y le aseguré que si las cosas transcurren como desean los africanos, podría contar conmigo, que no encontraría mejor aliado que yo en todo el continente. Todos observamos con enorme atención lo que ocurre en Argelia. Y lo peor está por llegar, no lo dudes. Aprendamos todos de la dolorosa lección que ahí nos están dando. No llenemos de sangre el camino que lleva a lo que de todos modos es inevitable. Porque cada gota derramada será una

mancha en el futuro de nuestras relaciones. Pasarán muchos años antes de que Francia pueda volver a contar con Argelia. Con nosotros, aún está a tiempo de que la cosa sea diferente.

René De la Fressange permaneció pensativo tras las palabras del ministro. Sin duda, las cosas habían cambiado, y muy rápidamente. Marruecos y Túnez ya habían logrado la independencia. Argelia era un polvorín. África negra se mostraba más conciliadora, ¿pero hasta cuándo? Sus líderes habían aceptado la oferta de la Comunidad francoafricana, la constitución de estados autónomos, pero no disimulaban, como le acababa de oír a Houphouet, sus aspiraciones a la independencia. Lo que pocos años atrás era una palabra tabú que ningún africano podía pronunciar sin exponerse a gravísimas consecuencias corría hoy de boca en boca impunemente.

¿Debilidad del Gobierno de París? ¿Sapiencia de De Gaulle? Habría que confiar una vez más en el general, esperar que supiera dónde pisaba.

Francia había invertido mucho dinero en África. Muchas empresas habían arriesgado su capital animadas por las autoridades.

¿Qué iba a ser de todo eso ahora? ¿Quién se iba a quedar con lo que pertenecía a los franceses, y sólo a ellos?

Las palabras de Houphouet eran diáfanas: Francia y África se necesitan, no echemos a perder el futuro. En otras palabras, no perdamos lo que tenemos aquí, lo que es nuestro.

Sí, Francia iba a necesitar a personas clarividentes como Houphouet-Boigny en los futuros gobiernos de África. Esa gran escuela a la que el ministro se refirió, esos futuros gobiernos autónomos, tendrán que ser vigilados de cerca. Para saber a quién elegir.

Porque Francia tendría que elegir. Dar el visto bueno. No podía permitir que cualquiera se pusiera a gestionar lo que le pertenecía en los vastos territorios que algún día tendría que abandonar.

Una mano golpeó impaciente la puerta. El gobernador se levantó impulsado por la sorpresa.

—¡Adelante! —gritó.

Una sirvienta se adentró en la biblioteca, presa de los nervios:

—¡Señor, ya ha llegado! —exclamó.

*

El doctor Verrière colocó con esmero a la niña en los brazos del gobernador. Las manos que tantas veces se habían mantenido firmes al firmar penas de muerte de indígenas temblaban ahora al recibir al cuerpo de la recién nacida.

—Ten cuidado, cógela con delicadeza.

—No es... ¿muy oscura? —susurró al oído del médico.

—¿Y qué esperabas, amigo? ¿Una alsaciana? —rió el doctor.

—No, hombre —se sintió estúpido el gobernador—, pero...

—Tranquilo, ya irá tomando el color que le corresponde. Vas a tener una mulata preciosa. Anda, ve a ver a la madre.

El gobernador se inclinó sobre la frente de Madeleine, la besó tras retirarle el sudor con su pañuelo. Ella destinó sus últimas fuerzas a sonreír. Estaba agotada y feliz.

—Tenemos una niña preciosa —le tomó la mano él—. Preciosa, como la madre.

Al dirigirse a la biblioteca para dar la gran noticia a Houphouet-Boigny, murmuró:

—Elodie De la Fressange. Un hermoso nombre francés para una gran africana.

Una mujer increíble

El "bello Blaise" —así llamaban los burkinabé al número dos del régimen revolucionario— traía noticias importantes de su viaje oficial a Abiyán. Pero entre todas, la que con más apremio deseaba contar a su amigo Thomas nada tenía que ver con los importantes asuntos que había tratado con el presidente Houphouet-Boigny, apodado "el Viejo" por su larga trayectoria política, su reconocida capacidad de supervivencia en el proceloso mundo del poder poscolonial.

Y eso que no eran pocos ni de rango menor los problemas que compartían con un país en el que residían más de dos millones de burkinabé, expulsados de sus aldeas por la miseria, llegados al rico vecino en busca de trabajo en las vastas plantaciones de cacao.

El mismo día de su regreso a Uagadugú acudió el primer ministro Compaoré a la residencia presidencial. Tom Sank se encerró con él en su refugio, ansioso por escuchar de boca del amigo sus confidencias.

El "bello Blaise" se decidió por fin a hablar.

—Empezaremos por lo más importante —bromeó—: he conocido a una mujer increíble.

En ese momento ninguno de los dos sabía aún que, en realidad, esa sí era la noticia más importante que llegaba de Abiyán. Tan importante como para cambiar el curso de la historia del país.

—Cuenta —se impacientó el PF.

A ningún otro miembro del gobierno se le habría ocurrido hablarle al presidente de devaneos amorosos durante un viaje oficial. Las consignas eran estrictas: nada de alcohol, nada de mujeres. Le resultaban abyectos los excesos de los dirigentes africanos que durante sus viajes se revolcaban en el lujo como cochino en fango, mientras en sus países la gente moría de hambre.

—Un viaje de trabajo se hace para trabajar —repetía a sus ministros—. Representamos a uno de los países más pobres del planeta, no lo olvidéis nunca. Vuestro comportamiento debe dejar claro a los anfitriones que venimos del país de los hombres íntegros.

Pero Blaise era diferente. Su amistad quedaba muy por encima de la relación política, y entre ellos no había jerarquía ni secretos.

—Una mulata divina, una hembra espectacular, un pedazo de mujer —la dibujó en el aire con sus dedos, provocando las risas del amigo.

—Pero ¿de dónde la sacaste?

—Esto es lo mejor de todo: me la presentó el Viejo, el mismísimo Houphouet-Boigny en persona. Me llevó a su casa y ahí estaba ella, como si llevara toda la vida esperándome —lanzó una carcajada que contagió a Sankara.

Pero una nube de inquietud apareció en el ambiente distendido, en la alegría que compartía con el camarada Blaise.

Houphouet-Boigny. El Viejo no le inspiraba ninguna confianza. Veía detrás de cada uno de sus actos una intención oculta, un peligro, una llamada a la prudencia.

Sabía además que él no despertaba ninguna simpatía en el padre de la Independencia marfileña. Cuando lo recibió en visita oficial, no aceptó hacerlo en Abiyán, sino en su ciudad natal, Yamusukro, que había convertido en capital política. Temía que el joven Sankara —el "pequeño", como solía decir —, le hiciera sombra arrastrando, como ocurría en cada uno de sus desplazamientos africanos, a decenas de miles de jóvenes y de desposeídos. Nadie quería dejar pasar la ocasión de ver a aquel gobernante de estilo inusual en el continente, al hombre que todos los pueblos de África querían al frente de sus gobiernos, al "Che Guevara negro", como muchos lo llamaban.

En las universidades, los estudiantes bautizaban con su nombre los campus, las aulas, las

residencias de estudiantes. Salvo Rawlings, los jefes de Estado de la región lo recibían en pequeños poblados fronterizos, sin que él opusiera resistencia.

Tampoco se ofuscó porque el Viejo no le permitiera pisar Abiyán. Sí lo decepcionó, porque no esperaba tanta cobardía en el hombre que se había enfrentado a los franceses cuando hacerlo podía costarle la vida. Pero no importó, porque cuatrocientos autobuses repletos salieron de todos los rincones del país con destino a Yamusukro, y miles de marfileños y burkinabé residentes en Costa de Marfil se hermanaron ante Tom Sank.

No dijo a Blaise que debía cuidarse de la amistad de Houphouet, para no frenar su entusiasmo.

—Pero bueno, ¿hubo algo, sí o no? —le preguntó.

—¡Camarada presidente! ¿Acaso lo dudas? ¿Dónde y cuándo has visto tú que tu amigo Blaise deje pasar una oportunidad como esa? —siguió riendo Compaoré.

Hasta el día siguiente no se decidió Tom Sank a compartir su preocupación con Mariam. Ella sabía que era señal de que llevaba horas dándole vueltas, que la noche había sido larga: sólo cuando eso ocurría se animaba él a contarle sus preocupaciones, porque, como solía decir, "las ideas que no echan raíces en la conciencia no merecen ser nombradas".

—En los últimos tiempos, el Viejo ha multiplicado sus gestos de acercamiento a Blaise. Ha alabado sus cualidades en muchas ocasiones, en público y en privado. No trata de ocultar su preferencia por él, y lo ha recibido en Abiyán en su propia casa. No me fío de Houphouet, es un conspirador, cualquiera sabe lo que se trae entre manos. No me gusta nada lo de esa mujer.

—¿Quién es exactamente? —se interesó Mariam.

—Elodie De la Fressange, la hija de un antiguo gobernador de Costa de Marfil.

—¿Francesa? —se sorprendió la mujer.

—Sí, y marfileña. Es una mulata, una hija que tuvo De la Fressange con una africana. Él es de una familia que llevaba décadas afincada en África. Gente de la alta sociedad, conozco bien sus costumbres, sus ambiciones. No tienen nada que ver con nosotros. Al contrario, representan lo que nosotros combatimos. Viven en un lujo absoluto, en otro mundo, en una corte parasitaria en torno al Viejo.

—Quizá no haya que preocuparse. Será una aventura más, como tantas otras de Blaise, ya sabes cómo es con las mujeres.

—Lo veo muy entusiasmado, más que nunca. Me ha dicho que han quedado en volver a verse, en secreto.

—Blaise está por encima de esas cosas. A él sólo le interesa una cosa de las mujeres: llevárselas a la cama. Por lo demás, su vida está aquí, en la Revolución. No deberías preocuparte más por eso.

—Ojalá tengas razón —concluyó el PF—. Ojalá —se repitió a sí mismo.

Las protestas de los niños, arrancados a sus sueños por Ernestine, llegaron hasta la cocina. Sobre la mesa, todo estaba dispuesto para el desayuno en familia. Mariam puso la cafetera a calentar.

—Cuidado, que se acerca la tropa —le dijo al marido—. Empieza la batalla.

*

Sobre el cielo claro de Uahiguya se recortó la silueta de una avioneta. Cuando el aparato se fue acercando a la ciudad, todos miraban al cielo para no perderse aquel acontecimiento extraordinario. ¿Planeará a baja altura sobre nuestras cabezas? —se preguntaban muchos. De ser así, estarían ante la señal de que el piloto había elegido el lugar para aterrizar.

Un griterío se elevó hasta la cabina cuando la avioneta dio varias vueltas por encima de la ciudad, en vuelo casi rasante, y el piloto vio a la chiquillería ponerse en cabeza de la carrera hacia la pequeña pista de aterrizaje. Antes de que el avión tocara tierra, ya esperaban decenas de personas de todas las

edades.

Fue un adolescente el primero en gritar, al salir el piloto de la carlinga:

—¡Es Sankara!

Y a esa señal, todos se abalanzaron sobre el aparato para saludar al PF, visitante inesperado, idolatrado en esa ciudad que vivió con angustia sus días de reclusión en el cuartel, en mayo de 1983.

Los más ancianos, al ver que Sankara viajaba sin compañía, se retiraron ostensiblemente. Al presidente no le pasó desapercibida la estampida, y supo que le tocaba reunirse con ellos bajo el árbol de la palabra.

De camino a la ciudad, Sankara llevaba colgado de manos y brazos un enjambre de niños que habían desertado la escuela a la vista del avión, seguidos de cerca por el maestro, que tampoco quería perderse la irrupción del aparato en la apacible rutina de Uahiguya.

Al llegar bajo el árbol de la palabra, todos se retiraron y dejaron al PF solo ante los semblantes graves de los ancianos. Los saludó uno a uno antes de tomar asiento frente a ellos, dispuesto a asumir la reprimenda anunciada.

—Has cometido un acto inadmisible —anunció uno de ellos.

—Si así ha sido, os pido que me perdonéis —se defendió Sankara—. Pero ha sido sin malicia y aún no sé a qué os referís.

—Has transgredido un *kisgú*, una prohibición sagrada —dijo otro.

—Os escucho.

—Nuestros padres decían que un jefe jamás debe desplazarse solo. Le podría ocurrir una desgracia sin testigos. Es una mala señal. Sobre ti planea el destino de quienes tienen una vida corta.

Las ideas de Sankara crecían muy lejos de las creencias tradicionales: las consideraba un obstáculo para la revolución de las mentalidades. Pero si se había opuesto con todas sus fuerzas al poder de los jefes tradicionales, los había despojado de sus privilegios y de todas las armas legales con que a menudo ejercían de pequeños dictadores de aldea, respetaba en cambio a los ancianos portadores de siglos de historia y sabiduría popular, y actuaba siempre frente a ellos como lo que era: un joven aprendiz obligado a la obediencia a los mayores.

—Siento haber actuado mal —se disculpó—. Desconocía tal *kisgú* y prometo no volver a infringirlo.

Tras departir con los ancianos durante un buen rato, interesarse por su opinión sobre la salud de la ciudad, recabar consejos para los males del país, el presidente se retiró con las palabras que acababa de oír rondándole la cabeza: "Sobre ti planea el destino de quienes tienen una vida corta". Pero pronto las ahuyentó porque, se dijo, él era el primer enemigo de la superstición.

A una distancia prudente esperaba el gobernador de la provincia, con quien recorrió en coche el camino hacia la sede de la gobernación. Una nube de chiquillos se fue esfumando en la estela del todo-terreno.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó ya en el despacho.

Sabía que podía confiar en el gobernador de Uahiguya, que siempre se mostraba dispuesto al enfrentamiento con él, sabedor de que su reacción ante las críticas sólo buscaba nuevos argumentos, razonamientos sólidos, pruebas consistentes.

—Los CDR, camarada presidente, siempre los CDR. Son los que más quebraderos de cabeza nos dan.

—Los CDR no están para dar quebraderos de cabeza, sino para garantizar el orden revolucionario. A nadie le gusta que le llamen la atención cuando hace mal las cosas. La gente estaba acostumbrada en este país a actuar impunemente, o a solucionar sus problemas con la justicia soltando unas monedas, y eso se ha acabado ya.

El gobernador no esperaba otra reacción el PF, acostumbrado a verlo defender la actuación de los

CDR. Se lanzó a la batalla:

—Lo sé, lo sé. Pero hay abusos, gente que está ahí por el poder que le da su uniforme, que usa sus armas para atemorizar a la población y sacar provecho de ella.

—Quiero ejemplos, gobernador, ejemplos concretos.

—Me muevo por toda la provincia, como nos has ordenado. Recorro todas las aldeas y siempre encuentro alguna queja.

—Ejemplos, gobernador —se impacientó Sankara.

—Ya vienen, camarada presidente. Desde que se puso en marcha la lucha contra la divagación de animales y se ordenó a los CDR disparar contra todo bicho viviente encontrado fuera de su corral, se han multiplicado los festines de cerdo y cordero.

—¡Palabrerías! —reaccionó bruscamente el PF.

—¡Realidades! —no se dejó intimidar el gobernador—. Si las quieres ver, las ves. Si prefieres mirar hacia otro lado, allá tú. Pero no cuentes conmigo para complacerte con mentiras. No estoy aquí para eso. Prefiero volver a casa y que me sustituya alguien que le diga al presidente sólo lo que le agrade escuchar.

No. El PF no quería que el gobernador volviera a casa. Era el tipo de funcionario que necesitaba la Revolución, la gente con la que contaba para sacar el país adelante. Había elegido concienzudamente a todos los representantes del Gobierno en las provincias del país. Desempeñaban un papel fundamental, porque —les solía decir— las fronteras de Burkina Faso no se detienen en Uagadugú.

La divagación de animales era un grave problema para el país. Tanto en las ciudades como en el campo, cerdos, vacas y ovejas circulaban libremente por las calles, liberados por sus dueños para buscar fuera el sustento que no les podían proporcionar en el corral. En las ciudades, provocaban a diario accidentes, mortales a menudo. En los campos, devastaban las cosechas de los agricultores, eran fuente permanente de conflicto en los poblados. Nadie hasta ese momento había sido capaz de detener la costumbre de abrir los corrales, nunca se habían cumplido las amenazas de las autoridades. Hasta que llegó Sankara y ordenó a los CDR disparar sin contemplaciones.

En las ciudades empezaron a elevarse columnas de humo que llenaban las calles de un perfumado aroma a carne asada. Las víctimas de los CDR terminaban en el centro de las fiestas con que celebraban cada nueva captura. Pero muy pronto los conductores de los dos ruedas vieron las calzadas libres de obstáculos.

En el campo, en cambio, los disparos de los CDR sólo conseguían dejar a los habitantes con menos recursos aún. Dar de comer a un animal era un lujo que nadie se podía permitir, y la gente prefería quedarse sin ellos a verlos morir de hambre en sus corrales. Hasta que Sankara ordenó detener la matanza en las aldeas. Rebajó el tono para seguir la conversación con el gobernador:

—Necesito una lista de culpables. Serán castigados. Las órdenes son estrictas: la carne de los animales abatidos debe llegar a los más pobres.

—Nadie se atreve a denunciar. Todos se sienten amenazados. La gente tiene miedo, camarada presidente. Mucho miedo. Nadie te culpa a ti, pero todos esperan que pongas fin a esto.

La reunión se alargó unas horas. Eran mucho los temas a tratar, los retos de la Revolución. En su periplo por el país, el PF buscaba constantemente nuevas ideas, soluciones imaginativas, propuestas valientes. Fue en uno de esos viajes cuando decidió lanzar la campaña: "Un poblado, un bosquecillo", en su obsesión por reforestar el país. Cada aldea poseía antaño un bosque sagrado, donde se celebraban los rituales de iniciación y moraban los espíritus protectores del poblado. Pero la llegada del islam y del catolicismo había acabado con ellos: sucumbieron al fuego con que los nuevos emisarios de Dios demostraron a todos que nadie los habitaba, que nada tenían de sagrado, que sólo había que adorar al Todopoderoso. El empeño del PF en devolver la verdura a las aldeas hizo brotar cientos de

bosquecillos sobre la roca, portadores de esencias locales y nuevos aromas.

Antes de subir en la avioneta, recorrió las calles de Uahiguya, se adentró en tiendas y bares, atendió ruegos y quejas.

Desde el cielo saludó a los hombres y mujeres que habían ido a despedirlo sobre la pista. Algunos mantenían la mano alzada cuando el avión ya sólo era un punto en el horizonte.

*

A Sankara siempre le producía una sensación de optimismo sobrevolar su país a vista de pájaro. En la sabana salpicada de aldeas no parecía tener cabida el dolor, tanta belleza no podía encerrar un mal eterno. El país saldría adelante, con el esfuerzo de todos.

"Con la ayuda de Dios", murmuró. El cielo le hacía sentir más cercana su presencia, lo invitaba a hablar con Él. Como siempre que se encontraba solo, rezó. Le pidió fuerza y sabiduría para saber alejar a su pueblo de la miseria y el sufrimiento.

Mariam tenía razón, no debía preocuparse por el amor repentino de Blaise por la francesa. Nadie sería capaz de separarlos, de desviar a su hermano de la ruta que habían emprendido juntos.

Le vino a la memoria la anécdota de la noche del 4 de agosto, cuando Vincent Sigué le llevó las palabras de Blaise, mientras conducía a los comandos de Po hasta la capital: "Yo seré el presidente de Alto Volta". Lo habló con él aquella misma noche, creyó importante aclararlo cuanto antes. "No dije eso, Sigué malinterpretó mis palabras. Los nervios, la confusión del momento, supongo. No se lo tengas en cuenta", se defendió el amigo.

Dio la explicación por satisfactoria, el asunto quedó enterrado. Pero, mientras pilotaba su avioneta, una fisura en el compartimiento estanco en que la memoria guarda los peores recuerdos dejó aflorar el incidente.

Abajo, una manada de búfalos hacía temblar la tierra en su carrera. Unos kilómetros más al sur, un grupo de elefantes saciaba su sed en una laguna. Los campos de mijo, sorgo y mangos extendían sus mantos de colores sobre las tierras anegadas por las aguas de una presa.

Había cosas más importantes en que pensar. Vivía con la perenne sensación de que el país no avanzaba, de que todo iba demasiado lento. Su obsesión por que la población percibiera los cambios chocaba continuamente con las noticias del descontento popular. "La gente tiene miedo, mucho miedo", le había dicho el gobernador de Uahiguya. Estaba harto de oír hablar de las exacciones de los CDR. De sus excesos en la suplantación del poder de los jefes tradicionales, a quienes habían desposeído de todas sus prerrogativas. Su propio padre le había mandado llamar —recordó—, como siempre hacía cuando los comentarios de la calle indicaban que su hijo se estaba equivocando:

—No olvides nunca —le dijo en aquella ocasión— las normas de respeto que un joven debe a sus mayores, las que tú mismo siempre has cumplido: respetar a los ancianos, profesar un respeto absoluto al jefe, a su padre y a su madre; no decir jamás a una persona mayor que miente, saludar a todo el mundo con educación y procurar ayudar a los demás. Has quitado el poder a los jefes tradicionales de los poblados y los barrios. Supongo que sabrás lo que haces, y por qué lo haces. No es mi intención decirte cómo tienes que gobernar nuestro país. ¿Pero a quién has puesto en su lugar? A una manada de jovencitos con uniforme y pistola que no guardan el más mínimo respeto a esas normas. Mi consejo es que si quieres cambiar algo, procura que lo que venga después sea mejor, no peor. Las murmuraciones que recorren la ciudad siempre terminan llegando hasta esta casa, y te aseguro que no siempre hablan bien de ti. No defraudes a este pueblo, Thomas, aún estás a tiempo de rectificar.

"Rectificar". Esa palabra volvía sin cesar a sus pensamientos, a sus conversaciones con Mariam, con Blaise.

Pero había habido más cosas. El fusilamiento de los conspiradores, noticias sobre torturas, que resultaron ser ciertas, el despido de los mil quinientos maestros por participar en una huelga... Sin hablar del incendio de *L'observateur*, el único diario privado del país, conocido por sus comentarios opuestos al Gobierno. Nadie creyó que se tratara de un accidente fortuito. Nadie dudó que la mano de los CDR había encendido el fuego. Un acto inútil, estúpido. Como el asesinato en pleno centro de la capital del jefe adjunto del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, considerado hostil a las ideas revolucionarias.

Demasiados errores en dos años de gobierno. Demasiadas malas noticias corriendo de boca en boca, de pueblo en pueblo, sembrando la inquietud en un país acostumbrado a lo peor.

¿Dónde estaba la esperanza que había movido a cientos de miles de personas a manifestarse en las calles del país al día siguiente de la toma del poder?

Algunos lo acusaban de tener demasiada prisa, de improvisar. Y era cierto, algunas medidas que él creyó buenas para el país se volvieron en su contra.

En la Navidad del 84 declaró que durante todo el año siguiente ningún burkinabé tendría que abonar su alquiler. La renta de los pisos alquilados por extranjeros irían a engrosar las arcas del Estado; los demás, simplemente, no pagarían. El descontento de las víctimas, los propietarios de las viviendas afectadas por la medida, se extendió por todo el país. La mayoría había construido su casa con grandes esfuerzos, y la posibilidad de pagar los créditos dependía de la renta que se les negaba arbitrariamente. Por un regalo de Navidad del PF hecho con dinero ajeno.

"Sí, ha habido errores, y aunque algunos te los hayas encontrado cuando ya fueron cometidos por otros, para el pueblo la responsabilidad siempre será tuya. Pero, ¿y los logros? ¿Pueden ocultar los errores tantas cosas hechas en sólo dos años de gobierno?".

El PF inició el descenso sobre Uagadugú. El calor en la carlinga se tornaba insoportable, el sudor manaba a chorros bajo el casco. A lo lejos podía distinguir las primeras casas de la ciudad.

Sí, los errores podían ocultar los logros, porque así lo manda la naturaleza humana. Y porque muchos de esos logros no estaban aún al alcance de los estómagos hambrientos de sus compatriotas, no curaban todavía las penosas enfermedades que se llevaban a miles de niños cada año, ni siquiera dejaban entrever un futuro mejor a los millones de campesinos que vivían con la vista clavada en el suelo ingrato del Sahel.

Y sin embargo, ahí estaban, convertidos en realidad, germen para tiempos mejores. La administración había abandonado sus andares de paquidermo para hacerse ágil, eficiente. Los privilegios de los funcionarios habían sido abolidos, las oficinas del Estado habían dejado de ser un lugar de reposo, vacío de personal durante parte del día, de ideas siempre. Los vagos, los reyezuelos de la burocracia, los ineptos habían sido expulsados de los despachos. La corrupción, ese cáncer instalado en los despachos de todo el continente, el peor de todos los males, había sido erradicada, y los que aún no se creían hasta qué punto habían cambiado los tiempos terminaban rindiendo cuentas en los Tribunales Populares de la Revolución donde sus vecinos, sus amigos, sus familiares podían acudir a escuchar en detalle dónde y cómo había robado los francos públicos. Las imágenes de ministros viajando en limusinas, luciendo trajes costosos y relojes de lujo habían sido desterradas del país.

Miles de personas se habían puesto en marcha con la operación "Vacunación comando", vacunando a decenas de miles de niños contra la polio y el sarampión, haciendo descender la tasa de mortalidad ese mismo año. La "Batalla del Ferrocarril" movilizó a miles de ciudadanos burkinabé y extranjeros para instalar la vía férrea entre los trescientos kilómetros que separan Uagadugú de Tambao, imprescindible para la explotación de los recursos mineros de la región. Miles de niños fueron escolarizados, los índices de analfabetismo iniciaron un descenso sin precedentes en Burkina Faso.

Una voz en los auriculares lo devolvió a la realidad, a la pista que se extendía ante él. El aparato se fue acercando al asfalto, las ruedas buscaron el piso firme, vacilaron en un primer roce, se adhirieron finalmente a él.

Mientras iba reduciendo la velocidad, Thomas Sankara pudo ver, cerca de la terminal, un Renault 5 rojo. Der, su chófer, había acudido puntual a la cita.

*

El jet Mystère 20 de Houphouet-Boigny surcaba el cielo africano con un invitado especial a bordo: Thomas Sankara. Los dos jefes de Estado regresaban de Addis Abeba, donde habían participado en la conferencia anual de la Organización para la Unidad Africana.

En Burkina Faso llamaban "avión-stop" a la costumbre del PF de colarse en los aviones de otros presidentes. Había decidido que su país no se podía permitir el lujo de adquirir un avión presidencial, y cada vez que tenía lugar una reunión panafricana se las arreglaba para que algún colega aterrizara en Uagadugú. Fue a Seyni Kountché, su homólogo de Níger, a quien le pidió que lo recogiera a la ida.

"Papa Houphouet", como llamaban al decano de las independencias, no dejó pasar la oportunidad de hacer que se sintiera en deuda con él el jovenzuelo impertinente que le robaba protagonismo donde quiera que se encontraran.

Ni de llamarle la atención sobre sus envalentonamientos, recordarle que el vaso de su paciencia de buen vecino estaba rebosando.

—¿Qué pretendes con tus soflamas sobre la deuda, ponernos a todos contra las cuerdas?

Los asistentes a la Conferencia se habían puesto en pie el día anterior para aplaudir las palabras de Sankara:

—No son los pueblos quienes han contraído esa deuda. Ni siquiera se han beneficiado de ella. Ha sido impuesta al Tercer Mundo por los fabricantes de hambrunas, los mercaderes de la miseria. Es moralmente indefendible, políticamente inaceptable, matemáticamente impagable. Hay que anularla, y sólo hay una vía para hacerlo: la lucha solidaria de los países endeudados.

Los vítores a sus palabras alcanzaban como dardos el amor propio de Houphouet. Que el discurso del "pequeño" hiciera sombra al suyo era más de lo que podía soportar. Su indignación fue creciendo al ritmo de las palabras de Sankara:

—Oímos hablar por doquier de clubes. El Club de Roma, el Club de París, clubes de todos sitios. Oímos hablar de grupos: el Grupo de los Cinco, el Grupo de los Siete, el Grupo de los Diez. Es normal pues que también nosotros tengamos nuestro propio grupo. Luchemos para que, desde hoy, Addis-Abeba se convierta en la sede, en el lugar del que partirán los nuevos aires del Club de Addis-Abeba. Todos tenemos el deber de crear hoy el Frente Unido de Addis-Abeba contra la deuda.

El PF sabía que el precio de subirse al Mystère 20 era soportar las acometidas del Viejo. Por su edad y por ser su invitado le debía respeto, pero no sumisión. Se sabía en las antípodas de sus ideas, de sus intereses. Lo despreciaba para sus adentros. Por su trayectoria camaleónica, por su traición al espíritu de las independencias. Había pasado de ser la bestia negra de los franceses a convertirse en su mejor vasallo, el principal valedor del neocolonialismo en la región, el encargado de poner firme, por las buenas o por las malas, a quienes desobedecieran las reglas del juego dictadas por Francia.

Hasta el momento el Viejo lo había intentado por las buenas. Porque sentía por él cierta admiración y porque en algún lugar remoto de su ya larga vida había existido un Sankara. Pero los signos de impaciencia se hacían cada vez más visibles, y en cualquier momento podía pasar a la acción.

Si es que no lo había hecho ya. Crecía en su interior la sospecha de que Elodie De la Fressange —con quien, antes de salir para Addis-Abeba, Blaise le había anunciado su matrimonio— era un gusano

introducido por él en la manzana de la Revolución burkinabé. Desde que el Viejo presentara la mulata a Compaoré, los viajes al palacio presidencial de Yamusukro habían sido incesantes. Los vínculos entre su amigo y su enemigo se iban estrechando peligrosamente.

Debía andarse con ojo avizor, prevenir a Blaise sin ofenderlo. No hay alma más perturbable que la de un hombre enamorado.

—A estas alturas —continuó atacando Houphouet—, Mitterrand ya habrá leído tu invitación a no pagar la deuda. ¿Crees que estará contento?

—Mi misión no es agradar a los franceses, sino salvar a mi pueblo —mantuvo Tom Sank la serenidad.

Houphouet lo había llevado a su terreno favorito, ahí donde disponía del arma más poderosa: la razón. Estaba dispuesto al enfrentamiento.

—Tu pueblo no se salvará sin la ayuda francesa. Tu pueblo no es nada sin la cooperación internacional, sin el apoyo del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial.

—Las recetas del FMI están hechas para generar más deuda, más dependencia, y lo sabe usted perfectamente.

—Hasta cierto punto es cierto, pero más aún lo es que sin el dinero que te presta nunca podrás lograr esa independencia de la que tanto hablas.

—Queremos seguir nuestro propio modelo. Nadie mejor que nosotros sabe lo que es mejor para nuestro país. Nos obligan a importar lo que podemos producir nosotros mismos, crean en la población necesidades que no tienen. Para ellos, sólo somos un lugar donde obtener su materia prima y vender sus productos. Ellos ponen los precios de lo que les vendemos y de lo que les compramos. ¿Es ese un trato justo?

Houphouet pulsó un botón en su asiento. Pidió un whisky al camarero que acudió a su llamada.

—Deberías tomarte uno de estos de vez en cuando —ironizó—, quizá verías la vida con otros ojos.

—No gracias, prefiero agua. Para no cambiar de ojos, seguir siendo siempre el mismo.

El Viejo encajó el golpe. El PF lo tenía acostumbrado a impertinencias de ese tipo. ¿Por qué le aguantaba a él lo que nadie se atrevía ni siquiera a insinuarle? Muchas veces se había hecho la pregunta. Su respuesta era siempre la misma: "Está agotando mi paciencia".

—Mitterrand es un hombre de izquierdas —intentó Houphouet el tono conciliador—, como tú. Y como yo, aunque creas lo contrario. Debes aprovechar que está ahora en el poder para sacar tajada. Siente simpatía por ti, más de la que te imaginas.

—Cuando llegamos al poder, el 4 de agosto, acababa de conceder un crédito de tres billones de francos CFA al gobierno anterior. El 5 de agosto ya estaba anulado.

—No se presta dinero a quien no se conoce. Es normal que mantuviera cierta cautela.

—Han pasado años y sigue teniendo la misma cautela. Condiciona sus préstamos a nuestra obediencia. ¿Es eso independencia, relaciones entre países libres?

Houphouet bebió un largo trago de su whisky. Exhaló un suspiro profundo.

—Te voy a decir una cosa, Thomas, y espero que no te me ofendas por ello —su tono se tornó paternalista—. Te lo digo como se lo diría a mi hijo, porque aunque hay muchas cosas que me irritan en ti, siento admiración por tu valor y por la sinceridad de tus actos. Pero tienes un defecto imperdonable en política. Eres un ingenuo, Thomas Sankara, un inocente. Crees que te puedes mover por este mundo como una ovejita pura, y te equivocas de cabo a rabo. Deberías haber hecho caso a tus padres y hacerte cura. Sólo desde el púlpito se pueden decir las cosas que dices impunemente. Los angelitos se hacen curas; los lobos, políticos. Y la ovejita que equivoca su camino y se mete donde no le corresponde termina siendo devorada por los lobos.

Sankara guardó silencio. Había escuchado ese discurso decenas de veces. Prefirió no darle a

Houphouet su opinión sobre los lobos. Quizá tras el consejo paternal se escondiera una amenaza. Recordó su comentario cuando en un mitin celebrado en Gnangologo, en la frontera con Costa de Marfil, un miembro del Gobierno revolucionario lo llamó viejo cocodrilo: "Sí", respondió, "soy un viejo cocodrilo que duerme con los ojos bien abiertos, un cocodrilo que se alimenta de capitanes".

—¿Cuál es su consejo? —preguntó al fin.

—Mi consejo es que ser un político honrado, un gobernante que busca lo mejor para su pueblo, no es incompatible con saber nadar en las aguas turbias de la política internacional. No sólo no es incompatible, sino que es imprescindible. Por mucho que hables de independencia, de dignidad, y de todas esas cosas que están muy bien para adular los oídos del pueblo, debes saber que aquí quien manda es Francia, y que si quieres mover un dedo es a ella, y sólo a ella a quien debes pedir permiso. Porque tus amiguitos de Trípoli y de Moscú te podrán mandar un regalito de vez en cuando, pero quien de verdad toma las decisiones al final es el presidente de la República francesa. No le lamas las botas, pero compórtate como un amigo. Él te ayudará a salvar las apariencias, es el primer interesado en que todos crean que te trata de igual a igual. No lo pongas en aprietos.

Los incidentes con Mitterrand habían sido sonados. Pero ¿quién los había provocado? ¿Debía permanecer impasible ante las constantes humillaciones?

—No es a mí a quien ofende, sino a mi pueblo. ¿Acaso es tratar de tú a tú mandar a un subalterno a buscar al aeropuerto al presidente de una República independiente? ¿Habría hecho lo mismo con el presidente de los Estados Unidos? Pues ha de saber que el pueblo de Burkina Faso merece exactamente el mismo respeto que el norteamericano.

—Ni siquiera diste la mano a quien vino en su nombre —le reprochó Houphouet.

—Usted sabe muy bien quién era ese individuo —empezó a perder los nervios el PF—. Guy Penne, el "Señor África" de Mitterrand. El que, casualmente, estaba en Uagadugú con el "cubito de Maggi" el 16 de mayo, quién sabe si coordinando el golpe de Estado y mi arresto. El mismo en cuyo honor le ofreció el presidente un almuerzo para celebrar mi destitución como primer ministro, mientras yo me pudría en un calabozo de Uahiguya. Y tiene la desfachatez de ponérmelo delante, al pie de la escalerilla del avión, con su sonrisa deleznable y su mano repugnante esperando la mía. ¿Se puede enviar un mensaje más claro que ese? ¿Qué esperaba Mitterrand? ¿Darme una lección, dejarme claro quién es quién? Pues ahora ya lo sabe. Ahora ya sabe quién es cada uno, y mejor así. Si cree que su dinero le va a servir para hacerme su esclavo, ya tiene claro por dónde se lo puede meter.

—Tú no eres nadie a su lado, capitán —tronó el Viejo—. Puedes seguir haciendo tu revolución sin problemas porque a nadie le preocupa lo que pase en ese país de donde no hay nada que sacar. Pero cuídate de seguir lanzando tus mensajitos de Che Guevara por el mundo y de meter tus narices en la casa del vecino, porque ya tienes harto hasta a tu amiguito Gadafi.

Con un gesto dio por cerrada la conversación y silenció la respuesta de su anfitrión. Ya estaba todo dicho. No había más insolencias que soportar. Había hecho todo lo posible por devolver al redil a la ovejita, pero era inútil hablar con aquel hombre engreído y testarudo. Se acabaron las buenas palabras.

De todos modos, la hermosa Elodie ya había empezado a cumplir su misión. Y tenía una fe absoluta en el uso que sabía hacer de sus encantos. Y en sus ambiciones. No en vano había crecido bajo su atenta mirada.

Tom Sank miraba por la ventanilla del Mystère 20. Sobrevolaban un mar de nubes interminable. Deseaba con toda su alma verse pronto lejos de las fauces del viejo cocodrilo. Fuera de aquella oficina ambulante. Bajo el cielo de Uagadugú, con los suyos.

El viaje de Albert

El día amaneció nublado en París. Sobre la ciudad pesaba la amenaza del invierno. Con los parques todavía tapizados por las hojas de plátano, el anuncio de los primeros copos de nieve había liberado de la naftalina los abrigos de los parisinos.

—Como la cosa siga así, vamos a tener que sacar las bufandas en agosto —saludó el conserje al periodista.

Emmanuel Durant respondió con una señal imperceptible de cabeza, con un escueto "buenos días". Nadie como él acusaba el adelanto del invierno: desde el accidente, la humedad y el frío se le anunciaban con cuchilladas en las piernas. La llegada de las lluvias era una maldición que mantenía sus bolsillos repletos de analgésicos. "Con el tiempo se le irá pasando", le habían despedido del hospital tras dos meses de reclusión. Pero después de diez años, no había recibido una sola señal para el optimismo.

En la redacción de Internacional, los espíritus andaban huraños. Los hombres y mujeres que debían dar a conocer al país las noticias del mundo se movían como zombis en los cubículos en que les tocaba pasar el día, desprendiéndose de guantes y chaquetas, encendiendo los ordenadores, acomodando el trasero en los sillones giratorios.

Hasta el primer café de la mañana no aflorarían las primeras sonrisas, los primeros buenos días.

Emmanuel se bebió de un trago su primera aspirina de la mañana. Para él, aquel no era un día cualquiera. Mientras a su alrededor, los compañeros pasaban impasibles, con gesto rutinario, la hoja de su calendario de mesa, él lo hizo lentamente, como quien abre un sobre portador de una mala nueva.

15 de octubre de 1997. Abrió el periódico que cada mañana le dejaban sobre la mesa, en busca del artículo que el jefe le había encargado para la ocasión: "Diez años después, el asesinato de Thomas Sankara sigue envuelto en el misterio", leyó para sí el titular.

Sacó de su cartera el termo en que traía todos los días un café fuerte, incapaz de tragarse el aguachirle escupida por las máquinas puestas por la empresa. Se sirvió una taza y vació en ella un sobre de azúcar, antes de seguir leyendo:

> Cuando se cumplen hoy diez años del asesinato del antiguo presidente de Burkina Faso, Thomas Sankara, su muerte sigue siendo un misterio. Aunque nadie duda en el país de que el atentado fuera organizado por su amigo y actual jefe del Estado burkinabé, Blaise Compaoré, este nunca reconoció su responsabilidad, aduciendo que el crimen había sido perpetrado por colaboradores suyos informados de que Sankara tenía previsto eliminarlo aquella misma noche. Compaoré anunció entonces que aceptaba asumir la Presidencia del país para evitar el caos y que los restos de su amigo —enterrados a hurtadillas en una fosa del cementerio de Dagnoen— recibirían una sepultura a la altura de sus merecimientos. Diez años después, esa promesa sigue sin cumplirse y el cuerpo del que los burkinabé llamaban "el presidente de los pobres" permanece en el mismo lugar, rodeado de los doce colaboradores que cayeron con él.
>
> Los autores materiales de los asesinatos andan libres por las calles de Uagadugú. Eran todos ellos guardaespaldas y hombres de confianza de Compaoré.
>
> Pero la gran pregunta que todos se hacen es: ¿quién animó al número dos del régimen a ordenar el asesinato de su mejor amigo? Muchos tienen en el punto de mira a Libia y a Costa de Marfil, vecinos del incómodo y carismático líder revolucionario. Otros alzaron la

vista hasta el Elíseo, pero el presidente Mitterrand dejó zanjada la cuestión con unas declaraciones de alabanza y admiración hacia el joven jefe de Estado. Las pistas libias y marfileñas se detuvieron respectivamente en las noticias sobre el aterrizaje de un misterioso avión en el aeropuerto de Uaga, procedente de Trípoli, al día siguiente del golpe y en las confusas acusaciones a Houphouet de haber inducido a Compaoré al magnicidio por la vía interpuesta de una hermosa mujer de su entorno, casada con el nuevo presidente.

Emmanuel se llevó a los labios el café humeante. Aún sentía cercana la voz cálida, serena, de Mariam Sankara, cuando logró hablar con ella por teléfono unos días antes. Tras verse acosada durante los primeros días por las nuevas autoridades, confinada en el hogar familiar con los niños, trasladada después a casa de sus suegros, vivió un calvario de meses con la prohibición de salir del país, acusaciones calumniosas a su marido, insultos proferidos a sus hijos. La intervención de Mitterrand, en vista del creciente movimiento internacional en su apoyo, obligó a Compaoré a permitirle viajar a Gabón, de donde partió hacia Montpellier. Allí la pudo localizar Emmanuel. Siguió con la lectura de su artículo:

Mariam Sankara, viuda del presidente asesinado, ha declarado a este periódico que las diversas denuncias interpuestas ante la Corte Suprema de su país para que se investigue la muerte de su marido, han sido sucesivamente archivadas, a pesar de la insistencia de diversos organismos judiciales internacionales para que no quede impune el asesinato. Nos confirmó igualmente que el principal objetivo que se ha trazado tras la muerte de Sankara es la lucha por que se haga justicia y se desvele la verdad. Preguntada por la posible implicación de otros países en la trama, la ex primera dama de Burkina Faso se limitó a decir que muchos gobiernos extranjeros deseaban ver a su esposo fuera del poder.

Más adelante, el periodista explicaba en su crónica que, tras los primeros titubeos del ejército, manifiestos fundamentalmente en la resistencia del capitán Kaboré, conocido como el León de Bulkiemdé, el poder de Compaoré se asentó firmemente en el país. Después de que el León decidiera alinearse con los nuevos gobernantes, la represión que se abatió sobre Kudugú, la ciudad en que se encontraba su batallón y cuyos habitantes habían apoyado la rebelión, acabó con la vida de más de un centenar de militares y civiles. En el resto del país, una ola de asesinatos, encarcelamientos y torturas neutralizó la resistencia a los golpistas:

De los cuatro jefes históricos de la Revolución, sólo quedaban Compaoré, Lingani y Zongo. Dos años más tarde, en 1989, Compaoré hizo fusilar a sus dos compañeros de armas, sospechosos de organizar un complot sobre el que ninguna prueba aportó. Ahora campa, al fin solo y a sus anchas, en el poder del antiguo Alto Volta. Los primeros recelos del gobierno francés tardaron poco en disiparse. Hoy es uno de los más firmes aliados de nuestro país en la región.

Por el largo pasillo de la redacción de Internacional, Emmanuel vio acercarse a Jacques, el joven empleado que cada día repartía la correspondencia mesa por mesa. La llegada de Jacques era la nota alegre de la mañana: siempre risueño, acompañaba su reparto con chistes y bromas.

—¡Aléjense del señor Durant! —exclamó al lanzar sobre la mesa de Emmanuel un sobre voluminoso—. Ha recibido un paquete bomba, y de África, nada menos.

El periodista no se percató de las risas que a su alrededor provocó el repartidor. Toda su atención de concentró en los sellos de correo que revelaban la procedencia del envío.

Ghana. Desde su regreso de África, jamás había recibido una sola carta del continente. El temblor en sus manos al intentar abrir el paquete delató la intuición que lo asaltó. Cuando al fin pudo despegar toda la cinta adhesiva que envolvía la solapa del sobre, buscó en su interior alguna carta. La había. Los ojos volaron hacia la firma. Su sospecha se confirmó: Alauna Traoré.

*

Con un escueto comunicado el periódico había anunciado su regreso a la capital francesa.

> El 20 de octubre de 1987, un avión aterrizaba en el aeropuerto Charles De Gaulle, de París. De su interior una camilla fue extraída e introducida en una ambulancia. En ella se debatía entre la vida y la muerte un periodista francés, víctima de un accidente de circulación entre las ciudades de Po y Uagadugú, en Burkina Faso, antiguo Alto Volta. Se trata de nuestro compañero Emmanuel Durant, enviado especial al país para cubrir el golpe de Estado que acabó con la vida de Thomas Sankara.

Lo de debatirse entre la vida y la muerte era el toque sensacionalista del asunto, porque ningún órgano vital había sido dañado seriamente, pero le vino de perlas para recuperar su empleo. ¿Cómo iban a atreverse a despedir a un enviado especial que regresaba moribundo de una misión? El jefe se lo anunció en su visita al hospital:

—Oye, Durant, olvida todo lo que te dije sobre el despido. Ahora lo importante es que estés vivo y que pronto vuelvas con nosotros. Al fin y al cabo, puede que ese accidente haya sido providencial. Tu vida corría peligro en Burkina Faso.

Emmanuel no le dijo al jefe que aquello no había sido un accidente, sino un atentado. No le habría creído, le habría gastado alguna broma sobre su ingenuidad, sus paranoias. Pero a él no le cabía ninguna duda. Durante muchas noches había vuelto a ver el movimiento inequívocamente voluntario del Caterpillar en dirección al todo-terreno. Otras imágenes quedaron envueltas en una nebulosa de la que sólo se desprendían con nitidez el cuerpo inerte de Usmán, su rostro ensangrentado, atrapado en la ferralla. También las facciones de un hombre blanco, la visión esperanzada de alguien conocido, que el recuerdo doloroso había disuadido de esforzarse en identificar. Y la cara de un africano inclinada sobre él, balbuciendo palabras incomprensibles.

Luego vino la estancia en el hospital de Uagadugú. Había llegado allí sin conocimiento. Cuando despertó se encontró en una cama, con los brazos y las piernas escayolados, pendiendo de unos hilos metálicos que los mantenían inmóviles.

A su alrededor, los enfermos que ocupaban las demás camas de la sala lo miraban entre conmovidos y sorprendidos.

Tardó unos minutos, tras abrir los ojos, en tomar contacto con la realidad. Cuando tuvo la certeza de que no se encontraba atrapado en una pesadilla, lanzó un rugido de terror, intentó expulsar de un solo grito toda su angustia.

Pero sólo oyó un vago gemido, una suerte de estertor que le clavó un punzón afilado en la garganta. La imagen de la muerte se le plantó delante, y decidió abandonarse a ella para escapar a la pesadilla.

Uno de los pacientes que lo acompañaban en la habitación se acercó hasta él y le pidió calma con un gesto de las manos. Le señaló la garganta y se puso el índice sobre los labios, pidiéndole silencio. Se percató entonces de que le habían perforado la tráquea para permitir el paso del oxígeno a los

pulmones.

Cerró los ojos y procuró mantener la serenidad, no dejarse arrastrar por la ansiedad. Los volvió a abrir al sentir una piel húmeda posarse sobre su frente. Una mujer gruesa le acarició la mejilla con el revés de la mano, sonriente, y con un pañuelo que sacó del bolsillo le secó el sudor y las lágrimas.

Frente al sobre recién llegado de Ghana, absorto en sus recuerdos, rememoró la sonrisa de agradecimiento que se esforzó en ofrecerle a la enfermera.

Cuando llegaba el alud de recuerdos, los dejaba rodar hasta zafarse de todos ellos. Sólo así lograba espantarlos durante unos días, cada vez más distanciados, muy lejos del suplicio cotidiano de los primeros meses.

La imagen de la secretaria del embajador le seguía causando repugnancia, a pesar de que venía a anunciarle su repatriación inmediata en avión ambulancia. Después de recordarle, claro, que de no haber hecho caso omiso del generoso ofrecimiento del embajador para abandonar el país no se encontraría en esa situación, de recriminarle los costes que obligaba a asumir a la Embajada, de transmitirle un saludo de su jefe, cuyas ocupaciones le impedían acudir al hospital como hubiera sido su deseo.

Ya casi no había más recuerdos, tras el viaje que realizó sedado hasta el hospital de París, la visita de cortesía de algunos compañeros, la constancia de su soledad, la recuperación del habla, las largas semanas de convalecencia y rehabilitación. Las fracturas en brazos y piernas se fueron soldando, los hematomas borrando. Sólo permanecían vivos, indestructibles, el rostro de Usmán, el dolor de haberlo arrastrado a la muerte, la obsesión por la familia abandonada a su suerte.

Y la pregunta que iba y venía sin cesar: ¿quién había intentado eliminarlo? ¿Los mismos que le habían robado los documentos?

Su respuesta apuntaba a los hombres de Compaoré, que prefirieron un "accidente" a mancharse las manos con la sangre de un periodista francés.

Pero ¿cómo podían saber ellos que él tenía los papeles de Sankara y que se encaminaba hacia Po?

Los años fueron aplacando la inquietud, relegando los interrogantes al olvido. A cambio le dejaron la melancolía, esa tenaz enemiga de la quietud.

Y ahora, ese sobre enviado por Alauna Traoré, esa carta en que sólo se había atrevido a leer la firma, venía a revolver las aguas que había logrado contener entre muros de olvido.

Sacó, antes de leer la carta del superviviente, el contenido del voluminoso paquete. Eran fotocopias. Le bastó con echarles un vistazo para comprender que habían vuelto a él los papeles de Sankara. Los extendió, presa de la impaciencia, sobre la mesa. Reconoció de inmediato algunos de los leídos en el Hotel Indépendance, el día en que Alauna se los entregó. No estaban ahí las trece carpetas, alguien había seleccionado los documentos que acababan de llegarle.

Jacques, el joven empleado, tenía razón: era un paquete bomba. Algo había hecho estallar en su interior.

Se lanzó a la lectura de la carta. La letra de Alauna ocupaba las dos caras del folio. Nada existía a su alrededor. Su corazón se convirtió en un *dembré* que traía noticias de Uagadugú:

> Supe enseguida lo de tu accidente. No dudé un solo instante de que se trataba de un atentado. ¿Sabían que te ibas a encontrar conmigo? Probablemente no, porque de haber sido así te hubieran dejado que los guiaras hasta mí. Pero el riesgo era demasiado elevado para mi primo y logré pasar esa misma noche a Ghana. Desde entonces vivo aquí, tan cerca y tan lejos de mi país.

El misterio de los papeles era desvelado unas líneas más abajo:

Konaté puso a uno de nuestros hombres a seguirte desde tu salida del Hotel Indépendance. Tenía la misión de protegerte a ti, pero también a los papeles. No sabíamos lo que había en esas carpetas, pero de una cosa estábamos seguros: no debían caer en manos de Compaoré. Ni tú tampoco. La persona que te siguió hasta Le Pavillon Vert te vio entrar sin equipaje, pero con las carpetas, y al verte salir sin ellas decidió permanecer allí. E hizo bien, porque se mantuvo vigilante en la entrada del hotel y en cuanto vio un par de tipos preguntando por ti en recepción corrió hasta tu habitación y tuvo el tiempo justo de salvar los papeles. De todas maneras, probablemente no buscaran esos papeles: es imposible que supieran que estaban en tu poder. También ellos te habrían seguido y pensaron que en esas carpetas llevabas algún material que les pudiera interesar. A nadie le pasa desapercibido un periodista blanco que ha entrevistado a Sankara.

"Sí, pero de ahí a querer asesinarme...", murmuró Emmanuel.

La carta traía malas noticias. Konaté había sido detenido y torturado hasta la muerte. Ocurrió una semana después del accidente, durante los peores días de represión. Compaoré tenía claro que sólo podía mantenerse en el poder asestando un golpe letal al enemigo.

Los papeles habían sido entregados a Konaté por el compañero que los rescató, explicaba también Alauna. Permanecieron mucho tiempo custodiados por un camarada que escapó a las redes policiales. Este decidió no moverlos en el interior del país: el riesgo era demasiado elevado. No se desprendió de ellos hasta que, hacía unos meses, logró localizar su paradero en Ghana. Contaba también Alauna que tardó en tomar la decisión de enviárselos a París, porque no encontró en ellos ninguna referencia clara a la participación de otros gobiernos en la trama golpista, pero que al fin decidió hacerlo y seleccionó los documentos que parecían tener algún interés.

Y le pedía la confirmación inmediata de la recepción del sobre a un número de teléfono que Emmanuel transmitió a la centralita.

La voz de Alauna Traoré resonó al otro lado del hilo telefónico, y el periodista sintió que estaba recuperando algo importante. Algo que hacía años había dejado atrás, en una carretera de tierra entre Uaga y Po.

—En realidad —le explicó— me he decidido a mandártelo porque Compaoré necesita seguir legitimando su situación. Tiene que convocar elecciones democráticas. Ya sabes, el mensaje de La Baule. Claro, nadie duda de que no serán democráticas, y que las va a ganar de todas maneras. Pero debemos intentar al menos que se sepa la verdad, dificultarle a Francia el visto bueno que le quiere dar ante el resto del mundo.

El mensaje de La Baule. Sí, algo le decía el nombre, algún discurso de Mitterrand, pero pronunciado algunos años atrás, cuando las noticias del mundo habían dejado de tener sentido fuera de su despacho, porque su vida estaba llena de fracturas, y las de las piernas no eran las peores. De camino a la hemeroteca, preguntó a un compañero:

—Oye, el discurso de La Baule fue en...

—1990 —le contestaron.

—Ya, claro —mintió—, me refiero al mes.

—Ya decía yo. Junio, 20 de junio.

Tras media hora entre periódicos antiguos, ya sentía la culpabilidad del buen profesional desinformado sobre un tema capital. "Después de la Conferencia de Brazzaville —leyó en un titular—, La Baule es el principal hito en las relaciones francoafricanas."

Acababa de caer el muro de Berlín, y los vientos de libertad venidos del Este recorrían el mundo.

En Benin, una Conferencia Nacional Soberana destituía al dictador en el poder y declaraba la democracia en el país. Como antaño hiciera su predecesor De Gaulle, Mitterrand decidió adelantarse a los acontecimientos, no perder el tren que amenazaba dejar atrás a su país. Dejó claras en su discurso las nuevas reglas del juego:

—Distinguiremos entre una ayuda tibia destinada a los regímenes autoritarios que se opongan a toda evolución democrática y una ayuda entusiasta reservada a quienes den el paso con valentía — leyó Emmanuel las palabras del presidente.

Dicho con otras palabras —pensó el periodista—, los antiguos dictadores están invitados a ponerse al día, a hacerse demócratas de la noche a la mañana si quieren seguir contando con el dinero francés.

O también: antes de que los vientos de la democracia os derriben, queridos amigos dictadores, convoquen elecciones libres, que ya nos encargaremos nosotros de que sigáis en vuestros puestos.

Y así sucedió, como pudo comprobar el periodista en los periódicos de los años sucesivos: los reyezuelos se hicieron demócratas y siguieron gobernando, tras unas elecciones inmediatamente legitimadas por Francia.

Ya nadie podía acusar al presidente de la República Francesa de apoyar a dictadores, de subvencionar con el dinero del contribuyente francés los encarcelamientos, torturas, persecuciones, de miles de demócratas africanos.

"Buena jugada, Mitterrand", murmuró Emmanuel. Y ahora le tocaba a Compaoré el turno en el gran teatro de la francofonía.

La carta de Alauna Traoré, la llegada de los papeles del PF, la perspectiva de volver a sumergirse en el caso Sankara le habían devuelto en unos minutos la ilusión perdida en su periplo alrededor de la muerte.

"Emmanuel Durant ha resucitado", se dijo.

De no haber estado absorbidos por su rutina, los redactores de Internacional se habrían percatado de que quien cruzaba el pasillo en busca de su asiento no era la misma persona que lo había abandonado unos minutos antes.

*

Emmanuel se quedó embebido ante el espectáculo de los copos cayendo sobre la ciudad. Desde niño, el descenso lento de la nieve lo conmovía, le sugería que el tiempo había decidido ralentizar por unos instantes su paso vertiginoso.

Por primera vez en muchos meses, había almorzado en casa. Al salir del trabajo, pasó de largo por el restaurante de menú económico que frecuentaba desde que la desidia se había infiltrado en su vida, ganándole la batalla que libraba con desgana desde su salida del hospital. Sí se detuvo, en cambio, en un supermercado próximo a su casa y eligió con fruición los manjares del pequeño banquete con que decidió celebrar su reencuentro con los días pasados en Burkina.

Si los papeles de Sankara habían regresado a él un quince de octubre, es que la vida le enviaba un mensaje, le concedía una nueva oportunidad.

Antes de salir de la oficina, había pasado por el despacho del jefe, y le había pedido permiso para no acudir al trabajo por la tarde: la humedad, la maldita humedad, había pillado desprevenidos a sus huesos maltrechos y el dolor era insoportable. Permiso concedido.

Mentira. Sus piernas volaban alegres sobre el asfalto, ajenas a las inclemencias del tiempo. Y disfrutó como un príncipe del almuerzo que preparó sin prisas, mientras iba atando cabos para que todo estuviera en orden en el momento de hincar el diente a las fotocopias de Alauna Traoré.

El puzle de lo que había leído en la única carpeta que se libró del robo se fue reconstruyendo. Las

piezas sueltas que de vez en cuando revoloteaban en sus pesadillas fueron engarzándose, animadas por la voluntad de rescatar del olvido lo que hasta ese momento había intentado enterrar. ELF, Rivunion, FIBA. Tendría que volver a la hemeroteca, ese cementerio de noticias sepultadas prematuramente.

Terminó la botella de Señorío de Agüimes, un excelente vino canario que había descubierto durante unas vacaciones en las islas con Dominique. Al verlo en una estantería del supermercado, recordó a su antigua novia.

¿Qué sería de ella? Llevaba años sin noticias suyas. Seguiría en París? ¿Rodeada de cuántos hijos? Quizá no fuera una mala idea intentar localizarla. Bastaría una simple ojeada a la guía telefónica, una llamada al Ministerio de Hacienda, donde quizá seguiría trabajando.

Tras su visita a los sótanos en busca de información sobre el discurso de La Baule, había regresado a su puesto y, impulsado por la energía que puso en marcha la maquinaria desengrasada de sus recuerdos, tomó la decisión que nunca se había atrevido a adoptar, quizá por pereza, quizá por temor a remover los cimientos del frágil equilibrio en que su vida transcurría: debía localizar a la familia de Usmán, interesarse por su situación, proporcionarle ayuda.

Podía intentar, para dar con ella, ponerse en contacto con Le Pavillon vert, donde había alquilado los servicios del pobre hombre. Pero prefirió buscar la intermediación de Albert, con quien no pudo cumplir la promesa de pasar unas horas juntos antes de la partida, y que era el único rostro al que de buena gana dejaba asomarse por las rendijas de su melancolía, la cara más amable de su paso por Uaga.

Cuando, tras varios intentos, logró comunicación con el Hotel Indépendance, pidió que le pasaran con Le tam-tam.

Una voz femenina respondió. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que Albert hubiera dejado de trabajar allí. Preguntó por él, mientras un mal presagio amenazaba con aguarle la fiesta, pero enseguida quedó enjugado por la voz del camarero:

—Dígame —oyó Emmanuel.

—Albert, escúchame, intenta adivinar quién soy.

Un nudo le atenazó la garganta al periodista al escuchar el grito del amigo:

—¡Emmanuel! ¡Estás vivo! ¡Alabado sea Dios!

—Claro que estoy vivo, ¿qué creías?

—Enseguida nos enteramos de lo del accidente. Salió tu nombre en el periódico, pero después no se supo más. Intenté localizarte en el hospital y en todas las clínicas. Nadie sabía nada. En la Embajada, lo mismo, ni una palabra. No me digas que estás aquí.

—No, mi querido Albert. Estoy vivo, pero en París. Me devolvieron a mi país más muerto que vivo —exageró—, pero aquí estoy. No sabes cuánto me he acordado de ti.

—Y yo también. ¿Vas a volver?

—Nunca se sabe. No creo que sea posible de momento. Temí que no estuvieras, al escuchar la voz de una chica. ¿Es guapa? —bromeó.

—Tendrás que venir a comprobarlo con tus propios ojos si quieres saberlo. Me estuvo sustituyendo mientras estuve fuera, y al regresar la dejaron aquí conmigo. Sirve los gin-tonic como nadie. La tónica exacta, ¿recuerdas? —rió exultante.

La voz de Albert abría puertas cerradas en el interior del periodista. Por ellas salían a borbotones, al fin liberadas de un encierro de años, las sensaciones que lo habían enamorado del país.

—¿Estuviste fuera? —preguntó Emmanuel.

—Sí, dos años, me llamaron para el servicio militar.

—Vaya putada, ¿y qué tal?

—Mejor ni te cuento —se ensombreció la voz del amigo—. Hablemos de otra cosa.

—Ni hablar, quiero saber cómo te fue —insistió Emmanuel.

—Estuve en la guerra. En la peor guerra que te puedas imaginar.

—¿En la guerra?

¿Tan lejos había vivido en esos años de la realidad como para no enterarse de que Burkina Faso había estado en guerra?

—¿En qué guerra, Albert, dónde?

—En Sierra Leona. Algún día, si nos vemos, quizá te cuente. Ahora no puedo. He logrado no pensar demasiado en ello durante el día. Pero por la noche me persiguen las pesadillas, temo que llegue el momento de dormirme, porque sé lo que me espera.

Emmanuel no insistió. Por respeto a su amigo, pero también por sustraerse a la vergüenza de desvelarle que una guerra en su país le había pasado desapercibida.

La conversación siguió por caminos menos escabrosos. Albert prometió localizar a la familia de Usmán, y quedaron en volver a hablar al cabo de unos días.

—Te mandaré un fax —le pidió el número—. Ya sabes que para mí no hay nada imposible en este hotel. Emmanuel...

—Dime... —dijo el periodista.

—Gracias por haberme llamado. Ahora tendré nuevas cosas con las que soñar —concluyó Albert.

Nada más colgar, Emmanuel regresó a la hemeroteca, en busca de la guerra de su amigo. Allí revisó semana a semana la sección de internacional de los meses en que estuvo ausente. Era imposible no haberse dado cuenta. Formaba parte de sus obligaciones leerla a diario de cabo a rabo, y las raras menciones a Burkina Faso activaban de inmediato su cerebro. Cuanto más una guerra.

Ni rastro. ¿Era posible que hubiese una guerra en algún lugar del mundo y que no apareciera una sola noticia sobre ella en su periódico?

Regresó a la redacción para pedir la ayuda de uno de sus colegas, experto en asuntos africanos.

—No, en absoluto —le informó—. La última guerra en que se vio envuelto Burkina Faso fue en la época de tu amigo Sankara. Con Malí. Y sólo duró unos días, durante la Navidad del ochenta y cinco.

No dejó Emmanuel que el misterio le torciera el rumbo. Lo importante era haber hablado con Albert, y que con guerra o sin ella, siguiera al pie del cañón detrás de la barra de Le tam-tam. Y tener delante, sobre la mesa ya limpia de los restos del festín, junto a un gin-tonic en homenaje al amigo reencontrado, los papeles recuperados.

Se enfrascó en su lectura. La selección que Traoré le había hecho llegar se centraba sobre todo en lo que un título manuscrito llamaba "Las redes".

No tardó en darse cuenta de que la palabra hacía referencia a un intrincado conjunto de personas que manejaban las relaciones entre Francia y África en un mundo subterráneo, invisible al común de los mortales, oculto tras la fachada de la oficialidad. "Interesante", pensó, "sobre todo si así se lo había parecido al PF."

Un primer vistazo panorámico a los papeles fue también suficiente para comprobar que había más de una red, y que todas llevaban nombre y apellido.

Se centró, marcador en mano, en la primera. La red Foccart. Jacques Foccart. Sí, había oído hablar de él. Era el principal asesor de Chirac para asuntos africanos, el Señor África —como le decían— del ex primer ministro, en los años setenta.

Pronto supo que había iniciado su andadura mucho antes.

En una de las páginas se recogían extractos de una conversación entre Foccart y un agente de los servicios secretos franceses, antes de las independencias. De Gaulle lo había nombrado secretario general de la Comunidad Francoafricana —un puesto creado especialmente para él, con el encargo de reorganizar los servicios de inteligencia—. En la conversación que recogían los papeles, Foccart pedía al espía un diagrama de la organización de la CIA, en que este era experto. Más adelante le preguntaba

sobre las técnicas usadas por los norteamericanos para eliminar a personajes incómodos para el poder. Al decirle su interlocutor que la CIA no acostumbraba a cometer ese tipo de acciones, le insistió en que recabara información sobre el asunto y que le proporcionara además los medios necesarios para ponerse en contacto con la Mafia.

—Los servicios de algunos asesinos pueden ser a veces útiles —añadía Foccart.

En otro apartado aparecía una lista de los medios más utilizados por los hombres de Foccart en aquellos años. Las ejecuciones se fueron multiplicando, fundamentalmente durante la guerra de Argelia, donde Foccart había trabajado duro a finales de los cincuenta.

Emmanuel removió el hielo de su gin-tonic con un giro lento de muñeca. Se levantó a buscar un bloc de notas.

"Comprobar relaciones OAS-Foccard", anotó al rememorar las alusiones a la extrema derecha en Argelia leídas en los papeles, antes del accidente.

Tomó después el marcador para destacar los métodos de asesinato. Metralletas y cuchillos figuraban entre los más corrientes, pero había uno más sofisticado: fusiles de bióxido de carbono adquiridos en Estados Unidos, donde se utilizaban para capturar vivos a animales, y en los que se sustituía el tranquilizante por algún veneno mortal. La víctima parecía haber sufrido un paro cardiaco, y se requería la asistencia de un cómplice que, simulando acudir en su ayuda, le retiraba la jeringuilla con que se había inoculado el veneno.

Al parecer, muchos opositores sufrieron crisis cardiacas en esos años.

La orden de matar venía siempre del primer ministro o de alguno de los miembros de su gobierno. Michel Debré, jefe del gabinete en esos años —siguió leyendo el periodista—, era quien comunicaba personalmente la operación a "Acción", el brazo ejecutivo de los servicios de inteligencia donde se había formado Foccart. El grupo tenía sedes en Toulouse y en Perpignan y estaba formado fundamentalmente por oficiales y suboficiales del ejército. Pero cuando las acciones se fueron endureciendo y éstos se resistieron al juego sucio, los servicios de inteligencia empezaron a reclutar a mercenarios entre los familiares de franceses residentes en Marruecos y Argelia víctimas de asesinatos a manos de indígenas. Finalmente, no les quedó más remedio que recurrir a ex presidiarios o a antiguos miembros de la policía marroquí o tunecina sin trabajo desde la Independencia de ambos países.

Había que disimular los crímenes de Estado bajo las siglas de alguna organización secreta: nació *La mano roja*, que firmaba los atentados cometidos por los servicios de inteligencia franceses contra opositores y traficantes de armas con destino al FLN, no sólo en Argelia, también en Francia, Alemania, Bélgica, Suiza. Así volaron por los aires barcos cargados de armamento en Hamburgo, en Tánger, en Gibraltar, en Ostende.

"Encantadores compatriotas", murmuró Emmanuel. "Deliciosos subterráneos."

Todo ello quedaba muy lejos aún de los años Sankara. Pero los papeles decían más:

15 de octubre de 1960: Félix Moumié, un líder de la oposición camerunesa es asesinado en Ginebra, víctima de envenenamiento con talio.

El muy inocente había accedido a tener una entrevista con un periodista en un restaurante, en la víspera de su regreso a África. El periodista resultó ser William Bechtel, miembro de los servicios secretos franceses.

"Otro que cayó un 15 de octubre", buscó sosiego Emmanuel en un nuevo trago de gin-tonic.

Siguió subrayando lo más notable del curriculum de Foccart, los intentos de asesinar a Sekou Touré, que se atrevió a decirle "No" a De Gaulle en el referéndum de creación de la Comunidad

Francesa, o el asesinato de Ben Barka. En el margen, había una frase célebre del policía Souchon anotada tras la muerte del líder marroquí: "Esto huele a Foccart".

Los años sesenta llenaban páginas enteras de nuevas lindezas del favorito de De Gaulle, su especialista en África. Pompidou primero, Chirac después, echaron mano de la amplia red de amistades —en la que convivían presidentes, ministros, empresarios y matones— que había tejido en África.

Hasta que le salió un competidor, a la sombra de Chirac. Un nuevo nombre para una nueva red: Charles Pasqua. Según los papeles de Sankara, llevaba años trabajando en África en la estela de Foccart, hasta que decidió que los nombres que llenaban su agenda bien merecían una gestión propia.

Porque la gestión era lo suyo. Muy joven se encaramó en la dirección de Ricard, empresa emblemática de alcoholes en Francia, de la que se convirtió pronto en el número dos.

"Pero su verdadera carrera", aseguraban los papeles, "la hizo en el mundo de la política y en las filas de la mafia corsa."

"Mira por dónde", siguió Emmanuel escribiendo en su bloc de notas.

En su primera lectura de los papeles, en Uagadugú, la referencia a la mafia corsa le había parecido surrealista. Ahora, en cambio, la institución iba encontrando acomodo en el puzle.

Nada más y nada menos que de la mano del corso Charles Pasqua, que para él sólo había sido el polémico ministro del Interior de Chirac, unos años atrás. Cuando mataron a Sankara, justamente.

Aún resonaba en su memoria la enjundiosa frase con que deleitó Pasqua a los franceses: "La democracia se detiene ahí donde empieza el interés del Estado"

Poco a poco, el corso fue ganándole a Foccart terreno en las preferencias de Chirac, hasta convertirse en su nuevo Señor África, con poderes absolutos porque el entonces primer ministro —año 76, leyó Emmanuel una acotación al margen— andaba más metido en otros pasillos de los subterráneos republicanos, a saber, su connivencia con un tal Saddam Husein o sus relaciones con el lobby de la industria militar. Pero las nuevas políticas petroleras hicieron mirar a los grandes hacia África y Chirac se metió de lleno en el asunto, con Charles Pasqua actuando a su sombra, como antaño hiciera Foccart para De Gaulle y Pompidou.

Los buenos oficios de Pasqua forjaron relaciones íntimas entre Chirac y Eyadema, presidente de Togo, y Sassou Nguesso, de Gabón.

"Dos joyitas", murmuró el periodista, que en más de una ocasión había escrito sobre ellos. Apuntó en su libreta nuevas conexiones: la crisis del petróleo y una filial de ELF, cuyo nombre había leído en la carpeta que quedó atrapada en los restos del todo-terreno. Lo había olvidado.

Más cosas sobre Pasqua: inicia muy pronto su carrera política al lado de De Gaulle, en 1947, y recibe un encargo muy especial: organizar el Servicio de Acción Cívica, fundado para contrarrestar la acción terrorista de la OAS —otra vez Argelia, pensó Emmanuel—. Más adelante, ese servicio fue acusado de ejecutar las acciones inconfesables del gobierno gaullista.

En 1976, se une a Jacques Chirac para fundar el RPR, partido con el que ocupa el cargo de Ministro del Interior.

Pero todavía quedaban redes por descubrir, con nombre propio también. Nombres nuevos para nuevos tiempos, porque llegó la era socialista. Muy pronto se dio cuenta Emmanuel de que, en asuntos africanos, todo seguía igual, sólo cambiaban los apellidos. La Red pasó a llamarse Guy Penne.

Sonrió al leer una anotación al margen: "Ojo, Papá-me-dijo." Había escuchado antes el mote. Se lo habían puesto los diplomáticos y gobernantes africanos a Jean Christophe Mitterrand. Ni más ni menos que el hijo del presidente de la República, y su asesor en materia africana. Recordó unas declaraciones de Mitterrand: "Mi hijo Jean Christophe, periodista, especialista en África, donde trabaja en el seno de un pequeño equipo, ejerce allí sus competencias profesionales. Y lo hace bien", justificó el nombramiento del vástago.

La cosa se iba poniendo seria. La excusa perfecta para un nuevo gin-tonic. Al servirlo se le hizo presente Albert y su extraña guerra. Tendría que hablar con sus compañeros de internacional especializados en estos asuntos. Una fuente de información de primer nivel y al alcance de la mano. Su regreso accidentado de Uagadugú le había elevado en la estima de todos, envuelto en un aura de heroísmo profesional que lo hacía más respetable, más accesible a la conversación de la jet del periódico, la que no se codeaba con cualquiera. Quizá no fuera mala idea asociar a alguno de ellos a su empresa.

"Papá-me-dijo", siguió leyendo en los papeles, "fue corresponsal de la agencia France Presse en Mauritania y en Togo, donde se hizo íntimo amigo de Eyadema, el dictador que llegó a las altas esferas del poder asesinando en 1963 al entonces presidente Olimpio —él mismo confirmó su hazaña a la prensa— hasta llegar, en 1967 y a golpe de kalashnikov, a la Jefatura del Estado, donde aún permanece, manteniendo lo que Amnistía Internacional llama el reino del terror."

En 1991 —recordó haber leído Emmanuel en la hemeroteca esa misma mañana—, un Congreso Nacional Soberano instituía la democracia en Togo, lo que animó a Mitterrand a pronunciar su discurso de La Baule. Meses más tarde fue disuelto a cañonazos y el "amigo de Francia", como lo llamaba Chirac, volvía al poder.

Miles de ciudadanos encarcelados, torturados, asesinados, lanzados al mar desde aviones remataban la obra del amigo de Papá-me-dijo.

Subrayada en rojo, una frase destacaba en los papeles: "Eyadema, íntimo de Pompidou, Chirac y Mitterrand".

Todos los grandes amigos de Francia encontraron en Jean Christophe Mitterrand una línea directa con el Elíseo. Sus amistades se multiplicaron por todo el continente. La que cultivó con Manda, uno de los hijos de Mobutu —fiel retrato de su padre—, fue una entre tantas. Patriotismo obliga. Había que facilitarle las cosas a Papá Mitterrand en África, porque estaban en plena cohabitación —Mitterrand y socialistas en la Presidencia, Chirac y neogaullistas en el Gobierno—, y las redes Pasqua y Foccart seguían actuando en África. El pastel era grande y apetitoso, y había que repartírselo.

"Apuesto que terminan poniéndose de acuerdo, si es que no lo han hecho ya", apuntó su intuición en el bloc de notas Emmanuel.

Siendo Papá-me-dijo la voz del presidente de la República en el continente negro lo pusieron a las órdenes de Guy Penne, el Señor África de la era Mitterrand. El mismo que estaba al lado del "cubito de Maggi" cuando el golpe que expulsó a Sankara del Gobierno. El mismo al que el PF negó el saludo cuando fue a recibirlo en Orly en representación del presidente.

"Así que a los que no quieren ser amigos de Papá-me-dijo no los va a buscar Mitterrand al aeropuerto", pensó el periodista. "Por malos."

Sin duda, todos los Señores África habían intentado meter a Sankara en su red, y ninguno lo había logrado. Porque Sankara no era Eyadema, ni Mobutu, ni Houphouet-Boigny, ni Sassou N'Guesso, recibidos todos ellos con honores en Orly, al son de los acordes de los himnos nacionales de los países amigos, sobre una moqueta roja a tono con sus delirios de grandeza. Emmanuel lo había visto en la televisión francesa, en las fotos a todo color de la prensa nacional.

Flanqueados por Mitterrand y por Chirac. Porque los intereses supremos de la Patria no entienden de colores políticos.

Cada uno de esos amigos de la República cargaba sobre sus espaldas decenas de miles de muertes. Y en sus cuentas abiertas en bancos suizos se pudría el dinero de sus pueblos.

Emmanuel se llevó la copa a los labios. Afuera, la nieve seguía cubriendo las calles. Escondiendo bajo su manto inmaculado las vergüenzas del país.

Pero Sankara no era de esos.

Compaoré sí, y todos lo sabían.

Por eso había cambiado la austera residencia presidencial de su predecesor por el lujoso palacio de Ziniaré, que él mismo se empeñó en diseñar.

Por eso había devuelto los tristes y ridículos Renault 5 a los garajes y sacado las limusinas de los trasteros.

Y se había puesto a la altura de sus colegas adquiriendo un Boeing presidencial.

La noche se hizo en París. Aún quedaba mucho por leer en los papeles de Sankara. Pero Emmanuel Durant no siguió. Se retiró a la esquina del salón en que le agradaba pasar largas horas escuchando música, su refugio desde que un Caterpillar lo devolvió a Francia. Introdujo en el aparato *Moffu*, de Salif Keita. La voz del albino respondía siempre a las expectativas de su melancolía.

Se sirvió un nuevo gin, dispuesto a dejar volar por su interior todo lo que acababa de leer.

¿Qué diablos habría ido a hacer Albert a Sierra Leona?

"Los franceses somos una raza especial", se dijo. "Cuando se trata de nuestro país, nada ni nadie es capaz de convencernos de la evidencia."

Él mismo, sin ir más lejos, había tardado diez años en convencerse de que el asesinato de Thomas Sankara se había decidido en los sótanos de la República Francesa.

Unos sótanos en los que conviven como buenos hermanos socialistas, neogaullistas, petroleros, mafiosos y fascistas.

Sólo quedaba por saber cómo y por qué.

Eso era lo que Sankara no le pudo contar. Lo que, por segunda vez en su vida, él se iba a empeñar en descubrir.

Aunque sólo fuera por sentir el privilegio de pertenecer al mundo de los hombres íntegros que el PF quiso instaurar en su país.

*

A primera hora de la mañana, una hoja se asomó en el fax de la sección de Internacional. El papel se deslizaba, lento, por las fauces del ingenio, vigilado de cerca por Anne, la encargada de la centralita. Giró la cabeza para leer el encabezamiento, y descolgó el teléfono:

—Señor Durant, en estos momentos está entrando un fax para usted.

Anne percibió la sorpresa del periodista al tomar de sus manos varios folios.

—¿Es importante? —preguntó.

—Sí, Anne, muy importante —respondió amable el periodista.

Tenía claro que si con alguien había que mantener buenas relaciones en aquella planta, era con la encargada de la centralita.

—¿Viene de muy lejos? —siguió curioseando Anne.

—De muy lejos. De Burkina Faso —se adelantó Emmanuel a la inevitable siguiente pregunta.

—¡Ah, Burkina Faso! Ahí es donde estuvo usted, ¿verdad? Cuánto me gustaría visitar un país de esos algún día —regresó la empleada a sus auriculares.

El fax era de Albert, escrito de su puño y letra. Emmanuel esperó a llegar a su mesa para empezar a leer. En las primeras líneas, el camarero de Le tam-tam aseguraba que tras la conversación del día anterior había sentido la necesidad de contarle el tormento padecido en Sierra Leona. Hasta entonces, nunca había encontrado a nadie con quien compartir el horror. "Porque hay cosas que no se comparten con cualquiera", decía. El periodista se enfrascó en la lectura de la carta:

> A las pocas semanas de entrar en el cuartel, nos llevaron a un centro especial de entrenamiento. Las condiciones eran durísimas, corríamos con mochilas cargadas de piedras durante horas. Nos enseñaron a manejar los kalashnikov, nos obligaron a pelear a puñetazos

entre nosotros. Comíamos basura. Era un verdadero infierno. Nos tuvieron así durante más de un mes. Éramos más de trescientos. Después nos dijeron que la Patria nos necesitaba para una misión muy especial y secreta, y que por eso habíamos recibido ese entrenamiento. Que debíamos sentirnos orgullosos por haber sido elegidos para esa misión y que el presidente Compaoré sería generoso con nosotros al volver de Sierra Leona. Porque era allí donde íbamos, a luchar contra los enemigos de Burkina Faso que querían acabar con nuestro país.

En 1988, recordó Emmanuel, empezó en Sierra Leona una guerra que aún duraba. Un grupo armado denominado RUF y creado por un tal Sankoh se enfrentó al gobierno en una de las guerras más cruentas del continente. Pero que él supiera, se trataba de un conflicto interno y Burkina nunca tuvo que ver con él. Siguió leyendo la carta de Albert.

Hicimos un viaje horrible, encerrados en camiones como ganado. Pasamos por Costa de Marfil sin ningún tipo de problema y nos hicieron bajar a unos kilómetros de la frontera. "A partir de aquí seguiremos caminando —nos dijeron—. Dentro de unas horas estaremos en Sierra Leona combatiendo con nuestros compañeros del RUF, los amigos que están luchando para liberar nuestro país." Yo nunca había oído hablar del RUF, ni sabía que nuestro país debía ser liberado de nadie, pero nada podía hacer. Desertar en ese lugar era una locura. Nos lo habían dejado claro: no habría piedad con los desertores. Estábamos agotados y teníamos miedo, mucho miedo. Caminamos durante horas, no sabría decirte cuántas. Una eternidad. Nos dividieron en grupos de treinta y en un momento determinado el mío se separó del resto. Supongo que cuando eso ocurrió ya nos encontrábamos en Sierra Leona. Seguimos caminando hasta llegar a un campamento. Era de noche. El guía que nos acompañaba abrazó a unos soldados que nos esperaban y todos rieron a carcajadas, gesticulando y gritando en un idioma desconocido para nosotros. Nos dieron de comer una sopa asquerosa y nos acomodaron en unas tiendas militares. Nos repartieron una manta a cada uno, y dormimos envueltos en ellas.

Me quedé dormido de inmediato, en parte porque estaba agotado y en parte por huir de aquella pesadilla. Nos dejaron dormir hasta tarde. Con el paso de los días, comprobamos que nadie nos ordenaba levantarnos a ninguna hora, porque en realidad allí no había nada que hacer. Si nos despertábamos a tiempo para el desayuno, comíamos, si no teníamos que esperar al rancho del mediodía. Siempre nos volvían a dar el agua infecta de la primera noche.

La primera mañana, nos llevamos una gran sorpresa al salir de la tienda. La gran mayoría de los soldados que deambulaba entre las tiendas eran niños. No jóvenes, Emmanuel, niños. Algunos de ellos no tenían diez años.

Antes de comer, nos repartían unos cigarrillos que debíamos fumar obligatoriamente. Algunos, al principio, dijimos que no queríamos, pero nos hicieron ver que en aquel lugar no se podía desobedecer. Uno de los de mi grupo siguió negándose y un jefe llamó a un grupo de niños. Entre grandes risas, lo tiraron al suelo y empezaron a darle patadas y golpes con la culata de sus kalash —así llamaban ellos a sus metralletas—. Supimos entonces que había que fumar cada vez que nos lo dijeran, y pronto nos dimos cuenta de que nos venía muy bien, porque después de cada cigarro nos sentíamos mejor, alegres, optimistas, y nos reíamos por cualquier tontería. Eso nos ayudaba a mantenernos vivos en aquel lugar extraño, La única ocupación obligatoria llegaba por la tarde. Hacíamos prácticas de tiro y de lucha. Nos dijeron que en el momento de entrar en acción esas lecciones nos salvarían la vida,

porque el combate sería muchas veces cuerpo a cuerpo.

Todos habíamos traído con nosotros los kalash que nos entregaron en Burkina. En el campamento nos repartieron unas bayonetas que se adaptaban a su cañón y nos enseñaron a usarlas, cargando sobre grandes sacos de paja.

En ningún momento nos explicaron quiénes eran ellos, ni contra quién debíamos combatir. Tampoco sabíamos cuándo nos llegaría el turno, y ninguno de nosotros se atrevía a preguntar. Como no hablábamos su idioma, en caso de necesidad nos dirigíamos a nuestro guía, que comandaba el grupo y servía de intérprete. No nos relacionábamos con los demás porque eran menores que nosotros y no los entendíamos. Me hice muy amigo de Alfa, un chico de mi edad, de Bobo-Diulaso. Pasábamos horas juntos, hablando de nuestras vidas y de aquella situación absurda que no comprendíamos. Cuando fumábamos los cigarrillos, nos reíamos mucho recordando nuestra infancia, los años de la escuela, nuestras familias.

Hasta que una mañana, nuestro jefe nos reunió en el centro del campamento:

—Por fin ha llegado el momento de servir a vuestro país —el guía nos repitió las palabras del jefe del campamento—. Nos estamos quedando sin provisiones y nuestros compañeros, que se encuentran combatiendo en el frente, no nos las pueden hacer llegar. Así que tendremos que procurárnoslas nosotros mismos. Vosotros nos sabéis aún cómo actuar, pero vuestros camaradas sí. Por eso os vais a integrar con ellos en comandos de cinco soldados. Ellos tomarán el mando, pues saben lo que hay que hacer. Tendréis que hacer todo lo que os digan. Ojo con el que no obedezca o intente huir: será ejecutado al regresar.

La salida fue al amanecer del día siguiente. Pasé toda la noche en vela, temblando de frío y de miedo. Toda mi vida volvió a mí en esas largas horas. También pensé en ti, Emmanuel. Entonces pensaba que habías muerto. No nos explicaron nada, no sabía dónde iba. Antes de salir, nos obligaron a fumar unos cigarros de esos. No nos dieron de comer, pero nos prometieron un festín a la vuelta. En cada comando metieron a dos burkinabé. No me tocó con Alfa.

Caminamos unas dos horas, calculo. Al mando habían puesto a un veterano. Debía tener unos catorce años. Otros dos niños nos acompañaban. No creo que tuvieran más de doce años. Los kalash eran más grandes que ellos, pero los sostenían como si hubieran nacido con ellos. Finalmente llegamos a la altura de una carretera. El jefe nos ordenó escondernos detrás de unos matorrales, y ahí pasamos al menos otra hora más. Hasta que a lo lejos divisamos un vehículo. Era un *taxi-brousse*. Cuando llegaba a nuestra altura, el jefe dio orden de salir a la carretera y pegando unos gritos tremendos los tres niños se pusieron delante del autobús apuntando al chófer con sus kalash. Nosotros hicimos lo mismo que ellos, pero en silencio. Uno de los niños me arrastró de la mano y me llevó hasta la parte trasera del coche. El *taxi-brousse* estaba atestado de pasajeros. Estaban aterrorizados y muchos lloraban, suplicaban que no los mataran. Todos vaciaban sus bolsillos y ponían lo que encontraban en ellos a los pies del jefe. Los otros dos niños seguían gritando como posesos. El chófer subió al techo del autobús y desató las cuerdas que sujetaban los bultos. De ahí salieron plátanos, mangos, ñames, y no sé cuántas cosas más.

Yo me preguntaba qué hacía ahí, Emmanuel. El cigarro me había transportado a otro mundo. Rezaba para que no me ordenaran matar a nadie, porque sabía que si llegaba la orden, la cumpliría.

Después nos indicaron con gestos a mi compañero y a mí que metiéramos todo aquello en unos grandes sacos militares que habíamos traído con nosotros. Había de todo: dinero, relojes, transistores, joyas, comida...

Ordenaron luego a todos subir al *taxi-brousse*. Algunos seguían gimiendo, suplicando;

todos obedecieron. Cuando el jefe me llamó, sentí que había llegado el final. Pero no. Me señaló el kalash y los neumáticos del coche. Entendí que debía disparar y así lo hice. Entre el estruendo me llegaban, como venidas de ultratumba, las carcajadas de los tres niños. Después cargamos los sacos sobre nuestras espaldas y nos adentramos en la selva.

El camino de regreso se me hizo mucho más corto. Creo que porque deseaba con toda mi alma no llegar nunca.

No todos tuvieron tanta suerte como nosotros. Algunos grupos asesinaron a los viajeros, unos porque se resistieron, otros porque así lo decidió el jefe. Supimos después que los niños tenían libertad para decidir qué hacer con ellos.

Delante de nosotros, unos mocosos fusilaron a uno de los nuestros. Se había negado a disparar sobre un hombre. Se ahorró lo que tuve que vivir yo días después.

Emmanuel levantó la vista del papel. No podía creerse que ese joven tranquilo y amable que le servía las copas en Le tam-tam hubiera pasado por todo aquello. Había oído hablar del horror de las guerras civiles de Sierra leona y Liberia, claro, pero aquello era distinto. Ahí estaba Albert.

¿Qué pintaban allí los soldados de Burkina Faso? ¿Por qué los había mandado Compaoré a una guerra que no iba con su país?

Siguió leyendo.

Una noche tuve la oportunidad de charlar con uno de los niños. Fue él quien se acercó a mí, porque sabía que nosotros hablábamos francés, y él también, porque era de Costa de Marfil. Su familia se había instalado en Sierra Leona hacía cinco años, antes de la guerra. Había fumado mucho. Me dijo que tenía doce años. Le pregunté cómo había llegado hasta ahí, y me lo contó. Sus padres eran campesinos y se habían instalado en una aldea donde cultivaban una parcela. Vivían tranquilos hasta que empezó la guerra. Llegaban rumores de que el RUF estaba secuestrando a niños porque necesitaban soldados. Una noche, cuando él tenía diez años, les tocó a ellos. En su casa entraron cinco soldados. Él era el único varón entre los hijos. Metieron a las niñas en una habitación, y le ordenaron a los padres que se pegaran a la pared. Uno de ellos lo cogió del brazo y le puso un kalash entre las manos. Se arrodilló detrás de su espalda y le ayudó a sostenerla. Le puso el dedo en el gatillo y le dijo que disparara. Él lloraba sin parar. Estaba aterrorizado. Disparó y vio a sus padres caer ensangrentados. Después se lo llevaron y lo metieron en un camión con otros niños de la aldea. No me podía creer lo que estaba oyendo, Emmanuel. Más tarde supe que a muchos de esos niños los obligaron a hacer lo mismo, para que no tuvieran un lugar al que volver. Enseguida empezaron a darle cigarros y a entrenarle. No recordaba a cuánta gente había matado. Me aseguró que ya no sentía nada cuando disparaba sobre alguien. Daba igual que fuera hombre, mujer o niño. Disparaba y ya está. "No pasa nada", me dijo. No me puedo olvidar de su voz. Hablaba lentamente, bajito, casi susurraba. Sus ojos no expresaban nada, parecía que no veía lo que tenía delante. Me fijé mucho en él en los días siguientes: siempre estaba fumando, deambulando por el campamento. Sentí piedad por esos niños asesinos.

Un día nos reunieron de nuevo para decirnos que al fin íbamos a entrar en guerra de verdad. Sólo permanecería en el campamento un grupo de veinte soldados.

La guerra de verdad significó entrar en un poblado a matar, violar y robar. Y a prenderle fuego después.

A veces pude disparar al aire, apuntar al lado de alguien para que mis balas no lo alcanzaran. Pero no siempre. La primera vez fue terrible. La segunda también. La tercera

también. Siempre fue porque me obligaron, Emmanuel, porque un jefe adulto me ponía delante de un hombre y me decía: dispara. Y yo lo hacía.

¿Qué no hará un ser humano por salvar el pellejo?, me he preguntado a menudo.

A veces, conquistar una aldea no era tan sencillo. Había hombres armados que las defendían. Ahí morían los niños como chinches. Siempre fumaban antes de entrar en combate. Se lanzaban al cuerpo a cuerpo como locos. Creo que lo hacían porque querían morir.

Tuve suerte, nunca me alcanzó una bala, nunca me rozó una bayoneta. Pero vi morir a Alfa a mi lado. Siempre procurábamos ir juntos. Los dos lloramos al despedirnos.

Después de eso, nunca más volví a ver el campamento. Íbamos de un lado a otro, dormíamos en la selva, comíamos a veces, fumábamos siempre.

Pensaba que ya sólo la muerte me sacaría de allí. Cuando llevaba nueve meses en ese infierno, nuestro jefe burkinabé nos dijo que volvíamos a casa. Que ya habíamos hecho bastante por nuestra patria y que les tocaba a otros.

Sólo regresamos cincuenta. Los demás se quedaron allí para siempre. A veces los envidio.

Después de dos meses en un cuartel de Uahiguya, nos dejaron volver a nuestras casas. El servicio militar había terminado para nosotros. El presidente Compaoré así lo había decidido porque nos lo merecíamos, nos dijeron. Había cumplido con su promesa de generosidad. Nos dijeron también que no debíamos hablar con nadie de lo que habíamos visto. Que era un secreto de estado y que nuestra vida corría peligro si lo hacíamos.

Nunca más he vuelto a oír hablar de Sierra Leona. No sé por qué ni cómo querían destruir Burkina Faso. Ni tampoco por qué el ejército de mi país mata allí a tanta gente inocente. No sé nada. Nada de nada.

Creo que me siento mejor por haberte contado todo esto. Pero no estoy seguro. Ojalá vuelva a verte pronto. Eres mi amigo *tubab*.

Emmanuel recordó a la enfermera que le acarició la cara en el hospital de Uagadugú. No había llorado desde aquel día.

*

Una llamada del jefe no es lo mejor para empezar la mañana. Y si la orden es acudir de inmediato a su despacho, los problemas están más que garantizados.

—Que me deje al menos quitarme el abrigo —suspiró Emmanuel.

No había pegado ojo en toda la noche. La pasó entera con Albert, con los niños de la guerra pegados a su insomnio, con el kalash colgado del cuello por única seña de identidad.

La cara del jefe no dejaba lugar a dudas: se avecinaba tormenta y Emmanuel se podía imaginar por dónde iban los tiros.

—¿En qué estás trabajando en estos momentos, Durant? —empezó serio pero sereno el veterano de Vietnam.

No valía la pena mentir. Cuando aún no has soltado el primer estornudo, el jefe ya sabe que estás resfriado. Porque en un periódico como este nunca falta un par de lameculos dispuestos a trepar sobre espaldas ajenas.

—Tengo nuevas informaciones sobre el caso Sankara. Hay algo muy gordo detrás. Todavía no sé qué exactamente, pero le aseguro que es importante.

Tras la lectura del fax de Albert, había pasado el resto de la jornada recabando información entre

algunos compañeros. Al regresar a su casa, traía nuevas piezas para añadir al rompecabezas. Se sabía aún muy lejos del final, pero también en el rumbo adecuado.

Le había enseñado la carta a Marcel, después de pensárselo mucho. Era el gran especialista de la casa en temas africanos, y un buen tipo. Confió en él.

—Si este testimonio es auténtico, tienes una bomba en tus manos —le había contestado el colega —. Se saben muchas cosas sobre la guerra de Sierra Leona, pero otras muchas están aún en la oscuridad. Qué es el RUF realmente, qué pretende, eso no está del todo claro. Su líder, Sankoh, se formó en un campo de entrenamiento libio, y ahí conoció a Charles Taylor; el señor de la guerra liberiano. Otro angelito. Estoy en contacto con colegas de varios países y te puedo asegurar que nadie imagina que hay soldados burkinabé metidos en esto. Te lo repito, Emmanuel, tienes una bomba.

Frente al jefe, le asaltó de nuevo la duda: ¿debía desvelarle lo que sabía? Decidió no sacar aún el as que escondía en la manga.

—¿Quién te ha encargado ese trabajo, Durant? ¿Crees que aquí se va por libre, que cada uno decide sobre qué trabajar por su cuenta, sin contar con nadie?

—Preferí no decirle nada hasta tener pruebas. Ya las tengo.

—Mira, Durant —se esforzó en mantener la calma el jefe—. Comprendo que lo que te pasó en África fue algo muy duro. Pero eso ya es agua pasada. Me parece increíble que vuelvas ahora con esto. Has estado llamando a Burkina, has recibido un fax de allá, has hecho preguntas a varios compañeros. ¿Qué pretendes, Durant? ¿De qué pruebas me hablas?

Le tendió la carta de Albert. Intentó leer en su rostro el impacto de la lectura. La temida bronca se iba diluyendo, frase a frase, entre expresiones de sorpresa. Cuando terminó de leer, Emmanuel supo que al fin lo iban a tomar en serio.

—¿Estás seguro de la autenticidad del testimonio? —preguntó.

—Absolutamente. He hablado con Marcel —recurrió a la autoridad del especialista en asuntos africanos—. Coincide plenamente con los métodos del RUF. Es imposible que Albert se haya inventado eso.

—¿Albert?

—Es el autor de la carta. Un joven camarero con quien trabé amistad en Uagadugú.

—Durant, tenemos una noticia de alto voltaje entre las manos. Una primicia de alcance internacional. Si de verdad hay soldados de Burkina Faso en Sierra Leona, la situación en la zona da un giro de ciento ochenta grados. Debemos publicar esto. Debes preparar un reportaje a partir de esta carta.

A Emmanuel se le cerraba un frente de batalla, pero se le abría otro. Esa noticia no era su prioridad. Se lo hizo saber al jefe:

—Sacar esta noticia ahora interferiría en mi investigación sobre Sankara. Es preferible esperar un poco.

—Esto no tiene nada que ver con la muerte de Sankara, Emmanuel. Si no lo publicamos ya se nos adelantará otro. Algo así no puede pasar desapercibido durante mucho tiempo.

—Yo creo que sí tiene que ver, jefe. Y mucho. Y le aseguro que esa noticia sí que será una auténtica bomba.

—¿Por qué tanta seguridad?

—De momento sólo es una intuición. Pero no nacida de la nada, sino de los papeles de Sankara.

—Los papeles de Sankara? —se sorprendió el jefe.

—Alguien que sabía que Sankara me iba a desvelar la trama que se preparaba contra él desde el exterior me hizo llegar varias carpetas de documentos, cuando aún estaba en Uaga. Allí me las robaron. Después vino el accidente. El atentado.

—¿El atentado? ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me comentaste nada sobre esos

papeles? —protestó el jefe.

—¿Cuándo? ¿Al volver aquí? ¿Cuando vino a verme al hospital? ¿En algún momento me tomó usted en serio? ¿No recuerda que me echó del periódico por empeñarme en seguir con esto? —se despachó a gusto Emmanuel.

—Y si te robaron los papeles —cambió de tercio el jefe—, ¿de dónde te sale la intuición?

—Han vuelto a mí —dijo triunfante el periodista—. Los recibí hace dos días. Me los ha mandado Alauna Traoré, el único superviviente del atentado contra Sankara.

—¡Joder, Emmanuel! ¡Vaya bombazo!

Durant lo miró en silencio. Había tardado diez años en darse cuenta. Diez años en hacerle caso. Más vale tarde que nunca —se dijo.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó el jefe.

—Si me puedo dedicar de lleno a esto, y las cosas salen como espero, lo podría tener resuelto en un par de semanas. Quizá antes. Necesitaré apoyarme en algunos especialistas de la casa.

—Cuenta con ello. A trabajar, Emmanuel.

Al salir del despacho del jefe, Emmanuel Durant era otro hombre. Acababan de poner a su disposición uno de los mejores equipos de investigación periodística del planeta. De camino a la hemeroteca, se detuvo ante la mesa de Marcel:

—Socio —le guiñó un ojo.

—Dime.

—Acabo de hablar con el jefe.

—¿Y?

—Te invito a almorzar.

—Hecho.

La cólera del Viejo

El Viejo rumiaba, encerrado en su biblioteca del palacio de Yamusukro, los últimos acontecimientos ocurridos en el país. Su mano izquierda mantenía un vaso de cristal fino en el que unos cubitos de hielo se derretían sobre un Chivas Regal 23 años, el único whisky que aceptaba beber; la derecha iba y venía en el aire al compás del soliloquio en que llevaba horas enfrascado, para preocupación de consejeros y criados que esperaban en el exterior algún signo de vida sin atreverse siquiera a insinuar sobre la puerta de ébano algún golpe que pudiera interrumpir al presidente.

Cuando Houphouet-Boigny piensa, el mundo se desvanece a su alrededor. Nada existe. Nadie existe. Se lo tiene dicho bien claro a todos los que, por su condición de criados o de ministros, tienen acceso a la estancia en que se haya recluido.

Y esa mañana tenía mucho en qué pensar. Empezando por la ingratitud de los pueblos. La tremenda, la inconmensurable ingratitud de los pueblos.

Las manifestaciones se sucedían en el país, reclamando no se sabía bien qué. ¿Acaso no se había mostrando fiel al discurso de La Baule, celebrando elecciones democráticas en 1990, permitiendo el multipartidismo, ese cáncer que estaba acabando con treinta años de partido único y de prosperidad?

¿Qué más querían esos estudiantes ignorantes de la historia de su país? Acaso nadie les había explicado, en sus casas o en sus escuelas, quién es el Padre de la Patria, el hombre que llevó a Costa de Marfil a la Independencia, el presidente más respetado del continente africano, el artífice del milagro económico del país?

"Vendido al Gobierno francés", se atrevían a decirle, escupían sus eslóganes, pintarrajeaban en las paredes. Estúpidos. Más que estúpidos.

Sabio, debían llamarle como hacen todos, por haber sabido nadar como nadie en la superficie y en las profundidades del poder francés en África. Haber sido en cada momento amigo de quien convenía ser amigo, enemigo de quien era aconsejable ser enemigo.

"¿Y todo eso para quién? ¿Para mí, para seguir en el poder?", masculló mientras se servía otro Chivas. "No, cretinos, no. Para vosotros, para que vuestros padres tuvieran algo que echaros en el buche al llegar a casa, para que os pudieran mandar al colegio que ellos jamás pisaron".

Le acusaban de haber hecho una fortuna exorbitante a costa de la miseria de su pueblo. Sí, era cierto. ¿Acaso no tiene derecho quien genera riqueza obtener una porción de beneficio por el trabajo realizado? Él no era un Mobutu, una de esas sanguijuelas insaciables que engulle hasta el último céntimo los recursos de su país, que no deja en las arcas del Estado ni lo justo para pagar los sueldos de los funcionarios. En Costa de Marfil se habían creado escuelas; la tasa de escolarización pasó del ocho al sesenta y cuatro por ciento —precisamente para que todos esos mequetrefes que jaleaban en las calles pudieran ser alguien el día de mañana—; se construyeron puertos, aeropuertos, carreteras y hasta autopistas. Autopistas, imbéciles, autopistas. ¿Dónde se han visto autopistas en África negra? En Costa de Marfil. ¿Quién las ha construido? Papá Houphouet.

Una fortuna exorbitante. Sí, ¿y qué? ¿Acaso creían esos hijos de mala madre que iban a obtener gratis el país más desarrollado del África Occidental, el espejo en que se miran todos los desgraciados del continente, la puerta a la que llaman todos los muertos de hambre de la región? Que se den un paseo por la meseta de Abiyán, que recorran las calles del barrio financiero, que se pregunten si esos rascacielos pertenecen de verdad a su país o a Nueva York. Aquí, están aquí, en vuestra propia casa, jauría de hienas, podéis pasearos por vuestra capital como si lo hicierais por Manhattan; contemplar los hoteles de lujo crecidos como setas en la ciudad para acoger a los miles y miles de turistas y de hombres de negocios que el Viejo os ha traído a casa para que dejen aquí sus buenos dólares, esos

dólares que os dan de comer todos los días de vuestras perras vidas; deslizaros, si así lo deseáis, por la única pista de patinaje sobre hielo de África, que mandé hacer para que no os sintierais menos que nadie, para que pudierais hacer lo mismo que los niños del frío norte. ¿Gratis queríais todo eso?

Ingratos perros los que muerden la mano del amo que les da de comer. Pues debéis saber todos que la Basílica de Nuestra Señora de la Paz que construí en esta ciudad de Yamusukro que me vio nacer y que tanta grandeza ha dado a nuestro país, la mayor y más hermosa del planeta, la que supera en extensión al mismísimo San Pedro del Vaticano, fue pagada por Papá Houphouet hasta el último céntimo. Eso deben saber todos los que andan diciendo por ahí que mientras el pueblo revienta de hambre, el Viejo derrocha las riquezas del Estado en caprichos de megalómano. De mi propio peculio, del dinero que he ganado honestamente por convertir el país en que vuestras madres os escupieron en un lugar que no os merecéis pisar. ¡El mismo Papa vino a postrarse a los pies de vuestra virgen! A proclamar que este es un país tocado por la gracia divina. A declarar ante el mundo que tenéis a un santo por presidente.

Al otro lado de la puerta de ébano llegó un rugido que el mayordomo Culibaly supo interpretar de inmediato. Provisto del medicamento del amo, entró a la habitación y se encontró con el presidente retorciéndose de dolor en su sillón.

—Excelencia, debe usted tranquilizarse, no le hacen ningún bien tantas preocupaciones —sabía el criado que era el único en poder dirigirse en esos términos al Viejo.

Cualquier otro, fuera su primer ministro o su legítima esposa, habría sido despedido a patadas de haberse atrevido a molestarlo con monsergas en una de sus crisis.

Un cuchillo afilado se revolvía en sus entrañas, una hoguera crecía dentro de su estómago. Culibaly le acercó, sobre una bandeja de plata, un vaso de agua en el que había vertido una buena dosis de su analgésico.

Afortunadamente, el efecto era inmediato. "Milagrosas", solía decir, esas gotas que le habían recomendado en el Elíseo.

Miró al mayordomo mientras se retiraba de la estancia. En él veía reunidas todas las virtudes del país que con tanto esfuerzo había logrado levantar. Un marfileño trabajador, honrado, agradecido, obediente. Una casta de marfileño en vías de extinción, sustituida por esos jovencitos que no han conocido las verdaderas penalidades que puede padecer un ser humano. Por eso lo respetaba como a un padre.

Se quejan de que no tienen libertad. De que las elecciones han sido amañadas. ¿Creían que iba a dejar su gigantesca obra en manos de ese Gbagbo para que se desmoronara como un castillo de naipes? Antes muerto. Ya se lo había dicho Mitterrand, tras el discurso de La Baule, cuando le advirtió al francés de que tomaba un camino equivocado con sus obsesiones democráticas.

—Tranquilo, Félix, tranquilo. Se trata de una simple formalidad, las cosas están cambiando en el mundo y tenemos que adaptarnos a los nuevos tiempos. No tienes nada que temer, jamás permitiremos que unas simples elecciones te quiten el poder. A ti no, Félix.

Libertad. Estúpidos. Yo liberé a este pueblo y a todos los pueblos de África de la peor de las opresiones, de los trabajos forzados. Yo, a vuestra edad, no recorría las calles portando pancartitas ridículas ni gritando consignas infantiles. Yo me jugaba la vida a diario, puse este pellejo de cocodrilo a disposición de mi pueblo, pasé por la cárcel, conocí en mi piel negra la tortura de los franceses, escapé a la muerte decenas de veces. Yo me puse a la cabeza de los plantadores para enfrentarme al explotador colonialista, decirle en sus barbas que esta tierra nos pertenece, me subí a la tribuna de oradores de la Asamblea Nacional en París para espetarles en sus narices que África sólo tiene un dueño, los africanos, y me senté en su propio gobierno, al lado del mismísimo presidente, en el corazón de la República, para lograr que este país recobrara la libertad y la dignidad. Francés me hice yo por vosotros, niñatos.

Yo me supe escurrir entre las navajas francesas para llevar de la mano al país hasta la Independencia. Tenía vuestra edad cuando mis sueños eran ya gigantescos.

Protestáis porque durante años gobernó el Partido Único. Desgraciados. Ignorantes.

Siempre lo dijo: mejor la injusticia que el desorden que acarrea el multipartidismo. No le había quedado más remedio que reprimir con violencia las manifestaciones del año sesenta, las de los años setenta y setenta y uno, con la ayuda del ejército francés, claro está. Había que preservar la unidad del país, ahuyentar las veleidades secesionistas. Esa era la orden venida de Francia, esa la que él cumplía con convicción. Bienvenido el partido único, decía, si ha logrado atraer al país a tantos inversores extranjeros, convertir sus campos en un vergel, dar de comer a sus familias, multiplicar por cinco el Producto Interior Bruto en veinte años.

Y ahora que llegan las dificultades, que el precio del café y del cacao caen en picado, que se desvanecen las esperanzas de encontrar petróleo en las entrañas del país, ya nadie quiere a Papá Houphouet. Hablan de dictadura, de represión, de corrupción, de injusticia social. Yo di vida a los sindicatos, y me lo pagan con huelgas. Yo di libertad a la oposición, y me lo pagan con manifestaciones.

Me llenan las calles de basura. Las calles antaño tranquilas de mi querido país, llenas de basura. A mí, que las mantuve limpias desde el mismo día de la independencia, que no hice derramar más sangre que la estrictamente necesaria para salvar a la Patria. Que hagan memoria, que recuerden lo que ocurría en el resto de África mientras nosotros no cesábamos de crecer.

En el Congo, con ese cretino de abate Yulu que exhibía a derecha y a izquierda a sus cuatro mujeres y su colección de sotanas Christian Dior. O con los desgraciados que le fueron sucediendo hasta que llegó Sassou.

Que recuerden, si es que alguna vez en sus míseras vidas lo han sabido, que la República Centroafricana se fue pudriendo en la corrupción y el tráfico de diamantes, y que encima se tuvieron que tragar al impresentable de Bokassa, maldita la gracia que me hizo tener que buscarle un escondrijo por aquí.

Analfabetos, que sólo saben corear como loros las consignas que les soplan al oído los cobardes que los lanzan a la calle, un Camerún es lo que se merecen, no llegar siquiera a oler las riquezas del país, en vez de haber ido a las escuelas que yo construí para ellos. Un Sékou Touré, se merecen, ese sí que no hubiera dejado ni una de esas sabandijas con vida, a todas las hubiera machacado, demasiado bueno he sido con ellos.

En esos infiernos deberían haberse criado los chacales que ensucian las calles de Abiyán, se sirve otro whisky, el último porque esa misma noche recibe a su querido amigo Foccart, "el alma de la Francia africana, o del África francesa, como prefieran", solía decir, "porque vienen a ser una misma cosa".

Entre todos los Señores África que se sucedieron en el Elíseo, ninguno como Foccart. Él es el mejor, de él siempre me conmovió su capacidad para entrever el futuro, adelantarse a los acontecimientos, dar el paso adecuado —se llevó el Chivas a los labios—. Desde De Gaulle hasta Mitterrand, nada ha cambiado en la política francesa en África. Nada esencial. Todos los Señores África, gaullistas, neogaullistas o socialistas han coincidido en lo fundamental: seguir mandando en África, por las buenas o por las malas. Nadie como yo fue capaz de entender eso, no en vano fui diputado y ministro francés. Pero entre todos, Foccart se distinguía de los demás por su sorprendente habilidad para navegar en las procelosas aguas del continente. Un genio, lo dije siempre y lo digo hoy. Un genio. Una eminencia.

Él sabía mejor que nadie que la vida de una, diez, cien, mil personas no es nada cuando se pretende crear un gran país. Que es de hipócritas pretender horrorizarse por la muerte de un puñado de imbéciles cuando su sacrificio es el precio a pagar por hacer grande la Patria. De hipócritas y de

cretinos, como esa manada de borregos que levantan pancartas contra mí.

Quién recuerda ahora la cárcel especial de Asabú, aquí en Yamusukro, donde se pudrieron todos los conspiradores que intentaron entorpecer nuestro gran proyecto. Foccart fue quien me aconsejó destruirla en 1969. Un genio. Es como si nunca hubiera existido el penal. Un maestro en el arte de mover fichas, Foccart. Eso sí, fiel con sus amigos hasta las últimas consecuencias. Por eso le hice el favor que me pidió encarecidamente, y admití a Bokassa en el país durante cuatro años, el tiempo necesario para que pudiera instalarse en Francia sin escandalizar a nadie, porque como él me lo repetía a menudo, "la memoria de mis compatriotas sólo es larga cuando les tocan el bolsillo".

No, nadie podía decir en el Elíseo ni en sus sótanos que le hubiera negado jamás un favor ni a Foccart, ni a los demás Señores África. Charles Pasqua, Guy Penne, todos, absolutamente todos sabían que podían encontrar en él a su hombre en África. Un pacto es un pacto, y a todos toca cumplirlo. Bien lo había hecho Francia cuando él la necesitó. Ahí estaban sus marinos, sus paracaidistas, sus economistas, sus consejeros, sus servicios secretos. Y su dinero, cuando hizo falta. A él le tocaba ser la voz de Francia en el África Occidental, y más allá también, que prestigio y solvencia le sobraban para ello. La voz y el policía, si era necesario.

Y lo era, por supuesto que lo era. ¿A quién si no acudió el Señor África cuando lo de Sankara? A Papá Houphouet, claro. Bastante estima le tenía al pequeño, a pesar de su soberbia, de sus andares de Che Guevara, de su palabrería revolucionaria, de sus golpes de efecto. Porque en su juventud había sido como él. Un idealista. Un combatiente.

Una lástima, porque el tiempo le hubiera enseñado a poner los pies sobre la tierra, a comprender la política. O no, quién sabe, porque el hombre era de ideas fijas.

Hasta el último momento había intentado hacerlo entrar en vereda. No desperdició ninguna oportunidad de evitar lo que nadie quería. No era capaz el infeliz de comprender que en la Francia africana, o en el África francesa, la política es entenderse. O te entiendes con los demás, o sobras.

No, no le había podido negar tampoco ese favor al Señor África, porque el pequeño no daba su brazo a torcer y los amigos de París se impacientaban. "La máquina no se puede detener, tiene que seguir su curso", le había insinuado en una ocasión al PF. "De todos modos no se va a parar. Nadie la puede detener, y un presidente revolucionario del culo del mundo menos que nadie", intentó hacerle comprender. "¿Qué máquina?", había preguntado Sankara, y el Viejo se reía a carcajadas.

Blaise sí. Ese sí que tiene futuro, lo entendí la primera vez que lo vi. Detrás de esa cara de ángel se escondía un hombre inteligente, astuto, cruel.

Sí, cruel. ¿Acaso se puede ser un buen gobernante sin ser cruel? Muy pronto comprendí que él era nuestro hombre, y así se lo dije a los franceses.

"Adelante", me dijeron; "sin prisas", contesté. Sabía que había que hilar fino. Y que el asunto bien merecía desprenderme de mi querida Elodie. Que había llegado su momento, mujer como esa no podía caer en cualquier brazo: estaba reservada, por orden directa del destino, a encumbrarse en lo más alto. Yo sabía que no se conformaría con ser la esposa de un primer ministro pudiendo ser la del presidente de la República; con cambiar la langosta por la pintada; con beber agua en vez de champán.

Lo sabía porque para eso la dejó su padre a mi lado. "Te dejo a mi hija africana", me dijo el buen René De la Fressange antes de volver a Francia. Su sitio está en estas tierras, y tú sabrás ponerla en el lugar que le corresponde.

Buen tipo, el gobernador. Un auténtico francés. Y mira que tuvimos broncas, que nos odiamos, que nos deseamos la peor muerte. Hasta que el tiempo puso las cosas en su sitio. En el sitio de los caballeros.

Eran otros tiempos. Eran políticos de otra estirpe. Nada que ver con esos mamarrachos tipo Gbagbo que llevaban más de dos años azuzando a los jóvenes contra él, obligándole a meter al ejército en las aulas, a saquear los dormitorios universitarios que él, y no otro, había levantado.

Hijos de perra. Se habían ganado a pulso que el general Guei lanzara sus cohortes contra la ciudad universitaria Yopougon con la consigna de violar en todos los pisos.

Él mismo lo felicitó y firmó el decreto de absolución a pesar de las conclusiones acusatorias de la Comisión de Investigación que París le recomendó poner en marcha.

Hijos de perra. Chacales ingratos que le estaban amargando sus últimos meses de vida. Ellos y nadie más que ellos habían hecho nacer en sus entrañas el maldito cáncer que se lo llevaba a dentelladas de este mundo —decidió servirse un último Chivas Regal 23 años.

El único whisky que aceptaba tomar.

—Este sí, el último —gruñó.

El día de los kalash

A las doce de la noche, el PF decidió que era hora de irse a dormir. Posó cuidadosamente su guitarra en el suelo y se dirigió hacia el escritorio para coger el despertador chino que siempre llevaba consigo de su refugio al dormitorio, del dormitorio al despacho. "El despertador viajero", lo llamaba. Lo había acompañado en sus viajes a Trípoli, a París, a Moscú, a Pekín, a La Habana, a Tinduf.

Había pasado la última hora rasgando su guitarra, como siempre que necesitaba relajarse, evadirse de la tensión cotidiana. La música era una de sus grandes pasiones, y a menudo sus recuerdos lo devolvían a los tiempos en que formaba parte de los *Tout à coup Jazz*. Más de un baile había animado el conjunto en las fiestas de Po, más de una noche había alegrado las noches de sus comandos.

Aquellos eran tiempos más tranquilos. Conducir a su país por mejores caminos sólo era entonces un sueño. Un sueño que guiaba todos sus pasos, eso sí. Un sueño para el que se preparaba estudiando, leyendo, frecuentando los círculos izquierdistas del país, animando células clandestinas de formación política en el ejército.

En aquella época aún creía que se trataba únicamente de llegar al poder. Que la preparación y la buena voluntad de los hombres y mujeres que lo acompañarían en su aventura harían el resto. "En el ideal por un Alto Volta mejor no caben los empeños personales", pensaba entonces. Una mueca agria se dibujó en su rostro al recordarlo.

Una jaula de grillos. Una manada de parásitos. Un ejército de pequeñas miserias, de grandes ambiciosos. Esa era la izquierda con que se había encontrado tras el cuatro de agosto. Sólo un puñado de ellos era digno de ser llamado revolucionario.

Llevaba cuatro años intentando poner orden en casa, soldar las fracturas, retener a los individualistas, contener la ola de personalismos.

En vano. Todos se daban codazos para acceder a los puestos de responsabilidad, copar para su partido las mayores cotas de poder, hacer valer su curriculum revolucionario.

Tajadas de una tarta eran para ellos los cargos políticos de la nueva administración.

"Estás desbordado por tu fe ciega en el ser humano, tu confianza absoluta en la amistad", le decía a menudo Mariam, y él se revolvía como una fiera contra esas palabras. Porque sabía que ella tenía razón, y no podía aceptarlo.

No podía aceptar que gobernar un país exigiera ser cruel, como le había dicho alguna vez Houphouet-Boigny.

Houphouet-Boigny. El viejo cocodrilo devorador de capitanes. El mejor símbolo de la política que execraba. La que lleva al Olimpo de los Grandes Hombres de Estado a los peores asesinos, con tal de que sepan disimular sus crímenes tras la máscara de la sabiduría.

"El Sabio", lo llamaban algunos.

Si de alguna sabiduría disponía, era de la que le había permitido hacerse francés en África, africano en Francia; elevar sobre Abiyán rascacielos que ocultan los interminables barrios de chabolas; oler el dinero a distancias siderales; repartir las dádivas necesarias para ocultar su inmensa fortuna entre muros de silencio.

Sembrador de semillas de discordia, eso era el Viejo. Ya no le cabía duda de que él era quien había echado a la fiera en brazos de Blaise, la manzana podrida en la cesta de la Revolución, como decían los burkinabé.

¿Cómo pudo no darse cuenta antes, aquel día en que su amigo regresó exultante de Abiyán, poseído por el veneno de la víbora? Él mismo lo había animado a casarse, al verlo debatirse entre la

duda, a punto de enloquecer por su ausencia.

No, Blaise ya no era el mismo. Sus conversaciones habían perdido calidez, afecto. Los desencuentros se hacían más frecuentes, las discusiones más acaloradas, las divergencias, más agudas. Las advertencias le llegaban por doquier. Hasta los periodistas extranjeros mencionaban en sus entrevistas la posibilidad de que algún día lo traicionara. El rumor de que las cosas no iban bien entre los dos amigos se propagaba en Uaga a la velocidad del harmatán. Sus hombres más fieles lo prevenían contra sus verdaderas intenciones y hasta Mariam le había leído en la carta de una amiga el peligro que corría.

¿De verdad sería capaz Blaise de traicionarlo?

Esa era la pregunta que llevaba meses atormentándolo. Repasaba una y otra vez la historia de su relación: los sueños compartidos en la Escuela de Paracaidistas de Rabat; la admiración mutua; las confesiones íntimas; la complicidad permanente.

Cierto, ya no era el mismo, ¿pero podía un hombre cambiar hasta el punto de hacerse irreconocible? Las mejores amistades podían pasar por momentos difíciles, pero cuando reposaban sobre cimientos poderosos, nada las podía derrumbar.

Todos lo animaban a que tomara la delantera, a que desenfundara primero, a que golpeara antes de ser golpeado.

¿Matar él a Blaise, encerrarlo en una mazmorra? Imposible. Se despreciaría a sí mismo el resto de sus días. No merecería la confianza de nadie. Ni la de su mujer, ni la de sus hijos, ni la de su pueblo. Durante toda su vida se había esforzado en hacer de cada decisión una lección de coherencia. Mejor cederle la presidencia antes que llegar a eso. Sí, estaba dispuesto a dimitir, ya lo había anunciado en varios Consejos de Gobierno. La Revolución estaba en marcha, lo importante era no detenerla.

En ese momento menos que nunca. En Bobo-Diulaso, hacía dos meses, había anunciado el proceso de Rectificación de la Revolución. Era hora de corregir los errores, afrontar nuevos retos. Todos los profesores expulsados del cuerpo en el fragor de los primeros tiempos de la Revolución serían rehabilitados. Los excesos de los CDR serían cortados de raíz. "Nuestra Revolución", había repetido dos semanas antes, "sólo tendrá sentido si los burkinabé son más felices porque pueden beber agua sana, recibir educación, vivir en casas decentes, ir mejor vestidos, comer a diario."

Apagó la luz del refugio. En el patio, una brisa ligera mecía las ramas de la ceiba. La ciudad descansaba en silencio.

Mariam se había dormido. Acarició su espalda desnuda con cuidado para no despertarla. Tendido a su lado, cruzó los brazos bajo la nuca, dispuesto a afrontar el insomnio anunciado.

No. Nada de violencia. Hablaría con Blaise de una vez por todas. Cara a cara, de amigo a amigo. Lo sentaría frente a él, y no lo dejaría salir de la estancia hasta que todo estuviera aclarado, hasta sellar con un abrazo el regreso de la amistad. "Si quieres ser el presidente del país", adelantó en su interior la conversación, "el puesto es tuyo. Estoy seguro de que lo harás igual o mejor que yo. Seguiremos trabajando juntos, desde cualquier puesto puedo hacerlo. Cuando decidimos meternos en esto, ni siquiera hablamos sobre quién debía ponerse al frente. Formábamos un equipo, y así debemos seguir. No tiremos por la borda nuestros sueños, Blaise. Nuestro pueblo jamás nos lo perdonaría. Miles de ojos están puestos sobre nosotros en todo el mundo. Los revolucionarios de los cinco continentes están atentos, esperanzados. ¿Los defraudaremos? Nadie había oído hablar de este país hasta el 4 de agosto de 1983. Nadie era capaz de situarlo en el mapa. Nosotros lo hemos hecho. Le hemos puesto nombre a la esperanza, Blaise. Para muchos, la esperanza se llama hoy Burkina Faso".

"Sé lo que está pasando, no soy tan idiota", siguió inmerso en sus pensamientos. "No soy el último en enterarme, estoy más que advertido, no necesito más pruebas. Quiere el poder, es posible. Admitámoslo. Pero Blaise no está ciego, es un hombre inteligente. Muy inteligente. Aun así debo

tener cuidado. ¿Cómo decirle que la mujer de la que se enamoró como un quinceañero no era más que una carnada lanzada por el Viejo?"

Él lo admira, lo tiene encumbrado. ¿Cómo decirle que es la encarnación de todo lo que combatimos, el más dócil instrumento de Francia para seguir dominando a los países que abandonó después de haberlos exprimido?

¿Cómo explicarle que a él lo están utilizando, pero a diferencia de lo que hacen con el Viejo, sin su consentimiento, como a una marioneta?

No es a Blaise a quien hay que temer, sino a los que mueven los hilos de sus decisiones. "Por eso me he esforzado en los últimos meses en reunir tanta información sobre ellos, los que de verdad están detrás de lo que nos está pasando. Por eso mis mejores hombres en el extranjero han estando recabando noticias, husmeando en embajadas, lanzando mensajes perversos a los buitres que rondan sobre el cadáver de la Revolución".

Hasta que mis mensajes envenenados dieron su fruto, y los buitres cayeron en la trampa, se dijeron ya es de los nuestros, tarde o temprano todos caen en la tentación. Y me expusieron sus propuestas, jugosas, apetitosas, criminales. "Muy bien", les dije, "cerremos acuerdos, con discreción, esto es entre ustedes y yo, ya saben, como con mis colegas, desde Cabo de Buena Esperanza hasta el Estrecho de Gibraltar. Acuerdos por escrito disfrazados de asuntos de Estado, claro", y así se hizo. Recibí los papeles y entendí mejor que nunca las palabras del Viejo, lo que quería decir con eso de que la verdadera política se fragua en los subterráneos.

Por eso desvelaré todo lo que sé al periodista que viene a verme pasado mañana. Para cortarles los hilos bajo las manos y dejar que la marioneta Blaise se estampe contra el suelo, se dé cuenta de la realidad. Porque si soy yo quién se la cuenta, nunca la admitirá.

Pero cuando lo lea en la portada del periódico más leído de Francia, se le caerá la cara de vergüenza y al fin comprenderá.

No estaría mal tampoco verle la cara al presidente de la Francia socialista. ¿Estará al tanto de lo que se cuece en las cocinas de su país? ¿Serían también sus discursos grandilocuentes, sus grandes declaraciones sobre la justicia y la libertad, sobre la igualdad entre los pueblos pura fachada, una pantalla más entre las tantas desplegadas sobre la tremenda realidad?

No, Mitterrand no. Hay gobernantes y gobernantes. Dirigentes y saqueadores. Mitterrand es un dirigente, hábil en el arte de moverse en las aguas movedizas de la alta política, ese territorio vedado a los santos. Pero un saqueador, no.

Eso esperaba, al menos, por lo que había percibido en sus encuentros y desencuentros con él.

El sueño iba y venía en oleadas. Cuando parecía al fin sustraerlo a sus meditaciones, cuando intentaba dejarse arrastrar por él, abandonarse a sus brazos, nuevos pensamientos entraban en escena, como en una representación teatral tediosa e interminable.

Mitterrand escuchando sus palabras en París, en 1983, recién llegado a la Presidencia del Faso. Él escrutando sus facciones, buscando alguna reacción en ese maestro de la imperturbabilidad. Ante decenas de Jefes de Estado de todo el mundo, le había espetado:

> Le gusta a usted hablar del derecho de los pueblos. Le gusta a usted hablar, con una lucidez que apreciamos, de la deuda, del desarrollo de nuestros países, de las dificultades que encontramos en los foros internacionales. Le pedimos que siga haciéndolo, porque hoy somos víctimas de los errores de los demás. Se nos quiere hacer pagar por partida doble los actos de otros. Pero ya está bien de lamentaciones. Juntos, organicémonos, cerremos el paso a la explotación, a los templos del dinero. Ningún altar, ninguna creencia, ningún libro santo, ni el Corán ni la Biblia ni los demás han sido jamás capaces de reconciliar al rico con el pobre, al explotador con el explotado. Que lo que llamamos ayuda no se convierta en

calvario, en suplicio para los pueblos.

El rostro de Mitterrand tenso, endurecido por las palabras de un joven capitán, pronunciadas en su propia casa, con el mundo entero por público, se fue difuminando en las neblinas del sueño.

Le gustaba dejarse arrullar por la respiración serena y suave de Mariam.

Mañana le diré a Blaise que tenemos que hablar...

A las seis de la mañana, se despertó sobresaltado. La almohada empapada en sudor delataba una noche agitada, un sueño breve y zarandeado por los mismos pensamientos que lo habían mantenido en vela hasta tarde en la madrugada.

Mariam ya se había levantado. Él sabía que para ella tampoco la noche había sido apacible.

Bienvenido al territorio de la Gran Verdad

Desde las alturas de la Torre Eiffel, París se pierde en la bruma de sus sueños de grandeza. El vómito de sus chimeneas y la transpiración de sus calles se elevan sobre la ciudad para cubrirla con un techo gris que sus parques se niegan a digerir. En el ático de la capital de la República, Emmanuel rumiaba las palabras de Marcel.

Su compañero lo había llevado hasta allí tras el almuerzo para hacerlo entrar en razón.

—Todos estamos demasiado ocupados en cumplir con los ritos de la ciudad —inició un lento travelín con el brazo extendido sobre los tejados— para desviar la mirada hacia nuestro interior y descubrir el país que llevamos en la sangre. Cada día hay que echarse a la calle para trabajar, desplazarse por las venas de la ciudad, repetir los saludos cotidianos, engullir el plato que nos ponen delante, soñar con las vacaciones del verano, cumplir con el anuncio publicitario, en una palabra, construir la felicidad. Nuestra capacidad para escandalizarnos es proporcionalmente inversa a nuestro instinto de supervivencia. Y bastantes obstáculos nos encontramos a diario para permitir que se nos pongan otros delante.

*

Habían ido a almorzar juntos. Tras su conversación con el jefe, Emmanuel había invitado a su compañero a formar equipo con él. Marcel estaba en contacto con colegas de medio mundo, sabía sobre África más que nadie en el periódico y la confesión de Albert le había abierto una puerta nueva en el marasmo en que se hallaba hurgando. Con él a su lado, la investigación sobre la muerte de Sankara tomaba un nuevo rumbo.

—De acuerdo —aceptó el compañero—. El tema merece la pena. Eso me desviará momentáneamente de lo que estoy haciendo ahora, pero si estás convencido de que hay algo más que la mano de Compaoré detrás del asesinato del presidente, adelante. Tendrás que contarme todo lo que sabes.

Hablaron largo y tendido. Emmanuel puso sobre la mesa las piezas del puzle halladas en los papeles de Sankara. Marcel le habló sobre lo que tan ocupado lo tenía desde hacía semanas: las actividades de empresas francesas en otros lugares del continente. Gabón y Congo Brazzaville eran su campo de estudio actual. Un campo que esconde gigantescas reservas petrolíferas.

—Estoy metido de lleno en ese tema en estos momentos —le dijo a Emmanuel—. Algunos de los nombres de que me hablas aparecen en esta historia. ELF, Rivunion, el FIBA. No sé si hay algo en común con Burkina Faso, porque, que se sepa, su suelo no esconde grandes riquezas. Mucho menos petróleo. Que sepamos nosotros, claro está. Y de petróleo es de lo que se ocupa ELF. Pero hay que tener en cuenta que esta gente hace prospecciones secretas en medio continente, previo pago de poderosas comisiones, y lo que hoy se da por imposible mañana puede ser una realidad. Ha pasado en otros países. En Guinea Ecuatorial, por ejemplo. Salvo que allí fueron los yanquis los que se llevaron el gato al agua.

—¿O sea, que podría haber petróleo en Burkina? —preguntó Emmanuel.

—Podría ser.

—Pero sin prospecciones es imposible saberlo.

—Imposible.

—¿Y esas prospecciones secretas de que me hablas, esas comisiones?

—Esas comisiones van a parar al Jefe del Estado, el único que puede autorizar algo así y garantizar el secreto. Generalmente, el dinero es transferido a una cuenta del presidente en el

extranjero, casi siempre en Suiza. Lo que haga él después con ese dinero, lo que reparta o deje de repartir en su entorno de ministros y generales es asunto suyo.

Petróleo en Burkina. Emmanuel se dejó transportar hasta el despacho de PF mientras hundía su cuchara en la suculenta bullabesa recomendada por el camarero. El rostro afable, la mirada aguda de Tom Sank se le hicieron presentes.

¿Era eso lo que le iba a desvelar en su último encuentro? ¿Intentaría la empresa francesa sobornarlo para prospectar bajo el árido suelo burkinabé en busca de petróleo?

Marcel le había hablado de la guerra que mantenían las multinacionales en busca de nuevos yacimientos. Guerra sin cuartel entre ellos, sin piedad con la población que se afana sobre los mares de oro negro.

¿Qué había sido la guerra del Biafra sino eso? —le explicó su colega— ¿Esa lucha por la independencia del pueblo igbo, en la región secesionista de Biafra, no era para las grandes potencias ante todo una batalla por el control de sus inmensas reservas petroleras? ¿Por qué Francia envió armas y mercenarios a los independentistas mientras ingleses y soviéticos apoyaban a Lagos? Londres no podía permitir que el petróleo de Biafra se les fuera de las manos a sus aliados nigerianos; Francia debía intentar sacar tajada del asunto, prestar apoyo a los independentistas a cambio de futuros acuerdos. Sus aviones de ayuda humanitaria —un avión de la Cruz Roja fue abatido— viajaban repletos de armas. Mientras tanto, en Biafra, bloqueada por el ejército nigeriano, los vientres de los niños se hinchaban como balones, los esqueletos recorrían los campos en busca de la nada, la conciencia occidental se estremecía ante el horror de la violencia interétnica, sin saber que la verdadera guerra la estaban librando Shell, BP y ELF.

Más de un millón de personas murieron entre 1967 y 1970. La mayoría de hambre, porque Londres, Moscú y Lagos decidieron que cortar toda posibilidad de avituallamiento a la población era la mejor manera de acabar con las pretensiones secesionistas de los igbo.

—Los franceses sólo perdieron una batalla en Biafra. La guerra de verdad no había hecho más que empezar —le dijo Marcel.

¿Fue la negativa de Sankara a poner en manos siniestras el petróleo de Burkina lo que lo condenó a muerte?

—Lo que te voy a contar sobre Congo aún no ha llegado a la opinión pública —le pidió Marcel discreción absoluta—. Conocemos las implicaciones de ELF y estamos cerca de poder demostrarlas. Además, queremos saber si hay algo más.

—¿Es decir?

—ELF no es el Estado francés. Es una empresa privada. Fue pública en su momento, pero ahora no lo es. Lo que hagan ellos no acusa directamente al gobierno francés, aunque nada dice que no esté implicado. Es más, sospecho que sí lo está. Pero hay cabos sueltos, y ya sabes que en nuestro oficio todo ha de quedar bien atado antes de aparecer en el papel.

—Bueno —replicó Emmanuel—, no es ningún secreto que Francia ha estado presente en más de un conflicto africano, que nuestros paracas han sido lanzados sobre más de un país. Ya sabes, los famosos acuerdos de cooperación militar, una forma legal de tener al ejército donde te conviene.

Marcel se llevó a los labios la copa de vino blanco. Emmanuel había confiado en él, le había enseñado el fax de Albert, le había puesto delante los papeles de Sankara, le había hablado de la entrevista que nunca tuvo lugar, del superviviente con el que había retomado contacto, del atentado disfrazado de accidente. Le tocaba a él soltar prenda. Un equipo es un equipo.

—Esto es muy diferente. Lo que está haciendo ELF esta vez no es sobornar a sus amigos. Lo que ha hecho es crear una guerra civil. Poner en marcha una guerra, ¿te imaginas? En Biafra, se limitaron a apoyar una guerra civil que estalló por su cuenta, apostar por uno de los caballos cuando la carrera ya había empezado. Esto, si me permites el exceso, esto es aún peor. Y ojo, que cuando se sepa toda la

verdad no se hablará de guerra civil, sino de genocidio.

—¿Y crees que el gobierno francés...?

—Pongo mi mano en el fuego. Pero sin pruebas no puedo hacer nada. En esas ando.

—Joder —se asombró Emmanuel.

Con más motivo tras escuchar a su amigo, le habló de Sassou N'Guesso, el íntimo del Elíseo desde Pompidou hasta Chirac, pasando por Giscard d'Estaing y Mitterrand. Militar izquierdista en los sesenta, formado en su país, en Argelia y en Francia, desembarcó muy joven en los círculos de poder congoleños y mostró una extraordinaria habilidad para escalar puestos sobre los cadáveres de quienes se situaban por delante de él. Con veinticinco años era ya uno de los oficiales que derrocaron al presidente Masemba en 1968. Fue uno de los fundadores del Partido Congoleño del Trabajo, el primer partido marxista leninista y prosoviético en acceder al poder en África, en enero del setenta. Ngouabi, el nuevo presidente, lo elevó a la Dirección de Seguridad Nacional primero y al Ministerio de Defensa después. Ngouabi fue asesinado en 1977 en una conspiración interna de la cúpula del partido que acercó un poco más a Sassou N'Guesso a su objetivo último. Sólo tardó dos años más en asestar el golpe definitivo, quitándose de encima a Opango, el sucesor de Ngouabi. Para entonces ya arrastraba tras de sí una larga experiencia en materia de represión, una extensa lista de torturados, encarcelados y asesinados.

Francia bendijo la llegada del amigo N'guesso. Y con razón, porque nada más acceder al poder se deshizo del lastre marxista-leninista, aunque no de sus signos externos, ni de las amistades hechas en el camino, y entró en conversaciones con el FMI. Las puertas del petróleo congoleño se le abrieron a Francia de par en par.

Si el hombre fue hábil para llegar al poder, más aún lo fue para mantenerse en él. Las lecciones aprendidas a su paso por la Dirección de Seguridad Nacional y el Ministerio de Defensa le fueron de gran utilidad. Mantuvo la calma en el país bañando en sangre cualquier tentativa de oposición, hasta que a mediados de los ochenta le crecieron un par de enanos salidos de su circo particular. Pero para algo están los amigos, y Mitterrand le envió unos cuantos aviones cargados de paracas, y asunto arreglado.

Se acercaba la fecha en que Papá Mitterrand hizo saber a todos sus peones africanos que tocaba democracia. Pistoletazo de salida de la carrera hacia la reconversión de sangriento dictador en demócrata de toda la vida: discurso de La Baule, año 1990. N'Guesso llegó uno de los primeros, se mostró más que aplicado: transfirió la mayoría de sus poderes a un Consejo Superior de la República —ya habría tiempo para recuperarlos pasado el período de transición—, proclamó el fin de un marxismo-leninismo que de todos modos llevaba tiempo enterrado, devolvió al país el nombre de República del Congo, dejando caer el impopular adjetivo de "popular" que había insertado años antes su Partido Congoleño del Trabajo.

Pero las cosas le salieron torcidas al nuevo demócrata y las elecciones le depararon amargas sorpresas. En las legislativas del 92 sólo obtuvo 19 diputados en un parlamento de 125, y en las presidenciales del mismo año sólo lo apoyó un 16% del electorado. Nuevo presidente: Pascal Lissouba, antiguo primer ministro suyo caído en desgracia años antes. La especialidad de N'Guesso no era el pucherazo, pero ya habría oportunidad de aprender.

Como más sabe el asesino por oficio que por criminal, N'Guesso se retiró a su pueblo natal de Oyo, después de crear un ejército privado para su custodia: los Cobras.

Los demás líderes políticos no iban a ser menos e hicieron lo propio: Lissouba fundó los Zulúes y Kolélas, el tercero en discordia, los Ninjas.

—Los Cobras, los Zulúes, los Ninjas —interrumpió Emmanuel a su colega—, esto parece una película de Rambo.

—Pues espera, porque la película no ha hecho más que empezar. Más vale pedir una copa para no

perder el ánimo. Lo mejor viene ahora, cuando nuestro amigo N'guesso se frota las manos al ver que los Ninjas y los Zulúes se lían a tiros para colocar al frente del negocio a sus jefes respectivos, tras las elecciones anticipadas del 93. ¿Qué hace Sassou entonces? Coge a su mujer y a sus hijos y se retira a París a esperar su momento cerca de los pocos pero excelentes amigos que se ha hecho, contrato petrolero a contrato petrolero, en la República. Él mejor que nadie sabe que a ELF no le gusta que nadie se ponga a patalear sobre la tierra que guarda sus tesoros.

—Pero Lissouba ganó las elecciones que Mitterrand quería para el país, para toda África —apuntó Emmanuel.

—Efectivamente, y volvió a ganar en el 93, pero no era el candidato francés. Digamos que al Elíseo, en este caso, le salió el tiro por la culata. De hecho, con el paso del tiempo, terminarían impidiendo a Lissouba el acceso al presidente y al primer ministro franceses. Motivos había. Lissouba se encontró las arcas del Estado vacías, sin un franco con que pagar a los funcionarios. Le pidió un adelanto a ELF, y también a Mitterrand. Ni hablar, le contestaron. Fíjate en la respuesta de este: "Esas prácticas ya no tienen cabida en la Francia actual". Le estaba hablando al presidente electo, y había acogido en París a N'Guesso, el perdedor de las elecciones. Como para dar lecciones de moral. Así que Lissouba se buscó la vida por otro lado, y en los Estados Unidos le dieron la bienvenida. ELF se quedó sin los derechos de explotación del yacimiento N'Kossa, porque Lissouba se los vendió a la norteamericana OXY por ciento cincuenta millones de dólares. Si querías saber por qué ELF montó una guerra civil en Congo, ya lo sabes. Primer acto: N'Guesso anuncia su candidatura a las presidenciales de 1997 y regresa al país. Segundo acto: la provocación está servida, sólo hay que esperar los enfrentamientos. Tercer acto: antes de que estos empiecen, ya le ha llegado a N'Guesso el armamento necesario para quitarse de encima al presidente legal. Cuarto y último acto: la guerra civil. Pero antes de contarte cómo fue la historia, mejor nos pedimos esa copa, la vas a necesitar.

Antes de entrar en el restaurante, Emmanuel creía estar curado de espanto. Todo lo que sabía sobre las lindezas de su Patria en el mundo que alguna vez fue suyo y que se resiste a soltar como león endemoniado era más que suficiente para considerarlo lo peor a que se puede llegar en materia de amistad entre los pueblos.

Al acabar la bullabesa le asaltaron serias dudas sobre si se había quedado corto.

Antes de dar buena cuenta de la paletilla de cordero, se sentía como un chiquillo al descubrir que lo de Papá Noel es un timo.

Cuando llegó el momento de pedir el postre, ELF, la empresa bandera de la República Francesa, el orgullo nacional, se le había atragantado. Sustituyó el sorbete que le proponía el camarero por un gin-tonic.

A Marcel no le pasó desapercibido el desasosiego de su compañero de equipo. Pero, si de verdad quería rebuscar en la mierda, debía practicar.

Allí, le contó cómo la estrategia Sassou N'guesso-ELF había sido muy parecida a la de Ruanda. El 2 de octubre de 1990, el dictador Habyarimana llamó a su amigo Mitterrand junior desde Kigali. La represión que había desencadenado contra los opositores hutus desde hacía décadas, la hambruna, la expoliación de las riquezas del país por parte de la familia de su esposa Aghate acabaron por dar vida al Frente Patriótico Ruandés, que emprendió la lucha armada. Jugó la baza étnica para ahogar la rebelión. Mitterrand le prometió ayuda. Su hijo Jean Christophe y el del dictador ruandés, Jean Pierre, eran íntimos. Entre las dos familias, los lazos eran estrechos. El Elíseo envió más de un millar de paracaidistas armados hasta los dientes, instructores militares, agentes secretos.

—El resultado ya lo conoces —dijo Marcel a su amigo—. El genocidio ruandés. Casi un millón de muertos en siete semanas. Una tasa de efectividad diaria cinco veces superior a la de Auschwitz. Sin contar con los millones de heridos, de mutilados físicos y psíquicos. ¿No sabía Francia lo que estaba ocurriendo? Nosotros mismos instruimos a las fuerzas armadas de Habyarimana desde el

principio del conflicto. Fuimos testigos directos de la campaña del "Hutu power" que animaba a aplastar a las cucarachas tutsis. ¿Qué hicimos, Emmanuel? ¿Intentamos frenar lo que se venía encima? ¿Alertamos a la comunidad internacional? No. Estábamos del lado de los asesinos. Pero el ministro de la Cooperación, Charles Josselin, puso a salvo la conciencia de los franceses con su esplendorosa declaración a la prensa: "Los franceses no empuñamos los machetes".

Marcel afirmó que lo sucedido en Congo no era muy diferente, que podía terminar como lo de Ruanda. Francia se declaró oficialmente neutral —cómo apoyar a las claras a un dictador que intenta derrocar a un presidente elegido democráticamente—, e hizo creer que únicamente mandaba a quinientos soldados para facilitar la evacuación de los franceses residentes en el país.

—Los Cobras de Sassou, apoyados por el gran amigo del Elíseo Omar Bongo, presidente de Gabón y yerno de N'Guesso, por el ejército angoleño, por restos del ejército de Mobutu y bandas de soldados ruandeses coautores del genocidio masacraron a decenas de miles de civiles del sur del país, de la etnia lari. ELF estaba entre los patrocinadores. Los testimonios que llegan de Brazzaville son estremecedores. Cuando entraron los Cobras, flanqueados por cierto por hombres armados blancos, arrasaron los barrios habitados por las etnias opositoras. Sólo en los barrios de Bacongo y Makelekele murieron miles de personas. Ancianos, niños, mujeres, daba igual. Jóvenes violadas, casas incendiadas, hombres mutilados. Delante de la Embajada de Francia pasaban camiones repletos de cadáveres que descargaban en el río Congo. ¿Has oído hablar a tu presidente de limpieza étnica? No. ¿Sabes lo que acaba de declarar? Escucha bien: "Me he alegrado de la intervención de Angola en Congo-Brazzaville. Ese país se estaba autodestruyendo. Si había alguien que podía salvarlo, era Denis Sassou N'guesso. Él se ha comprometido a restaurar la democracia en un periodo máximo de dos años." Si te dan ganas de vomitar, adelante, ahí tienes el baño.

No se equivocaba mucho Marcel. Una especie de náusea se iba apoderando de Emmanuel. Náusea de pertenecer al género humano, náusea de habitar la parte del mundo que vive con los ojos cerrados, los oídos tapados, la boca cosida. En esa parte del planeta en que la mentira encuentra espléndido acomodo, donde a los dueños del mundo sólo se les pide que no cuenten la verdad sobre su manera de manejar el planeta, donde las peores atrocidades se estrellan contra el muro indestructible de la impasibilidad, la cómoda muralla de la incredulidad.

Aún quedaban por desfilar por los labios de Marcel el exterminio de la población en Dolisie, en Nkayi, en Madingou a manos de los Cobras, de soldados hutus ruandeses, de militares angoleños enviados por el presidente dos Santos, otro amigo del Elíseo; el premio otorgado por Sassou a sus hombres en las ondas de Radio Libertad —el pillaje de Brazzaville durante dos días, que acabó durando una semana; la violación de adolescentes y mujeres como festejo final de la victoria por parte de los soldados enviados por Angola, huérfanos de guerra casi todos, y los Cobras, unos y otros portadores seropositivos en su mayoría.

Esas eran las fichas que ELF había movido para jugar su partida en el tablero congoleño. "ELF y quizá Francia, está por ver", aseguraba Marcel.

Unos días después de su victoria, el presidente Chirac y el primer ministro Lionel Jospin recibieron en París al viejo amigo de Francia, al fin repuesto en su trono. Había costado lo suyo, pero resultó un trabajo bien acabado. Una inversión a largo plazo.

La náusea se convirtió en pesadumbre cuando Emmanuel enumeró las distinciones recibidas por Sassou N'Guesso, llegadas de medio mundo. El barniz necesario para adornar la gran mentira. La mentira reluciente. Debidamente aderezada, para que sea mejor digerida.

Cuando los dos periodistas salieron del restaurante se encontraron con una ciudad viva, animada, dispuesta a comerse el mundo. Como no podía ser menos.

Y para ayudar a Emmanuel a comprender el silencio de la capital de la República, Marcel se lo llevó a las alturas de la Torre Eiffel.

*

Una lluvia fina caía sobre Uagadugú, regalo del cielo a la tierra sedienta. Se afanaban niños y mujeres en tapar las rendijas en los techos, los escolares chapoteaban en los charcos de camino al colegio, todos alzaban la vista al cielo, agradecidos.

Los dos ruedas zigzagueaban por las calles embarradas para sortear los escollos bajo el agua. La venganza de los coches destartalados se cumplía en una sinfonía de bocinazos: la lluvia hacía de ellos los reyes, relegaba a los ciclistas a la condición de supervivientes, les borraba la arrogancia con que habitualmente se deslizaban entre los parachoques.

Al pasar por la Embajada de Francia, de camino al trabajo, Albert observó cómo la larga fila de compatriotas que parecía eternamente adherida a los muros del edificio se había estrechado con la lluvia. Nunca entendió cómo pasaban tantos hombres y mujeres horas y horas, día tras día, para mendigar una negativa inevitable. Cuánta desesperanza cabía en las almas de los burkinabé para buscar refugio en la espera humillante.

Bendijo a la lluvia, porque le traería la calma necesaria, bajo su tejado de paja en Le tam-tam, para escribirle a Emmanuel. En su interior bullían la impaciencia por contar las noticias recabadas en dos días de visitas a los compañeros que sobrevivieron al infierno de Sierra Leona. Adujo una enfermedad inexistente ante sus jefes del Indépendance, para dedicarse sin descanso a las peticiones del amigo *tubab*.

—Es muy importante —le había llamado por teléfono—, lo que me dices en tu fax no lo sabe nadie aquí, necesito más información. ¿Crees que podrás ayudarme?

—Cuenta conmigo —Albert se tomó la misión como un asunto personal. Una oportunidad para sacudirse su rutina diaria, sacudirse sobre todo los fantasmas que poblaban sus sueños desde el viaje a las tinieblas. Para vengar a los compañeros muertos en tierras extrañas. Y también a los que regresaron, con la inocencia perdida en la selva.

Quizá todo eso le ayudaría a liberarse de las visiones que llevaba pegadas al alma como sanguijuelas.

—¿Tiene que ver con lo que le pasó a Sankara? —había preguntado al periodista.

—Me temo que sí. El PF bien merece que busquemos la verdad, ¿no te parece?

—Sí, me parece.

Emmanuel le pidió que indagara con cuidado, no debía arriesgar la vida en el empeño, ni desvelar los motivos de su curiosidad.

—Pero intenta recabar toda la información posible —dijo el *tubab*—, cualquier detalle podría ser importante. Y recuerda: sólo quieres hablar de ello porque no puedes dormir desde hace años, y tienes prohibido contárselo a nadie. Pero con ellos, con los que estaban contigo ahí, es diferente. Seguro que ellos también necesitan hablar.

Vaya si lo necesitaban. Había guardado la dirección de varios compañeros, de su mismo campamento o de otros. Durante los meses de instrucción, antes de emprender el gran viaje, ya se habían estrechado los lazos, ya sabían dónde encontrarse tras su paso por el servicio militar.

Entonces no imaginaban lo que les esperaba. Ni que muchos de ellos no regresarían jamás a sus casas.

Entre los supervivientes, varios estaban casados. Albert supo que la mayoría nunca había hablado de su paso por la guerra de los niños —como la llamaban entre ellos— a sus mujeres. Por miedo unos, por vergüenza otros. Como él mismo había hecho, los demás también decidieron arrastrar sus recuerdos en silencio.

Había mucho que contarle a Emmanuel. La primera sorpresa fue comprobar que no todos habían

ido a Sierra Leona. Algunos visitaron Liberia, otro paraíso reservado por Compaoré a sus soldados. Detrás de la barra, libre de turistas, ahuyentados por la lluvia, se esmeraba Albert en la escritura para que Emmanuel no se perdiera detalle de lo que le habían contado:

En Liberia combatían niños también. Sólo los jefes eran adultos en el campamento en el que estuvo Laurent, un compañero al que visité. Cuando aún estábamos en el cuartel de Uahiguya, nos hicimos amigos. Pero no lo metieron en mi grupo y le perdí la pista. Al regresar, pensé que había muerto, porque no estaba entre los que volvíamos al país después de la guerra. Ahora sé que algunos de los que nos acompañaban sobrevivieron, que no estaban ahí con nosotros porque volvían de Liberia y no de Sierra Leona. La mayoría de las cosas que te conté sobre mí también le pasaron a Laurent. Con la diferencia que en dos asaltos a *taxi-brousse*, a él le obligaron a matar a unos pasajeros, sólo para divertirse al verlo disparar. Me contó que las carcajadas de los niños liberianos lo despiertan todas las noches. Y que él nunca se casará. Para no tener hijos a los que ocultarles lo que su padre hizo en una ocasión. Quiero volver a verlo. Entre todos los compañeros que he visitado, él es el más afectado. Su primo, que estuvo en mi campamento, fue quien me dijo que también había vuelto. Está destrozado.

Hay una cosa que me parece importante decirte: en una ocasión, los soldados burkinabé fueron enviados, con otros soldados adultos, a Monrovia, la capital de Liberia. Querían entrar en la ciudad, pero no lo lograron, al menos durante los dos meses que pasó ahí Laurent. Luchaban contra soldados de varios países africanos, un grupo que se llama ECOMOG, me dijo Laurent.

Cuando escucho hablar a Laurent, pienso que otros fueron más desafortunados que yo. Le obligaban a fumar drogas todo el día, y le sentaban muy mal.

En Liberia tenían un Gran Jefe, o así lo llamaban. Charles Taylor. Los soldados de allá lo adoraban como a un Dios. Sus peores enemigos eran los khan, unos habitantes del país, como si dijéramos aquí los mosi. Odian a los khan. Todos los días les enseñaban por qué tienen que odiarlos y por qué tienen que matarlos.

Laurent también tuvo que entrar en pueblos y disparar a hombres y mujeres. Me dijo que odiaba tanto ese país al que lo habían llevado que terminó disparando sin preocuparse si mataba o no. Los soldados violaban a las mujeres delante de sus padres, de sus maridos, y los obligaban a mirar. Después de haberlas violado les cortaban el cuello con un machete a los hombres y a ellas se las llevaban al campamento, y ahí las seguían violando.

Creo que a Laurent le sentó bien poder hablar de todo eso, porque me pidió que volviera a verlo. Le prometí que lo haría, pero que había que hablar también de otras cosas, salir a la calle, intentar olvidar. Ojalá lo pueda ayudar. Me dijo que Sankara nunca nos habría mandado allá. Estoy de acuerdo con él.

Fui a ver a más gente. Bubacar, que estuvo también en Sierra Leona, vio cómo le cortaban las manos a decenas de hombres. También él tiene pesadillas con eso. Los ponían en fila y les colocaban las manos sobre una mesa de madera. Usaban machetes grandes, muy afilados, y metían las manos en bolsas de basura. Los hombres aullaban como perros apaleados, ¿te imaginas lo que debe doler eso? Después otro soldado los curaba, les ponía algodones con alcohol o algo así, y más gritaban los hombres. Lo hacían porque no querían que se murieran, sino que todo el mundo los viera sin manos. Por lo que me explicó Bubacar, es para que nadie fuera a votar, porque por lo visto había unas elecciones.

Bubacar sí se ha casado. Todo esto me lo contó delante de su mujer. Me dijo que él no tenía que avergonzarse por ello, que él fue allá obligado. Que el que tiene que avergonzarse

es Compaoré, y que ya se verá las caras con Dios cuando le toque. Espero que así sea, que en algún lugar haya justicia y los que hacen estas cosas paguen por ello. Pero a sus hijos no se lo piensan contar, porque no quieren que aprendan a odiar desde niños, como esos que llevaban los kalash.

Lo que yo no vi pero sí vieron otros en Liberia y en Sierra Leona son los soldados blancos. Parece que siempre iban en grupos y que tenían sus propios jefes, y que los respetaban más que a los negros. A ellos no los llevaban a asaltar *taxi-brousse* ni a matar en los pueblos, aunque algunos sí violaban a las mujeres que traían a los campamentos. Al menos en el campamento de Jean Baptiste, que fue quien me lo contó. Por lo visto los reservaban para la guerra de verdad, la guerra contra otros soldados. La mayoría hablaba francés, pero otros lo hacían en idiomas que Jean Baptiste no comprendía.

A Jean Baptiste le pasó una cosa que te cuento y me dan ganas de llorar. No me lo contó él, sino un amigo suyo que estuvo con él en Liberia, en el mismo campamento. Un día, un jefe lo llamó a su choza y le dijo que se desnudara. Jean Baptiste obedeció porque tenía mucho miedo, y el jefe lo violó, ahí mismo. Él tampoco se casó, y lo entiendo.

Un batallón de desgraciados, eso somos los que volvimos de allí, me dijo al despedirnos. Ojalá me hubieran matado nada más llegar. Me habría ahorrado todo lo que me pasó y encima ahora descansaría en paz, junto a Dios. Cualquiera sabe si después de esto me va a querer a su lado.

Otros soldados blancos, esos los vio Hamidú en un campo en el que no había niños, sino sólo adultos, no estaban allí para hacer la guerra sino para enseñar. Sólo se dedicaban a eso. Todos los días hacían pruebas de tiro, aprendían a manejar las armas, a luchar cuerpo a cuerpo, o los reunían en grupos delante de una pizarra y les explicaban lo que tenían que hacer en una batalla. Esos hablaban francés y tenían un traductor que les explicaba a los soldados todo lo que decían, porque aunque Hamidú sí lo entendía, los demás no. Tuvo suerte, Hamidú, no tuvo que matar a civiles, sólo disparó contra otros soldados.

Y ahora te cuento lo más interesante. Al menos a mí me lo pareció. Le pasó a Michel, un compañero de Bobo-Diulaso que al volver de Liberia se vino a vivir a Uaga para no tener que hablar con su familia. Otro desgraciado de los que dice Jean Baptiste. Como todos nosotros. Él está vivo de milagro, porque cuando volvía ya a casa, lo llevaban, como nos pasó a nosotros en Sierra Leona, a un lugar en el que se encontraría con los demás supervivientes y de ahí a Burkina. En su camión iban siete u ocho burkinabé, porque los demás de su campamento habían muerto. En un momento determinado, el camión se paró en otro campamento, y se subieron otros militares de nuestro país que nunca había visto y que no eran simples soldados como nosotros, sino jefes. También entraron varios soldados adultos, liberianos seguramente, armados con grandes metralletas. Metieron en el camión dos cajas de madera, grandes y pesadas. Michel me contó que iban todos muy apretados porque el camión era pequeño y estaba cubierto por una lona. Pero cuando llevaban un par de horas de viaje, escucharon grandes gritos y empezaron a sonar ráfagas de kalash. El camión aumentó su velocidad pero terminó volcándose a un lado. Los soldados liberianos saltaron fuera y dispararon con sus metralletas. Tres de los compañeros de Michel murieron delante de él. También uno de los militares burkinabé. Al caer el camión, una de las cajas se abrió y Michel pudo ver que estaba llena de barras de oro. Quedó atrapado en el camión y no podía salir. Pensó que había llegado el final, que en cualquier momento alguien vendría y le dispararía. Pero al parecer los soldados liberianos pudieron espantar a los atacantes porque de repente dejó de oír tiros. Cuando lo sacaron de ahí, se encontró con un montón de muertos, entre los que habían atacado y los que venían en el camión. El chófer también

había muerto. Uno de los soldados supervivientes hablaba por una emisora. Antes de una hora, un helicóptero los recogió. Él dice que los salvó el oro, porque sin él, nadie los hubiera ido a buscar.

También te podría hablar de las enfermedades, pero no creo que eso te interese. Yo he tenido suerte y no tengo problemas de salud. Pero muchos volvieron con paludismo y otras enfermedades de las que no logran curarse.

Albert se despidió de su amigo y releyó la carta, una y otra vez, satisfecho porque sabía que le enviaba noticias importantes. Los encuentros con sus compañeros le habían devuelto ánimos que llevaban tiempo perdidos. Porque si ellos le habían contado, también él había hablado, y mucho. Una y otra vez. Y sentía que el fardo de su desgracia se había aligerado, quizá por haber compartido con otros su peso.

También porque había aceptado una gran responsabilidad, la de ayudar a su amigo periodista a desvelar al mundo quién es Blaise Compaoré, y quiénes son sus amigos.

Sólo quedaba, para completar la jugada, acceder al fax del hotel. Pero eso estaba hecho, porque al encargado de la barra de un bar ningún compañero le niega un favor

*

Al incorporarse a su puesto tras la breve pausa del almuerzo, Anne, la encargada de la centralita de la sección de Internacional, se encontró con el fax en plena actividad. Echó un vistazo al folio que asomaba sus primeras líneas en ese momento. "Inglés", murmuró. Debajo había más.

—Te ausentas media hora y te invaden con papeles —fue separando los diversos mensajes, grapando los folios por grupos de procedencia.

Uno de ellos era para Emmanuel Durant. Comprobó que estaba el periodista en su mesa. Últimamente se pasaba el día ahí, apenas salía unos minutos para comer. Y no paraba de cuchichear con Marcel. ¿Qué se traerían entre manos esos dos?

No por nada el director lo tenía enfilado. Si no, no le habría pedido que le hiciera una fotocopia de cada fax destinado a él y se la entregara de inmediato. Con extrema discreción, claro, no se puede violar la correspondencia de un periodista, por muy jefe que se sea.

No sería ella quien le llevara la contraria. Sus razones tendría. Metió las fotocopias en una carpeta y se dirigió a su despacho.

—Gracias, Anne, muchas gracias —le dijo el veterano de Vietnam al recibir los papeles—. Y ya sabe, ni una palabra de esto a nadie, por favor. Sabremos gratificar su lealtad, se lo aseguro.

La encargada de la centralita de Internacional regresó a su puesto y, satisfecha con el deber cumplido y por las últimas palabras del jefe, siguió grapando folios antes de avisar a los destinatarios de los fax. Había terminado su cometido cuando sonó el teléfono.

Era el jefe. Le pedía que volviera a su despacho de inmediato, tenía que hablar con ella.

Anne aprovechó que le pillaba de camino la mesa de Emmanuel para entregarle su fax.

—Muchas gracias —se le iluminó el rostro al periodista, como si le llegara un regalo del cielo.

No pasó desapercibido tanto entusiasmo a Anne, y pensó que quizá al jefe le parecería interesante saberlo. Había que asegurar esa gratificación. Tras golpear la puerta con los nudillos, recibió la orden de entrar.

—Anne, le voy a pedir un favor suplementario. No le entregue el fax a Emmanuel, tráigame el original, ya lo haré yo.

Antes de escuchar la respuesta, el jefe la adivinó en el rostro enrojecido de la mujer.

—Lo acabo de hacer al instante, señor. Yo...

—Está bien —no ocultó su contrariedad el jefe—. Pero por favor, a partir de ahora no le entregue usted nada sin mi autorización.

—Sí señor, lo siento —estaba confundida Anne, preocupada por su gratificación—, quería que supiera que el señor Durant se puso muy contento al recibir el fax, como...

—Me lo puedo imaginar, señorita —la paró en seco el director de Internacional—, me lo puedo imaginar.

De espaldas al despacho, Anne no vio al salir cómo el jefe levantaba el auricular de su teléfono.

*

Cuando los dos hombres se encontraron, apartados en un rincón de la redacción, chocaron dos constelaciones de buenas nuevas.

Buenas para sacar adelante sus investigaciones, porque entre las dos juntaban basura como para enterrar a varias repúblicas.

Emmanuel no quitaba el ojo de encima a su compañero de equipo durante su lectura de la segunda entrega de Albert. Había hecho un gran trabajo, digno del hombre inteligente e íntegro que había reconocido en él durante sus visitas a la barra de Le tam-tam.

Mientras escrutaba la reacción de Marcel, le asaltó la macabra idea de que quizá había condenado a muerte al camarero, aunque de inmediato entendió que, si había logrado enviar el fax, nadie podía saber que había escrito aquello. Salvo que lo pillaran con el original en las manos. Tendría que llamarlo lo antes posible para asegurarse de que todo iba bien —se despreocupó del asunto con ese pensamiento.

Marcel estaba tocado, sus ojos lo decían a las claras. No era para menos. Albert enviaba de una tacada al menos tres novedades de peso. Una, Compaoré mandó soldados no sólo a Sierra Leona, sino también a Liberia; dos, entre los soldados había blancos; tres, había oro por medio.

Sin contar con los horrores que describía en el fax, aunque de todo eso ya habían llegado noticias a Europa. Un escándalo prontamente borrado de las conciencias europeas. Para que quede claro que sólo nos conmueve lo que ocurre cerca de casa. Como el holocausto nazi, por ejemplo.

—Acojonante —sentenció Marcel al terminar la lectura—. Ahora sí que hay material para lanzar la primera ofensiva. Discretamente, con insinuaciones, como empiezan todas las acusaciones graves.

—Tranquilo Marcel, sin prisas, no olvidemos el objetivo final —intentó frenar Emmanuel el entusiasmo del amigo.

—Por supuesto, pero es que todavía no te he contado lo mío. Déjame antes que te diga quién es el tal Charles Taylor, por si no te han llegado noticias suyas.

Sí, Emmanuel había oído hablar del personaje. Una mezcla de los dos ingredientes que habían dado vida al engendro explosivo de Liberia, los nativos y los esclavos liberados en Norteamérica, devueltos a su casa para experimentar recetas de reinserción al hogar del que sus abuelos fueron sacados a latigazo limpio.

"A ver quién manda aquí", dijeron unos y otros. Los esclavos aceptaron de buen grado el poder que les dieron los yanquis al devolverlos a casita, en un gesto humanitario sin precedentes. En 1926, al país se le conocía como República Firestone, por tener ahí esa empresa el mayor campo de caucho del mundo. Desde su nacimiento, Liberia fue gobernada dictatorialmente bajo la supervisión de los Estados Unidos. La rebelión de los nativos llevó al fin a Samuel Doe al poder, a quien no le tembló el pulso para reprimir las sucesivas revueltas. A partir de entonces el caos se adueñó del país. Un alto funcionario de Doe, Charles Taylor, huyó a Estados Unidos con un buen botín sustraído a las arcas del Estado. Ahí le alcanzó una denuncia lanzada por el gobierno de su país y fue a parar a la cárcel de Boston. Parte del botín sirvió para pagar a los carceleros que lo dejaron huir.

—A no ser que, como dicen algunos —puntualizó Marcel—, fuera el gobierno norteamericano quien lo dejara escapar, en busca de un aliado en ese país tan suyo, tan lleno de oro y diamantes. De ser así, le salió el tiro por la culata, porque la vuelta de Taylor a Liberia sumió al país en la guerra de los niños, como la llama tu amigo Albert, y ya no hubo más gobierno que el de los señores de la guerra. Adivina quién manda las armas al recién huido de la cárcel de Boston.

—No jodas —adivina Emmanuel la respuesta.

—Sí señor, te estás haciendo un auténtico especialista. Efectivamente, Francia. ¿Gratis? Qué va, en ese mundo gratis no te dan más que un tiro. A cambio de madera, sí señor, de madera y algo más. Lo de la madera está demostrado, el algo más está por demostrar, pero me huele que tiene que ver con lo que tenemos entre manos. Por cierto, la empresa francesa Sollac compraba minerales a Taylor, no al Estado liberiano, sino a Taylor, un señor de la guerra que utilizaba una parte del dinero obtenido para aterrorizar al país con su ejército de niños drogados y la otra para acrecentar su inmensa fortuna. Para los del gremio que investiga todo esto en medio mundo, lo de Liberia es una especie de revancha contra el enemigo anglosajón después de lo de Biafra. Con casi los mismos protagonistas, Costa de Marfil y Nigeria incluidos. Pero con un nuevo invitado al festín. ¿Adivina?

—¿Rusia?

—Suspenso. Rusia tiene otras pulgas que rascarse. Libia, aliada de Francia para la ocasión. Pero tranquilo, sin que sirva de precedente, ¿eh?

¡Gadafi! Con el paso de los años se le había olvidado a Emmanuel el avión libio, el regalito de lujo a Compaoré al día siguiente del golpe de estado. Ni siquiera se lo había comentado a Marcel. Se lo hizo saber.

—Interesante, sí señor, muy interesante. Ahora que lo dices, creo que algo salió en algún medio, muy de pasada, y nadie le hizo caso. Se tomó por una noticia sin contrastar, la típica noticia lanzada por algún periodista de segunda con ansias de destacar. ¿Así que era cierto?

—Me llegó por dos vías. Una de ellas, el mismísimo embajador de Francia en Uagadugú.

—Interesante, Emmanuel —repitió el periodista—, una pieza interesante. La dejamos de lado de momento, pero no me extrañaría nada que nos encaje al final en alguna parte del rompecabezas. Vamos a seguir, que lo de Liberia no era más que una introducción que venía a cuento del testimonio de Albert. Yo también traigo novedades. ¿Qué te parece si cambiamos de ambiente?

Emmanuel llevaba todo el día en el periódico. Había seguido hurgando en los papeles de Sankara en busca de algún dato importante que le hubiera pasado desapercibido, buceado en la hemeroteca, navegado en Internet. Un cambio de aires le vendría de perlas. Aceptó la propuesta de Marcel:

—Vale, pero tú pagas la copa —bromeó.

—Sólo la primera —descolgó Marcel el teléfono que, inoportuno, interrumpió la estampida—. Vaya, el jefe me quiere ver. Es sólo un momento, vuelvo enseguida.

*

Llevaban un buen rato de conversación y un par de copas cuando Marcel lo soltó al fin:

—Me voy, Emmanuel.

—¿Cómo que te vas? Si estamos en lo más interesante de la conversación, hombre. Dentro de dos o tres copas atamos los cabos que nos quedan sueltos —bromeó Emmanuel.

—Me voy de París, Emmanuel, me voy de Francia.

—¿Y eso?

—Me lo acaba de decir el jefe. Debo partir para Abiyán mañana mismo.

—¿Mañana? ¿A Abiyán? ¿Y qué carajo se te ha perdido en Abiyán? —exclamó Durant.

—Pues no lo sé, yo soy el primer sorprendido. Así, de repente... Me ha dicho que necesitamos un

especialista in situ para informar sobre todo lo que está pasando, ya sabes, desde que murió Houphouet-Boigny las cosas no terminan de arreglarse por ahí. Quieren que vaya a apoyar a André, nuestro enviado especial.

—¿Y tú encantado, claro? —atacó Emmanuel.

—Sorprendido, sobre todo, ya te digo, no me lo esperaba. Oye, si me mandan tengo que ir, me guste o no. El jefe es él.

Emmanuel hizo señas al camarero para que les llenara las copas. Quizá fuera por el efecto de las que ya se había tomado, pero le fue creciendo la sospecha de que algo turbio había detrás de la decisión del jefe.

Algo como querer alejar a Marcel de él.

Pero ¿por qué? ¿No era él quien le había animado a seguir adelante con el asunto, quien le había dicho que buscara apoyo en los compañeros más informados? ¿A santo de qué venía entonces mandar a Marcel a miles de kilómetros, cuando sabía perfectamente que estaban formando equipo en el caso Sankara?

—Oye, Marcel —se serenó—, ¿tú no crees que con un enviado especial a Costa de Marfil hay más que suficiente? Pero si no estamos sacando más que unas cuantas líneas de vez en cuando.

Marcel parecía buscar la respuesta en el fondo de su copa vacía.

—Sí, todo esto es muy raro. Crees que nos están separando, ¿verdad?

—Sí, eso creo. ¿Tú no?

—Yo también. Mejor dicho, no lo creo, estoy convencido de ello —afirmó Marcel.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Pues nada, a seguir trabajando en esto. Ahora más que nunca. Tú desde aquí y yo desde allá. ¿Para qué sino han inventado los móviles, los correos electrónicos, internet y todas esas cosas? —invitó a Emmanuel a brindar con la copa que el camarero les ponía delante.

Desde la llegada al bar, Marcel no había parado de hablar, y él de escuchar asombrado, dejando que su mente absorbiera todo lo que el amigo iba soltando, que las piezas se fueran asentando por su cuenta con la esperanza de que, al volver a abrir la caja del puzle, no le quedara más que ponerse a armarlo.

No iba a ser fácil, pero las noticias que le traía el compañero prometían. Al salir del restaurante, dos días antes, se habían repartido la tarea. Marcel se ocupaba de ELF, Rivunion y compañía, de la extrema derecha y de la mafia corsa. Él seguiría indagando en Burkina Faso.

Sobre la mafia corsa ya le había adelantado Marcel que a la cabeza estaba nada más y nada menos que Charles Pasqua, ex ministro del interior, ex candidato a la Presidencia de la República, un nombre que ni un solo francés desconocía. De menos notoriedad eran en cambio sus actividades paralelas —o subterráneas, como le gustaba calificarlas a Marcel. Había creado y puesto al servicio de Chirac su propia red africana, desplazando a la de toda la vida, la que había encabezado y seguía encabezando —aunque ahora en competencia con la suya— el todopoderoso Foccart. Si bien la mafia corsa se había especializado en el mundo del juego, en África había encontrado la manera de diversificar sus actividades. ¿Cómo?

—Como no podía ser de otro modo —le había explicado Marcel a su amigo—, acercándose por medio de Pasqua a los jefes de Estado, ministros, empresarios, embajadores de todo el continente africano a los que por su posición política tenía acceso. Creando una tupida red de dádivas, comisiones, tráfico de influencia, concesiones de explotación, trueques. Las nuevas actividades, por si tienes alguna duda, te las cuento: petróleo, como no, pero también diamantes, oro, madera, y todo lo que sea susceptible de ser transformado en dinero. Y además, y aquí te pido, querido Emmanuel, que abras bien tus oídos: tráfico de armas y un asesoramiento militar que significa lo mismo que proporcionar mercenarios. ¿Te suena eso? ¿No te parece haber leído algo tremendamente parecido en

una carta recibida hoy desde Uagadugú?

—Sí, me suena. ¿Quieres decir que la red Pasqua está metida en lo de Liberia y Sierra Leona?

—Quiero decir que tiene toda la pinta, y que si no es su red, es la de Foccart, o las dos juntas. Compaoré manda soldados burkinabé, pero no blancos, es decir, no mercenarios. Ningún país europeo es capaz de enviar soldados suyos a un conflicto como ese, a una guerra civil, porque es imposible hacerlo sin que se sepa. Francia no es Burkina, aquí debemos guardar las formas. Pero mercenarios sí. Y si ahí hay soldados blancos, fijo que son mercenarios. Pero los mercenarios son gente que no trabaja gratis. ¿Quién los paga? Ahí es donde se complica la cosa, porque nos metemos en una maraña en la que pueden estar entremezclados el Estado, las redes, empresas... Te lo digo porque es lo que pasó en Biafra, y exactamente lo mismo que estoy investigando en Congo. En el fondo, la historia se repite aquí y allá, de norte a sur del continente.

—Pero si Pasqua está metido en esto, también lo está el gobierno.

—Probablemente, pero no necesariamente. La mafia corsa no es el gobierno, aunque sus intereses, y sus hombres, coincidan ocasionalmente. Aunque Pasqua ya no es ministro, sigue ligado a Chirac y al partido. Su último refugio político se lo proporcionó precisamente el presidente: ahora es eurodiputado, ¿adivinas por qué?

—Inmunidad parlamentaria —contestó Emmanuel.

—Exactamente. Muy bien, estás progresando. Sus implicaciones en tantas y tantas operaciones turbias están empezando a florecer en juicios a personajes no menos turbios y estaba cantado que le iba a tocar declarar, así que algo había que hacer. ¿Para qué si no se inventó eso de la inmunidad parlamentaria, ese timo del siglo ante el que los ciudadanos permanecemos impasibles? Retén estos nombres: Falcone, Marchiani, Sirven. Volveremos a hablar de ellos. Y uno más, pero confío en tu absoluta discreción, porque de momento sólo aparece en un sumario decretado secreto por el juez que investiga: Jean Christophe Mitterrand.

—¡No! ¿Cómo te has enterado de eso?

—Llevo hablando todos estos días con los compañeros mejor informados. Debes saber que no existe un solo sumario secreto sin fisuras, sin vías de escape. Y que los buenos periodistas son especialistas en detectarlas. Pues sí, el que llaman en África Papá-me-dijo está metido hasta el cuello en un asunto de... ¿de qué dirías tú?

—Deja de examinarme, hombre, que no tengo ni idea —se impacientó Emmanuel.

—De tráfico de armas —soltó triunfante Marcel.

—Joder, Marcel, esto se está poniendo feo. ¿No se nos estará disparando la imaginación? Una cosa es que Compaoré mande soldados a Burkina, y otra implicar a la crema de la política francesa...

—Cuando empiezas a meter las narices en la mierda, nunca sabes lo que vas a terminar encontrando. Si prefieres dejarlo aquí...

—Ni loco, con lo interesante que se está poniendo —lo invitó a seguir Emmanuel.

Marcel siguió hablando de Pasqua. Un compañero del periódico que estaba metido de lleno en el caso ELF —la petrolera empezaba a tener problemas con la justicia francesa— le había desvelado que entre 1992 y 1993, siendo Mitterrand presidente, este se había visto en varias ocasiones en secreto con Pasqua en una mansión de Yvellines. El hombre que concertó esas entrevistas era ni más ni menos que Sirven, un alto ejecutivo de ELF que se encontraba en el ojo del huracán de las investigaciones judiciales. ¿Qué significado tiene ese trío Mitterrand-Pasqua-ELF? Quizá se sepa en el futuro, cuando el juicio esté más avanzado —opinó Marcel—. Quizá no se sepa nunca.

—Por el momento —siguió—, quedémonos con la idea de que para hablar de fútbol seguro que no se reunían. Y con este pequeño detalle: la propiedad de Yvellines pertenecía a ELF, quien se la había comprado por una millonada a un tal Raillard, íntimo de Mitterrand. ¿Para qué? Cuidado, que entramos de nuevo en el secreto de sumario, compañero. Al parecer, ELF adquirió la casa para

mantener entrevistas secretas de alto nivel. Para mayor discreción, se elevó todo el muro. Por ahí han pasado africanos, árabes, gente del este, siempre en secreto.

—Veo que has trabajado duro —se asombró Emmanuel.

—Y todavía no he terminado. El que nos va a dar la conexión entre todo esto y la extrema derecha es también Pasqua. El bueno de Sankara estaba bien informado, por lo que se ve; había reunido todos los elementos del asunto. O casi todos, porque en sus papeles falta lo más importante, la clave final.

Una inquietud se iba apoderando de Emmanuel mientras escuchaba a su amigo. Leve al principio, fue creciendo sin que supiera el periodista de dónde ni por qué nacía, hasta convertirse en un rumor que ahogaba por momentos las palabras de Marcel.

Como si, en su interior, una revelación se hubiera puesto de parto. Intentó deshacerse del malestar, concentrarse en la conversación.

Recordó su desconcierto inicial cuando, al abrir en el hotel Indépendance la primera carpeta de Sankara, se había topado con las OAS, la extrema derecha francesa campando a sus anchas en Argelia, y se preguntó qué diablos tenía que ver todo eso con el PF. Marcel fue armando ante él aquellas piezas aparentemente inconexas, buscándole un lugar a las siglas cuyo nefando recuerdo aún flotaban sobre las aguas pestilentes de la política francoafricana. Le repitió unas declaraciones de Pasqua, hechas hacía sólo unos años: "Sin duda hay en el Frente Nacional de Le Pen algunos extremistas, pero en lo esencial este partido comparte con nosotros, que estamos en el gobierno, nuestros mismos valores, nuestras mismas preocupaciones." Le habló de las estrechas relaciones entre la extrema derecha, Foccart y Pasqua. De cómo los miembros de la OAS, la organización secreta que había sembrado el terror en Argelia y en Francia en su intento desesperado por mantener a aquel país en el redil de la Madre Patria, perdidas todas sus batallas, se habían repartido entre su propio país y el levante español, arrinconados por su pasado, absorbidos casi todos por el Frente Nacional, integrantes muchos de ellos de la guardia pretoriana de Le Pen, el Departamento Protección y Seguridad.

—Un ejemplo —ilustró Marcel sus afirmaciones—: Bernard Courcelle, ex jefe de esa guardia personal de Le Pen, fue anteriormente oficial de la DPSD, un organismo del Ministerio de Defensa que se encarga, entre otras cosas, de vigilar las actividades relacionadas con los mercenarios y el tráfico de armas. Es decir, una autoridad en la materia. Pues el buen hombre, como experto que es, decidió montárselo por su cuenta y creó una empresa de aprovisionamiento de mercenarios. Pero prestaba otros servicios, como por ejemplo la seguridad de la empresa Luchaire, que suministró clandestinamente armas a Irán, pero también la de, mira por donde, Anne Pingeot, ¿te suena?

—Ya estamos con las preguntitas, no, no me suena —protestó Emmanuel.

—Pues hay que ponerse al día, porque las cosas de la prensa rosa a veces te pueden indicar caminos más que interesantes. Anne Pingeot era la amante de Mitterrand, la madre de su hija Mazarine, ¿tampoco te suena Mazarine?

—Eso me va sonando más, ¿pero qué hace la amante de Mitterrand protegida por el mismo tío que protegió a Le Pen?

—Buena pregunta para que te la conteste ella, porque él se fue para el otro barrio sin dejar respuesta. El caso es que el personaje, y aquí viene lo más interesante, se encargó de dirigir durante un tiempo la guardia presidencial de Sassou N'Guesso, el amigo de Chirac, antes de asumir la seguridad de Pointe Noire, el principal puerto petrolero de Congo y feudo amadísimo de ELF. Y Courcelle es un ejemplo, sólo un ejemplo más entre tantos llegados de la extrema derecha francesa en procedencia de Argelia.

—O sea que en algún lugar de la cloaca se terminan confundiendo el Estado, el gobierno, la empresa privada y la extrema derecha —dedujo Emmanuel.

—Tú lo has dicho. Ahora comprendes por qué Sankara había recopilado información sobre la

OAS y compañía. Porque sabía con quién se la estaba jugando. Y al enemigo, cuanto más lo conoces, mejor te puedes defender de él.

Los dos amigos agradecieron el bofetón de frío que les vino encima al salir del bar. Entre la calefacción y las copas, los cuerpos estaban al rojo vivo. La noche les había caído encima sin previo aviso. Fue Emmanuel quien pidió el cambio de tercio. Había que alimentar al cuerpo con algo más que alcohol. Se pusieron de acuerdo de inmediato y eligieron un italiano.

Y la maldita revelación que no terminaba de parir. Si al menos supiera qué se traía entre manos su cerebrito a sus espaldas.

Quedaba por tocar el tema ELF. O mejor dicho retomarlo, porque bajo cualquiera de las piedras que llevaban levantadas habían aparecido, como un escorpión, las tres siglas que tanto enorgullecen al país.

Ya lo dijo el famoso político Georges Clémenceau: "Una gota de petróleo bien vale una gota de sangre". Aunque él, al menos, no engañaba a nadie: "Nunca se miente tanto como antes de unas elecciones, durante una guerra o después de ir de caza.", solía decir.

—Todo lo que te cuente es poco —chocaron los dos colegas los vasos de chianti—. ELF no es sólo ELF. A su alrededor pulula una constelación de empresas satélites con una doble misión: financiar las actividades ilegales del modo más seguro posible y enmarañar las cuentas para ocultar al máximo sus negocios sucios, y te puedo asegurar que son muchos. Me nombraste, por ejemplo, a Rivunion. Pues bueno, mi colega me ha informado sobre sus actividades. Es la caja secreta de ELF. De ahí salen los pagos ilegales que la petrolera hace a los jefes de estado, ministros, diputados, en general a toda la larga lista de personajes públicos que tienden la mano en el largo camino para conseguir el derecho a explorar nuevos territorios o a explotar yacimientos. La FIBA, por ejemplo, también está controlada por ELF, pero con un partenariado importante de la familia Bongo, el presidente de Gabón. Estos son los encargados de hacer circular el dinero del petróleo en África, sacarle un máximo rendimiento antes de devolverlo a la caja, ya sabes, ahí cabe de todo, desde el pago a mercenarios hasta el tráfico de diamantes. También está el asunto de los "bonus", disfrazados de legalidad, incluidos en los contratos. Son contraprestaciones que la empresa paga al Estado en cuestión para la construcción de hospitales, o carreteras, por ejemplo. Sólo que el ingreso lo hacen a la cuenta particular del presidente de turno, en Suiza casi siempre. O la cuestión del petróleo de mala calidad, que tampoco está mal. La jugada consiste en certificar que el petróleo de tal o cual yacimiento es de muy baja calidad y requiere grandes gastos de refinado. El precio, por lo tanto, se reduce hasta la tercera o cuarta parte de su valor real, pero se vende al de lo que es en verdad, un petróleo excelente. El gigantesco plus de beneficio se lo reparten entre la empresa y el presidente del país proveedor.

—Así amasan esas fortunas los muy cabrones. Ya decía yo que todo ese dinero no podía venir sólo de las arcas de sus países —intervino Emmanuel.

—Por supuesto que no. Su mayor riqueza no procede de lo que hay en las arcas del Estado, sino de lo que no ingresan en ellas.

—Como sigas, me va a sentar mal la comida —pidió un respiro Emmanuel al ver llegar al camarero.

Pobre África —meditaba mientras cortaba la lasaña—. En qué manos está. Manos negras, blancas, rojas. Nos hablan de una nueva guerra y nos decimos que ya están otra vez estos salvajes peleando. Oímos hablar de un golpe de Estado y movemos la cabeza de lado a lado pensando que son incorregibles. Nos invaden las imágenes del hambre y los acusamos de ser incapaces de gestionar lo poco que tienen.

Y si algún día alguien nos cuenta la verdad, le damos la espalda para no seguir escuchándolo. Porque no queremos que nos saquen de nuestro error.

Marcel le había hablado también de la implicación de ELF en guerras civiles, golpes de Estado,

suministro de armamento, contratación de mercenarios. ELF. Todo un mundo.

Sin hablar de los intermediarios —se echó a la boca el primer trozo de lasaña—. Como Papá-me-dijo, el ínclito hijo de su padre. Gente con su agenda repleta de amistades labradas en años de servicio público, o privado, según el caso. Amigos íntimos residentes en la estratosfera, ahí donde gobiernan los Mobutu, los Houphouet-Boigny, los N'Guesso, los Bongo. Y tantos más. El poder francoafricano, del que te desalojan sin piedad si no respetas las reglas del juego. Como desalojaron a Sankara.

Porque a esas alturas de la conversación, ya no le cabía la menor duda de que a Sankara lo había asesinado ese truculento entramado en que se llevaban a partir un piñón políticos de derecha e izquierda, socialistas y lepenistas, mercenarios y ejecutivos, genocidas y respetados representantes de la Civilización.

La cuestión era saber por qué. Qué querían exactamente de él que no les quiso dar.

Porque por un par de encontronazos con el presidente de la República francesa no se monta un golpe de Estado.

¿Petróleo? ¿Otra vez petróleo? Han pasado años de su asesinato y no hay noticias de que tenga esa desgracia Burkina. Salvo que sólo se tratara de buscarlo, de probar suerte. O que sigan en ello, y aún no haya aparecido.

—¡Es él! —gritó, y su amigo levantó atónito la vista.

—¿Qué dices, Emmanuel? ¿Quién es él?

Pero Emmanuel ya no lo escuchaba. Su mirada se había perdido en algún lugar del restaurante.

—¡Es él, joder, es él! —volvió a aullar, y todos los ojos se dirigieron hacia su mesa—. ¡El hijo de la gran puta, es él!

Al fin se hizo la luz.

*

Albert llegó a Le tam-tam a las ocho de la mañana, como de costumbre. Durante el camino hasta el hotel Indépendance lo acompañó la misma preocupación que arrastraba desde que había enviado el fax a su amigo *tubab*. Emmanuel no lo había llamado, no había dado señales de vida.

Sin embargo, al recibir el primer mensaje se había puesto en contacto con él de inmediato, llamándole para agradecerle la confesión, animarlo a seguir luchando tras su paso por las tinieblas.

"No es normal", pensaba mientras rellenaba las neveras del bar, ordenaba las botellas de alcohol sobre las estanterías, liberaba la barra de la tierra caída durante la noche.

A esas horas de la mañana, aún nadie había bajado a la piscina. Los alrededores de Le tam-tam estaban desiertos.

Al menos eso creía él. Porque no podía ver a un hombre apostado a escasos metros de sus espaldas. Ni tampoco que el individuo avanzaba con sigilo hacia él.

Cuando llegó a la altura de la barra, Albert estaba agachado, colocando nuevas botellas en una de las neveras. El hombre se inclinó para poder franquear la entrada bajo la barra.

—¿Es Albert tu nombre? —dijo en tono grave.

El camarero se sobresaltó. Al girarse para ver a quién tenía detrás, se dio de bruces con la sorpresa:

—¡Emmanuel! —exclamó— ¡No puede ser, por Dios, no puede ser!

Los dos amigos se abrazaron en silencio. Se separaron después, manteniéndose por los hombros, se miraron.

—Pues no has cambiado tanto —dijo al fin Emmanuel.

—¿Qué haces aquí? Es que no me lo puedo creer —no se desprendía Albert de su asombro.

—Echaba de menos tus gin-tonic —bromeó el *tubab*.

—¿Te sirvo uno? —se mezclaron las carcajadas de los dos.

Carcajadas de felicidad. Por el reencuentro, pero también porque algo importante los había unido en los últimos días. Entre Uaga y París. Una historia común y terrible.

Emmanuel le contó que había llegado esa misma noche, de madrugada, al aeropuerto de Uagadugú. Antes de salir de París había reservado una habitación en el Indépendance, sin avisarle a él por no perderse su cara de sorpresa. Nada más amanecer se había apostado en el balcón para verlo llegar al bar.

Venía porque quería hablar con el embajador. Urgentemente. Se había informado y seguía siendo el mismo que había conocido en su última visita. Pero no quería contarle más a él, prefería alejarlo de todo aquello.

—Es una historia terrible, Albert, alguna vez te hablaré de ella. Ahora no. Ni siquiera quiero que nos vean juntos. No sería bueno para ti. Podría ser incluso peligroso. Muy peligroso. Pero quiero que sepas que lo que has hecho es muy importante, y servirá para que el mundo entero sepa por qué murió Thomas Sankara. Y quién lo mató. Tú también lo sabrás. Y debes saber, cuando llegue ese momento, que tú fuiste quien hizo justicia con el PF. Después de comer vendré por aquí a tomarme una copa. Como un cliente más. Si no hay gente, hablaremos como lo que somos, dos grandes amigos. Si no, seré sólo un cliente más. Prométemelo.

—Sí, lo prometo, pero no entiendo nada. No soy un niño, puedes hablar conmigo de cualquier cosa —protestó Albert.

—No se trata de eso, Albert. Debes confiar en mí. No quiero poner tu vida en peligro. Ya te lo explicaré en algún momento, te lo prometo. En cuanto haya pasado el peligro.

Había tomado la decisión de volver a Uagadugú aquella misma noche, en el restaurante italiano. El pobre Marcel no sabía dónde meterse, pensaba que había perdido el juicio. Pero al fin logró calmarlo, devolverlo a su copa de chianti.

—¿Te has vuelto loco de repente? —le había preguntado el amigo cuando logró hacerlo regresar al mundo de los cuerdos.

—Es él, Marcel, es él. Los hijos de puta, son ellos.

Marcel se armó de paciencia, respiró profundamente. Los gin-tonic tomados durante la tarde no ayudaban a asimilar la situación.

—Vale, son unos hijos de puta, estoy de acuerdo contigo. ¿No te importa decirme de quién me hablas?

Emmanuel se calmó, entró en razón, no debía dejarse llevar por las emociones. Aunque al que intentaran asesinar fuera a él. Aunque se cargaran a Usmán.

Claro que, para ellos, Usmán no significaba nada. Uno más entre los cientos de miles de muertos necesarios. ¿Su mujer, sus hijos? No me hagas reír, Emmanuel, no seas gilipollas. No tienes ni puta idea de nada. Cretino.

—Me vino como un relámpago, Marcel. Y ahora sé que desde el primer momento esa imagen me ha estado atormentando. Sabía que lo había visto antes, pero he pasado diez años sin querer recordar, ni esforzarme en recordar. Pero ayer me metí en la hemeroteca y estuve horas buscando noticias sobre África, en eso habíamos quedado, cualquier detalle nos puede ser útil, y lo leí todo, y ahí lo vi, sólo que en ese momento no me llamó la atención. Pero coño, lo que es el cerebro, se me quedó grabado sin enterarme, y no sé en qué momento hoy, mientras hablábamos, se me encendió una luz. Hasta que lo reconocí. Era el tío de la ambulancia, el blanco que vi desde mi camilla. ¿Qué coño hacía ahí, Marcel? Entonces no me di cuenta, cómo me iba a dar cuenta si estaba más muerto que vivo, pero hoy se me echaron encima los recuerdos. Yo sabía que a ese tío lo había visto antes del accidente. ¿Y sabes con quién? Con el embajador, Marcel, con el embajador de Francia en Burkina Faso, comiendo tranquilamente en un restaurante, al día siguiente del asesinato de Sankara. Y me lo presentó como a

un amigo que pasaba ahí unos días de vacaciones, el hijo de puta.

—Vale, Emmanuel, pero ¿qué pintaba ese tío en la hemeroteca?

—¿Qué coño en la hemeroteca, Marcel? En el periódico, tío, en nuestro periódico.

—¿En el periódico? ¿Quieres decir en una foto?

—Sí, en una foto, en un ejemplar de 1992.

—¿Y qué hacía ahí? ¿Quién es el tío?

—Ernest Lubac, el día en que sustituyó a Papá-me-ha-dicho como consejero de Mitterrand para asuntos africanos. Leí el artículo, claro, como todos los que encontré sobre África. Aunque en ese momento no lo reconocí. Es un tipo de la casa que llevaba años trabajando en algún departamento de Exteriores.

—¿Y estaba en Uaga el día en que mataron a Sankara?

—Ahí estaba. Lo vi con mis propios ojos.

—Joder, Emmanuel —había sentenciado Marcel.

Acababan de encajar en el rompecabezas una pieza fundamental. Una de esas piezas que, una vez encontrada, abre el camino para que las demás se vayan colocando solas.

Ya no había lugar para la duda: el Gobierno francés había decidido la eliminación de Sankara, y había puesto en funcionamiento su maquinaria africana. La eliminación de Sankara y la suya también, porque si no qué pintaba ahí el blanco.

Con la pinta que tenía cuando lo sacaron del todo-terreno, pensó sin duda que le quedaban pocas horas de vida. Que en el hospital de Uaga rematarían la faena.

Pero les salió mal. Y aunque llegó sano y salvo a París, ya sabrían ellos que se le habían quitado las ganas de meter las narices en sus asuntos.

Se habían enterado, claro, de que Sankara iba a contarle algo. Los ojos de Francia llegan a todos los despachos de África. O quizá pensaran que ya se lo había contado.

Marcel lo previno: "No vayas a Uaga. No te enfrentes a ellos. Ya te han dejado claro que no se andan con rodeos".

Pero ya no se trataba sólo de Sankara. Lo habían intentado matar a él. Le habían echado encima un Caterpillar. Lo habían tenido meses en un hospital. Y se habían cargado a Usmán.

Tenía que terminar el trabajo escupiéndole a la cara al embajador todo lo que sabía. Y si lo tenía claro al salir del restaurante italiano, más claro lo tuvo aún al día siguiente, después de hablar con Alauna Traoré.

Marcel y él estaban de acuerdo en que en los papeles faltaba una pieza clave, algo que explicara la jugada francesa que Sankara le había querido desvelar. Alauna no le había enviado todos los papeles, le había explicado que hizo una selección de los que le parecieron más interesantes. Quizá se le había escapado uno por no parecerle relevante.

Emmanuel pasó toda la mañana siguiente colgado del teléfono, hablando con el superviviente, este con los papeles delante y él guiándolo:

—Cualquier papel en que aparezcan las palabras ELF, Rivunion o FIBA me interesa, Alauna. O que hable del gobierno francés. Del presidente, de los servicios secretos, cualquier cosa.

Hasta que al final apareció. Era una carta. La palabra ELF aparecía en el encabezamiento.

—En esta hoja no me había fijado —le dijo Alauna— Estaba metida entre dos folios en blanco, grapados entre sí. En realidad nunca me leí todo lo que había aquí. Estoy descorazonado con lo que está pasando en mi país. Compaoré ya lo controla todo, no hay quien lo mueva de ahí. Y todos lo respetan. Francia, Libia, Estados Unidos. Ya sólo me interesa mi familia y mis clases en la Universidad, Emmanuel. Muchas veces he pensado incluso en deshacerme de estos papeles, para terminar de enterrar esa época de mi vida.

—Ni se te ocurra, Alauna —suplicó Emmanuel.

Alauna le leyó la carta. Era un documento comprometedor. Muy comprometedor La pieza definitiva, la clave que Marcel y él andaban buscando.

No era petróleo lo que buscaba ELF en Burkina. Lo que necesitaba era un centro de operaciones. Una especie de centro de distribución. Distribución de qué, no lo decían en la carta, pero a esas alturas de la película, no le costó a Emmanuel adivinar que se trataba de armas.

"Para enviar el material necesario para nuestras operaciones en Angola, en Liberia, en Congo", leyó Alauna. "Con la máxima discreción".

Hablaban también de otro tipo de operaciones. Operaciones comerciales con las que se gratificarían los servicios prestados por el país.

Marcel le había hablado del tráfico de oro y de diamantes. Ahí lo tenía. Armas pagadas con oro y diamantes. Y una buena propina para el que te presta el aeropuerto, para el transitario.

Las cajas de oro de la carta de Albert. Salvo que en ese caso servirían para pagar a Compaoré el favor de enviarle unos centenares de soldados.

La carta de ELF era la respuesta a alguna conversación. Por lo tanto no era el primer contacto que tenía Sankara con ellos. ¿Cómo había empezado todo? Eso era lo de menos —decidió el periodista—. Quizá el PF les había lanzado un anzuelo. En cualquier caso, estaba claro que no había entrado en su juego.

Una prueba irrefutable lo demostraba: su asesinato.

Mira por dónde, lo que Marcel andaba buscando para su investigación sobre Congo lo iba a encontrar Emmanuel en Burkina. Buscando a los asesinos de Sankara te encuentras con el que manda mercenarios a N'Guesso. O con el que trafica con armas en Angola.

Porque son los mismos. Integrantes todos de una gran familia, unidas por un ideal común: el dinero. Residentes en una misma casa: las cloacas del planeta. Hombres y mujeres que caminan sobre la superficie de la tierra con la cabeza erguida, concitando admiración y respeto, recibiendo condecoraciones y nombramientos de Doctor honoris causa. Protegidos por las corazas legales que ellos mismos han promulgado a su medida. Próceres, muchos de ellos, que pueblan las páginas de los libros de historia, símbolos de la dignidad del país, de la grandeza humana.

—Gracias, Alauna. Guárdame ese papel como oro en paño, por favor. No se lo enseñes a nadie. Ni a tu mejor amigo. No me lo mandes. En algún momento vendré yo a buscarlo personalmente —se había despedido de Traoré.

*

Antes de presentarse en la Embajada francesa, Emmanuel Durant se sumergió en las calles de Uagadugú. La ciudad había cambiado poco en todos esos años, como si el tiempo transitara sin prisas por ella. Salió en busca de los recuerdos que un Caterpillar en la carretera de Po había relegado a la oscuridad. Quiso rescatar en el bullicio de los mercados las sensaciones que lo habían enganchado al país. Pensó en Konaté mientras se tomaba un té en el chiringo que antaño regentaba, comprobó que Mamá Sankara había dejado su puesto de vendedora de especias.

No encontró lo que buscaba, quizá porque se sentía un intruso en la finca de Compaoré. Quizá porque no podía sentir más que compasión por ese pueblo que, ahora más que nunca, sabía abandonado a su mala suerte.

Decidió tomar un taxi para llegar a la Embajada. Presentía que debía hacerse invisible, que Uagadugú había dejado de ser un lugar sano para él.

La avenida de la Revolución seguía siendo un campo de batalla en el que los dos ruedas imponían su ley. El taxista se detuvo ante la bandera tricolor. Libertad, igualdad, fraternidad.

—El señor embajador no puede recibir a nadie hoy. Además, si desea una cita con él, debe

solicitarla con antelación —explicó la secretaria.

—Dígale, por favor, que está aquí Emmanuel Durant, periodista que tuvo la oportunidad de conocer al día siguiente del asesinato de Thomas Sankara —recurrió el periodista a su tono más duro.

A los pocos minutos estaba sentado frente al embajador.

—Puede usted ahorrarse las formas —respondió el periodista a sus palabras de bienvenida, de alegría por volver a encontrarlo—. Sólo quería preguntarle por su amigo, ese señor tan amable que me presentó en el restaurante L'eau vive.

El diplomático entendió el mensaje de inmediato.

—¿Qué desea usted, Durant? ¿A qué ha vuelto a Burkina Faso? —preguntó.

—Simple curiosidad. Tenía ganas de saber por qué el representante de mi país había decidido asesinarme.

—No entiendo lo que me dice. Le ruego que sea breve y educado —cambió el diplomático de estrategia.

—Quería que escuchara de mi propia voz que sé que el gobierno francés encargó el asesinato de Sankara, y que intentó eliminarme para evitar que investigara el caso y lo diera a conocer en el tan temido periódico para el que trabajo. Y que el señor con el que usted celebraba el éxito de la operación en L'eau vive es Ernest Lubac, asesor del Elíseo en aquellas fechas y miembro de la sección África del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con su accidente? —fingió curiosidad el embajador.

—Tiene que ver que cuando me sacaron de la ambulancia, él estaba ahí comprobando que su encargo había sido cumplido.

—Supimos lo que había ocurrido. De inmediato le pedí que fuera hasta allí. Nosotros nos encargamos de su hospitalización y de su repatriación, no lo olvide —le reprochó el embajador.

—No me tome por un imbécil, por favor. Tengo en mi poder todo lo necesario para demostrar que Francia planificó el golpe de Estado contra Sankara por su negativa a doblegarse a sus exigencias. Que existe un entramado complejo que le corresponderá al juez descifrar y en el que se entremezclan tráfico de armas, de oro, de diamantes, guerras civiles, golpes de Estado, corrupción, intereses petroleros... ¿Quiere que siga?

—Usted se ha vuelto loco, Durant.

Emmanuel sabía que la acusación de la locura era la antesala de la amenaza. No se equivocaba.

—Y esa locura que usted padece es muy peligrosa —siguió el diplomático.

—¿Me va usted a entregar a Compaoré? —ironizó Emmanuel.

—Estas cosas se arreglan entre franceses. No ha venido desde París hasta aquí para contarme eso, cuando tiene un periódico donde hacerlo. ¿Qué desea?

—Hacer un trato.

—Le escucho.

—Busco justicia para Sankara, no para mí. No menciono en mi reportaje lo del accidente, y por lo tanto no lo implico a usted, y a cambio le conceden un visado a un amigo burkinabé.

—Creo que es un trato razonable —aceptó el embajador—. ¿Cuándo se va usted?

—Mañana por la noche tengo un avión para París.

—Podríamos almorzar juntos mañana. En L’eau vive, por ejemplo, a la una. Para seguir charlando de las cosas de este mundo.

—Será un placer.

El embajador lo acompañó hasta la puerta.

—Por cierto —se despidió Emmanuel—, ¿sabía usted que su amigo Compaoré manda soldaditos a Sierra Leona y a Liberia?

El diplomático no encajó bien el golpe. Un rictus de disgusto lo traicionó, para alegría de

Emmanuel. Para que quedara claro que no le faltaba información.

—Será muy interesante hablar de eso mañana —se limitó a decir.

*

Cuando Emmanuel Durant salió del despacho del jefe, media redacción de Internacional estaba pendiente de él. Ni los más viejos del lugar habían visto nada parecido: una reunión, con prohibición expresa de interrumpir, de más de tres horas.

El jefe, un maniático del "tiempo es oro", de quien jamás se podía retener la atención por más de quince minutos, media hora en los casos de gravedad extrema.

Probablemente Durant no se percatara de la expectación que había levantado a su paso, porque su mente estaba lejos de ahí. Viajaba por el territorio de la Gran Verdad.

Así lo había llamado el jefe: "El territorio de la Gran Verdad; con mayúsculas", había recalcado:

—En el territorio de la Gran Verdad, con mayúsculas, las cosas no son lo que parecen, Durant. Ese territorio no está al alcance del común de los mortales, sólo una minoría puede acceder a él, y tú lo acabas de hacer. Enhorabuena, te felicito. Bienvenido.

El asunto venía a cuento porque Durant se le plantó delante, recién llegado de Uagadugú, con un dossier sobre el caso Sankara capaz de hacer temblar los cimientos de la República. Con la última joya incorporada a su carpeta: la copia de una carta dirigida a Blaise Compaoré, ya redactada y a punto de ser enviada, en su poder. Firmada por Joost Hiltermann, el director de la división de Armamento del Human Rights Watch, el observatorio de control de los derechos humanos más poderoso, más influyente del planeta.

Se dio el gusto de leerle personalmente algunos fragmentos al jefe:

> Un avión ucraniano descargó, el 14 de marzo, sesenta y ocho toneladas de armamento y municiones en Uagadugú. El avión estaba aparcado en la zona VIP del aeropuerto y las armas fueron transferidas a otro avión con destino a Liberia, país sometido a un embargo por la ONU, para ser enviadas desde ahí al RUF, en Sierra Leona. Nos hemos puesto en contacto con el gobierno de Ucrania y nos ha sido remitida copia del certificado de receptor final —emitido por el gobierno de Burkina Faso— del encargo citado, adquirido a la *Chartered Engineering and Technical Company, Ltd*, compañía con sede en Gibraltar. Dicho certificado incluye asimismo un compromiso de su gobierno de no reexportar el armamento adquirido a ningún otro país sin haber obtenido previamente el acuerdo del Gobierno de Ucrania.

La copia de esos certificados se encontraba en la carpeta que Emmanuel había puesto sobre la mesa del jefe. La carga estaba compuesta por 3.000 fusiles de asalto AKM —conocidos popularmente por Kalashnikov—, cincuenta ametralladoras, veinticinco lanzamisiles RPG, 5 misiles Stela-3 y cinco sistemas de misiles anticarro Metis, además de municiones para todas las armas. Emmanuel siguió leyendo la carta:

> Otro avión —un Boeing 727-14 con matrícula XT-BBE—, perteneciente al gobierno de Burkina Faso, hizo el trayecto Rabat-Uagadugú-Roberstfield, en Liberia, igualmente cargado de armamento.

Las cartas le habían sido remitidas por Marcel al fax del Hotel Indépendance, con la complicidad

de Albert. Habían hablado por teléfono unos minutos antes, cuando Emmanuel lo llamó a Abiyán para relatarle su visita a la Embajada, describirle la cara que puso el diplomático.

—¿Estás loco? —le había gritado al enterarse de que habían quedado al día siguiente para comer —. Lárgate inmediatamente de ese país, o eres hombre muerto. ¿Acaso crees que esta vez van a volver a fallar?

—No serán capaces, le diré que tengo toda esa información en manos de un notario, que si no llego a París en...

—No seas gilipollas, Emmanuel, coge un taxi y toma el primer vuelo que encuentres para París o para cualquier otra ciudad, el primero, ¿me entiendes?

Para terminar de convencerlo, le contó la historia del capitán francés perteneciente al batallón estacionado en Comores, a principio de los noventa. Impresionado por las trampas puestas por Francia para favorecer la victoria electoral del candidato de París, el presidente Djohar, el capitán volvió al país y se entrevistó con el diputado Belorgey, presidente en aquel entonces del intergrupo de la Asamblea Nacional para los derechos humanos. El diputado hizo llegar el informe a la Presidencia de la República. Unas semanas más tarde, el capitán, de vuelta a Comores, fue asesinado. Su familia jamás pudo obtener el resultado de la autopsia, ni lograr llevar el caso a los tribunales, ni en Comores ni en Francia.

Más que suficiente para decidirlo a poner de inmediato pies en polvorosa. No sin escuchar antes la información que había obtenido Marcel de sus amigos del Human Rights Watch, de la que le mandaron constancia escrita, dada la envergadura del asunto que se traían entre manos.

Se había despedido de Albert con un "hasta pronto, nos vemos en París", tras explicarle sus gestiones en la Embajada. Cuanto más lejos de Burkina, mejor sería para él.

Logró plaza en un avión rumbo a Dakar, y a las siete de la mañana ya estaba en París. Del aeropuerto fue directamente a la oficina. No había tiempo que perder.

Para escuchar la teoría del jefe sobre el territorio de la Gran Verdad:

—Como comprenderás, Emmanuel, el mundo de la política y la economía, a esos niveles, tiene sus propias reglas de juego. Es un mundo duro, complejo, sucio a veces. Pero es el mundo que hay, y todos los que llegan al poder lo saben, y lo asumen. Como un mal necesario, claro. La democracia, la verdadera democracia, el bienestar social y esas cosas son ideas para los ciudadanos de a pie, aplicables sólo en ciertos niveles. Así y todo, es el mayor logro de la Humanidad en materia de organización política. Pero imagínate que toda esa mierda —porque es una mierda, Durant, estoy contigo en que es una verdadera mierda—, salga a la superficie, que los ciudadanos conozcan cómo funciona el mundo en realidad, de dónde proceden sus cotas de bienestar. Sería una catástrofe, una verdadera catástrofe. Y los periodistas tenemos en esto una gran responsabilidad. Sabemos que hay unos límites que no hay que traspasar, por mucho que nos pese. Una frontera infranqueable, Emmanuel. En esa frontera te encuentras ahora mismo. En la frontera del territorio de la Gran Verdad. Con mayúsculas.

Tres horas desmenuzándole el resultado de sus investigaciones, esperando la gran felicitación, la puesta en marcha de la estrategia de publicación para escuchar eso.

—¿No te importa que lo llame el territorio de la Gran Mentira, con mayúsculas? —lo tuteó por primera vez en su vida, intencionadamente, para que le quedara claro cuán bajo había caído en su estima.

—Tú no, Durant. Ya no. Eso es para los que lo atisban desde lejos, intuyen que hay cosas raras, denuncian lo que intuyen. Para los que han llegado donde tú, la denominación es esa.

—¿Debo deducir de tus palabras que no vas a autorizar la publicación de todo esto?

—Sí, Emmanuel, eso debes deducir. Sé que es una putada, pero debes hacer de tripas corazón y asumir tu responsabilidad de ciudadano francés. Si no quieres que pase Francia por el calvario de

Italia en casos como el de Aldo Moro, poner a tu país al borde del abismo, como estuvieron nuestros vecinos. Pero eso no quita que has hecho un gran trabajo. Te has convertido en uno de los grandes, Emmanuel, y eso merece ser reconocido. Dentro de unos días te presentaré una lista de corresponsalías en el extranjero para que elijas la que más te apetezca. Ya sabes lo que supone ser corresponsal de un diario como el nuestro en cualquier capital del mundo. Un señor temido y respetable. Y con un sueldo de ejecutivo.

—Creo que voy a proponerle mi reportaje a otro periódico.

Lo que más le molestó de la respuesta fue la risita de rata, el rictus de malicia, la ironía prepotente.

—Ánimo, Emmanuel, ánimo. Puedes intentarlo. Así te enterarás de que no te estoy hablando de normas de esta casa, sino de un pacto de caballeros entre los pocos elegidos que saben hasta dónde se puede llegar en este noble oficio de la información.

Todos, en la redacción de Internacional, se imaginaron que algo gordo había sucedido entre Emmanuel Durant y el jefe, al ver cómo el periodista recogía sus cosas de la mesa, vaciaba los cajones, llenaba su maletín.

Antes de salir, marcó el número de teléfono de la Embajada de Francia de Uagadugú. Muy pronto consiguió tener al embajador al otro lado del hilo telefónico.

—¿Qué tal, señor Durant, cómo lo tratan por aquí? —inició su coqueteo el diplomático

—Lo llamo desde París. Regresé ayer.

—¡Cómo que me llama desde París, si habíamos quedado en almorzar juntos! —no ocultó su contrariedad el embajador.

—Pues tendrá que ser en otra ocasión. Lo llamo para concretar nuestro trato. A la una de la tarde irá a visitarlo la persona de quién le hablé. Quiero que le concedan un visado y le proporcionen un billete de avión sólo ida para París. Para mañana. Por cierto, ha surgido un pequeño inconveniente: no tiene pasaporte.

—¿Está usted loco, Durant? ¿Cómo quiere que le dé un visado sin pasaporte?

—Estoy seguro de que usted es capaz de conseguirle uno. De eso y de mucho más, embajador. Mañana por la noche estaré en Orly. Si mi amigo no se encuentra entre los pasajeros del vuelo Uagadugú-París, tenga por seguro que se hablará de usted en el informativo de las veinte horas, ya sabe, ese que ve media Francia.

—¿Cómo puedo estar seguro de que cumplirá usted con su parte del trato?

—Porque ahora estamos los dos en el territorio de la Gran Verdad, ese mundo de caballeros en que los tratos se cumplen sin necesidad de firmar nada.

—¿Cómo? ¿Qué dice, Durant? ¿Qué es eso del territorio de la Gran Verdad?

—Si llama a mi jefe, él se lo explicará con mucho gusto. Es un experto en la materia. Buenos días, embajador. Ya sabe: mañana quiero aquí a mi amigo Albert.

*

Emmanuel Durant abandonó el edificio con la firme intención de no volver a pisarlo jamás. Detuvo el primer taxi que encontró: no era cuestión de pasearse por París con los documentos que llevaba en la cartera.

Además estaba muy cansado y tenía prisa por llegar a casa. Había mucho en qué pensar. Porque de alguna manera el mundo se iba a enterar de todo aquello. Palabra de Emmanuel Durant.

También tenía que descansar, para después ordenar la casa, ir al supermercado, tenerlo todo listo para recibir a su amigo Albert como se merecía.

Epílogo

Mariam Sankara salió del Ministerio de Transportes a la una y media de la tarde. Se dirigió hacia el descampado que servía de aparcamiento para funcionarios y entregó unas monedas al guardián, que se había adueñado años atrás del territorio del que extraía el magro sustento diario de los suyos.

A esa hora, la ciudad estaba en calma. El grueso de los uagaleses se había retirado entre sus paredes de cartón y hojalata en busca de un bocado con que engañar al estómago o, en su defecto, un momento de descanso antes de regresar a la búsqueda de algo con que aliviar el hambre de los hijos, permitirles un sueño plácido en que refugiarse, descontar un día en el calendario de la miseria. Tras la breve tregua, unos volverían a su peregrinación de vendedores ambulantes, otros se apostarían en la puerta de una mezquita con la mano extendida hacia la compasión de hombres tan pobres como ellos, los más pequeños merodearían por los mercados al acecho del despiste o la piedad de algún tendero, los afortunados se incorporarían a su puesto de trabajo a cambio de un sueldo a la altura de la miseria del país.

Mariam ya no regresaría ese día al trabajo. Desde que Thomas ocupaba la Presidencia de la República, solicitó ocupar su puesto a media jornada, para evitar el privilegio de un permiso concedido cada vez que sus obligaciones de esposa del PF requirieran su presencia en algún acto oficial. Pero también para suplir ante sus hijos la ausencia del padre, que podía pasar días enteros sin apenas saludarlos.

El viejo Peugeot 205 se mostró por una vez compasivo y aceptó ponerse en marcha al primer intento. Aún le quedaban a Mariam unas horas por delante hasta el regreso de Auguste y Philippe, para poner orden en sus cosas y descansar. Thomas no llegaría hasta avanzada la noche. A las ocho le esperaba un encuentro importante con Compaoré, Zongo y Lingani. Los cuatro jefes históricos de la Revolución tenían muchos malentendidos que aclarar.

Ojalá fuera esa —pensó ya retirada en su alcoba— la ocasión para el regreso de la cordialidad entre Tom Sank y Blaise, para la victoria de la amistad sobre la sinrazón.

Desde que recibiera aquella carta en que una amiga común a ella y a Elodie De la Fressange le relataba los comentarios de la mujer de Compaoré, la inquietud se había instalado en su vida, le había arrebatado el sosiego hasta en los momentos en que mejor lo encontraba, refugiada en los brazos del presidente durante las escasas horas de sueño que podían compartir.

—Mi marido acabará pronto con ese engreído, ese revolucionario de pacotilla —le había oído decir su amiga a Elodie, y así se lo contaba en la carta.

Elodie era muy dada a los excesos verbales, y muchos decían que toda la fuerza se le iba por la boca. Pero también sabía Mariam hasta qué punto había logrado distanciar a Blaise de Thomas y de la familia. Continuamente reprochaba a su esposo su sometimiento a las condiciones de vida que imponía Sankara a todos sus ministros, su sueldo irrisorio, sus desplazamientos en Renault 5.

—En cualquier país del mundo, un ministro es un ministro, un presidente es un presidente —sabía Mariam que Elodie le repetía a Blaise una y otra vez—. Tú deberías vivir en un palacio, circular en Mercedes, viajar en tu propio avión.

Sus sueños de niña mimada de la aristocracia marfileña, instalada en el lujo y la ociosidad, se esfumaban en la austeridad de la Revolución burkinabé. Era la esposa de un primer ministro, pero de qué le servía si él llevaba la vida de un simple capitán de uno de los ejércitos más pobres del mundo.

Mariam se había retirado el bubú para recibir, tumbada sobre su cama, el aire renovado por las aspas del ventilador. Tendría que pasar un día de estos por casa —pensó—, para retirar el polvo que la reciente visita del harmatán había llevado, sin duda, a todos los rincones del hogar deshabitado desde

que se instalaran en la residencia presidencial.

Elodie no desperdiciaba ninguna oportunidad —volvió a sus pensamientos— para mostrar su desprecio a Thomas y a ella misma. En una ocasión en que el PF acudió a su casa para hablar con Blaise, lo despachó en el umbral de la puerta con un lacónico "ha salido, no está en casa", sin siquiera invitarlo a pasar. Pero cuando contaba con un público ante el que exhibirse, sus manifestaciones de odio se hacían más penetrantes. No olvidaría nunca aquella vez en que, estando invitados a cenar en casa de Blaise con otros amigos, Elodie hizo descorchar una botella de champán, sabedora de la oposición del PF a ese tipo de lujos, y lo invitó a beber. Sankara declinó la invitación y aguantó con calma la impertinencia de la anfitriona:

—Peor para los que se privan de champán. Nosotros estamos acostumbrados a él y no será una presunta revolución lo que nos impedirá seguir bebiéndolo.

Las frecuentes referencias satíricas a sus aires de grandeza publicadas por *L'intrus* la sacaban de sus casillas. Pero lo que nunca perdonó a Sankara fue no permitirle ocupar el lugar de Mariam para recibir al presidente Mitterrand en Uagadugú.

—Mariam Sankara no tiene ni idea de cómo debe vestir una Primera Dama —había repetido la amiga común, en su carta, las palabras de Elodie—. Pronto se verá la diferencia, cuando yo ocupe ese puesto.

En mala hora trajo el destino a esa mujer a nuestro país —la imagen de Elodie empezaba a borrarse, el sueño ganaba al fin la batalla.

El destino o quien quiera que fuera —pensó en Houphouet.

Apenas llevaba unos minutos dormida cuando la sobresaltó el estruendo. Las ráfagas de kalashnikov se colaron en sus sueños con la brutalidad de un salteador de caminos. Enseguida supo qué le acababan de robar. Y que sus hijos ya no volverían a ver a su padre.

Maldijo a quienes han llegado a este mundo para destruir esperanzas ajenas.

Tras el tiroteo se hizo el silencio. El silencio de la muerte. La ciudad parecía haber enmudecido.

Se enfundó el bubú y se precipitó fuera de la habitación. Ernestine y los niños ya habían llegado del colegio. La sirvienta se echó a sus brazos. Ella también había comprendido.

Philippe y Auguste buscaban tras las ventanas una explicación, divertidos por la irrupción de una fiesta inesperada. Mariam pidió a Ernestine que los llevara a su habitación y los devolviera a su rutina.

—Vamos, niños —ordenó serena—, a hacer los deberes. Ahora voy a ayudaros.

Sabía quién había puesto el arma en las manos de los asesinos. Y que cuando muere un héroe, todos los suyos son condenados a la villanía. Había que tragarse la desesperación, serenarse, pensar.

La esperanza de que el tiroteo no fuera dirigido contra Thomas se negó a darle un respiro. Mariam sabía que no se equivocaba. Igual que lo sabía Ernestine.

Se lanzó al refugio del PF, abrió el armario, los cajones en que guardaba sus papeles secretos, que sólo a ella le enseñaba. Pronto esa habitación en que habían pasado horas de confidencias y de amor quedaría mancillada por las botas de los soldados. Pronto, esa casa que ya empezaba a odiar no albergaría nada que le perteneciera.

Contó las carpetas en que Tom Sank había guardado sus papeles. Eran trece. Corrió hacia la cocina, rebuscó en la alacena y sacó varias bolsas de basura. Repartió en ellas las carpetas.

Al salir, se topó con Ernestine en el pasillo. La fiel Ernestine. Lloraba desconsolada.

—¿Lo han matado, verdad? —sollozó.

Mariam la abrazó de nuevo. Enseguida se separó de ella y la miró a los ojos.

—Escúchame bien, Ernestine —su voz firme apaciguó a la sirvienta—. Tú y yo sabemos lo que ha pasado. Dentro de poco esta casa se llenará de soldados. Tengo que llevarme a los niños de aquí. Y también estos papeles. Son muy importantes y no deben caer en manos de nadie. Si me los llevo a mi casa los encontrarán enseguida, porque seguro que vendrán a registrarla. Pero no se les ocurrirá buscar

en la tuya.

—Yo me los llevo —se anticipó la sirvienta a la petición.

—Gracias, Ernestine. Sé que puedo contar contigo. Escóndelos y no se los dejes ver a nadie. En algún momento alguien irá a buscarlos. Entrégaselo sólo si te dice que viene a buscar los papeles de Sankara. Sólo en ese caso, Ernestine: los papeles de Sankara. Vete enseguida de aquí y no vuelvas. Yo iré a verte cuando las cosas se calmen.

—¿Y los niños?

—También los verás. Te lo prometo. Vete ya, Ernestine.

Mariam no permitió que la sirvienta prolongara su estancia con un nuevo abrazo. La llevó hasta la puerta y la vio alejarse cargada con sus bolsas de basura.

Se apresuró después en llenar una maleta con ropa de sus hijos y suya. Recogió en el refugio del capitán su despertador chino y las fotos familiares, lo metió todo en una bolsa, junto a algunos juguetes de Philippe y Auguste. Les pidió a los hijos que guardaran los libros de clase y los cuadernos en sus maletas escolares:

—Esta noche no dormiremos aquí —dijo—. Vamos, daos prisa.

La ciudad había enloquecido. El Peugeot se abría camino a bocinazos por la calzada invadida por decenas de dos ruedas y de peatones que corrían en todos los sentidos. Los niños contemplaban el espectáculo sin entender nada, la nariz pegada a la ventanilla trasera.

Las ideas se agolpaban en el cerebro de Mariam para auxiliarla en su empeño de ahuyentar la realidad, para mejor afrontarla.

Pensó que entre los papeles que había entregado a Ernestine probablemente se encontrara el secreto que Thomas debía desvelar al periodista francés. Se lo había dicho unos días antes, buscando como siempre consejo en ella cuando temía dejarse guiar por sus impulsos, dar pasos equivocados.

—Si crees que es importante, pienso que debes hacerlo —le había dicho ella.

Imaginó a Elodie Compaoré adueñándose de la residencia presidencial, echando al fuego entre carcajadas todo lo que había abandonado allí en su huida, desinfectando la residencia de todo lo que oliera a Sankara.

Ante ella apareció el Estadio "4 de agosto", condenado a perder su nombre. Al fin llegaban a casa. Ojalá no vengan a molestarme hasta mañana, cuando los niños estén el colegio —pensó.

*

Cuando llegó la hora de acostar a los niños, todos sabían en la ciudad que Thomas Sankara había sido asesinado.

En el país del infortunio no hay lugar para el milagro.

Los niños la ayudaron a borrar las huellas del harmatán. Mientras cenaban, ella se encerró en su dormitorio para liberar las lágrimas contenidas desde el anuncio proclamado por los kalashnikov.

La vida se había acabado para ella. Por delante sólo quedaba una larga lucha. Y una única razón por la que emprenderla: los hijos del PF y suyos.

—¿Papá no vendrá esta noche? —preguntó Philippe.

—No, esta noche no vendrá.

—¿Por qué, mamá?

—Porque lo han llamado a rendir cuentas.

—¿Los presidentes tienen que rendir cuentas, mamá?

—Sí, hijo. Todos debemos hacerlo. Los buenos presidentes y los presidentes asesinos. Todos.

—¿Y los generales?

—También los generales.

—Papá prometió que esta noche me contaría la historia del general.

—No podrá hacerlo esta noche.

—Cuéntamela tú, mamá.

Mariam se sentó en el borde de la cama de Philippe. Auguste se incorporó sobre la suya y se dispuso a escuchar.

—Ocurrió cuando vuestro padre hacía el servicio militar en el campamento Guillaume Ouédraogo. A menudo, los soldados se escapaban por la noche para ir de fiesta, o para tomar un par de cervezas a los bares del barrio de Bilbabilin. A fuerza de escalar el muro, la parte por la que iban y volvían terminó desmoronándose. Así que, al final, ya nadie tenía que escalar y esa parte se convirtió en la puerta de entrada de todos los soldados que querían salir clandestinamente del cuartel. Y claro, como podéis imaginar, muy pronto se cubrió de porquerías, de papeles, de botellas vacías. Porque además, los soldados se acostumbraron a hacer su último pipí de la noche ahí mismo, antes de ir a dormir, para no hacer ruido al entrar en los servicios y ser descubiertos.

Como siempre que el relato llegaba a esa parte, Philippe dejaba escapar una carcajada interminable que terminaba por contagiar a Auguste primero y a sus padres después.

En esta ocasión, Mariam sólo los acompañó con una sonrisa.

—Entonces el mismísimo general que estaba al mando del cuartel tomó cartas en el asunto y ordenó que ningún soldado volviera a entrar ni salir por ese lugar, y mucho menos se atreviera a regar el muro con su asqueroso pipí. Pero una vez —alzó la voz Mariam para ahogar las nuevas carcajadas —, papá desobedeció las órdenes del general y salió por la puerta que con tanto esfuerzo habían abierto sus compañeros en el muro. Estuvo un par de horas fuera y al regresar y saltar lo poco que quedaba de muro se encontró cara a cara ¿con quién?

—¡Con el general! —volvió a las andadas Philippe.

—¿Y qué hacía?

—¡Mear sobre el muro! —exclamó Auguste, que se sabía la historia de cabo a rabo.

—Exactamente —dijo Mariam—. *¡Tampiri, bazagha!*, gritó el general a vuestro padre, que no te vuelva a ver por aquí. Yo no te he visto, y tú no me has visto, ¿comprendido? ¡Lárgate de aquí, *tampiri*!

Mariam cubrió a sus hijos con la sábana. En octubre, el calor da un respiro a la ciudad, al caer la tarde.

—Ahora a dormir, niños. Mañana hay que madrugar —apagó la luz.

—Mamá —dijo Auguste.

—Dime, hijo.

—¿Los generales hacen lo que quieren y no les pasa nada?

—A veces ocurre eso, sí.

—Pues no me parece bien.

—A mí tampoco, hijo. A mí tampoco. Buenas noches.

Mariam no tuvo el valor de entrar en su alcoba. Se dirigió al pequeño salón en que solía conversar con Thomas tras acostar a los niños, antes del traslado a la residencia presidencial.

La casa se había convertido en una tumba. Cogió una silla y se dirigió hacia la puerta para sentarse en la oscuridad, en el silencio de la noche.

Al abrir, vio un objeto metálico brillar bajo la luz de una farola. Era el kalash de un soldado apostado en la acera de enfrente. Miró a derecha e izquierda. Había más soldados. La casa estaba rodeada.

Entró de nuevo en la vivienda. Cerró la puerta y apoyó contra ella la silla. Apagó la luz y se sentó.

Se cubrió el rostro con las manos para no despertar a los niños con sus sollozos.